Aviso legal

Título: *La Argentina del 80 al 80. Balance social y cultural de un siglo*

Autores: Roig, Arturo Andrés; Gago, Alberto Daniel; Biagini, Hugo E; Buchrucker, Cristián; Follari, Roberto; Díaz, Nora María; Zalazar, Oscar; Fernández, Estela; Yarza, Claudia; Ciriza, Alejandra; Fernández,Virginia; Cirvini, Silvia A; Arpini, Adriana; Georgis, Liliana; Ramaglia, Dante

Colaboradores: Roig, Arturo Andrés (compilador); Wratny, Rodolfo (diseñador de la portada); Bazaine Zea, David (ilustrador de la portada)

ISBN: 968-36-2986-5

Forma sugerida de citar: Roig, A. A., Gago, A. D. et al. (1993). *La Argentina del 80 al 80. Balance social y cultural de un siglo.* Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
https://cialc.unam.mx
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional).
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es

Usted es libre de:
- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:
- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUESTRA AMÉRICA

Argentina del 80 al 80

Balance social y cultural de un siglo

Arturo Roig
Compilador

Universidad Nacional Autónoma de México

La Argentina del 80 al 80
Balance social y cultural de un siglo

Serie Nuestra América
38

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Equipo de Historia de las Ideas del Centro de Investigaciones
Científicas y Tecnológicas de Mendoza (CRICYT)

La Argentina del 80 al 80
Balance social y cultural de un siglo

Arturo Roig
Compilador

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 1993

Primera edición 1993

DR © 1993, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

ISBN: 968 - 36 - 2986 - 5

A MANERA DE PRÓLOGO

Los acontecimientos que nos han tocado vivir y que aún estamos viviendo tan intensamente en estos últimos años con los que se cerró la inmediata década de los ochenta e iniciamos la última del presente siglo, próximo a los inicios del tercer milenio de nuestra cultura, nos imponen la necesidad de hacer balances que nos ayuden a responder a tantas inquietantes preguntas no sólo referentes a nuestros países latinoamericanos, sino también de la humanidad. El futuro dirá si estamos construyendo una de esas grandes etapas dentro de la cual nos sentíamos incorporados y habíamos construido nuestros referentes, como también nos dirá si tienen razón quienes hablan de las "muertes" de tantas cosas que nos parecían inconmovibles. ¿Estamos entrando en algo que, para denominarlo de algún modo, constituye lo que se ha dado en llamar "post-modernidad"? ¿Con el milenio se acaba la "modernidad" que se abrió para la cultura occidental entre otros hechos importantes, con el nacimiento de América? Estos interrogantes y tantos otros nos angustian en nuestros días, a los que debemos sumar los que surgen a propósito de nuestras propias realidades nacionales en cuanto partes integrantes de ese bloque tan altamente específico como es el de nuestra América Latina. Frente a todo esto diremos que, por cierto, nada de lo humano nos es ajeno, pero queremos preguntar por nuestra humanidad.

Desde diversos ángulos hemos intentado esbozar los procesos que hemós vivido entre la década que se abrió para la Argentina en 1880 y la década que acabamos de cerrar, la de 1980-1990. La lectura de los ensayos que integran este volumen tal vez permita pesar la profundidad de la crisis tal como la vivimos nosotros, la que depende, lógicamente, de situaciones mundiales, pero también de aspectos que nos son posiblemente propios y de los que somos,

además, responsables. En líneas generales aquella crisis tal vez sea una de las más fuertes que Argentina ha vivido a lo largo de esta última centuria en la que fue a la vez construyendo y destruyendo su propia identidad, como si no hubiera habido una brújula para ello o como si la brújula hubiera estado en manos de quienes el derrotero fue, sin más, antinacional e inclusive, anti-latinoamericano.

El Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, que preside el maestro Leopoldo Zea, ha hecho posible la concresión de este esfuerzo, a él debemos, pues, agradecerle que nos hayamos animado a incursionar por tan complicados y difíciles temas y problemas. Más de un lector tendrá razones justificadas para encontrar nuestro esfuerzo insuficiente y, sobre todo, no debidamente abarcador. Los integrantes del Equipo de Historia de las Ideas del Centro Regional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Mendoza (CRICYT), dependiente del CONICET, conscientes de nuestras limitaciones reiteramos nuestro agradecimiento a nuestro querido amigo el maestro Leopoldo Zea, como asimismo, a su muy eficaz colaboradora, la estimada maestra María Teresa del Bosque.

Arturo Andrés Roig
Mendoza, Argentina
Diciembre de 1991.

La entrada del siglo. La Argentina en los años 1880-1914

Arturo Andrés Roig

Las décadas de las que nos vamos a ocupar sucintamente bien podrían ser vistas como las que han dado la imagen a todo un siglo. Ciertamente que no hablamos en términos meramente cronológicos, sino que nos referimos a lo que se entiende con la expresión "siglo cultural". Como historiadores de las ideas que no queremos ni podemos hablar de ellas sin partir de una realidad social sustentadora, habremos de decir que todo "siglo cultural" muestra una serie de procesos conflictivos básicos, sin los cuales no podremos nunca alcanzar a comprender acabadamente el mundo de símbolos sobre cuyo andamiaje se expresa, en última instancia, una etapa cultural.

Por otra parte se hace indispensable pensar en términos macrohistóricos para poder comprender, a su vez, los hechos y las formas de mentalidad que jalonan esta etapa. Podría afirmarse que el año 1880 del siglo pasado significó el término de un largo proceso iniciado con la ocupación española de nuestras tierras y que podría ser caracterizado como de la predominancia, ya definitiva, por lo menos hasta la fecha, de una cultura atlántica. La gran tradición colonial se había afirmado más en una América interior, fundamentalmente andina y con una fuerte tendencia hacia las costas del Pacífico. Es importante destacar que la expansión de la conquista fue más occidental que oriental, y que la importancia de nuestro oriente, á saber las costas atlánticas, fue un hecho tardío. Del mismo modo aquel 80 señala un cambio profundo que podríamos caracterizar como el de un desarrollo endógeno, hacia un desarrollo exógeno. La América "interior", dadas las condiciones históricas del sistema de comunicaciones y el modo de explotación colonial, facilitó o hizo posible, con sus limitaciones, una relativa autono-

mía, una de cuyas expresiones fue, sin duda, la constitución de un mundo de producción artesanal.

También ese mundo interior habrá de encontrar su término, ya de modo irreversible, a fines del siglo XIX aun cuando podamos encontrar antecedentes de ese proceso ya antes de la iniciación de las guerras de Independencia, por obra de concesiones hechas al comercio inglés de parte de la Corona española o simplemente como consecuencia del volumen alcanzado por el contrabando. El hecho es que la "vocación" argentina que adquiere sus perfiles ya totalmente claros y netos, de desarrollo "hacia afuera", se constituye en aquellos años de los que veníamos hablando. A esto se han de sumar situaciones económicas que vendrían a reforzar el fenómeno, uno de ellos el hecho de haberse generado en gran escala una ganadería controlada —y no ya la ganadería primitiva, rústica, o simplemente salvaje de las "vaquerías"— y otro, el surgimiento de una pampa cercada en la que fue posible proponerse la instalación de lo que jactanciosamente se llamó "el granero del mundo". Asimismo se conecta con esta extraversión que abarca todos los matices de las más variadas formas de objetivación, desde la economía hasta las artes, el proyecto de lograr un cambio de fisonomía de nuestro hombre, con lo que se pensaba se daría el paso de las formas primitivas y caducas dejadas por la "civilización" hispano-indígena, a nuevas formas demográficas, gracias a la presencia del inmigrante europeo.

En líneas generales podríamos decir que lo que se produce es un cambio de eje alrededor del cual comienza ahora a decidirse la suerte nacional, cambio que se explica crudamente por un movimiento histórico de desplazamiento de una situación colonial y de dependencia hacia otra. Y por cierto que todos estos grandes hechos implicaron modificaciones profundas en lo que se refiere a la estructura social del país. Las transformaciones se conectan de modo estrecho con la configuración de un modo de producción capitalista dependiente y estrechamente funcional respecto de ciertos países hegemónicos, en los que ese mismo modo de producción habíase organizado básicamente sobre la industria. Sin embargo es importante señalar que debido a que la acumulación de capitales se hizo

a partir de los ochenta fundamentalmente sobre la extracción de plusvalía del trabajo agrícola y ganadero, pervivieron en las campañas, antes de la concentración ciudadana que adquiriría fuerza algunas décadas después, relaciones serviles que en más de un analista social llevó a la idea de que pervivían entre nosotros formas "feudales". Resulta oportuno en este caso mencionar la tesis de Carmagnani quien ha entendido, y en más de un aspecto entendemos que tiene razón, que la "conquista del desierto" —se encubrió con la palabra "desierto" la territorialidad de la Nación Mapuche— tuvo rasgos de expansión de formas de feudalidad subsistentes. No vamos a entrar en el discutido tema del "feudalismo" en América Latina, pero sí quisiéramos dejar en claro que tanto las formas pre-capitalistas, como las que luego se manifestaron como propiamente capitalistas, tuvieron en todo momento caracteres específicos que aún no han sido debidamente señalados.

El 80 marca un cambio social bastante profundo, conforme lo que venimos diciendo, y que habrá de acentuarse más aún cuando se comiencen a sentir las consecuencias del ingreso masivo de población migrante europea, básicamente mediterránea. La sociedad argentina o tal vez mejor, rioplatense, que en su etapa colonial tuvo su estructura "clasista" específica, derivada de las formas de estamentación típicas consolidadas durante el siglo XVIII, comenzó a transformarse en lo que en términos actuales se entiende como "sociedad de clases", la que si bien se diferencia respecto de la anterior "sociedad de castas", mantiene siempre una relación de desigualdad entre sectores de dominación económica y política y sectores marginados o con una escasa participación en las formas diversas de ejercicio del poder. Las últimas décadas del siglo XVIII trajeron como novedad, precisamente, enfrentamientos de tipo clasista, con todos los matices y circunstancias diversas que podrían señalarse dentro de nuestra modernidad.

El cambio de estructuras sociales afectó al antiguo patriciado; dio lugar, dentro de lo que tal vez pueda llamarse una burguesía, a una "oligarquía"; y en fin se manifestó con el surgir de estamentos sociales no existentes antes, como ha sido el de la llamada "clase media" en cuya conformación tuvo tanta importancia el fenómeno

inmigratorio. A su vez, una industria naciente, que adquiriría cierto volumen en parte como "industria sustitutiva" y particularmente durante los años de la Primera Guerra Mundial, daría lugar a la aparición de un sector social que se reconocería a sí mismo como proletariado. Podríamos decir que entre 1880 y 1914 este cambio en las clases sociales habría de permear absolutamente todas las formas de objetivación mediante las cuales comenzó a entenderse a sí misma lo que podríamos considerar como la "nueva Argentina" o la "Argentina moderna".

Por último, el proceso de concentración urbana, que acabará siendo uno de los fenómenos más notorios, se produjo conjuntamente con la desaparición de un campesinado —el de origen hispano-indígena— que si bien subsistió en regiones pobres, no alcanzó a constituirse, frente a la oligarquía, la clase media y el proletariado naciente, en una clase social. Con la pérdida de presencia real de ese sector campesino, al que tan destacado papel le había tocado desempeñar durante las Guerras Civiles de la primera mitad del siglo XIX, desapareció de hecho el antiguo "gaucho", que habría de sobrevivir en adelante como un hecho literario y en más de una ocasión como un recurso ideológico.

Relacionado de modo muy directo con el proceso sufrido por parte de la población campesina, podríamos señalar el cambio de símbolos que rigieron la vida política del siglo XIX. Así como durante la primera mitad, el enfrentamiento fue expresado como la lucha entre "la civilización y la barbarie", entendido este enfrentamiento en el caso de Sarmiento como una guerra social entre el campo y la ciudad, durante la segunda mitad y más netamente a partir de la primera presidencia de Julio A. Roca que se inicia en 1880, se levantarán como "palabras símbolo" las de "orden y progreso". Dominado el "desierto" y controlada la "campaña", merced al rémington y las alambradas que pronto habrían de cerrar los campos dando nuevo sentido a la "propiedad privada", ahogado el impulso histórico de las antiguas masas campesinas y borrada la barbarie, ya no tenía sentido la "sombra terrible de Facundo". El espíritu del nuevo lema —el mismo que pondrían los republicanos brasileños en su bandera— surge con toda claridad de las palabras

del general Roca: "El desorden no se cotiza en la Bolsa de Londres". Vale decir que lo "cotizable", en relación con el proceso de acumulación de capitales tanto de comerciantes nacionales como de extranjeros, marcaba el sentido del "progreso".

Con el "Unicato", como se llamó al poder roquista, el enfrentamiento entre conservadores y liberales que fue característico de toda Hispanoamérica, acabó con el triunfo de los primeros. Durante la presidencia de Juárez Celman, concuñado de Roca, se aplicó con una radicalidad hasta ese entonces no conocida, una política liberal a ultranza que significó la entrega del país principalmente al capital británico en medio de los más vergonzosos peculados. Fue la denominada "política económica spenceriana", según expresión de la época, con lo que tuvo lugar entre nosotros un gobierno paralelo al Porfiriato mexicano. De las primeras formulaciones románticas del pensamiento liberal, se había dado lugar a lo que se denominó entonces y después un "positivismo", el que, en la versión práctica dada por Roca y Juárez Celman, era un simple materialismo grosero y a la vez un pragmatismo cínico.

Es necesario reconocer, sin embargo, que el programa liberal era un movimiento mucho más vasto y complejo y que erróneamente se lo podría juzgar por una oligarquía venal que, no satisfecha con los beneficios que el Estado ofrece a los sectores dominantes que lo instruyen y lo controlan, había convertido al mismo en un gigantesco sistema de corrupción, desconociendo las normas éticas con las que el propio liberalismo justificaba aquellas funciones. Al margen de este hecho, que no era en verdad anormal y muestra las limitaciones y contradicciones de aquella ética, se promovió un cambio en los alcances y sentido de la noción de "civilidad". Aun cuando la contraposición "civilización-barbarie" hubiera quedado desfondada históricamente debido al gigantesco programa de parcelación y apropiación latifundaria de las tierras, se mantenía la necesidad de modernización que caracterizó en forma global el cambio que exigían las nuevas formas que adquirirían las sociedades, aun las periféricas, dentro del sistema capitalista mundial, en un proceso violento de eliminación de aquellos residuos no convenientes derivados de la etapa pre-capitalista. De ahí los alcances

que habría de adquirir, como decíamos, la noción de "civilidad" y con ella la de "civilización". La sociedad civil debía asumir funciones que habían estado en manos de antiguas corporaciones, entre ellas, principalmente, la Iglesia. La enseñanza laica (civil), los cementerios municipales (civiles), el "Registro Civil" y junto con él el "matrimonio civil", fueron algunas de las novedades del siglo que agitaron profundamente a los hombres de la década de los ochenta. Visto desde procesos ulteriores, el enfrentamiento no fue propiamente entre "cristianos" y "ateos" sino entre una imagen arcaica de la cristiandad, no adecuada a los tiempos y una catolicidad modernizada. Las rupturas dadas entre fracciones de la clase dominante, más aparentes que reales, y los sucesivos acercamientos y alianzas entre integrantes de la oligarquía "descreída" y particularmente las jerarquías eclesiásticas, lo prueban de modo elocuente. Las masas populares, con su religiosidad, fueron de hecho ajenas a los ruidosos debates, sostenidos entre "doctores" liberales y católicos, según el bando, más allá de la manipulación a la que fueron por cierto sometidas.

Dentro de la historia de nuestras mentalidades la llamada "Generación del 80" tal vez haya sido una de las más estudiadas y discutidas. La "Argentina moderna" había sido propuesta en verdad por otro "generación" célebre del siglo XIX, la de 1837, mas fue a la del ochenta que le cupo concretarla al imponer las instituciones liberales. Por cierto que con hablar de "modernización" en general no decimos todo, ya que es necesario señalar los matices y el estilo con que se llevó adelante entre nosotros, en particular teniendo en cuenta un fenómeno mucho más vasto y comprensivo, a saber, el de las construcciones de los imperios neo-coloniales del siglo XIX y nuestra inserción en ellos. Los epítetos con los que se ha caracterizado al grupo de hombres que la integraron, una élite dentro a su vez de una oligarquía, están cargados de negatividad o positividad, según los casos, y han surgido del enfrentamiento de sectores de una misma clase propietaria y comerciante. Tal vez, si quisiéramos optar por aquellos que posiblemente señalan más crudamente su naturaleza deberíamos atender al modo como se los caracterizó desde los sectores populares, teniendo en cuenta por cierto las

mediaciones que esos mismos sectores sufren y han sufrido. "Progresistas", para un fuerte sector de la clase media naciente de origen inmigratorio, en cuanto propiciaron y pusieron en marcha un ensanche y consolidación de la sociedad civil, y "descreídos" y a la vez "reaccionarios" para las clases populares en general, por su manifiesto desprecio frente a ellas y la continuación de viejas posiciones prácticas e ideológicas derivadas del "despotismo ilustrado". Enemigos del "pueblo" real y amigos de un pueblo ideal, que para muchos de ellos no podía ser el hispanoamericano sino el que proveyera una inmigración masiva calificada, que no llegó, y enemigos, por eso mismo también, del inmigrante. Esto se conecta con el europeísmo alienante de esta "Generación" —salvados los casos que muestran los hombres excepcionales de todos los tiempos— que determinó el universo de símbolos con los que pretendió identificarse y conocerse.

Las décadas del ochenta y del noventa, a pesar de todo, han sido de una indiscutible riqueza intelectual. Dentro de las limitaciones de nuestro "progreso", condicionado por las formas más crudas de una dependencia de la que no hemos salido, florecieron las letras de modo ciertamente notable y se generalizó un tipo de estudios en los que la problemática social —con sus limitaciones— hacía de verdadero núcleo inspirador. En líneas generales, se habla de un "positivismo" que había sido propio de esa época y hasta se llegó a pensar que tenía raíces nacionales y que venía ya desde inicios del siglo. En verdad, el verdadero "positivismo" como posición filosófica ha sido tardío y se lo ha confundido con el "racionalismo" propio de la Generación del 80, descuidando todos los matices ciertamente importantes que conectan a los hombres de esa generación con desarrollos ideológicos de tipo ecléctico. En el eclecticismo filosófico se educaron, por ejemplo, Julio Argentino Roca y Eduardo Wilde, por mencionar dos casos, y las actitudes eclécticas se habrán de prolongar aun en escritores en los que no se puede dudar de un positivismo, como es el caso de Carlos Octavio Bunge. La doctrina del término medio, a más de ser cara a la mentalidad burguesa europea y sus seguidores hispanoamericanos, pareciera que se habría mantenido por obra de una actitud ecléctica

derivada no tanto de posiciones teóricas, como de una mentalidad imitativa que no se encontraba guiada por principios propios que le dieran un sentido desde lo nuestro.

El rechazo de lo tradicional —que se expresó fundamentalmente como rechazo de las antiguas "plebes", tanto campesinas como urbanas— estuvo en la base del imponente movimiento inmigratorio de fines de siglo. Por cierto que no sólo el Río de la Plata "absorbía" inmigrantes, sino que era la propia Europa que enviaba excedentes. El fenómeno fue mundial. En poco años cambió la fisonomía demográfica del país, particularmente en las regiones de mayor atracción que fueron más que nada las del litoral atlántico y las de la Mesopotamia. En 1886 llegaron 93 000 inmigrantes; tres años después, en 1889, esa cifra se había elevado a 260 000. La afluencia continuaría, con algunos altibajos, de modo intenso hasta 1914, año en el que la población total de la Argentina se había triplicado. En efecto, en 1880 había 2 500 000 habitantes y en aquel año casi había pasado ya los 7 millones. Al mismo tiempo se produjo lo que bien podría llamarse nuestra "explosión ferroviaria" la que alcanzó su punto más alto en 1890 en el que se llegó a los 1 000 km, alcanzándose los 33 000 km de rieles en 1914. Nació de este modo una Argentina "ferroviaria" y a la vez variadamente cosmopolita. El impacto sobre la sociedad tradicional, en todas sus capas, fue sin duda intenso. Las ciudades adquirieron un espíritu babélico y los sectores sociales pudientes, integrantes del antiguo patriciado, bien pronto comenzaron a sentirse incómodos. El mito de la inmigración, como solución de los problemas del país, localizados clásicamente por Alberdi en la "extensión", comenzó a perder fuerza. De este modo comenzarían a surgir ideologías reivindicatorias de ese mismo hombre que primero había sido negado, integrante de la antigua población hispano-indígena, como también el despertar de un sentimiento telúrico, actitudes que acabarían generando futuros "nacionalismos". Tanto la red ferroviaria con su imponente equipamiento, como la presencia de los obreros europeos —pues la inmigración fue en masa de extracción social baja— fueron en verdad símbolos acabados de aquella vocación atlántica que dijimos ha regido a la Argentina desde aquellos años del ochenta muchas

veces en contra de una "vocación" de integración latinoamericana.

Frente a la política del "Unicato" y sobre todo después de la Revolución de 1890, los sectores de menores recursos, campesinos, obreros, elementos de una pequeña burguesía en crecimiento, se sintieron atraídos hacia ideologías políticas que, con el tiempo, adquirirían una real presencia. El obrero nativo, el llamado "criollo" y un importante sector de terratenientes tradicionales expresaron su apoyo a la Unión Cívica, movimiento protestario y opositor del llamado "Régimen" controlado por el roquismo. Por su parte, el obrero inmigrante que se había ya nucleado en "sociedades de resistencia", se volcó hacia dos tendencias, el anarquismo y el socialismo. En los primeros reinaba una afirmación de tipo nacionalista, como repudio de la entrega del país al capital extranjero y sobre todo como reacción por la falta de libertad cívica. En los otros, ya fueran anarquistas o socialistas, reinaría una afirmación del movimiento obrero frente al sistema capitalista, con lo que venían a colocarse, ya fuera de modo instintivo o sistematizado, en la periferia del sistema. Con el "radicalismo", movimiento político derivado de la "Unión Cívica" surgida en el noventa, se impondría un racionalismo moderado, en muchos aspectos cercano al eclecticismo y no enfrentado al pensamiento católico, el krausismo, así como dentro del movimiento obrero socialista haría su aparición el marxismo por primera vez. Nuestro krausistas, entre ellos el propio Yrigoyen, prolongaron ciertas tendencias espiritualistas que se enfrentaron con el positivismo naciente, en particular, contra el "spencerismo" político y económico de algunos de los pocos integrantes de la Generación del 80 que podrían ser considerados como "positivistas".

A pesar de las duras condiciones, en particular para los sectores sociales ajenos al poder político y económico, el siglo XIX concluyó con una impresionante expansión agropecuaria que supuso una ingente masa de capitales y también un enriquecimiento que parecía no tener límites. El esplendor del crecimiento ocultó la profundización de los niveles de riqueza y pobreza. De 1 500 000 has. cultivadas en 1880 se llegó a 6 585 000 has. en 1910. Esta expansión agrícola se dio acompañada con la aparición de un nuevo

tipo de hombre de campo, de origen inmigratorio, que constituiría el sistema de colonias agrícolas, las que se vieron frenadas constantemente por el latifundismo. La ganadería experimentó asimismo un cambio cuantitativo y cualitativo importante y se desplazó del antiguo ganado vacuno hacia el lanar, el que, en 1890, había llegado a la fabulosa cantidad de 70 millones de cabezas. Todo esto dio pie para hablar de la "grandeza nacional", cantada en 1910 con motivo del Centenario, "grandeza" que ocultaba su propia negación y anunciaba las futuras crisis sociales, políticas y económicas del país. En última instancia el latifundio marcó el proceso y lo definió, conjuntamente con un espíritu de extroversión que impidió el crecimiento manufacturero y la sustitución de importaciones; generó la división del país en provincias "ricas" y "pobres", y fue una de las causas de la macrocefalia urbana con la expansión de la ciudad de Buenos Aires y, lo más grave de todo, se dio conjuntamente con una entrega rayana por momentos en lo incondicional al capital foráneo, en una abierta relación de dependencia neocolonial. Este fue el marco de la llamada para nosotros *belle époque* la que va del novecientos a las grandes fiestas del Centenario.

El año 1910 mostró dos caras, una la del oficialismo que expresaba el poder económico de una oligarquía que había sabido reconocerse a sí misma a través de su propio universo de símbolos y que hasta ese momento había tenido la habilidad de ejercer un dominio político, por todos los medios. Si en la primera mitad del siglo XIX se esperaba todo del europeo que vendría a civilizarnos, ahora ante el rostro agrio del campesino o del obrero español o italiano, y ante los peligros que implicaba la difusión de ideologías que podían debilitar el control social, aquella misma oligarquía dictaría la Ley de Residencia, en 1902, con la que se facilitaba la expulsión de los "indeseables". En bloque, una población "deseable" había pasado al signo contrario. La otra cara era la que venía mostrándose, primero en el noventa, luego con las primeras huelgas en las ciudades de esos grupos que pronto habrían de adquirir conciencia de su propia fuerza social y a los que se ha caracterizado como una "clase media", ciudadana o campesina, ciertos sectores tradicionales dentro de los terratenientes, los residuos de la antigua población cam-

pesina hispano-indígena y en fin, los núcleos de un proletariado en formación. Por debajo o por detrás de una Argentina de élites surgía el rostro de una Argentina de masas, que habría de ir conquistando paso a paso derechos, entre ellos dos, fundamentales para nuestro desarrollo político, el derecho electoral y el derecho de huelga. Los críticos sociales del Centenario, entre ellos los positivistas, serán de los primeros en indicar los signos del cambio que marcarían el paso de lo que podríamos declarar como la Argentina del siglo XIX, hacia la Argentina contemporánea. La emergencia social de los sectores que mencionamos, daría el tono optimista a pesar de todo, mucho más que la jactancia de riqueza con la que el oficialismo celebró el Centenario. El "elegante escepticismo" de los hombres del ochenta con su actitud ecléctica y su orgullo de élite, sería reemplazado por un hombre de pueblo esperanzado. Por cierto que también vendrían los tiempos de la deseperanza en cuanto que la consolidación del Estado nacional, si bien había llegado a ser una realidad, había sido lograda sobre una estructura de poder económico que la haría revertir hacia formas anti-nacionales.

El "idealismo del 900", cuyo inspirador de mayor peso fue José Enrique Rodó, dentro de un eclecticismo que no propugnaba ni un espiritualismo, ni un positivismo, fue una de las primeras manifestaciones del llamado a ciertas riquezas culturales nuestras de origen hispánico. Levantó además, aun cuando débilmente, una bandera de denuncia contra las primeras manifestaciones de la expansión de los Estados Unidos, el nuevo imperialismo en crecimiento que acabaría desplazando el poder británico. El "modernismo", con un hombre de la talla de Rubén Darío, habitante del Buenos Aires finisecular, favorecería, sin embargo, una estética de fuga hacia exotismos, los que, a pesar de la delicadeza y genialidad del maestro, no dejaban de ser trasplantados de Europa. Al lado de estas corrientes, Manuel Ugarte se esforzaba por encontrar un sentido positivo al temido y despreciado cosmopolitismo del movimiento obrero. Para él sí eran compatibles lo nacional con un internacionalismo en la lucha por las reivindicaciones del proletariado. Con esta actitud vino, sin duda, a marcar una de las líneas más fecundas del socialismo naciente. La burguesía, con todo su poder

y su esplendor, generaría un mundo de expresiones y manifestaciones estéticas y tendría su vate indiscutible en el admirable Leopoldo Lugones, el cantor de la "grandeza nacional", que acabaría años más tarde como vocero de esa misma burguesía atemorizada ante el avance de una "Argentina de masas", hablando de la "hora de la espada". Otros, Joaquín V. González y Ricardo Rojas, volverían la mirada al terruño, desde Buenos Aires, iniciando un tímido descubrimiento de la "riqueza" que le había quedado a la "pobreza"; nuestros hombres, nuestros paisajes, nuestras tradiciones de aquel interior postergado y desconocido en donde siempre subsistió la antigua población mestiza. Un positivismo atípico alcanzaría con Bunge e Ingenieros manifestaciones de valor, sobre todo en el segundo, para quien la labor teórica no fue en ningún momento ajena a una praxis social, todo ello a pesar de las contradicciones inevitables que derivaban de la misma estructura social que criticaba.

En fin, la Argentina de comienzos de siglo se mostró plena de vigor intelectual y si bien no se llegó, a pesar de todo, a asumir propiamente un "estilo nacional" y si este "estilo" se manifestó en algún momento y lugar, lo fue en la faz ciudadana de la cosmópolis platense. Una angustia corría en las venas de todos los que ansiaban un reencuentro, el de alcanzar esa siempre buscada identidad nacional sin llegar a captar las venas por las cuales tal vez discurre, las que no se encuentran ni en "paisaje" ontológico, ni surgen de los místicos efluvios de la "tierra", o de la "sangre", ni se expresan en mitos tales como el mito gaucho, ni en general en legados no discutibles, sino en una decisión apoyada en un programa de igualdad, alimentada en el impulso de la emergencia social y llevada adelante, por eso mismo, de modo comunitario y que sostenga en fin, a la vez, las banderas de las independencia nacional y continental. Las raíces de ese programa se encuentran, a pesar de todo, en esa Argentina moderna que comenzó en los ochenta.

Dinámica de la acumulación y los impactos sociales en la Argentina a lo largo del último siglo (1880-1980)

Alberto Daniel Gago

Introducción

La óptica de este trabajo descansa en una visión regional, pero consideramos que tiene valor generalizado para todos los análisis y ámbitos nacionales del capitalismo periférico.

En el contexto del capitalismo periférico las regiones son parte indisoluble de relaciones económicas y políticas a nivel nacional e internacional. En general, estas relaciones dominantes de los centros se fundamentan en la imposición de matrices jurídicas, el control monopólico del gran capital, el control de centros económicos y financieros, el monopolio de la tecnología, la colaboración estrecha entre los gobiernos y las empresas transnacionales, lo que conduce inevitablemente a una modalidad de desarrollo desigual y combinado a nivel regional, nacional e internacional.

Entender esta dinámica en las regiones, requiere conocer los procesos de acumulación, producción y reproducción a nivel internacional que impulsa el capital en los espacios dependientes. El desarrollo (del capitalismo) se encuentra limitado por esas relaciones mundiales, que conducen necesariamente al auge de sólo algunos sectores, obliga a comercializar en condiciones adversas y a la imposición de relaciones de superexplotación de la fuerza de trabajo con el propósito de apropiarse el excedente social generado.

Sin embargo, esta dinámica no es perfectamente explicable si no la analizamos en la estrecha relación que existe entre la valorización-reproducción del capital y el Estado. Las formas jurídicas (aparato jurídico de Estado) son el soporte primordial de la diná-

mica del capital. A ella contribuyen los aparatos de comunicación social, el represivo y el escolar para difundirlo y generalizarlo. Estos aparatos sintetizan la vinculación capital-Estado. Estas relaciones articulan determinaciones estructurales en términos de relaciones sociales de producción y desarrollo de las fuerzas productivas que se manifiestan en las modalidades concretas de generación, apropiación y articulación del excedente social. De esta manera, ellas se transforman en explicativas de los fenómenos sociales.

Las relaciones jurídico-institucionales son partes inseparables de los modos de producción dominantes y de las dinámicas de acumulación. Estas relaciones no son una expresión mecánica de la evolución histórico-social, en verdad se manifiestan dialécticamente. Es decir, se influencian en forma recíproca las relaciones jurídico-institucionales con el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Esta dialéctica manifiesta el antagonismo de fuerzas sociales en permanente conflicto, sean regionales o del entorno nacional e internacional, Por eso el Estado aparece, a veces, sintetizando esas relaciones de poder. El Estado a través de las leyes impone un marco institucional, territorial, económico, cultural y social para la adaptación de los sujetos sociales a la dinámica de acumulación del capital.

Entonces los análisis de dinámica de acumulación del capital —valorización y reproducción—, tal cual se presentan en este trabajo, son claves para interpretar los procesos de evolución social regional y reconocer los impactos sociales que cada modalidad de acumulación implica.

1. La dinámica de acumulación en la evolución social

a. La etapa colonial hispánica

Si bien nuestro interés apunta a exponer la temática propuesta a lo largo del último siglo (1880-1980) nos parece que es importante ver, brevemente, el problema desde sus inicios.

En efecto, la dinámica regional fue impulsada por la acumulación

a nivel internacional y está presente desde el mismo momento de conquista del territorio nacional.

La modalidad de la acumulación capitalista y la extracción de ganancia para obtener máximo rendimiento a través de la subordinación de la fuerza de trabajo y la concentración de los medios de producción, asumió modalidades distintas acorde a los dictados y señales del capital internacional.

Durante la colonia, la acumulación fue orientada desde la metrópoli (España). La dominación colonial se basó en la concentración, dominación y explotación de los recursos existentes (tierra y trabajo) y se materializó a través de una dependencia política, económica, social y cultural. Esta dominación desarrolló una formación precapitalista articulada por la coexistencia de distintos modos de producción (tributario, esclavista y mercantil simple), de prolongada duración y de transición al modo de producción capitalista.

El modo de producción pre-capitalista se funda en la separación de los medios de producción de la fuerza de trabajo, se pierde el uso libre de la tierra al producirse su apropiación privada. Por otra parte, este modo concreta la forma de intercambio mercantil como factor de acumulación con lo que la distribución del excedente social recae en una pequeña élite. La modalidad de producción tuvo su base en una baja especialización de la fuerza de trabajo y de los medios de producción. La explotación del trabajo se manifiesta en formas coactivas de trabajo servil y esclavista (población indígena y negra), y *a posteriori* en formas libres cuasi-serviles (papeleta de conchavo). El proceso productivo se efectuaba y repetía igual a sí mismo, por lo cual el exiguo excedente social se limitaba a la adquisición de medios de producción para reponer lo consumido y a gastos improductivos (reproducción ampliada deprimida).

Estos hechos impusieron la ordenación de un aparato burocrático dominado por la oligarquía española y criolla, apoyados por la fuerza de la persuasión religiosa y de la coerción militar. Así, las relaciones sociales de producción eran mediadas por un aparato de Estado representado en los intereses dominantes de los encomenderos, propietarios-hacendados, eclesiásticos, comerciantes, militares y funcionarios-burócratas de la Corona.

La monarquía colonial era la gran beneficiaria de los tributos, del monopolio comercial, de las rentas de la explotación minera y de los ingresos de aduana y ella daba la dirección de la acumulación.

El mismo carácter dominante del capital orientó el excedente local a retroalimentar a los agentes sociales dominantes en las metrópolis coloniales y a la clase oligárquica terrateniente-burocrática local, en tanto la mayoría de la población sufría la más despiadada explotación.

La característica de la acumulación tuvo que vercon las formas de dominio de los medios de producción —de alta concentración—, con las relaciones sociales de producción —servil y esclavista—, que generó la oligarquía terrateniente y que le sirvió para perpetuarse en el tiempo. Ella requirió un aparato de Estado y de sus mecanismos extra-económicos y aparato ideológico que fue central en la mantención de los privilegios.

b. La Independencia y la generación del modo de producción capitalista no industrial (1810)

No bien hubo iniciado el proceso independiente, apoyado por los nuevos centros de poder económico internacional —Inglaterra—, se introduce una nueva dinámica de acumulación que genera el conflicto necesario que le permitirá lograr la hegemonía. Es el capital monopólico financiero que penetra a través de empréstitos y cédulas hipotecarias, y más tarde, por la radicación directa de capital de riesgo.[1]

La independencia y liberación del dominio colonial significó la transferencia del poder político a la clase criolla como principal sujeto decisor. A partir de este momento los "criollos pudientes" (oligarquía terrateniente) son los agentes claves de la acumulación nacional. Es el primer período caracterizado por un modo de producción capitalista no industrial, en donde se trata de dar unidad a la Nación y construir el Estado-Nación a partir de la integración de los estados regionales (gobernaciones, intendencias o provincias).

[1] La experiencia regional se refiere a la evolución social de la región de Cuyo —provincias de Mendoza y de San Juan— en Argentina.

Ésta es una situación histórica clave de marcado conflicto por la *necesidad de estructurar el nuevo Estado-Nación. A pesar de la* continuación del aparato del Estado colonial, de la modalidad productiva concentradora y de la excluyente organización social, se encuentran en plena pugna las fracciones dominantes en pos de mejor ubicación en la condensación-transformación que imponía la construcción del nuevo Estado y la presión internacional del capital. Una primera hipótesis se podría expresar en la pugna que marcaba la imposición de una nueva matriz jurídica estatal-nacional (leyes), que significaba una fuerte lucha entre los grupos dominantes por el control de los aparatos ideológicos de estado, en especial el jurídico, el político, el represivo y el escolar. Confrontación que necesariamente debía abrir el camino de penetración abierta al capital internacional. Este conflicto parcialmente se resuelve con la sanción de la Constitución de 1853.

La institucionalización del país impulsó una política económica ordenada y coherente, base fundamental de la integración del mercado nacional y de éste al mercado internacional. El Estado-Nación debe coordinar y centralizar las acciones para ordenar el espacio territorial como espacio económico. A partir de esa unificación territorial por parte del Estado y de la ampliación del mercado, se crean las condiciones para dinamizar la producción y reproducción de la forma expandida del capital nacional e internacional.

El capital monopólico se abría el camino en la concresión de marcos jurídicos en las economías nacionales, que posibilitará la penetración del modo industrial internacional —expansión y valorización del capital—, que significaba incorporar módulos nuevos de consumo y de producción. El capital ligaba a fracciones de clase que traducen en acciones complementarias la acumulación nacional. Es la misma oligarquía —fracciones de clase— que se adapta a las nuevas condiciones que empieza a imponer el capital monopólico. Ella se asegura el control al ir asociada a la banca, al disponer la apropiación irrestricta de la tierra y su continuación en el aparato burocrático e ideológico del Estado. Además, adecuaba su protagonismo en el aparato productivo, decisivo por la posición y función que ejercía en los circuitos principales de acumulación y en el sector externo.

A la modalidad autoritaria-coactiva de la dominación colonial, se impone la forma basada en el intercambio capital-trabajo y capital-dinero. A la emisión de valores de los grandes banqueros mercantiles británicos, de la primera época, se sumará luego la forma de negocios directos de inversión en minas e infraestructura, intereses públicos y más tarde en intereses industriales.

La concentración de la producción y el desarrollo del capital, en los centros, creó los monopolios internacionales, primero en la exportación de mercancías y luego, en la exportación de capital.

Parece ser que la condición de concentración del capital comienza a separar las funciones de empresario (que la puede realizar la fuerza de trabajo asalariada) y la específica capitalista (manejo del capital).

Las relaciones sociales que caracterizan este momento, de coexistencia de dos modos principales de producción (el modo capitalista no industrial* y la aparición de un modo incipiente agroindustrial expansivo**), son fundamentalmente asimétricas y de dominación. Ellas funcionan, en un primer momento, sobre la base de un "mercado de contratación de la fuerza de trabajo", en condiciones coactivas y semi-serviles. Además, se observa la plena vigencia de los mecanismos extra-económicos como forma de apropiación del excedente social y de la acumulación. Aquí se combinan las formas de apropiación autoritaria y mercantil. Se obliga a vender la fuerza de trabajo barata de los sectores populares socialmen-

* El circuito principal de Acumulación Regional en el modo capitalista no industrial es el de engorde de ganado. La cadena productiva se inicia en la cría en la región pampeana, el engorde en Cuyo y el destino final Chile. Otro circuito complementario es el de producción artesanal.

Denominamos modo de producción capitalista no industrial a aquel consolidado a través de una estructura basada en actividades económicas de agricultura extensiva-ganadera orientada al intercambio comercial con Chile y cuyas relaciones de producción fueron del dominio irrestricto entre los propietarios de la tierra, del ganado y de los articuladores del intercambio comercial, a través de la incorporación coactiva de la fuerza de trabajo (Alberto Gago, 1990).

** El circuito principal de acumulación regional agroindustrial es el vitivinícola, cuya cadena productiva y eslabonamientos queda enteramente en el territorio regional. Se produce un uso intensivo de capital y fuerza de trabajo que imponen un tipo de cultivo intensivo-especializado y su industrialización posterior.

te mayoritarios. Los mecanismos extra-económicos eran la garantía de la reproducción de las relaciones sociales asimétricas impuestas por la oligarquía terrateniente. En términos de clases sociales y dominación económica se continúa con el predominio de una muy baja división social del trabajo y sin cambios tecnológicos significativos. La oligarquía terrateniente dominante concentró la apropiación de la tierra sacada al indígena, y que a largo plazo significó la captación de voluminosos beneficios por vía del plusvalor de reventa. Por su parte, la clase obrera no tuvo cambios significativos en la posición y función (relaciones sociales de producción), ni en la misma consideración como ciudadanos establecida en la Constitución Nacional. Los reglamentos de policía sobre vagancia y servicio doméstico eran mecanismos extra-económicos coactivos de sometimiento legal de la fuerza de trabajo a la clase dominante dueña del capital y de la acumulación.

De esta forma continuaba un modo que se sustentaba en la marginación y la exclusión social. Los procedimientos electorales se caracterizaban por la exclusión de los sectores populares, solamente participaba un número muy reducido (1%) que se atribuía la representación del pueblo. Este segmento social, la oligarquía terrateniente tradicional, se adjudicaba el mandato popular, la legitimidad, y asumía el poder y dominio del aparato de Estado.

c. Hacia el modo de producción agro-industrial expansivo (1880)

La dinámica de la acumulación estuvo en manos de la oligarquía a la que se agregan paulatinamente los inmigrantes europeos que llegan con capital. Estos últimos a través de una reproducción expandida del capital irán concentrando medios de producción y poder. Así se fue conformando el modo de producción agro-industrial expansivo que hegemoniza la transformación socio-económica regional y funcional a la dinámica del capital monopólico.

Esto requirió la creación y preservación de las condiciones necesarias para la rápida acumulación del excedente social. El Estado debía responder a estas condiciones. Sin embargo, el poder oligárquico no permitirá la aparición de un estado acompañado por

la ascensión burguesa. Se acomoda la oligarquía terrateniente manteniendo el poder y ligándose a los inmigrantes con capacidad de acumulación (alianza de las familias tradicionales y de inmigrantes), como también con las empresas monopólicas recién llegadas. De esta forma aunque crezca el tamaño del excedente, el modo de utilización seguirá con los vicios oligárquicos, y esa es la modalidad de la acumulación "expandida" pero "reprimida" por el excesivo gasto improductivo.

La transformación estructural y la hegemonía del modo de producción agro-industrial expansivo, significó pasar del control que ejercía la oligarquía sobre todos los eslabones de los principales circuitos de acumulación del modo no industrial, a una inserción más selectiva en los núcleos de las agro-industrias.

El marco jurídico convalida el trabajo de libre contratación —trabajo mercancía—, ya impuesto a nivel internacional. Se configura una nueva organización social del trabajo fundada en formas tayloristas que se inicia a fines del siglo XIX.

La dinámica del modo de producción agro-industrial expansivo lleva un alto componente de innovación tecnológica, con necesaria capacitación de la fuerza de trabajo, y sustentado en la venta libre de la misma. Además, se detecta una alta subdivisión y uso de la tierra, que es apropiada mayoritariamente por los inmigrantes europeos que llegan masivamente a la región. La cadena productiva agroindustrial impulsa profundos cambios en la estructura productiva, principalmente en el sector de transformación. Se incorporan nuevos procesos tecnológicos con formas nuevas de trabajo. A la par y por requerimiento de la misma actividad, desde el Estado se impulsan importantes obras de infraestructura y en otras, es el mismo capital extranjero que aparece como gestor directo de obras, como es el caso del ferrocarril y en la misma actividad productiva. Esta transformación estructural explica parcialmente el surgimiento de organizaciones del trabajo, de nuevas burguesías locales, de partidos progresistas y de las luchas y cambios sociales que se producen en las primeras décadas del siglo XX. La ampliación de la base electoral (Ley Sáenz Peña), otorga poder a los nuevos grupos burgueses medios que posibilitan el surgimiento de gobiernos populis-

tas que se atribuyen la representatividad de intereses de nuevos sectores sociales.

Se insinúa una nueva modalidad de acumulación con un mayor protagonismo de la burguesía media alta, media y de la misma clase obrera. Sin embargo, la historia será la del mantenimiento del conservadorismo oligárquico.

d. La industrialización sustitutiva (1930)

A partir de los '30, aparece un proceso de industrialización impulsado por la necesidad de la sustitución de importaciones, producto de la crisis en los centros hegemónicos internacionales. Se diversifica la producción agroindustrial y se expande la industria liviana sin alcanzar a añadir un proceso tecnológico de importancia.

Esta etapa evoluciona con momentos de quiebra democrática por golpes militares —representación de intereses oligárquicos—; en otros, en los momentos de reconstrucción democrática, con los apoyos de la burguesía media industrial y rural y el protagonismo popular. La burguesía media es la que dirige los procesos de la industrialización fundada en la expansión del mercado interno. El periodo comprueba un importante desarrollo de las fuerzas productivas y cambios significativos en las relaciones sociales de producción. Se incorpora efectivamente la ciudadanía en los procesos electorales (mujer) y productivos, y aún con momentos de gran protagonismo, en esquemas de corte autoritario-populares.

El Estado absorbe nuevos papeles. De un anterior rasgo mediador entre la inversión extranjera y la burguesía nacional —fracción oligárquica—, pasa a promover políticas de apoyo a la industria sustitutiva. Este modo de expansión agroindustrial y de sustitución de importaciones se apoya en la acción inversora del Estado, de las empresas del Estado y en las políticas regulatorias. La expresión política se resume en acuerdos y alianzas que dan origen al distributismo social y económico como política del Estado.

Se produce una importante reforma del Estado, en el sentido que elimina al régimen oligárquico de su control, aunque continuará siendo una fuerza importante por impedir que la burguesía indus-

trial aliada con la clase obrera tenga una preeminencia exclusiva en el aparato del Estado.

2. El modo de producción industrial transnacionalizado (1950)

A partir de fines de los '50 y al inicio de los '60, acomete la presión del capital internacional en el mercado industrial interno. La característica principal es un cambio acelerado tecnológico en los procesos productivos y el papel determinante de la empresa transnacional. Las ventajas de radicación del modo transnacional se debieron a los bajos costos de la fuerza de trabajo y al tamaño considerable del mercado interno. Este modo se distingue del de exportación y de industrialización de sustitución de importaciones porque no incidió favorablemente en el desarrollo de los recursos regionales. Las empresas más dinámicas se diferenciaron por un alto grado de dependencia tecnológica y una alta concentración de la propiedad (tienen las empresas transnacionales el papel decisivo de la dinámica).

La dinámica de acumulación de posguerra experimentada en los países industrializados comienza a aplicarse en las regiones periféricas. Así, fueron surgiendo relaciones sociales que conformaron un cuerpo que tuvo como base la relación fordista[2] asociada a una regulación estatal conocida como del Estado de Bienestar. Es el momento de iniciación de un nuevo cambio del capital monopólico y financiero.

En la región, se observa el surgimiento de regímenes reformistas (desarrollismo, populismo), cuyas características principales son el impulso a la modernización, la afirmación de la identidad nacional y la vuelta a la instancia estatal.

[2] Como modelo de industrialización, el esquema fordista marca la cúspide de la revolución taylorista de inicios de siglo. Sus principios son bien conocidos: una estandarización rigurosa de las prácticas operativas y la correspondiente separación tajante entre el departamento de organización y métodos y el taller, es decir, del diseño y la ingeniería, por un lado, y la producción, por otro. El fordismo propiamente dicho se distingue del taylorismo por tener estas normas incorporadas en el dispositivo automático de la maquinaria. De este modo, es el movimiento de las máquinas el que determina la operación que el trabajador debe realizar y el tiempo disponible para llevarla a cabo (Liepietz y Leborgne, 1990).

En este contexto las filiales de las empresas transnacionales comienzan a provocar el aumento de los niveles de endeudamiento de los países de la región, por sus balances negativos de importaciones y exportaciones, del desarrollo de un tipo de tecnología intensiva en capital y en consecuencia que absorbe la mano de obra a ritmos mezquinos y de cuyo conocimiento poco queda en la región (Estilos de desarrollo industrial- CEPAL).

A comienzos de la década de los '80, el país debió enfrentar impactos adversos provenientes del exterior, los que se caracterizaron por un fuerte deterioro en la relación de intercambio, encarecimiento del crédito y reversión de las corrientes de capitales. La situación se agrava más con las altas tasas de interés internacionales, la reducción del precio de las exportaciones y las demandas por las mismas. Además, los '80 incorpora la tremenda crisis de la deuda externa y de los intereses de la deuda, tanto como del evidente atraso tecnológico del aparato productivo, que incidirán negativamente en el tamaño de la acumulación-inversión.

Para enfrentar la crisis se comienza a aplicar los programas de ajuste que imponen los organismos internacionales del FMI y del BM. Las propuestas posteriores para resolver el problema de la deuda-plan Baker (1985) y del Plan Brady (1989), le ponen a las políticas nacionales más ajuste macroeconómico y estructural al desarrollo.

Debemos agregar, a todos estos condicionantes, la fuga de capitales de la región y la casi imposibilidad de retorno dadas las expectativas de pago de la Deuda y la caída de las reservas internacionales.

Por último, las expectativas de intercambio comercial no son de las más favorables a pesar del aperturismo y de la competitividad. Los límites de la demanda externa son los más difíciles por cuanto los mercados internacionales de productos primarios y semi-industriales son los más protegidos y controlados.

En consecuencia, podemos considerar que el marco actual se caracteriza por fuertes restricciones:

1) enorme sobreendeudamiento,
2) transferencia negativa de capitales a la región,

3) difícil acceso a los mercados internacionales,
4) aparato productivo con bajo nivel tecnológico y deficiente competitividad,
5) continuación de los programas de ajuste si se desea integrar en la economía mundial,
6) alta concentración interna de la riqueza,
7) centralización de las políticas públicas por los grupos monopólicos,
8) escasa capacidad de acumulación interna,
9) alto déficit estatal.

Con estas condiciones se plantea la incorporación a la nueva reestructuración productiva internacional (coyuntura de los '90).

Todos estos factores que inciden en el desenvolvimiento del país, se multiplican al interior de las regiones, por cuanto sus estructuras productivas se estimulan fundamentalmente por la demanda del mercado interno.

El sistema internacional atraviesa por una crisis profunda de acumulación y de desequilibrios motivo del cuantioso déficit de los EEUU y del persistente superavit de la balanza de pagos del Japón y de la República Federal de Alemania (CEPAL), la desocupación de Europa Occidental y el endeudamiento del mundo en desarrollo, así como de los países socialistas.

Entra en gestación un sistema internacional de acumulación impulsado por siete potencias económicas occidentales, que bien podría ser pensado como de instauración de un nuevo orden multipolar. Esta reestructuración internacional tiene como país protagónico central a EEUU, porque:

1) mantiene un claro predominio militar,
2) su economía tiene un tamaño con enorme gravitación en los flujos mundiales,
3) es el país líder en el manejo de divisa dominante internacional,
4) alberga el mayor control de la innovación tecnológica (Gerber y Yanez, 1989).

La nueva modalidad en los países centrales se fue definiendo como reacción a los postulados y resultados de las políticas de inspiración keynesiana, las cuales habían ido estableciendo un conjunto de obstáculos para la valorización y reproducción del capital, y en consecuencia en la dinámica de acumulación. Así, se postulan una serie de nuevos criterios producto de la revolución científico-tecnológica (tercera revolución) que viabiliza la aparición de una nueva organización de la empresa y de división social del trabajo, que da origen a las nuevas formas postfordistas de acumulación flexible (Gatto, 1989; Lipietz y Leborgne, 1989). Todo ello ha contribuido a afirmar una nueva división internacional del trabajo y a profundizar la transnacionalización de la economía mundial (De Mattos, 1990).

Las nuevas tecnologías informáticas pueden modificar profundamente la división social y técnica del trabajo, las cuales, bajo sus formas tayloristas o fordistas, han impregnado la organización del trabajo (Julio Neffa, 1990).

Esto consolidará aún más la alta heterogeneidad estructural en el sistema productivo, con una fuerte diferenciación entre las firmas y en la organización de los mercados. En este contexto se observarán pequeñas, medianas y grandes empresas que conformarán grupos de empresas privadas de capital nacional, de capital transnacional, y de entidades corporativas. En donde, acorde a la estrategia de flexibilización del capital tendrán mayor incidencia las PYMES (pequeñas y medianas empresas) subordinadas a los grandes grupos transnacionalizados.

En este contexto, las políticas se orientan a reformular el papel del Estado y a reducir su tamaño, a anular o revertir la mayoría de las conquistas sociales de los trabajadores, de manera de establecer nuevas relaciones capital-trabajo, más favorables al capital y a impulsar la profundización de la inserción del país en la nueva reestructuración productiva en la economía mundial.

En consecuencia tratamos de detectar algunas futuras implicancias de la nueva dinámica de acumulación en el marco del contexto regional, nacional e internacional.

a. Profundización de la apertura externa

Implica un sostenido esfuerzo para aumentar las exportaciones, la inversión extranjera y la transnacionalización de los procesos productivos, principalmente en los eslabones centrales de los circuitos de acumulación (transformación y distribución). Sin embargo, la principal hipótesis que se puede formular es que la base exportable se restringirá en la mayor parte a productos intensivos en recursos naturales con o sin escasa manufacturación. Para las regiones dependientes esto significará un doble esfuerzo, en el sentido que para darle competitividad será necesario modernizar sus estructuras de producción, y las de la capacidad empresarial privada y del Estado.

La prioridad del desarrollo hacia afuera sobre el desarrollo endógeno puede plantear asimismo problemas políticos de envergadura por los costos de oportunidad que ello implica y, en el mejor de los casos, se incurrirá en una considerable dependencia que puede generar unas nuevas economías de enclave a nivel tecnológico superior al tradicional (Francisco Ferraro García, 1990).

La política aperturista se ha generado en un discurso que toma dos símbolos de dos grandes esperanzas, democracia y modernización (aspiración por alcanzar la justicia social y el crecimiento sostenido). Sin embargo, y es el cuestionamiento más severo al modelo, dadas las condiciones o condicionantes anteriormente señaladas, será imposible el logro de justicia social. El objetivo del aperturismo es la obtención de excedente con destino a paliar la situación deudora internacional.

b. Reestructuración del aparato productivo

El sector productivo y la industria en especial se verán fuertemente impactados por la racionalidad de la valorización del capital. La modernización debe necesariamente desenvolverse en directa vinculación con el avance de la transnacionalización de los procesos productivos; es una condición fundamental y necesaria para el logro de aumento de la productividad y mejorar la competitividad en

los mercados externos. Es decir, requiere insertarse dentro de la modalidad neofordista de división social del trabajo exigida por la estrategia de flexibilización del capital y el trabajo. Que representa un dominio irrestricto del avance tecnológico informatizado que impondrá el capital monopólico.

Esto es así porque se deben crear las condiciones propicias para la centralización del capital, lo cual significa el fortalecimiento de grandes grupos en proceso de absorciones y fusiones capaces de controlar el proceso productivo y en consecuencia, obtener la dirección y el manejo de la acumulación nacional. Como también presionar para alcanzar las situaciones necesarias para apoderarse de los sectores y actividades más avanzadas (semi-independientes) de la economía nacional.

Entonces, se modificarán las relaciones sociales de producción, en el sentido que el mercado asumirá la figura central de regulación, en condiciones favorables para un pequeño número de fuerza de trabajo capacitada, que tendrá las funciones de gestión y dirección, en tanto que el grueso competirá en funciones de cierta especialización homogeneizada de incorporación de tareas multifacéticas informatizadas, pero de rápido y flexible reemplazo,[3] situación previsible de los asalariados en relación de dependencia y en los sectores de transformación, transporte y distribución. Probablemente se acelerarán las actividades de producción primaria pero en este contexto aperturista y tecnológico, no sufrirán modificaciones sustantivas en términos de calificación del trabajo y de relaciones sociales de producción.

La competitividad a nivel internacional significa insertarse en este esquema tecnológico, de inversión permanente, y de nuevos módulos de consumo propagados por la revolución de los procesos informatizados (insumos, bienes de capital).

Entonces, el patrón de acumulación y los procesos productivos

[3] La flexibilización del trabajo significa que el trabajo con experiencia y especialización desarrollado no tiene importancia fundamental en el nuevo esquema de división social del trabajo. Se reemplaza a un operario tornero, cuya formación y entrenamiento lleva años, por un operario que controla numéricamente un torno y cuya preparación necesita de unas pocas semanas (Gerber y Yanez, 1989, p. 24).

que asuma la región, a nivel nacional o interregional (con países vecinos), con orientación a la producción de bienes exportables, serán necesariamente integrados a cadenas productivas internacionalizadas.

c. Deterioro ecológico

El modelo de crecimiento de base en exportaciones y de elevado poder de productividad y el fortalecimiento de ventajas competitivas, con muy escaso control estatal, incidirá en un agravamiento de los problemas ecológicos, especialmente en la supervivencia de numerosos recursos no renovables e indudablemente en la calidad de vida de la población.

El proceso necesariamente debe desencadenar una nueva forma de polarización. La lógica racional del capital se mueve en función de utilizar las economías externas y de urbanización y de localización que permitan minimizar costos reales y de oportunidad que hagan viable el esquema de ventajas competitivas.

d. Reestructuración del estado

Se inicia un proceso de reevaluación del papel del estado en términos de tamaño y de su eficiencia. Se trata de redimensionar el estado adecuándolo a la situación de astringencia financiera y al equilibrio de sus cuentas macroeconómicas.

En este nuevo marco del estado, se entregan empresas y áreas de recursos estratégicos (privatizaciones) que había mantenido el estado reformista. La transnacionalización requiere del control y posesión de los procesos productivos a escala mundial y de los recursos y materias primas nacionales reconocidos como fundamentales por los procesos tecnológicos y productivos, tanto como de la administración de los mercados industriales estratégicos. El estado recorta sus funciones proteccionistas para que el mercado (mejor asignador de recursos) asuma la racionalidad del capital. El mismo proceso de recorte de funciones del estado se presencia en los aparatos de los medios de comunicación social (indispensables

en la difusión del capital) y del aparato escolar y científico nacional que deberá guiarse por las indicaciones de la competitividad y al servicio de las exigencias del capital (educación privada).

El achicamiento del estado está orientado a algunos gastos. El estado no puede achicarse demasiado, ya que es uno de los más exigentes compradores de las transnacionales (bienes tecnológicos, material bélico).

Por otra parte, la creación de "medios de innovación" exige en las regiones del capitalismo periférico, la polarización del gasto público en estas tareas, en detrimento lógico de otras demandas sociales. Estos gastos habrán de destinarse con prioridad a crear una infraestructura de comunicaciones y de telecomunicaciones para articularse con el mercado mundial, que en muchos casos es extremadamente costosa, y sobre todo, una política de estímulo a la iniciativa privada (y en particular, a las empresas transnacionales) de difícil delimitación cuantitativa y de criterios de selección (Francisco Ferraro García, 1990).

Las restricciones del gasto público reducirán la disponibilidad de recursos a la seguridad social, además del consiguiente deterioro de la calidad del servicio, lo que contribuirá a mantener la pobreza extrema especialmente en las áreas urbanas.

e. Desigualdades sociales

La característica generalizada de la dinámica de acumulación a nivel regional históricamente y salvo coyunturas internacionales especiales, ha sido regida por los mandatos del capital internacional.

La nueva modalidad flexible requiere de más valorización del capital. Dos de los aspectos de la reducción de la tasa de ganancia fueron: altos stocks de capital de los procesos productivos —improductividad del capital y baja rotación—, y rigidez y aumento sostenido de la valorización de la fuerza de trabajo producto de las fuertes organizaciones corporativas.

Si se descentralizan los procesos productivos por exigencias de la flexibilización del capital, modalidad de trabajo a pedido, y en este contexto se intenta reducir los costos de la fuerza laboral y con

el consiguiente desplazamiento de mano de obra por los procesos altamente informatizados, se forzará a una obligada reducción de los salarios reales lo que se verá favorecido por el debilitamiento del mercado laboral y las organizaciones sindicales.

Esta situación probablemente lleve al aumento y proliferación del sector informal, por un lado. No es otra cosa que la manifestación del desempleo, y forma encubierta de deterioro salarial. Por otra, los jóvenes ven bloqueado su acceso al mercado de trabajo en función acorde con sus capacitaciones, lo que incidirá aún más en los niveles de migración a los países desarrollados.

Entonces, el costo social de las políticas de ajuste, más la nueva dinámica de acumulación recaerán de manera desigual sobre los trabajadores y las burguesías medias, quienes deberán absorber el grueso del sacrificio de la modernización y del ajustre distributivo, lo que puede significar un gradual deterioro de la calidad de vida de estos agentes sociales.

Conclusiones

La historia de los procesos de evolución social de las regiones insertas en el área del capitalismo dependiente, tienen una esperanza trágica sobre la construcción de sociedades más justas. La historia muestra los altos condicionantes fundamentalmente internos y la direccionalidad que imponen las dinámicas de acumulación del capital internacional, en los territorios dependientes. Las crisis permanentes y la condicionalidad de diseño de las políticas nacionales impulsadas por las agencias internacionales del capital —políticas de ajuste—, en el marco de reconstrucción de las democracias (y de los regímenes dictatoriales) ha provocado y está marcando una profunda desmovilización y desarticulación social.

Las luchas sociales que sirvieron para acercarse a la construcción de una sociedad más justa con protagonismo popular, que afirmaron instituciones de protección de la fuerza de trabajo y que operaron para igualar la puja distributiva, en el contexto mencionado, deberán necesariamente reflexionar y elaborar las estrategias más apropiadas en el marco de los condicionantes internos y externos

de la dominación, y en el proceso de la nueva reestructuración tecnológica y de los mercados que está articulando la nueva dinámica del capital.

Es conveniente, sin embargo, ver la dinámica de acumulación como formando parte del circuito del excedente social: generación, apropiación y utilización, porque permite ver las formas de la organización de la concentración-centralización del capital a nivel regional, y el modo que asume la división social del trabajo y la constitución del salario (negociación colectiva o individual, contrato rígido o flexible de trabajo) e indudablemente el conflicto abierto que se produce por la mediación del Estado en la formulación e implementación de las políticas públicas y en la representación de intereses que ellas simbolizan.

Bibliografía

Amin, Samir, *¿Cómo funciona el capitalismo? El intercambio desigual y la ley del valor*, Siglo XXI Editores, 1975.

Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1984.

Azcurra, Fernando Hugo, *La nueva alianza burguesa en Argentina*, Buenos Aires, Ed. Dialéctica, 1988.

Baran, Paul, *The longer view*, Monthly Review Press, 1969.

BID, Banco Interamericano de Desarrollo, *Informe 1990: Progreso económico y social en América Latina.*

CEPAL, *Estudios e Informes núm. 11: Estilos de desarrollo de la industria manufacturera y Medio Ambiente en América Latina*, N. U., Chile, 1982.

CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Chile, 1990.

Devlin, Robert y Guerguil, Martine, "América Latina y las corrientes financieras y comerciales", en *Revista de la CEPAL*, núm. 43, Chile, 1991.

Chávez, Eliana, "Deuda externa y el impacto de las políticas de ajuste en el sector informal", *Socialismo y Participación*, núm. 52, Perú, diciembre de 1990.

De Mattos, Carlos, "Modernización neocapitalista, reestructura-

ción productiva y gestión territorial en Chile, 1973-90", Instituto de Estudios Urbanos, Chile, 1990.
Fajnzylber, Fernando, "La industrialización trunca de América Latina", Centro de Economía Transnacional, México, Ed. Nueva Imagen, 1983.
Ferraro García, Francisco, "Revolución tecnológica y reestructuración productiva en Andalucía", en *Revolución tecnológica y reestructuración productiva,* Buenos Aires, Ed. Gel, 1990.
Finquelievich, Susana, "Del fordismo al post-fordismo: Los impactos de los actuales procesos de reestructuración tecnológica y administrativa sobre los territorios urbanos y regionales en América Latina", Seminario Internacional: Consecuencias regionales de la reestructuración de los mercados mundiales. Políticas alternativas relativas a la escala nacional y local, CEUR, Buenos Aires, 1989.
Gago, Alberto Daniel, "Excedente social y circuitos de acumulación regional", curso avanzado "Dos teorías de desarrollo regional", Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CRICYT}), Mendoza, 1990.
Gago, Alberto Daniel y Ávila, Laura, "Dinámica del modelo de acumulación capitalista de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en la Provincia de San Juan", Instituto de Investigaciones Socio-Económicas, Facultad de Ciencias Sociales, Serie Cuadernos, núm. 36, San Juan, 1990.
García Méndez, José Ramón, "Estilos de Crecimiento Económico Periférico e Inserción de América Latina en el Mercado Mundial", en *Revista de Estudios Internacionales*, año XVIII (octubre-diciembre de 1990), Chile.
Gatto, Francisco, "Cambio tecnológico neofordista y reorganización productiva. Primeras reflexiones sobre sus implicancias territoriales", en *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales*, Buenos Aires, Ed. Gel, 1990.
Gerber, Marcos y Yanez, Luis, "Algunas hipótesis en torno de la reestructuración de los mercados mundiales y sus implicancias regionales", Seminario Internacional CEUR (*op. cit.*), Buenos Aires, 1989.

Neffa, Julio César, "Nuevas tecnologías informatizadas y condiciones y medio ambiente de trabajo en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Planificación*, vol. XXIII, junio de 1990.
Katz, Jorge y Kosakoff, Bernardo, "El proceso de industrialización en la Argentina: Evolución, retroceso y perspectiva", Buenos Aires, Ed. Centro Editor para América Latina, 1989.
Katzman, R. y Gerstenfeld, P., "Áreas duras y áreas blandas en eldesarrollo social", en *Revista de la CEPAL*, núm. 43, 1991.
Kosakoff, Bernardo y Azpiazu, Daniel, "La industria argentina: Desarrollo y cambios estructurales", Buenos Aires, Ed. Centro Editor para América Latina, 1989.
Lipietz, Alain y Leborgne, Daniele, "Nuevas tecnologías, nuevas formas de regulación", en *Revolución tecnológica y reestructuración productiva*, Buenos Aires, Ed. Gel, 1990.
Luxemburgo, Rosa, "*La acumulación del capital*", Buenos Aires, Ed. Tilcara, 1963.
Martínez Pardo, Maite, "El empleo y la inserción para reforzar la cohesión económica y social en el marco urbano", Ayuntamiento de Madrid, 1989.
Marx, Carlos, *El capital*, México, FCE, 1973.
Poulantzas, Nicos, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI Editores, 1987.
Sweesy, Paul, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1974.
Sweesy, Paul, Wolf, Richard, Dos Santos, Theotonio y Magdoff, Harry, *Economía política del imperialismo*, Buenos Aires, Ed. Periferia, 1971.

Algunas posiciones sobre la identidad nacional a lo largo de un siglo

Hugo E. Biagini

En la primera parte del trabajo se desglosan y examinan algunos enfoques heterogéneos que han sucedido en la historia intelectual de la Argentina en relación al disputado problema sobre la identidad cultural y nacional que se le atribuye en este país. Finalmente, se evalúan tales aproximaciones mostrándose que, pese a sus diferentes filiaciones ideológicas, padecen de similares limitaciones para dar cuenta de un panorama tan complejo. Por lo demás, se insinúan otros criterios para acometer dicha problemática, al tiempo que se rescatan dos apreciaciones sobre el particular a título ilustrativo y sin que ello suponga una coincidencia total con las mismas.[1]

Un encuadre positivista

A la luz de lo que puede desprenderse de los últimos estudios pertinentes, ya no parecen convalidables las reiteradas imputaciones contra el positivismo argentino que le han achacado a éste una actitud de rechazo o indiferencia para abordar la temática nacional, al margen del juicio valorativo que dicho abordaje nos merezca.

Entre los casos más significativos pertenecientes a esa tendencia práctico-reflexiva se encuentra el escritor mendocino Agustín Álvarez (1857-1914), quien llegó a ocupar un puesto clave en la Universidad de la Plata —tras su desempeño como legislador y luego de haber prestado asesoramiento jurídico a las Fuerzas Armadas argentinas. A lo largo de su producción, aquél no ha dejado de

[1] He procurado responder al mismo asunto, con mayores fundamentos y despliegue argumental, en mi libro *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1989.

referirse a la vida americana y a nuestro país muy en especial, procurando establecer los rasgos distintivos básicos que él percibía en tales latitudes.

Me detendré a analizar una de las obras menos frecuentadas de ese autor: sus *Ensayos sobre educación*, los cuales aparecieron originalmente como libro en 1901, volviendo a ser publicado por José Ingenieros con el título *Educación moral* (La Cultura Argentina 1917) y cuya edición habremos de seguir aquí.

Según Álvarez, tanto los trastornos nacionales como los malos gobiernos corresponde adjudicárselos a tres motivos determinantes: los defectos de los individuos, la falta de preparación ética en los niños y la tradición hispánica.

En cuanto al último factor mencionado, parece refrendarse el antihispanismo que evidenciaron, por distintas razones, los núcleos dirigentes durante el siglo XIX. De España heredamos una raigambre intelectualista proclive a las generalizaciones exageradas. A ello deben sumársele fuertes dosis de altivez, inescrupulosidad y pereza que configuran un tipo humano francamente inmoral. El carácter mordaz, resabio jesuítico, pervive en la idiosincrasia de los políticos iberoamericanos. Por añadidura, también se deplora como lastre hispano, que en los nuevos tiempos donde imperan la electricidad y el autogobierno, siga subsistiendo en nuestro medio la política del sable y el catecismo.

Deméritos que se harán extensivos a los pueblos latinos en general, embargados por la ligereza y la inconducta. Mientras países como Inglaterra y Alemania exhiben un índice irrelevante de criminalidad, España, Italia y la Argentina —con mayores creces— padecen un altísimo porcentaje de homicidios entre su población.

Consiguientemente, Gran Bretaña y Estados Unidos son erigidos en modelos por antonomasia. En ellos la plasmación de un temple moral dio pie para que aparezcan hombres auténticamente libres y sin dobleces. Allí prima la educación de la voluntad junto a la calidad en los conocimientos, procurándose convertir al niño por todos los medios en un *gentleman* cabal. El presidente Teodoro Roosevelt resulta exaltado como ejemplo de valor, autodominio e iniciativa.

Contrario sensu, la educación argentina se halla abarrotada de teoría, por lo cual sólo se obtienen resultados profesionalmente escuálidos y divorciados de la realidad: como si se estuviera ante "topos de biblioteca" o "faquires en derecho, medicina y matemáticas". Las escuelas y los colegios sólo fomentan el "instinto de engaño", habida cuenta de que los niños nacen embusteros —amén de ignorantes— y terminan siendo engañadores crónicos.

El problema específico para Álvarez consiste en que la enseñanza pública instruye pero no educa, pues se enseña mucha ciencia —o religión en los establecimientos confesionales— pero nada de moral. Pese a ser el país con mayor proporción del universitarios, la Argentina cuenta asimismo con el más alto número de "pillos". Se enfatiza la salvedad de que únicamente los hombres probos merecen acceder a la enseñanza superior.

De un modo paralelo, se critica la afirmación de Sarmiento relativa a la necesidad de crear muchas escuelas para evitar las revoluciones, señalándose que hacia 1900 la nación estaba apestada de "parásitos diplomados y eruditos revolucionarios" y que en la década de 1890 hubo cerca de veinte levantamientos armados. A todo esto se acusa como figurando entre los más grandes embusteros del mundo a quienes combaten por la verdad y pureza del sufragio.

En definitiva, el planteo se halla centrado en postulaciones como las siguientes: para impedir la corrupción política y social el único antídoto eficaz consiste en formar el carácter infantil.[2]

Variación antipositivista

Después del Centenario recrudecen los esfuerzos de distinto signo para explicar la mentalidad y el ser de los argentinos. El pensador cordobés Saúl Taborda (1895-1944) puede tomarse como un exponente sumamente ilustrativo de la preocupación por circunscribir la

[2] Sobre distintos aspectos en la obra del autor comentado, pueden verse los trabajos de Arturo Andrés Roig, *Agustín Álvarez: sus ideas sobre educación y sus fuentes*, Mendoza, Dirección Provincial de Cultura, 1957, y "Ensayo bibliográfico sobre un positivista argentino: Agustín Álvarez", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, 12 (3), 1968, pp. 279-298.

fisonomía nacional en esa otra etapa ideológica y política que le tocó atravesar al país.

Dichas inquietudes Taborda las fue canalizando especialmente tras su regreso de un prolongado viaje por Europa, donde estuvo en contacto con el idealismo germano. Las referencias principales sobre nuestra cuestión aparecieron, durante la sugestiva década de 1930, en *Investigaciones Pedagógicas,* en *La crisis espiritual y el ideario argentino* y en los trabajos publicados en la revista *Facundo*, dirigida por el propio Taborda.

De acuerdo con el presente interés temático, las propuestas que ha ido volcando Taborda en esas obras caben ser entendidas, sin un excesivo *tour de force*, a partir de varios puntos esenciales:

- identificación entre filosofía y pedagogía para el estudio y la génesis de la personalidad;
- asimilación del ser humano ideal con un prototipo anterior al capitalismo;
- oposición a la europeización y a la yancofilia —exponentes de un colonialismo cultural y económico;
- exaltación del sistema calificado como "democracia funcional".

En forma simultánea, importa destacar algunos puntos más específicos y relevantes para nuestra indagación central, como la imagen de España junto a la visión de la Argentina y el papel que en ésta le cuadra a la educación. Taborda reivindica al individualismo hispánico por alejarse tanto de las versiones robinsonianas y asociales como del verbalismo y la elucubración. Se intenta también recuperar el comunalismo federalista, en tanto fenómeno previo a los Reyes Católicos que resurge con la conquista de América y la fundación de las ciudades por España, para prolongarse hasta la hora de nuestra Independencia. Todo ello ha sido engendrado por un humanismo antitecnológico de cuño hispano que se coloca al servicio de la libertad y la autodeterminación.

En cuanto al tópico recurrente sobre la argentinidad, Taborda hace emerger a ésta de un estatuto que precede a los mismos

episodios rupturales de 1810, remontando nuestra más prístina nacionalidad al sentimiento y al alma castellana que llevamos en nuestra sangre y en nuestra raza. Las comunas argentinas, expresadas a través de esa raíz esencial que representa lo *facúndico*, se han forjado en la misma sociedad colonial y constituyen un elemento permanente del nosotros. Este espíritu comunal y caudillesco, verdadero legado hispánico, ha sido falsificado después de nuestra emancipación mediante un "Estado de importación" que se instrumenta por el pensamiento francés, las tesis contractualistas y el individualismo abstracto, los cuales centran la ciudadanía en el mero sufragio. Figuras como Moreno, Alberdi y Sarmiento han sido subyugados por esas ideas y por el capitalismo del *laissez-faire.*

Nuestra educación, en vez de asumir como debiera el estilo de vida afín con las cualidades del pueblo, también se ha dejado pervertir por ese Estado de importación, cayendo en una pedagogía deformante que responde a doctrinas extrañas. Se censura tanto la ley de educación 1420, por su orientación atomista y spenceriana, como la equiparación entre política y educación, según lo cual esta última debe atenerse a formar al ciudadano, al elector, al trabajador, al comerciante. Con ellos se pierde de vista el valor de la pedagogía como un fin en sí mismo.

No sólo se niega la pedagogía argentina postindependentista, atribuyéndosele una trayectoria saturada por el empirismo. Igualmente se objeta el haber abandonado la "pedagogía del genio nativo" —constante inherente a nuestra sociedad y detectable en ámbitos provinciales, con su trasfondo en las escuelas comunalistas coloniales.

También alude Taborda a la situación de su época, a la cual repudia por la inexistencia de una conciencia reflexiva, por la crisis de la democracia y el parlamentarismo, por la falta de partidos políticos orgánicos y, en particular, por el ascenso del radicalismo en 1916 —como una "victoria plebocrática" donde irrumpe irracionalmente la vida suburbana.

La solución esbozada radica en volver al fenómeno originario, reinstalando el pensamiento nacional, la tradición anterior al siglo

XIX, con su fondo místico y heroico que subordina los bienes terrenos.[3]

Enfoques actuales

A las caracterologías del positivismo y a aquellas que produjo la multifacética reacción contra ese movimiento —como las de Ortega, Keyserling, Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada, Guglielmini, Mallea o Juan B. Terán en los años treinta— se irán añadiendo otras que reproducen con variantes elementos pertenecientes al conglomerado doctrinario citado en último término.

Así nos encontramos con aproximaciones como las que aparecen en *El mito gaucho* (Carlos Astrada 1948), *Teoría de la ciudad argentina y Confines de Occidente* (B. Canal Feijóo 1951 y 1954), *Nación y cultura* (Héctor Agosti 1959), *El desarraigo argentino* (Julio Mafud 1959), *La formación de la conciencia nacional* (J. J. Hernández Arregui 1960), *Formas de la realidad nacional* (Carlos Mastronardi 1961) o *Presente y futuro de la filosofía en la Argentina* (Alberto Caturelli 1972).[4]

Al acercarnos a la década de 1980, entre los trabajos que se difunden hacia ese entonces, e.d. en uno de los períodos más cruentos que padeció nuestra sociedad, se hallan algunas obras donde se reactualizan las tesis del nacionalismo y el revisionismo histórico pero sin ofrecer ninguna innovación fundamental a los habituales planteos enunciados por dichas vertientes doctrinales y metodológicas.

Proclamando que había advenido una nueva "hora de la espada", se publica un "libro de combate" en *Defensa de la argentinidad*.[5] Allí se declara la guerra sin cuartel a un antagonista que se intenta representar mediante un conjunto *sui generis* de corrientes y de

[3] *Cf.* el estudio y la antología de Adelmo Montenegro, *Saúl Taborda*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1984.

[4] Buena parte de esas obras las hemos analizado, junto al libro de Fermín Chávez *La recuperación de la conciencia nacional*, (1983), en nuestro trabajo citado *supra*.

[5] Escrito por Matías E. Suárez y prologado por Federico Ibarguren, Buenos Aires, Plus Ultra, 1978.

prácticas institucionales: desde la libertad de pensamiento, el racionalismo, el laicismo, el liberalismo y el socialismo hasta la partidocracia junto al sufragio y las decisiones mayoritarias. Contra esas expresiones del mundo moderno el autor esgrime unos principios que según él resultan inconmovibles y que, acaso para asegurar su trascendencia, el autor redacta con letras mayúsculas: Dios, Patria, Familia, Fe, Filosofía, Verdad Total y Eterna, Jerarquías Naturales, Autoridad, Orden, Honor, Rey, Fuerzas Armadas, Hispanidad. De tales nociones emana todo aquello que corresponde tomarse como lo peculiarmente argentino, al cual se le asigna además una "visión universal": el liderazgo hispano-americano. Prescindiéndose de la relevante impronta aborigen —los indios son presentados como pertenecientes al encomendero—, se nos asocia íntimamente a la "Civilización Occidental", pero sin entender por ésta a aquella modalidad que propicia el pluralismo ideológico y el respeto por las diferencias sino a una consecuencia exclusiva y excluyente de la Iglesia Católica tradicional.

En el mismo año —1978—, con un enfoque más refinado, Julio de Zan no dejó de seguir análogos lineamientos revisionistas, a los cuales les adjudica el haber efectuado una "severa crítica".[6] La nacionalidad para De Zan se constituye sustancial y unívocamente, sin grandes fisuras, bajo el ciclo colonial hispano, única tradición donde puede identificarse el "hombre argentino actual". A partir de ese legado se originó el país genuino y ontológico: la Argentina interior, el ethos criollo, verdadera constante histórica que se ubica más allá de la ideología y la política. Esa manifestación abarca un vasto arco social, que se extiende desde los sectores más altos del patriciado hasta las masas populares. Por otro lado, el iluminismo, el proyecto liberal progresista, rompen con dicho patrón cultural, generando un país formal de trasplante.

Más recientemente, Marcelo Sánchez Sorondo, partiendo de que el poder es algo que compite esencialmente a una minoría selectiva y respaldando la concepción de la política bosquejada por Charles Maurras, vacila entre inclinarse por los golpes palaciegos o por la

[6] Véase, J. de Zan, "El problema de la identidad nacional del hombre argentino", en *Megafón*, 8, 1978.

democracia, a la cual le niega que pueda ser un bien en sí. Empero, Sánchez Sorondo considera que las dictaduras militares respondieron principalmente a la "inanidad" gubernativa y a la conspiración de los políticos, por lo cual habría que resarcir a las Fuerzas Armadas y promover en ellas "su aptitud para el combate, su magisterio de estoicismo, su alta simbología asociada a la bandera de la patria que las identifica como imagen de la unidad nacional"... También se muestra taxativo en su opción hacia la tradición nativa y católica, hacia "las voces antiguas de la patria criolla" —con su carácter enérgico— frente a la "pavorosa concentración cosmopolita", reflejada v. gr. en las canciones de protesta.[7]

Cierto cambio de rumbo, orientado hacia la tónica liberal, aparece con Víctor Massuh y Marco Denevi. El primero se pronuncia contra la "desmesura" metafísica en las explicaciones que se han propuesto sobre el ser argentino y, muy especialmente, con relación tanto a los factores atentatorios de su evolución como a las medidas que cabe adoptar para permitir eventualmente una decidida recuperación. Dicha ausencia de medida o equilibrio es atribuida a la parcialización con que se efectúa el rastreo etiológico y la respectiva terapia. No existe un único responsable de la declinación nacional sino que inculpación y exculpación, castigo y premios, deben ser igualmente repartidos entre las distintas instituciones, factores de poder y grupos de presión: lo mismo se trata de las Fuerzas Armadas o la Iglesia Católica que de los partidos políticos o la Universidad. Por ende, aunque se recomienda cultivar el jardín de las diferencias, queda en pie, como en el caso anterior, si puede juzgarse del mismo modo y llegar incluso hasta la absolución, a quienes acallaron no sólo al inconformismo sino que también cercenaron toda oposición, visualizando enemigos por doquier[8]

Marco Denevi, por su parte, asocia la Argentina con *La República de Trapalanda* [9] y se refiere a ésta como el sitio donde prepondera ran la verborragia y el macaneo, los políticos tramoyistas, histriónicos y mal intencionados. Sus habitantes no pueden vivir bien en

[7] M. Sánchez Sorondo, *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
[8] V. Massuh, *La Argentina como sentimiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.
[9] Marco Denevi, *La República de trapalanda*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

democracia, por su falta de madurez y por poseer un espíritu gregario, con inclinaciones hacia el derroche y la dilapidación. A todo ello, la inmigración europea, mediante capitalistas y gerentes de empresa, aportó un componente adulto, de ahorro, laboriosidad y sacrificio. Asimismo, Denevi celebra la indiferencia de la clase obrera argentina hacia el marxismo. La única esperanza para que los argentinos puedan rehabilitarse e ingresar en el siglo XXI consiste en que se produzca un "cambio generacional" por el cual se abandone la convicción de que aquellos representan a un pueblo predestinado hacia la grandeza.

Valorizaciones

Dejando de lado los aspectos menos cuestionables que ofrecen algunas de las propuestas sintetizadas, se resaltarán los elementos críticos globales presentes en ellas.

En mayor o menor grado, todos los trabajos encarados se alejan de una noción positiva de identidad. Ésta debe mensurarse en relación con ciertas variables claves como suponen, entre otras instancias, la correlación entre cultura y sustentación del poder, la idea de unidad en la diversidad junto al impulso hacia un activo proceso de humanización y democratización que estimule la autoafirmación individual y comunitaria.

Por el contrario, en el material abordado se observa una serie de filiaciones negativas en cuanto al hacer más consciente la realidad con objeto de mejorarla, adaptándose en cambio imágenes distorsionadas que conllevan el estancamiento y la dependencia — justamente aquello que varios de los autores analizados pretenden neutralizar.

La posición de Agustín Álvarez surge como una de las más problemáticas en su intento por explicar las formaciones colectivas, junto a su mayor o menor evolución, a partir de los comportamientos puramente individuales y los talantes anímicos. Tampoco resulta convincente su apelación a la progenie étnica para dar cuenta de supuestos predominios mundiales y decadencias locales. Dichas categorías, al igual que la apelación a factores eticistas, soslayan la

dimensión histórica y política de la cuestión nacional en juego. ¿Cómo compatibilizar por lo demás la admiración hacia Inglaterra y Estados Unidos de que hace gala el autor con la manifiesta inmoralidad que revelaban esos países en sus avasallantes desplazamientos por el orbe?[10] El modelo mismo del *gentleman* ¿puede ser tan significativo que para alcanzarlo se justifique el recurrir a las más crueles reprimendas? ¿No parece retomarse, aunque sea desacralizadamente, la vilipendiada creencia en el pecado original cuando se sostiene la mendicidad congénita del hombre? El subido elitismo de Álvarez se traduce en distintos órdenes de cosas: menosprecio —infundado— del pueblo argentino como sumido en la corrupción; acentuado limitacionismo en materia universitaria y rechazo de la educación permanente; ataques al voto universal y a la limpieza electoral. En suma, tales planteos pueden ubicarse junto a la resistencia que trasuntaron los sectores dominantes finiseculares hacia un mayor protagonismo popular —como lo prueban sus reparos contra el ciclo revolucionario iniciado en 1890.

Posee también serias restricciones el esquema desplegado por Saúl Taborda, con su espiritualismo tecnófobo y pre-industrialista, con sus equívocas alusiones al alma, la sangre, la raza y el genio como aspectos determinativos. Una postura idealista regresiva lo hace abjurar por entero del capitalismo para refugiarse en una época arcádica previa donde no predominan los intereses materiales, donde la filosofía se impone a la ciencia y la educación resulta incontaminada por la política. Ese prodigioso marco, en el cual impera un liderazgo caudillesco reñido con las actividades políticas partidarias, sirve de parangón a la nacionalidad argentina. Esta es concebida de un modo estático, con visos aristocratizantes y chovinistas que exaltan, p. ej., la enseñanza discriminatoria del coloniato y repudian el triunfo del radicalismo por incorporar a la masa extranjera. Mientras Agustín Álvarez imputaba unilateralmente los pesares nacionales a la herencia española, Taborda centra nuestra personalidad social y sus hipotéticas virtudes en ese único ascendiente.

[10] Como es el típico caso de la idealizada figura de "Teddy" Roosevelt, quien fue invitado a visitar la Argentina por una institución que presidía el propio Álvarez (el Museo Social Argentino).

Buena parte de los trabajos dados a conocer recientemente siguen todavía planteando el perfil argentino bajo similares términos disyuntivos.

Nos detendremos en el ensayo escrito por De Zan, quien, postulando una nacionalidad inmune e inalterada, descarta en ésta a la contribución inmigratoria, por adjudicarle un mero propósito lucrativo —como si las luchas gremiales y políticas emprendidas en nuestro suelo por muchos inmigrantes no hubiesen aportado definidamente al desarrollo equitativo del país. Ello se vincula con el *parti-pris* de que mientras el liberalismo decimonónico provocó grandes deformaciones nada semejante ocurrió con el pensamiento español, el cual es imbuido de un carácter legitimador en sí mismo. Así, las tesis contractualistas son juzgadas sólo como artificios abstractos, sin advertir que aquéllos han colaborado en su momento para forjar un imaginario más justiciero acerca del gobierno, al concebir a éste como producto de la asociación entre los hombres y no conforme a una derivación absolutista supuestamente divina. Si bien De Zan lamenta la subestimación o el exterminio del indígena llevada a cabo bajo premisas declaradamente positivistas y darwinianas, pragmáticas y ateas —no estableciendo aquí ningún matizamiento ni excepcionalidad—, omite en cambio referirse al inconmensurable genocidio perpetrado por los conquistadores de cruces y espadas. Paralelamente se cometen varios simplismos como el atribuirle a los sectores ilustrados un pensamiento puramente imitativo del europeo, o el reducir las principales problemas del país a la oposición en bloque entre las provincias y la metrópoli porteña, a la cual se le asigna el empobrecimiento del interior, que es erigido en el centro verdaderamente creativo y argentino —pasándose por alto las fuerzas retardatarias que también operan en el medio rural, los grupos propensos al cambio que se mueven en Buenos Aires y la penetración de la campaña en el área citadina.

En el libro de José Isaacson, *La Argentina como pensamiento* (Marymar 1983), si bien se discute en él la obra de Víctor Massuh ya reseñada, pueden extraerse diversas puntualizaciones adonde estarían condensadas las objeciones principales que, *mutatis mutandis*, cabe formulárseles no sólo a los abordajes que hemos

traído a colación sino a la mayor parte de los trabajos sobre el polémico asunto del ser nacional que fueron divulgándose durante los cien años acotados por este volumen colectivo. Más allá de las reservas o adhesiones que depare la óptica personalista sostenida por Isaacson, él mismo alerta sagazmente contra las generalizaciones y contra los enfoques emotivistas que han indagado en torno al modo de ser argentino. La línea predominante en dicha indagatoria no suele distinguir, por ejemplo, entre quienes usufructuan el poder o no lo hacen, entre las corporaciones privilegiadas y aquellos grupos que se valen mucho menos del país para servir a sus propios beneficios. Difícilmente podrá entonces equipararse el papel jugado por la oligarquía con la función que han ido encarnando otros sectores de la sociedad. Isaacson también desconfía de la "psicologización de los problemas sociales", especialmente en lo tocante al reiterativo tópico acerca de la frustración nacional, lo cual, para aquél, no constituye una "fatalidad histórica" sino "el emergente de condiciones socio-económicas, políticas y culturas bien definidas". Más puntualmente, se impugnan la socorrida creencia acerca de que en la Argentina no existe discriminación racial.

De tal manera, concluimos citando uno de los estudios que se han esforzado por aplicar lineamientos como los que hemos ido rescatando para comprender cabalmente el tema de la identidad, según se lo entiende hoy, *i.e.*, no sólo como un menester de auténtico reconocimiento de la mismidad —con todas las implicancias y heterogeneidades del caso— sino además en tanto noción dinámica que tiende a introducir transformaciones estructurales en la propia realidad. Así, Gustavo Cirigliano, retomando a su manera la temática presente en autores como Agustín Álvarez, Ricardo Rojas y Saúl Taborda, se ocupa de enlazar el campo pedagógico con el desenvolvimiento nacional.[11] Cirigliano destaca tres proyectos de país, arrancando con la llegada de los españoles. El primero, de sumisión colonial, se prolonga hasta 1800; el segundo, de factura independentista, se extiende hasta mediados del siglo pasado; el

[11] Véase, G. F. J. Cirigliano, *Educación y país. Hacia una teoría de la Argentina*, Buenos Aires, Humanitas, 1988.

último, de dependencia consentida, abarca entre 1880 y 1930. Frente a esos paradigmas y sus diversos grados de violencia y marginación, se menciona la elaboración de un proyecto nacional alternativo surgido en las dos últimas décadas: el de la integración latinoamericana para la liberación continental. Aquí se procura perfilar una clase de país y de hombre, donde este último sabe que nace esclavo *v. gr.* de una deuda externa que no contrajo y pugna por ser libre. El encuadramiento parte de una personalidad arquetípica que se realiza dándose, no guardando ni acumulando; al estilo de reconocidos símbolos mundiales como Cristo, Gandhi, Luther King o las Madres de Plaza de Mayo. En cuanto a la educación, el pueblo, más que ser un simple beneficiario, aspira a convertirse en el sujeto de la misma. Mientras que hacia 1880 se buscó extender la enseñanza primaria, actualmente deberá "universalizarse la universidad".

El proteico nacionalismo argentino

Cristián Buchrucker

1. Interrogantes y conceptos orientadores

> En el nacionalismo, que parece servir como etiqueta y justificación para muchos procesos de diversa índole, se encuentran oposiciones y contradicciones extremas. Puede ser sinónimo de emancipación y puede serlo de dominación.[1]

El párrafo precedente, extraído de un excelente estudio comparativo, es también apropiado para la presentación de los principales interrogantes y dificultades que plantea la indagación sobre el nacionalismo argentino. Determinar con precisión los perfiles de tal objeto de estudio resulta una tarea ardua, ya que pronto se advierte que el acuerdo entre los autores apenas si supera la afirmación general de que no existe "un" nacionalismo, sino diversas corrientes diferenciadas y —en ocasiones— duramente enfrentadas entre sí.

El presente trabajo se orientará siguiendo dos vías de aproximación, que serán útiles, tanto para la diferenciación interna del fenómeno argentino, como para su inserción en un marco comparativo latinoamericano y mundial. La primera, establece una tipología de los nacionalismos según la "tarea nacional" prioritaria argentina; la segunda, explora sus relaciones con las macroideologías de los siglos XIX y XX.

Una de las *definiciones* más aceptables de nacionalismo lo concibe como la conciencia que un grupo cultural y territorial desarrolla acerca de un conjunto de intereses y aspiraciones que sus integrantes comparten y que sólo pueden ser adecuadamente protegi-

[1] Alter, 1985, p. 11.

dos por la creación de un poder político soberano. En suma, se trata de la afirmación de que la legitimidad fundamental de un Estado surge de su capacidad para expresar el desarrollo libre de una nación.[2] El nacionalismo, como movimiento político, tiende a tomar rasgos diferentes según sea el desafío histórico especial al que se enfrente la nación-estado. En función del mismo, esos movimientos se fijan una "tarea nacional" prioritaria. Surge así el nacionalismo *liberador y fundacional*, cuando se trata de terminar con la dominación extranjera o de crear un Estado propio por vez primera en la historia de una nación. Tal fue el caso de las jóvenes repúblicas latinoamericanas en los comienzos del siglo pasado. Otra variante se da en los nacionalismos *unificadores y restituyentes*, que buscan la unión política de "trozos" considerados partes de una sola nación o de la recuperación de un territorio perdido. Puede darse también el nacionalismo *reformista o modernizador*, entendiendo como tal los esfuerzos tendientes a preservar y reforzar, no tanto la estructura estatal (no amenazada directamente en este caso), sino las bases de la economía y la identidad cultural frente al impacto de fuerzas externas. Un ejemplo histórico muy conocido de este tipo de nacionalismo se da en el Japón de la era Meiji.[3] Por último, tratándose de movimientos y regímenes sedicentes nacionalistas que efectúan reclamaciones a costa de los territorios de otros pueblos, en función de diversos argumentos (a menudo se trata de la "misión" pedagógica de una cultura supuestamente superior) es preferible hablar de *pseudo-nacionalismos imperialistas*, calificación que se ajusta a la mayoría de los nacionalismos europeos de comienzos del siglo XX.

La definición de "nación" como grupo cultural y territorial es obviamente de máxima generalidad y la tipología precedente pasa por alto las inevitables tensiones y ambigüedades que ella encierra. Los pueblos han ocupado espacios variables a lo largo de su historia y las tradiciones, costumbres y memorias compartidas sufren transformaciones no necesariamente imputables a la intervención foránea.

[2] Asumo la responsabilidad por esta definición del nacionalismo. En lo esencial no difiere de las que proponen Scruton, 1984 y Chumbita, 1989.

[3] La tipología aquí propuesta guarda alguna semejanza con la de Breuilly, 1982. Pueden verse también con provecho Rejai, 1984 y Alter, 1985.

Y la abstracta idea de nación tampoco responde a los interrogantes que plantean las relaciones políticas y económicas entre los estratos y sectores sociales que componen un pueblo. Enfrentados a esta problemática, los diversos nacionalismos se han identificado con una u otra de las grandes ideologías. Y así hubo en el Viejo Mundo un nacionalismo liberal y otro conservador (o restaurador), un pseudo-nacionalismo fascista y una apropiación de reclamos nacionalistas por parte del comunismo. En lo que hoy es el Tercer Mundo, todos estos paradigmas se vieron parcialmente transformados y reinterpretados sobre la base de la existencia de legados culturales y situaciones históricas diferentes a las que habían originado aquellos modelos.[4] En el caso latinoamericano, Chumbita ha dado una adecuada visión sintética de este panorama:

> ...frente a una secular situación de dependencia, surgen distintas respuestas, "reaccionarias", moderadas y revolucionarias, incidiendo también el problema ya señalado de la compatibilización entre nacionalismo cultural y proyecto nacional de cambio, fuente de inevitables equívocos.[5]

En esta pugna de las diversas tendencias por darle una forma concreta al nacionalismo ocupa un lugar de privilegio la búsqueda y elección de *una determinada interpretación de la historia*, de la cual se desprende la postulación de *un tiempo ejemplar o época de referencia*, período que servirá de modelo y acicate para el proyecto político del presente. Los nacionalistas argentinos influidos por la tradición contrarrevolucionaria de Europa exaltan el periodo colonial y el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-52), mientras que otras líneas más "populistas" y democráticas muestran mayor preferencia por un rescate del sustrato indígena, la gesta de los Libertadores, Artigas y los caudillos del Interior. Pero estos tiemposejemplares contrastan en muchos aspectos con lo que hasta hoy sigue siendo la época arquetípica para la concepción liberal-

[4] Algo más sobre esto en Buchrucker, 1988.
[5] Chumbita, 1989, p. 424.

conservadora de la nación argentina: la "Organización Nacional" (1853-1880) y su posterior culminación agroexportadora.

En la segunda parte de este trabajo se hará una revisión de la trayectoria del nacionalismo que exige algunas aclaraciones previas. Si bien no sería ilegítimo denominar "nacionalismo liberal" a ciertos fenómenos del pasado argentino, esa frase será evitada, porque se presta a confusiones y por no ser usual en el vocabulario político argentino. En el centro de la escena estará lo que en otra he denominado "nacionalismo restaurador", tendencia que hasta nuestros días ha retenido con mayor tenacidad el simple adjetivo de "nacionalista". La corriente popular o populista que luego tendió a fundirse con el peronismo ha preferido autodesignarse simplemente como "nacional". Por último se encuentran versiones marxistas del nacionalismo, especialmente a partir de los años 60, las cuales suelen catalogarse como "izquierda nacional".[6]

2. Etapas y avatares del nacionalismo

a. La Argentina liberal y la mentalidad defensiva (1880-1927).

A partir de la resolución de los últimos conflictos institucionales relativos a Buenos Aires como capital de la República (1880) y de la respuesta militar al "problema indígena", el país entró de lleno en la etapa de un consenso ideológico liberal-conservador, apuntalado por el crecimiento aparentemente ilimitado del sector agroexportador pampeano. Sin embargo, una mirada mas atenta revela las grietas que se iban abriendo en este edificio. Ya en la década del 80 la política laicista del Presidente Roca había suscitado la airada respuesta de sectores católicos, que con los discursos

[6] Como es frecuente en estos casos, la clasificación que he preferido no cuenta con el acuerdo de todos los estudiosos del tema. Zuleta Álvarez, 1975 (vol. 2) no diferencia entre la segunda y la tercera de estas categorías, mientras que Galasso, 1983, coincide con el criterio seguido aquí. En cuanto a las denominaciones, he preferido las que utilizaron con frecuencia los mismos protagonistas, lo cual siempre resulta aconsejable desde el punto de vista histórico. Las tipologías que proponen Goldwert, 1972, y Puhle, 1985, subestiman —a mi juicio— las diferencias entre las distintas corrientes nacionalistas, dándose además algunas dificultades terminológicas.

de J. M. Estrada y P. Goyena iniciaron una primera crítica parcial de lo que constituía un área particularmente sensible del proceso de modernización en nuestro continente. Con todo, el conflicto se atemperó en las décadas siguientes y es necesario señalar que se limitaba al plano de la política educativa.

Más preocupante para la élite "roquista" era el continuo crecimiento de un movimiento político que, a partir de la fracasada "Revolución del 90", reclamaba el cese del sistemático fraude electoral. La democracia, entrevista por la oligarquía como perdida en las brumas de un lejano futuro, llegó para algunos con inesperada velocidad, al acceder H. Yrigoyen a la presidencia de la República en 1916. Desde la perspectiva elitista de quienes se sentían los diri-gentes natos del país, la nueva etapa que se abría con el predominio político del radicalismo era el "desorden" y la "indisciplina", ya que "los de abajo" pretendían ser obedecidos por "los de arriba".[7]

Mayor aun fue la alarma que suscitaba el naciente movimiento obrero, relacionado como estaba con los inmigrantes y las tendencias anarco-sindicalistas predominantes en los países latinos. La Semana Trágica en Buenos Aires (1919) y los sangrientos sucesos de la Patagonia (1922) constituyeron la culminación de esta situación conflictiva. J.E. Carulla, futuro dirigente nacionalista, ya creía en 1918 que una manifestación de los empleados de comercio encubría en realidad a "un diablo moscovita".[8]

Es evidente que los importantes cambios que tuvieron lugar en el mundo y en la Argentina entre los años 1914 y 1918 aumentaron hasta niveles críticos los temores que caracterizaban desde hacía algún tiempo a un sector de la opinión conservadora. Comenzaba a tomar cuerpo una *mentalidad defensiva*, que pronto iba a separarse del consenso ideológico liberal (cuyo trasfondo emocional había sido optimista) para buscar nuevas fuentes de inspiración en las experiencias autoritarias de la Europa de la postguerra. La fundación de la "Liga Patriótica Argentina" por Manuel Carlés

[7] Ver Lugones (H.), 1949, pp. 299 y 300.
[8] J. E. Carulla, 1951, p. 149.

(1919) y los discursos del poeta Leopoldo Lugones a partir de 1921 son los testimonios más llamativos de este proceso. Naturalmente sería estrecho limitar los orígenes de la preocupación nacionalista a las tendencias que acabo de resumir. La época en cuestión también asistió al desarrollo de *otras versiones del nacionalismo*, sin que ninguna de ellas llegase a tener un peso político importante. De todas maneras, el escritor socialista Manuel Ugarte (1875-1951) levantó la bandera de un nacionalismo no meramente argentino sino latinoamericanista y antiimperialista, constituyéndose en uno de los precursores de las posiciones sostenidas por FORJA en los años 30.[9] Por otra parte, Ricardo Rojas (1882-1957) publicaba una serie de obras que ponían el acento en el problema de la identidad cultural argentina, a la que veía amenazada por el "mercantilismo cosmopolita" y la injusta acusación de "barbarie" lanzada por Sarmiento contra las raíces hispano-criollas del país. En esta temática Rojas preanunciaba la polémica del "revisionismo histórico", que iba a desatar muchas pasiones a partir de las décadas del 30 y 40.[10]

b. El periodo "clásico" del nacionalismo (1927-1943)

Los años que van de 1927 a 1930 van a ser decisivos para la historia del nacionalismo de derecha en la Argentina. La segunda presidencia de Yrigoyen, el comienzo de la gran crisis económica mundial y un supuesto peligro socialista van a constituir la constelación de factores que dará a los representantes extremos de la mentalidad defensiva el impulso necesario para adquirir un nivel de organización y peso político del que hasta entonces habían carecido. En 1929, L. Lugones ya plantea la racionalización ideológica del golpe militar, acusando al radicalismo de haber "derogado" la constitución y declarando a los opositores "desobligados de la fidelidad" a

[9] Entre sus obras cabe recordar: *El porvenir de la América Española* (1910); *Mi campaña hispanoamericana* (1922) y *El destino de un continente* (1923).

[10] En este contexto los libros más importantes de Rojas son: *La restauración nacionalista (1909); Blasón de Plata* (1910) y *La Argentinidad* (1916).

dicha ley fundamental.[11] Y después del triunfo de la llamada "Revolución" del 6 de septiembre de 1930, su jefe, el Gral. J. F. Uriburu presentó a los periodistas otra de las argumentaciones que se convertirá en habitual en las décadas siguientes: él y sus compañeros habrían actuado movidos por el "temor patriótico" de que la continuación del gobierno podía producir "la revolución social" y "el anarquismo".[12]

En esta etapa inicial el *nacionalismo restaurador* estaba representado por un grupo de notables (Uriburu, Lugones y Carlos Ibarguren) y de agrupaciones (la ya mencionada LPA, "Liga Republicana" y "Legión de Mayo"), siendo su vocero más novedoso "La Nueva República", fundada en 1927 por un grupo de jóvenes intelectuales entre los que se destacaban Julio y Rodolfo Irazusta. Pero el elemento que resultó decisivo en la coalición que derrocó a Yrigoyen no fue éste, sino las tradicionales fuerzas conservadoras. Durante un breve tiempo la dictadura de Uriburu intentó desarrollar formas políticas vagamente afines al fascismo italiano, pero luego se impuso la vieja receta del fraude electoral, con la cual se inauguró una década oligárquica (1932-1943). Principalmente en dicho período se dieron *tres procesos* que resultan de interés para la evolución del nacionalismo: la sistematización de la ideología; la fragmentación política de las organizaciones, y la aparición de un nacionalismo diferente, de rasgos "populistas".

La *sistematización ideológica* fue el legado más duradero que aquella generación del nacionalismo restaurador dejó a sus continuadores. Un grupo de intelectuales publicó entonces —con considerable repercusión en algunos casos— los libros que hasta hoy son considerados como los "clásicos" de esa corriente política. En dicha lista figuran L. Lugones (*La Patria Fuerte* y *La Grande Argentina*, ambos de 1930); Carlos Ibarguren (*La inquietud de esta hora*, 1934); Julio y Rodolfo Irazusta (*La Argentina y el imperialismo británico*, 1934); J. Meinvielle (*Concepción católica de la política*, 1932; *Concepción católica de la economía*, 1936 y *El*

[11] En un artículo luego recogido en Lugones, 1962, p. 188.

[12] Cit. en Beresford Crawkes, 1932, pp. 105 y 106.

judío, 1936); Ernesto Palacio (*Catilina*, 1935 y *La historia falsificada*, 1939) y el novelista Gustavo Martínez Zuviría (*El Kahal, Oro y 666*, entre 1935 y 1942). Además éstos y otros autores nacionalistas difundieron sus ideas a través de diarios y revistas, entre los que se destacaron *Crisol, El Pampero, Baluarte, Sol y Luna, Cabildo, Nueva Política, Nuevo Orden* y *La Voz del Plata.*

El ideario allí expresado puede sintetizarse en una serie de negociaciones y otra de afirmaciones. Entre las primeras figuraban la condena de la democracia y el antiliberalismo, así como el antisindicalismo. Meinvielle consideraba que el sufragio universal era "injusto, incompetente, corruptor",[13] pero ello no era suficiente; para el nacionalismo restaurador todos los fenómenos negativos quedaban entrelazados en *el mito de la conspiración universa*l. El citado autor lo resumía en los siguientes términos:

> ...Y todo lo malo que se perpetre en los veinte siglos de historia cristiana debe ser primera y principalmente judaico... Con el capitalismo los judíos se apoderaron de las riquezas de todos los pueblos, pervirtiendo su inteligencia y corrompiendo su corazón... Con el comunismo los judíos exterminan a sus opositores y sujetan a los cristianos a un yugo de esclavos imposible de romper.[14]

La consecuencia lógica de esta retorcida filosofía de la historia fue sacada por los sectores más extremistas, quienes llegaron a exigir que se privara a los judíos del derecho de ciudadanía, así como de toda participación "en cualquier empresa de producción".[15]

En cuanto a las afirmaciones y objetivos deseables, el nacionalismo restaurador hablaba del Estado fuerte, autoritario y a veces hasta "totalitario", conducido por "élites" que serían reclutadas por mecanismos corporativos y educadas en el seno de una cultura rígidamente controlada. Como es habitual en este tipo de ideologías, la pretensión de un "bien común", supuestamente inmóvil

[13] En *Concepción católica de la política* (reeditado en Meinvielle, 1974, p. 105).
[14] En Meinvielle, 1963, pp. 30 y 58.
[15] Enrique Osés en *Crisol*, 16/10/1936.

como una idea platónica y solamente inteligible para una pequeña minoría de elegidos. El "destino esencial" de las sociedades "nunca" podía ser decidido "lícitamente" por las mayorías. Se ponían como ejemplo los regímenes fascistas, cuyos movimientos oficiales "tienen del bien común una visión más clara y completa que cada uno de los grupos culturales en que se divide la sociedad".[16]

La presencia de *fuertes influencias doctrinarias europeas* era evidente, tanto por referencias explícitas, como por analogías muy sugestivas en lo formal. Era difícil aceptar como lógica la actitud de un "nacionalismo argentino" que condenaba por "foráneos" a liberales y socialistas, pero al mismo tiempo adoptaba el "saludo romano" de los camisas negras. El nacionalismo restaurador se identificó más estrechamente con el franco-falangismo y con ideólogos de la "revolución conservadora" como Charles Maurras, Hilaire Belloc, Nicolai Berdiaeff y Ramiro de Maeztu que con el fascismo italiano y el nacionalismo germano, pero se trataba de una cuestión de grados. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo encendidas tomas de posición a favor del Eje, dándose un ejemplo particularmente grotesco en Nimio de Anquín, quien definió al "Nuevo Orden" de Hitler como "un sistema de relaciones fraternales fundadas en la justicia, un mundo de amor".[17]

He señalado en la primera parte de este trabajo que la elección de una *época histórica de referencia* constituye uno de los elementos más interesantes pero también más conflictivos en el proceso por el cual un movimiento nacionalista diseña su especial idea de nación. El nacionalismo restaurador de los años treinta se forjó una imagen harto estrecha y estática de lo que era la nación argentina. Como se rechazaba todo lo que no se ajustaba a las tradiciones hispanas anteriores al siglo XVIII, quedaba convicto de "antinacional" prácticamente todo el desarrollo histórico de la era contemporánea. Así, J. B. Genta denunciaba la "preferencia de lo nuevo y lo extraño" como el nefasto "principio de la Revolución", mientras Meinvielle señalaba el mundo medieval como la cumbre de la or-

[16] Bruno Jacovella en *Crisol*, 01/02/1938.
[17] En *Nueva Política*, núm. 10, marzo de 1941.

ganización social y Federico Ibarguren admiraba en Rosas el restaurador del pasado colonial.[18] Esta visión del "ser nacional" creaba problemas identificatorios a las masas inmigratorias, que vinieron a la Argentina movidas por cualquier impulso menos el de integrarse en una continuación inacabable de la sociedad del Antiguo Régimen. Por otra parte, se advierte que tampoco dejaba verdadero espacio libre para la creación autónoma al elemento popular autóctono, que además de sus componentes indígenas, atesoraba en su memoria colectiva la generación de los patriotas de la Revolución de la Independencia como fuente de orgullo e inspiración. Y estos patriotas, eclécticos en su formación y talante en la mayoría de los casos, fueron hombres abiertos a las innovaciones.

Si bien el perfil de esta ideología era inconfundiblemente arcaizante, a medida que pasaban los años se produjo también una yuxtaposición con temas nuevos, dotados de un mayor atractivo para el ciudadano medio. Así, en la programática cobraron cierto relieve la idea de la solidaridad latinoamericana, el tema de la justicia social (mezclado con la ilusión de que el corporativismo de tipo fascista la realizaba) y la preocupación por la industrialización y la independencia económica. Un fuerte énfasis en esta última idea-fuerza y una creciente impaciencia con el dogmatismo de los otros grupos caracterizaron a los hermanos Irazusta y a sus seguidores del "Partido Libertador", quienes de esta manera vinieron a constituirse en una especie de formación intermedia entre el nacionalismo restaurador "duro" y el nacionalismo populista del que se hablará mas adelante.

Pasando al *análisis del movimiento como fuerza política*, se advierte lo efímero de la confluencia uriburista. Un continuo proceso de fragmentación debilitó la capacidad operativa de los nacionalistas, si bien todas las organizaciones proclamaban su vocación de convergencia. Así surgieron y decayeron la "Legión Cívica Argentina" (fundada en 1931), la "Acción Nacionalista Argentina-ADUNA" (1932), la "Unión Nacionalista de Estudiantes Secunda-

[18] Textos de 1943, 1932 y 1942 respectivamente. Ver Genta, 1976, pp. 58-77; Meinvielle, 1974, pp. 27 y 90; Ibarguren, 1957, p. 136.

rios- Alianza de la Juventud Nacionalista" (1936 y 43), el Movimiento "Restauración" (1936), la "Unión Nacionalista Argentina-Patria" (1941), el "Partido Libertador" (1942) y otras entidades de menos significación. El rol de líder nacional del movimiento fue siempre duramente disputado, pero tanto las figuras militares (los generales J. B. Molina, B. Pertiné y B. Menéndez y el almirante Renard), como las civiles (L. Lugones, J. P. Ramos, E. Osés, M. Fresco y otros) fracasaron en el intento de aglutinar el nacionalismo. No menos infructuosas fueron las gestiones realizadas por diversos cuerpos colegiados de corta vida, tales como la "Comisión Provisoria del Nacionalismo Argentino" (1935) y el "Consejo Superior del Nacionalismo" (1941).

Dadas estas circunstancias, no es sorprendente el fracaso del nacionalismo restaurador en el plano estrictamente político. Los intentos de golpe militar abortaron (1935, 36 y 41), y la penetración gradual en el aparato estatal, ofreciéndose al régimen liberal-conservador como aliado contra el peligro rojo, no arrojó sino magros resultados. Algunas agrupaciones incluso tentaron la vía electoral, pero tampoco ésta les abrió el camino hacia el poder. Sin embargo, sería erróneo extraer de estos hechos la conclusión de que se trató de un fracaso en toda la línea. En determinados ámbitos e instituciones de la vida argentina el nacionalismo de derecha logró considerables simpatías e influencia, especialmente en sectores de las Fuerzas Armadas, la Iglesia y la educación. Si se tiene en cuenta el contenido ideológico de esta tendencia, tales éxitos parciales no resultan sorprendentes, ya que presentan similitudes con lo que en los años 30 era bastante habitual en muchos países europeos de fuertes tradiciones autoritarias. El auge simultáneo del "integralismo" en el Brasil es el paralelo latinoamericano más evidente.

Al mismo tiempo se desarrollaba *otra vertiente del nacionalismo* que bien puede ser llamada *"populista"*, siempre que se utilice este adjetivo de manera neutra, despojándolo de las connotaciones negativas que suele tener para la mayoría de los polemistas conservadores.[19] La "Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argenti-

[19] En este sentido véase Di Tella, 1989.

na" (FORJA, 1939-45) fue el núcleo orgánico más importante de esta corriente, distinguiéndose en su labor de agitación Arturo Jauretche, Luis Dellepiane y Jorge del Río. Pero entre las figuras más notables se encuentran también publicistas que no tuvieron una relación directa con FORJA. Para el periodo en cuestión debe recordarse a Manuel Ortiz Pereyra (*La tercera emancipación*, 1926 y *Por nuestra redención cultural y económica*, 1928); Raúl Scalabrini Ortiz (*El hombre que está solo y espera*, 1931, *Política británica en el Río de la Plata* e *Historia de los ferrocarriles argentinos*, 1940); Saúl Taborda (*La crisis espiritual y el ideario argentino*, 1933) y José L. Torres (*Algunas maneras de vender la Patria*, 1940 y *Los perduellis —los enemigos internos de la Patria*, 1943).

El nacionalismo populista compartía con los restauradores el objetivo de la independencia económica, pero se diferenciaba claramente de aquella tendencia semifascista por su reinvindicación de la democracia (siguiendo la tradición yrigoyenista) y por su concepción amplia y dinámica de nación. Así, en pleno auge de la dominación hitlerista en Europa, los universitarios de FORJA declaraban "su fe en que la democracia es el único régimen político que asegura la paz, la dignidad humana y el progreso de los pueblos", por lo que rechazaba "todos los imperialismos" y la "intromisión de los extremistas de derecha o de izquierda".[20] Y frente a la interpretación arcaizante de la nación planteaban como protagonista de la historia a "la desesperanzada muchedumbre argentina", en la cual "caben todas las voluntades, todas las religiones, todas las razas". Para los forjistas, los jóvenes pueblos americanos no podían reducir artificialmente sus posibilidades de desarrollo:

> No admitimos que la verdad sea patrimonio exclusivo de una determinada línea étnica o cultural, y menos aún de una escuela dentro de ella. Por otra parte, aspiramos para la cultura argentina a un destino más rico que el que pueda señalarle una sola parte de su pasado.[21]

[20] En una declaración de universitarios forjistas de 1940, cit. en Jauretche, 1974, p. 119.
[21] Ver Scalabrini, p. 71 y un manifiesto forjista en Jauretche, 1974, p.152.

c. Nacionalismo y peronismo (1943-1955)

El exitoso golpe militar del 4 de junio de 1943 abrió una nueva etapa histórica, tanto para el país en general, como para las agrupaciones nacionalistas en especial. Durante un cierto tiempo la tendencia restauradora creyó que ésta era "la revolución que anunciamos".[22] Algunas de las medidas iniciales del gobierno revolucionario, especialmente en la etapa presidida por el general P. P. Ramírez (junio de 1943 a febrero de 1944), parecieron constituir la confirmación de dicha creencia. Pero muchos observadores no dejaban de sentirse extrañados por el hecho de que las figuras destacadas del nacionalismo no recibieran sino algunos cargos de importancia secundaria, mientras que las posiciones decisivas eran objeto de fuerte disputa interna entre sectores de las Fuerzas Armadas.

Con el paso del tiempo se hizo evidente el creciente peso político del coronel Juan D. Perón dentro del gabinete, peso que por un lado se relacionaba con su control del Ministerio de Guerra y por el otro, con su gestión sorprendentemente dinámica al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. Esta última despertó en ideólogos destacados del nacionalismo restaurador los reflejos defensivos que habían caracterizado a esa tendencia desde su etapa fundacional: el naciente "peronismo" era ahora criticado con argumentos similares a los que se habían utilizado contra el yrigoyenismo. Así, en noviembre de 1945, L. Castellani objetaba las "esperanzas prematuras" o "pretensiones insensatas" con las que se estaría "soliviantando los ánimos de los humildes",[23] De todas maneras, ante la polarización del país entre peronistas y antiperonistas, y hallándose socialistas y comunistas en este último bando, la mayor parte del nacionalismo restaurador se integró —con reservas en muchos casos— en la coalición que apoyaba a Perón. Sin embargo, las manifestaciónes masivas y las elecciones nacionales que marcaron los años 1945 y 46 mostraron que las organizaciones nacionalistas no fueron las que aportaron el caudal humano decisivo para la victoria del nuevo movimiento.

[22] Ver Sánchez Sorondo, 1945.
[23] En *Tribuna*, 18/11/1945.

Cabe destacar que ya en esa coyuntura el pequeño Partido Libertador orientado por los Irazusta asumió una posición totalmente autónoma, aunque intensamente opuesta a la línea sindicalista inaugurada por Perón, a la que se acusaba de "espíritu demagógico" y fomento de "una envidia enfermiza" en la población.[24] Este tipo de argumentación se repetiría en los años siguientes, terminando por constituirse en uno de los lazos de unión entre las heterogéneas fuerzas políticas que en 1955 se aliaron para impulsar la sedicente "Revolución Libertadora".

En los años 50 se profundizó el proceso de desintegración de la unidad de sentido que en un momento inicial había llegado a tener el vocablo "nacionalismo" en la Argentina. Con indudable acierto, Luis Soler Cañas hacía la siguiente constatación:

> El nacionalismo, durante estos 25 o 30 años, ha sido esgrimido simultáneamente por católicos y no católicos; por hispanistas e indigenistas; por demócratas y antidemócratas... Hoy mismo, el nacionalismo se encuentra dividido en dos sectores: uno al que arrastró incontenible mente el prestigio y las realizaciones del actual gobierno; otro que por diversas razones se mantiene en una posición de reserva o de enemistas declarada.[25]

En realidad la complejidad del panorama era mayor aún. Los hombres de FORJA se habían integrado a la síntesis central y mayoritaria del peronismo, amalgamando su versión de un nacionalismo populista con el sindicalismo y el socialcristianismo que aportaban otras corrientes. Existían también nacionalistas restauradores que desde un ala del movimiento buscaban inyectarle la máxima dosis posible de francofalangismo (H. Llambías, M. Sánchez Sorondo, V. Sierra, C. Scorza y otros). En el otro extremo se habían constituido pequeños núcleos y figuras como el "Partido Socialista de la Revolución Nacional", J. A. Ramos y J. J. Hernández Arregui que se autointerpretaban como una vanguardia destinada a señalarle al

[24] Declaración de 1945, cit. en Zuleta Álvarez, 1975, pp. 517-523.
[25] En *Dinámica Social*, núm. 57, mayo de 1955, p. 15.

peronismo el camino hacia su supuestamente necesaria desembocadura en el socialismo.

Esa transformación también era concebida como inevitable por el nacionalismo antiperonista, aunque lógicamente la valoración resultaba aquí totalmente opuesta a la del grupo anteriormente citado. Una de las figuras más consecuentes de esta tendencia, el sacerdote J. Meinvielle, mantuvo una durísima crítica desde la sanción de la Constitución de 1949 en adelante, insistiendo en que el peronismo "camina hacia el comunismo". Del mismo modo se expresaba Rodolfo Irazusta en 1951, calificando a los cambios introducidos por el gobierno justicialista como "una revolución social de característico corte colectivista internacional".[26]

d. Intentos y frustraciones (1955-década del 80)

El periodo iniciado en 1955 deja en el observador la curiosa impresión de que al menos buena parte de sus rasgos políticos no son más que una repetición de algo ya visto en la década del treinta. En un perverso juego estratégico, hasta 1973 se intentan todas las combinaciones imaginables, menos la que incluye la libre participación del movimiento político más caudaloso del país. Por su parte, las Fuerzas Armadas se instalarán en un rol protagónico, solicitadas por diversos "llamados" procedentes de fracciones civiles.

Las diversas corrientes nacionalistas que se delinearon en la etapa anterior intervienen en este confuso escenario tanto en el bando antiperonista como en el peronista, sin que puedan olvidarse algunos intentos de autonomía total. Y al igual que en el pasado, *se multiplican y compiten entre sí las organizaciones, las publicaciones y los aspirantes al liderazgo*. Como adaptación al clima democrático aparecen y se eclipsan entre 1955 y 57 la "Unión Republicana", la "Unión Federal" y el "Partido Azul y Blanco"; en la década del sesenta "Tacuara", "Guardia Restauradora Nacionalista" y "Tradición, Familia y Propiedad" encarnarán variantes de la ver-

[26] Meinvielle en *Presencia*, 08/12/1950 y R. Irazusta el 01/09/1951 (cit. en Troncoso, O.: *Los nacionalistas argentinos*, Buenos Aires, 1957, p. 69).

sión más extremista del nacionalismo, mientras que el "Ateneo de la República" y "Fuerza Nueva" atraen al sector más sofisticado, disgustado con el petardismo callejero de los tacuaristas. Como en anteriores ocasiones, fracasan los intentos de unidad, como el que protagonizó una "Junta Coordinadora del Nacionalismo" (1967-68). En los años 70 se produce cierta confluencia de los "duros" en la "Triple A" de López Rega continuada después del golpe de 1976 en la colaboración con los nefastos "grupos de tareas" de la llamada guerra sucia. La decadencia de la dictadura militar produce finalmente un rebrote de siglas, cuyo común denominador está en la fobia antidemocrática y el resentimiento por la falta de eco popular. En esta generación reciente de la ultraderecha figuran el "Movimiento Nacionalista de Restauración" (fundado en 1981), "Alerta Nacional" (1981) y el "Movimiento Nacionalista Social" (1985).

La década del sesenta fue particularmente rica en figuras militares que por breves momentos ocuparon el centro de la atención pública como aspirantes a la jefatura del nacionalismo: los generales Rauch y Labanca, el brigadier Oliva y el major Juan F. Guevara, siendo este último autor de un libro que tuvo cierta resonancia (*Argentina y su sombra*, 1970). En 1966 muchos depositaron sus esperanzas en Onganía, pero pronto se vio que también en ese gobierno resultaba más fuerte la influencia del conservadurismo liberal que la de los nacionalistas restauradores. Durante el "Proceso (1976-83) predominó una mezcla inestable de esas posiciones ideológicas, sin que se perfilaran jefes militares inequívocamente identificados con el nacionalismo. En las postrimerías de la década del ochenta, las consecuencias desmoralizantes del conflicto de las Malvinas, de la "guerra sucia" y de la persistente crisis económica, produjeron un nuevo capítulo de rebeliones y ambiciones poco claras, protagonizado por Rico y Seineldín, dos oficiales de cierta fama bélica.

En el plano de la *producción literaria*, se observa que la generación fundadora del nacionalismo de derecha continuó activa, produciéndose además la incorporación de algunas figuras más jóvenes. Predomina en general la repetición de los temas ya clásicos de los años 30, pero aun así hay que destacar algunos autores

y obras. Entre los más influyentes figuran M. Amadeo (*Ayer, hoy y mañana*, 1956, y *Política Internacional*, 1970), J. Irazusta (*Perón y la crisis argentina*, 1956, *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, 1963, *Balance de siglo y medio*, 1966, y *La política, cenicienta del espíritu*, 1977) y R. Calderón Bouchet (*Sobre las causas del orden político*, 1976, y *Nacionalismo y Revolución*, 1983). Más propiamente caracterizados como escritos de barricada y estrechamente emparentados con los viejos y nuevos fascismos europeos pueden mencionarse los trabajos de J. Meinvielle (*El comunismo en la revolución anticristiana*, 1961), J.B. Genta (*Guerra contrarrevolucionaria —doctrina política antisubversiva*, 1962 y *El nacionalismo argentino*, 1972), J. M. de Mahieu (*Fundamentos de biopolítica*, 1968 y *El estado comunitario*, 1973) y F. Rivanera Carlés (*Los partidos políticos: ¿representación del pueblo o de la burguesía?*, 1973). También es necesario destacar las publicaciones periódicas mas importantes: en los años cincuenta y sesenta lo fueron *Dinámica Social*, *Azul y Blanco*, *La Segunda República*, *Ulises* y *Jauja;* a partir de 1973, la revista *Cabildo*. La diferencia más significativa con respecto al panorama de las décadas del treinta y cuarenta está en la ausencia de diarios.

Hasta ahora he subrayado las similitudes y continuidades; es hora de esbozar*los rasgos característicos del periodo* que nos ocupa. Éstos surgen de las respuestas que los nacionalistas dieron a los *desafíos* que los nuevos tiempos les lanzaban, desafíos que pueden resumirse de la siguiente manera:

1) La situación signada por la "Guerra Fría", fenómeno que ya había influido en la política argentina en los primeros gobiernos de Perón, pero que ahora pasó a adquirir un peso especial en la opinión pública. En la era de los fascismos el nacionalismo restaurador había tenido modelos y opciones mundiales que eran anticomunistas y antidemocráticos a la vez; ahora todo anticomunismo parecía gravitar hacia los Estados Unidos, campeones de la democracia liberal. El clima ideológico había cambiado.

2) En relación con los procesos de descolonización en el Tercer Mundo y el triunfo del castrismo en Cuba, diversas agrupaciones marxistas crearon versiones socialistas del nacionalismo, las cuales

entraron en un duro conflicto con el nacionalismo de derecha a partir de la década del sesenta.

3) Hasta 1955 el peronismo ocupaba el poder; a partir de esa fecha se convirtió en el "hecho maldito" de la política argentina, pero también en una especie de "recurso" que muchos dirigentes de diferentes partidos creían poder manipular, heredar o transformar para adaptarlo a sus propios fines. Tampoco los nacionalistas fueron ajenos a esta especulación.

El *nacionalismo de raigambre restauradora* no tuvo una única orientación como respuesta frente a los mencionados desafíos. Pronto pudo observarse su división en *una línea relativamente moderada o flexible* y *otra "dura" o rupturista.*

Para la primera de estas variantes es altamente representativa la figura del diplomático Mario Amadeo (y el "Ateneo de la República"). Frente a la Guerra Fría y al reto del nacionalismo marxista, adoptó una posición claramente alineada con los "halcones" norteamericanos. Frente al peronismo y al país en general, propugnó fórmulas paralelas a las de la España franquista, que del semifascismo de 1939-45 evolucionó cada vez más hacia una típica dictadura conservadora. Consecuentemente se abandonó la crítica a las potencias anglosajona y la apología de los regímenes del Eje. Como todos los problemas argentinos se interpretaban en la clave del conflicto "Este-Oeste", el tercerismo y sindicalismo peronistas resultaban muy sospechosos y una alianza con las fuerzas liberal-conservadoras preferible; ésa fue la lógica seguida tanto en 1955 como en 1966 y 1976. En otras ocasiones se pensó en soluciones menos drásticas. Desde el punto de vista orgánico, este tipo de nacionalismo pronto abandonó la ilusión de convertirse en una gran fuerza ciudadana, especializándose en cambio en una estrategia dirigida a influir a las élites, sobre todo en las instituciones militares y culturales.

La línea "dura" se caracterizó por su tozuda persistencia en los dogmas y las formas del pasado, tal como lo ejemplificaron "Tacuara" y "Guardia Restauradora Nacionalista". La agitación callejera, la propensión al activismo violento, la reinvindicación del fascismo y del corporativismo culminan en el viejo mito

antisemita de la conspiración universal. En 1972 Meinvielle seguía repitiendo que "judíos y masones" eran "la fuerza oculta que está detrás de los acontecimientos políticos del país", al que pretendían convertir en "república judía".[27] El paranoico tema tampoco faltó en las páginas de "El Caudillo" de Felipe Romeo y la Triple A, así como en "Cabildo".

Ya desde el comienzo de la década del cincuenta algunos observadores del nacionalismo restaurador habían señalado la aparición de una interpretación totalmente diferente de la nación y de sus objetivos. Se trataba de lo que ha sido denominado "*izquierda nacional*", "socialismo criollo" o "nacionalismo revolucionario".[28] Mario Amadeo consideraba que esa corriente era "mucho más peligrosa para nosotros que el comunismo oficial".[29] Como nuevo desafío teórico y práctico para la extrema derecha, no dejó de tener alguna similitud superficial con la misma: ambas tendencia tuvieron mayores éxitos en la difusión de sus lemas y escritos que en la organización de una fuerza de real peso político. Sobre las causas y significado de esta circunstancia diré algunas palabras al finalizar este trabajo. Su núcleo más importante, presidido por Jorge Abelardo Ramos, se constituyó primero como "Partido Socialista de la Izquierda Nacional" (1962-71) y luego como "Frente de Izquierda Popular". Como figuras y obras más características hay que mencionar al propio Ramos (*Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 1957), J. J. Hernández Arregui (*Imperialismo y cultura*, 1957; *La formación de la conciencia nacional*, 1971) y R. Carpani (*Nacionalismo revolucionario y nacionalismo burgués*, 1973). Esta corriente rechazó al nacionalismo de derecha, reconociéndole no obstante un mérito en la revisión de la historiografía liberal. Frente al peronismo, decidieron diferenciar "la dirección burguesa y burocrática oficial" del "peronismo obrero y revolucionario", en el cual creían ver la progresiva fusión entre "lo nacional y lo social". El resultado, que estimaban como cercano en el tiempo sería "la

[27] Textos reproducidos en Meinvielle, 1974, pp. 481 y 484.

[28] Sobre esta corriente ver Hernández Arregui, 1969; Galasso, 1983, y Guerberoff, 1985.

[29] Ver ésta y otras consideraciones al respecto en Amadeo, 1956.

conciencia en las masas de la necesidad del socialismo" y la "total liquidación del sistema capitalista y la clase burguesa en que se basa el dominio imperialista".[30]

He dejado para el final una breve caracterización del nacionalismo "populista", también llamado *"línea nacional y popular"*. Durante los años 50 y 60 esta corriente tuvo una etapa de particular productividad, al publicarse trabajos que representaban la madurez intelectual de sus figuras más notables: R. Scalabrini Ortiz, con una serie de polémicas en la revista *Qué* (reeditadas luego en *Bases para la reconstrucción nacional*, 1973) y Arturo Jauretche, con *Los profetas del odio* (1957), *Ejército y política* (1958), *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966) y el *Manual de zonceras argentinas* (1968). Todos estos escritos continuaron y profundizaron las posiciones básicas ya asumidas en la década del cuarenta, entre ellas la adhesión al movimiento peronista, aunque desde una perspectiva que no excluía algunas críticas. Frente a la tendencia de muchos argentinos de encuadrarse en los estrechos casilleros que ofrecían los "guerreros fríos" de las superpotencias, los "nacional-populares" se obstinaban en sostener la prioridad de los temas propiamente argentinos y latinoamericanos. Menos obsesionados por determinados puntos doctrinarios que las otras variantes nacionalistas, declaraban constituir "una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares", lo cual implicaba la independencia política y "una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes".[31] Para Jauretche se trataba ante todo de "modernizar las estructuras económicas y sociales argentinas", tarea para la cual consideraban eficaz a "un capitalismo nacional".[32] En cuanto a la visión de la nación que proponían los nacionalistas de ultraderecha, llegó a calificarla en forma risueña como "una restauración del tiempo de ñaupa, imposible y grotesca".[33] En los años

[30] Ver Carpani, pp. 51 y 74.
[31] Ver Jauretche, 1971, pp. 158 y 160.
[32] Jauretche, 1967, pp. 341 y 342.
[33] De un artículo de 1970, reeditado en Jauretche, 1982, p. 50.

ochenta la continuidad de esta tendencia estuvo representada, entre otras publicaciones, por la revista *Línea*, dirigida en su primera época por el historiador José María Rosa.

3. Un balance provisional

En la parte central de este trabajo se ha tratado de proporcionar al lector una visión panorámica del despliegue del nacionalismo argentino en el tiempo. Su carácter "proteico", la diversidad de sus formas ha quedado en evidencia, de modo que quizá sea preferible hablar siempre en plural: los nacionalismos. Pero el fenómeno no se hará mucho más inteligible si no se anotan algunas reflexiones críticas indispensables. Con ese objeto conviene volver a los interrogantes y conceptos mencionados en la primera parte, agrupándolos de manera que nos sirvan como hilo conductor para las conclusiones. A mi entender, se trata de *tres cuestiones* de especial interés:

1) ¿Qué relación se estableció entre cada tipo de nacionalismo, las macroideologías universalistas, los "modelos" reales y la selección de "épocas de referencia"?

2) ¿Cómo concibieron su "tarea nacional" ante las posibilidades concretas ofrecidas por un determinado espacio-tiempo?

3) ¿Qué influencia ejercieron los nacionalismos en la sociedad y la cultura política argentinas de este siglo?

En lo que respecta a *la primera de las cuestiones mencionadas,* se puede comenzar por una comprobación simple, pero de considerable trascendencia para la historia de las mentalidades y las ideologías: todas las variantes nacionalistas surgidas a partir de los años 20 implicaron una crítica a lo que hasta ese entonces había sido el "tiempo ejemplar" de la ideología oficialista, es decir, el periodo llamado de la "Organización Nacional" (1853-1880), en el cual la dicotomía sarmientina de "Civilización y Barbarie" se habría resuelto —así la lectura liberal-conservadora— a favor del primero de ambos términos. De esta manera se dio comienzo a un debate intelectual de fuertes connotaciones políticas, debate que más allá de apasionamientos a veces absurdos, sirvió como aguijón para el

pensamiento argentino contemporáneo. Muchos nacionalistas, especialmente de derecha, creyeron que con el paso del tiempo podrían reemplazar aquella época de referencia por la dominación no menos total de la que ellos preferían: la del federalismo rosista, con su propia serie de héroes y valores. No fue así; hoy se ha ido conformando *una imagen más compleja y pluralista del pasado argentino*, imagen que se resiste a los intentos de monopolización interpretativa y los fáciles maniqueísmos que los acompañan. La conciencia nacional de un país maduro necesita tanto de lo que Nietzche llamaba la "historia monumental", como de la "historia crítica", lo cual significa aceptar que héroes y "villanos", aciertos y errores coexisten en todos los tiempos, no habiendo ninguno que sea integralmente ejemplar en todo y para todos. En ese sentido puede comprobarse que la concepción histórica del nacionalismo populista estuvo siempre más abierta —sobre todo hacia el protagonismo del "hombre común"— que la del nacionalismo restaurador.

Sobre la adscripción de los diversos nacionalismos a *ideologías universalistas y modelos político-sociales* contrapuestos ya se ha dicho lo esencial en las páginas anteriores. La mayor o menor fortuna de tales modelos tuvo innegable influencia en los altibajos de las corrientes argentinas; así, la persistencia del franquismo logró compensar parcialmente la depresión que causó la derrota del Eje entre los seguidores del nacionalismo de derecha. Por otro lado, las tendencias guerrilleras en una fracción del nacionalismo de izquierda (a partir de los años 60) no pueden desconectarse de la fascinación que por ese entonces despertaban la Cuba de Castro, Argelia y Vietnam. Pero no basta quedarse en esa comprobación. También es necesario indagar la influencia ejercida por la elección de determinado referente externo sobre *la interpretación de cuál era la tarea nacional pendiente en la Argentina*. Y con ello se pasa a la segunda de las cuestiones planteadas.

El hecho más importante en lo que a "tareas nacionales" se refiere, es que los modelos que sirvieron de inspiración al nacionalismo restaurador y al nacionalismo marxista-leninista respondieron a situaciones históricas difícilmente asimilables al caso argentino.

Los fascismos europeos aprovecharon el tema de la restitución de territorios perdidos por la Paz de Versalles, combinándolo con aspiraciones imperialistas y el pánico que en muchos originó el desafío bolchevique. Cuando la crisis económica de 1929 debilitó a las democracias liberales tuvieron su gran oportunidad, que culminó en aventuras bélicas finalmente desastrosas. En cuanto al franco-falangismo, nació favorecido por ese clima y no fue, durante sus primeros 15 años, otra cosa que la victoria de una mitad de la nación sobre la otra. El paso del tiempo y la progresiva integración en el auge económico del resto de Europa permitió sanar viejas heridas, debilitó las fuerzas extremistas y terminó por vaciar de casi todo el contenido —si alguna vez lo tuvo— el adjetivo de "nacional" que pretendía monopolizar el franquismo. "Casi", porque el planteo armado del separatismo vasco indica que la unidad nacional española no es un ideal compartido por la totalidad de los habitantes del país.

En la Argentina nunca se reprodujeron exactamente las condiciones que se acaban de esbozar y que hubieran permitido al nacionalismo restaurador convertirse en un movimiento de masas. De allí sus reiteradas frustraciones políticas, mediocremente compensadas por cierta participación en coaliciones lideradas por otras fuerzas más poderosas. El legítimo tema de la restitución de las Islas Malvinas tiene tan amplio consenso en todas las corrientes políticas que no alcanza para darle perfil distintivo a una sola de ellas; en cuanto a la defensa de la economía y la cultura nacionales, tampoco ha sido un reclamo exclusivo del nacionalismo de derecha, sino un campo polémico, donde vienen chocando desde hace medio siglo las recetas de todas las variantes nacionalistas del país, a las que habrá que agregar las propuestas de varios sectores usualmente no catalogados en ese rubro. Pero fueron sin duda la soberbia elitista y la rigidez doctrinaria de su idea de nación los factores claves que explican los avatares de la tendencia restauradora en la Argentina.

Ya se ha indicado que el modelo que ejerció indudable influencia en la "izquierda nacional", sobre todo en la variante militarista de la misma ("Montoneros"), fue el de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. La trágica experiencia argentina de los años 70

demostró que también aquí se partía de una equiparación superficial y apresurada de casos muy disímiles. *Las circunstancias históricas* que en varios países asiáticos y africanos facilitaron la fusión del leninismo con grandes multitudes y la consiguiente toma del poder, estuvieron dadas por la ocupación extranjera, la extrema penuria de las masas campesinas, el subdesarrollo del sindicalismo, la debilidad de las clases medias y la correspondiente intensidad del conflicto social, amén de la ausencia o extrema fragilidad de una tradición pluralista en materia de partidos políticos. Estas condiciones otorgaban decisivas ventajas competitivas a un movimiento militarizado que combinase en un solo programa las tareas nacionales aún pendientes de la liberación política y la modernización económica con las aspiraciones anticapitalistas y socialrrevolucionarias de raigambre marxista-leninista. Esas fueron las bases estructurales de la victoria de Mao en China y Ho-Chi-Minh en Vietnam. El caso cubano representa una situación más compleja, pero tampoco asimilable a todos los países latinoamericanos.

En cuanto a la Argentina, las tareas de liberación y unificación políticas ya habían sido realizadas en el siglo XIX, y una amplia clase media se había desarrollado en el marco de una acelerada urbanización. A partir de 1945 existía un sindicalismo fuerte y la tradición democrática, a pesar de las interrupciones y cuestionamientos, contaba con raíces más vigorosas y profundas que en la mayoría de los países sujetos al colonialismo hasta mediados del presente siglo. La conocida fórmula del Che Guevara, recomendando crear "dos, tres, muchos Vietnam" fue el resumen de un voluntarismo que pasó por alto todas las fundamentales diferencias que se acaban de enumerar.[34] Quedaba sin duda una tarea nacional con gran potencial convocante: el de un reformismo moderdernizador, permanente desafío para las economías periféricas en su relación desequilibrada con los centros hegemónicos del poder

[34] En Tibi, 1987, se encuentra un excelente análisis crítico de "la teoría guevarista de la guerra de guerrillas", la cual se trata en el marco general de las "ideas políticas del Tercer Mundo durante la descolonización". Contrasta el tratamiento superficial y excesivamente eurocéntrico que le da Bracher, 1982, a la temática de los nacionalismos y socialismos de la periferia.

mundial. Pero dados los rasgos de la realidad argentina, no es sorprendente que la propuesta del nacionalismo populista —un "capitalismo nacional" combinado con un sindicalismo no clasista— tuviese un apoyo masivo que jamás alcanzó el nacionalismo revolucionario.

El tercero de los interrogantes planteados al comenzar este balance puede ser encarado desde diversos ángulos; en el presente trabajo me interesa destacar el papel jugado por los nacionalismos en la problemática de la democracia y la violencia asociada a proyectos políticos. La teoría y práctica de las corrientes restauradora y revolucionaria constituyeron dos subculturas autoritarias que contribuyeron a crear el clima de inestabilidad institucional, miedo y agresión que alcanzó su frenética culminación en la década de 1970. Esto es bastante obvio. Pero es necesario hacer algunas precisiones adicionales. La primera es que ha existido un tercer potencial antidemocrático, de muy considerable papel en la historia de los golpes militares; Carballal y Russel lo denominaron "liberal-reaccionario".[35] La segunda es que sería injusto pretender que necesaria e integralmente los mencionados nacionalismos generan una conducta incompatible con la vida democrática: Hernández Arregui y J. A. Ramos se mantuvieron en el marco de la misma y muchos hombres formados en las filas restauradoras terminaron por evolucionar hacia versiones más moderadas, capaces de ubicarse dentro de un espectro político pluralista como expresión del tradicionalismo cultural que en todas partes tiene su electorado.

Las décadas finales de este siglo han planteado la necesidad de la autocrítica y la transformación a todos los sectores de la vida latinoamericana y argentina. Los nacionalismos tampoco pueden escapar a ese desafío. Entre ellos juega un papel especialmente importante la corriente "nacional y popular", consustanciada con uno de los grandes partidos y varios de los mas pequeños. Su función en la etapa clásica de la industrialización y de la democratización de la sociedad ya es historia; pero el reciente y arrollador avance de la trasnacionalización económica, comunicativa y cultural exige nue-

[35] Ver Carballal y Russell, 1985.

vas respuestas creativas, las cuales ya no podrán ser exitosas si no se dan en el marco de cooperación estrecha con los países vecinos.[36] Se nos dice que sólo los países competitivos tienen un futuro en el mundo. Es verdad, pero no toda la verdad. También es preciso comprender que ciertas recetas de "modernización" implican una ruptura de la comunidad nacional entre "integrados al mundo" por un lado y compatriotas marginados e indigentes por el otro. Una evolución de este tipo vaciaría de sustancia tanto al concepto de democracia como al de nación, sin ofrecer otros ideales de capacidad integradora equivalente.

[36] En lo esencial coincido con la revalorización que hace García Delgado, 1989, de la que llama "tradición popular" en la historia de la democracia argentina.

La declinación de la educación en Argentina: De vanguardia "civilizadora" a rutina irrelevante (1880-1980)

Roberto Follari*

La parábola descrita por el sistema educativo argentino acompaña en buena medida a la que ha realizado la economía nacional: de un proyecto avanzado y exitoso para su época a una situación de postración e imposibilidad crecientes. La cuestión educativa representó un punto central de la noción de país que se impuso a partir de Caseros y se desplegó hasta la década del 30' de nuestro siglo; idea-fuerza, punto de inflexión, inversión decisiva. Hoy, en el fárrago de propuestas sucesivas y combinadas de ajuste económico planteado por la ortodoxia neoliberal, lo escolar carece de toda importancia específica: la agenda pública lo deja de lado y sólo es atendido para discursos de ocasión o en relación con los problemas planteados por las prolongadas huelgas docentes, las que se suceden como secuela de los bajos salarios y la escasa atención relativa prestada al sector por los diferentes gobiernos.

1. El arrabal del mundo**

Argentina es un país excéntrico; está geográficamente alejado de los polos de poder mundial. Y así lo era ya en la época de la Colonia cuando el punto más cercano en este sentido lo representaba el Perú. Sitio distante, desconocido e inasible para el Hemisferio Norte, cubre un vasto territorio que a mediados del siglo XIX estaba casi

* Profesor e investigador, Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina).

** Esta feliz expresión la tomo del título de la novela de Pedro Orgambide, cuya trama se desarrolla en la Argentina de 1810-1815.

totalmente despoblado, con una enorme Patagonia inexplorada y con zonas donde el poder central aún no establecía su dominio —vía del exterminio— sobre las culturas indígenas.[1] Desde el atildado eurocentrismo del argentino contemporáneo resulta difícil concebir qué país era el de la segunda mitad del siglo pasado, de perfil disperso e invertebrado donde además no contaba con el "suelo" previo de alguna gran cultura como la inca o la azteca, que fueran influyentes aún desde su derrota militar. "Un pueblo de pastores, porque en la agricultura poco se producía. Una población escasa, diseminada por el vasto territorio de la nación, de manera que el desierto aparecía *doquiera se dirigiese la mirada*; poblaciones aisladas, cuyos medios de comunicación lo constituían el caballo, la carreta, la mensajería, ... y algunos kilómetros de vías férreas que unían unos pocos centros de población de relativa importancia".[2] La descripciones llenan la literatura de comienzos de siglo, y no dejan duda sobre las dificultades de constitución de una Nación en aquellas condiciones.

Es en este clima donde entendemos que se hace comprensible el proyecto de ilustración que para la República plantearon Sarmiento y la generación del 80'. Es fácil hoy, desplegado ese proyecto, atacar sus obvias unilateralidades y limitaciones; su incomprensión del gaucho y el indígena, el endiosamiento del papel de la cultura europea y de la inmigración, la función "civilizadora" atribuida a lo escolar.[3] Más difícil es plantear con claridad modelos alternativos de proyecto de país viables para esa época, que pretendan hacerlo desde la perspectiva de lo nacional/popular actual; por la simple razón de que el bloque social nacional/popular ha sido fruto de la realización del proyecto dominante y carece de toda continuidad —que no sea imaginaria— con el de los criollos del interior del siglo pasado. La clase obrera se conformó a comienzos del siglo XX,

[1] Exterminio militar consumado en la Campaña del Desierto conducida por Roca en la década de 1880-90, que es presentado como una honra por la historia oficial nacional.

[2] Urbano Díaz, *La instrucción primaria bajo el régimen de la Ley 1420*, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1940, p. 26.

[3] Estos aspectos críticos del discurso de la Instrucción Pública son los enfatizados por A. Puiggrós en *La educación popular en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1984, por ejemplo, pp. 166 y ss.

mayoritariamente con los inmigrantes y sus hijos, y desde allí resulta comprensible su tendencia a identificarse en el proyecto ilustrado que se impuso en el siglo XIX.

Para aquel país aún desarticulado y disperso, es comprensible que se buscara en la educación una modalidad de progreso —entendido según la tónica de la época— y de configuración de identidad. La escuela fue lanzada como área fundamental de la acción gubernativa y como motor de superación cultural y económica. Formó parte de discursos iluministas que veían allí el final de "la barbarie" y la entrada en la modernidad de corte europeo. "Necesitamos abrir escuelas por todas partes, desparramarlas sin desmayo por la nación entera hasta que no quede un solo hombre sin haber adquirido, por lo menos, las nociones más elementales del saber".[4] Se dice de la época en que Sarmiento fuera presidente y Avellaneda ministro de Justicia, Cultura e Instrucción Pública: "No hubo problema que no tentaran resolver, con un empuje tal que su palabra ardorosa llegó hasta los confines más remotos del país llevando la semilla que se desarrolló fecundamente en el período más brillante que tiene en sus fastos históricos la escuela argentina. Todo el mundo quiso seguir la impulsión que daba a la Instrucción Pública su Gobierno Central. Y fue aquello, como ha dicho gallardamente Groussac, un hermoso levantamiento de escudos en contra de la ignorancia".[5]

En la grandilocuencia del lenguaje de 1900, hallamos plasmada la importancia asignada a lo educativo en el proyecto social global. Ella se ligaba estructuralmente a la idea del país que se hacía Sarmiento: "El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etcétera. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto... La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia".[6]

[4] Urbano Díaz, *La instrucción primaria, op. cit.*, p. 11.

[5] Juan P. Ramos, *Historia de la instrucción primaria en la Rep. Argentina 1810-1910,* Proyectada por el Consejo Nac. de Educación, Buenos Aires, J. Peuser, 1910, t. I, p. 119.

[6] Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, pp. 31 y 37.

Se trataba entonces de un proyecto de re-fundación del país. Proyecto que se impuso, a partir del fomento de la inmigración europea, el cual se realizó sistemáticamente, a través de propaganda cuidadosa y de oficinas instaladas especialmente en el Viejo Continente.[7] Proyecto que instauraba una noción de razón cerrada, que excluía al criollo y al gaucho, anatemizándolos como incultos y bárbaros. Razón que llevaría ínsita la idea-fuerza de orden y cálculo, aún cuando Sarmiento fuera capaz —al estilo del Renacimiento— de asociar la idea de cultura con la de goce.[8] Razón incapaz de valorar lo autóctono, y que pudo justificar el apoyo a las potencias europeas para operaciones como la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Pero también inclusión en el mercado internacional —en una posición que fue por muchos años ventajosa—, culto de la productividad, del avance científico, de la actividad cultural y de la apertura informativa. Decisión de conformar un país con capacidad para competir internacionalmente. Búsqueda de sistematicidad en poblar el país de escuelas, en superar al analfabetismo, en hacer de la educación un motor del avance económico.

Esta ambivalencia del proyecto ilustrado que configuró la Argentina contemporánea —transformando radicalmente la anterior— se hará patente en los logros a que se llegó en el ámbito educativo. Se desarrolló finalmente un sistema con alta cobertura cuantitativa y logros cognitivos en maestros y alumnos notable para América Latina, el más elevado del subcontinente hasta fines de los años 50' y entre los primeros aún en 1980; pero por su parte, creatividad, la libertad en el aula, las experiencias educativas renovadoras y desformalizadoras han tenido escasa presencia.[9] Triunfos del orden, asociado a la noción de razón que inauguró la escuela argentina.

Esa razón que impulsó la sociedad próspera y clasista de la Argen

[7] Nicolás Casullo, "La modernidad como destierro: la iluminación de los bordes", Buenos Aires, ILET, 1987, mecanografiado.

[8] Domingo Faustino Sarmiento, *op. cit.*, p. 33.

[9] Juan C. Tedesco, "Directivismo y espontaneísmo en los orígenes del sistema educativo argentino", México, Cuadernos de Investigación Educativa, DIE/IPN, 1982.

tina de los años 20', que crecía económicamente mientras excluía a los obreros de los frutos del desarrollo (represiones en la Patagonia y la Semana Trágica en Buenos Aires), pero que configuraba un espacio urbano afrancesado y agradable; mientras los sectores medios forzaban su entrada en el modelo a partir de la rebelión radical contra el conservadorismo, y su posterior llegada al gobierno con Yrigoyen en 1916. Una Argentina agroexportadora, exitosa con el recurso de las vacas y el trigo: "En la Argentina no hay pueblos muertos; en ninguna región de la Argentina se puede decir que hay sólo habitantes; en todas hay gente con su bienestar seguro y su conciencia bien despejada".[10] La voz de Vasconcelos expresa la admiración por un país en que la marginalidad social no era abundante y estructural, como en la mayoría de las sociedades latinoamericanas.

2. El impulso a la escuela: largo y sinuoso camino

La fundación del sistema escolar argentino no fue el inicio de un proceso lineal y progresivo como podría creérselo ingenuamente. Se trató de una historia con marchas y contramarchas, contradicciones y dificultades; piénsese simplemente en la condición física de las escuelas alrededor de 1870, que era sorprendente por su absoluta precariedad: "Su edificio era generalmente uno de los más pobres del país; hay más de una referencia tradicional respecto a escuelas ambulantes que iban de rancho en rancho ...los pocos rollizos servían de bancos",... O como escribía en Salta un maestro de la época, "la pieza de la escuela está toda ahujereada por arriba, de manera que cuando hace sol se lo ve por cincuenta partes a la vez de tamaño en varias de ellas de más de media vara".[11] A menudo se escribía sobre calaveras de vaca como pupitres, y por supuesto los niños debían recorrer grandes distancias.

Puede situarse en la presidencia de Sarmiento (1868-1874) el im-

[10] José Vasconcelos, "Argentina", en José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Ed. Olimpia, 1983, p. 158.

[11] Juan P. Ramos, *Historia de la instrucción primaria...*, p. 74.

pulso sistemático a la escuela, a la vez que la definición de su impronta posterior. En el Censo de 1869 se había determinado los porcentajes de personas que tenían "instrucción general" sobre el total de población, y los resultados eran elocuentes: Buenos Aires, la más aventajada, contaba un 32% de habitantes con la instrucción "general", mientras en el límite opuesto Santiago del Estero llegaba sólo al 8%. El promedio de los porcentajes de las diferentes provincias estaba en el 15%.[12] *Para entonces, sólo el 17.9%* de la población sabía escribir.[13]

El ministro Avellaneda asumiría como central el reto de la expansión educativa: en su Memoria Oficial relativa al año de 1870 escribe que "el peligro no se presenta todavía en su verdadera magnitud, sino cuando consideramos que cuarenta mil inmigrantes se incorporan cada año a nuestra población y que éstos, en más de sus dos tercios, no saben leer. De este modo, su ignorancia se refundirá con la de nuestras muchedumbres...",[14] para agregar inmediatamente: "Todas las opiniones se acuerdan hoy para afirmar que el sufragio popular, como base del gobierno, es una fuente perenne de grandes peligros en medio de la ignorancia general".

La multiplicación de las instituciones escolares se continuó durante el periodo gubernativo posterior, bajo la presidencia de Avellaneda y el ministerio de Onésimo Leguizamón. Se comienza a utilizar estadísticas para determinar el rendimiento cuantitativo del sistema, y se comprueba que para entonces se tiene ya una situación ventajosa dentro del subcontinente, aunque enormemente inferior, por ejemplo, a Canadá o Estados Unidos.[15]

Lo cierto es que para la época de la promulgación de la Ley 1420, año 1884, se contaba con un porcentaje de población escolarizada —tomando como total la que estaba en edad de escolarización— del 38.54%, siendo que en 1860 había sido sólo de 12.89%; estas cifras dan cuenta de la magnitud del esfuerzo emprendido, que resulta aún más notorio en términos absolutos que porcentuales, dado

[12] *Ibid.*, p. 453.
[13] *Ibid.*, p. 454.
[14] N. Avellaneda, *Memoria oficial*, citado en Juan P. Ramos, *ibid.*, p. 463.
[15] O. Leguizamón, *Memoria oficial*, en Juan P. Ramos, *ibid.*, p. 539.

el aumento numérico de la población (se pasó de 33 000 a 164 000 alumnos).[16]

El fuerte incremento poblacional por vía inmigratoria de fines de siglo explica que entre 1884 y 1895 el aumento en términos brutos de la matrícula en primaria (en Capital, de 36 000 a 75 000) se tradujera en una caída en términos porcentuales (en ese distrito, de 75% a 59%), tanto en Capital y territorios, como en las provincias. Suponemos que influyó en esto la crisis económica, el gobierno poco democrático de Juárez Celman (1886-1890) que fuera barrido por la revolución del Parque, e incluso elefecto primero de la Ley1420 de Educación común, la cual dejaba en manos del financiamiento provincial —generalmente escaso— el desarrollo escolar en sus jurisdicciones.

Sin embargo, la situación fue revertida en la década siguiente, y hacia 1905 nuevamente se podía detectar crecimiento porcentual. Entre 1895 y 1905 prácticamente se duplicó el número de inscriptos (de 285 000 a 543 000); y existe un nuevo impulso entre 1905 y 1909, año éste en que se practica un censo escolar nacional. Para entonces se ha logrado llegar a 679 000 inscriptos en todo el país, 67.52% de la población posible de escolaridad primaria (6 a 14 años); y en la Capital Federal, puede exhibirse un incremento de cobertura de 1895 a 1909, desde un 68% a un 91%; en provincias, del 31% al 63%. Este espectacular crecimiento no continuó luego su curva ascendente; desde 1910, con un aumento notable de la población total, los porcentajes se mantuvieron relativamente estables hasta más allá de 1930.[17]

Podemos advertir entonces la fecundidad —en cuanto a la universalización de la oferta educativa de nivel primario— del polémico programa de la instrucción pública en Argentina; consiguió constituir un sistema orgánico, con su administración, sus primeros supervisores, sus maestros formados y personal directivo, en un lapso relativamente corto. Y este éxito cuantitativo fue sin duda

[16] Según Memoria del Consejo Nacional de Educación, cit. en Urbano Díaz, *La instrucción...*, p. 14.

[17] Todos estos datos están tomados del libro citado de Urbano Díaz, sobre todo pp. 35 a 55.

auspiciado por el importante lugar relativo asignado a la educación dentro del proyecto nacional global.

Da idea del prestigio en ese entonces asignado a la educación, el hecho de que la variable económica no fuera suficiente para explicar la deserción escolar:[18] "Recorriendo las estadísticas de los últimos diez años, vemos que mientras la situación económica aparece más afligente en toda la República, la permanencia de los educandos es mayor en las escuelas". La educación es percibida como medio para el progreso personal y el ascenso y la movilidad sociales; pero ello está posibilitado por algo que está más allá de lo personal. La escuela es considerada factor de progreso social de conjunto y elemento decisivo para que el país tenga un sitio relevante en el concierto internacional.

a. De centralismo y provincias

Se hace necesario volver atrás para señalar algunos hitos de la construcción de esa realidad que florecía para 1910, año del celebrado Centenario de la Revolución de Mayo. De hecho, la legislación escolar cubrió un papel decisivo en ese proceso.

Un primer hito fue el Congreso Pedagógico Nacional —que también contó con la presencia de figuras internacionales— que hacia 1882 plasmó el triunfo del pensamiento liberal por sobre el del conservadorismo religioso: si bien en él no se produjeron conclusiones cerradas,[19] el laicismo escolar quedó establecido e influyó en la legislación de 1884.

Ese año es promulgada la Ley 1420 de educación común. Con ella "el país tuvo por primera vez en su historia un verdadero código de principios educacionales. Por más que la ley rigiera nada más que en la Capital de la República y en los territorios federales, fue tanta la trascendencia de su discusión, que necesariamente todas las provincias tuvieron que considerarla, en su esencia, como una ley verdaderamente nacional, destinada a fijar rumbos y procedimientos para cada una de ellas".[20]

[18] Urbano Díaz, *ibid.*, p. 71.
[19] Juan P. Ramos, *Historia de la instrucción...*, p. 552.
[20] *Ibid.*

Esta Ley impuso la educación pública, laica, gratuita y obligatoria a nivel primario para todos los habitantes del país. Es notorio que resultó producto —pero también motor— del proceso en marcha en favor del sistema escolar, particularmente del nivel primario. Naturalmente, sus consecuencias tuvieron las limitaciones de toda norma jurídica: no basta hacer obligatoria la escuela para que todos los niños concurran a ella, e incluso pudo llegarse al contrasentido de exigir con la policía la afluencia de niños a clase, siendo que eran indispensables en sus hogares por razones económicas. Pero sin duda la ley tuvo un considerable efecto simbólico de estímulo hacia la generalización de la educación primaria y la ampliación del sistema, así como una cierta presión hacia los padres para que enviasen a sus hijos a clases.

Hay un aspecto de la Ley que importa subrayar: es el hecho de que, por respeto al sistema de gobierno federal existente en el país (al menos desde el punto de vista formal), el gobierno nacional no se hizo responsable de la fundación, administración y control de escuelas en las provincias. Esto quedó en manos de los gobiernos provinciales.

La cuestión trajo muchos problemas de desigualdad entre Buenos Aires y las provincias, ya que el presupuesto nacional fue siempre relativamente superior. Más allá de que no siempre los gobiernos provinciales compartieron los entusiasmos por la educación de la administración central, estaban las limitaciones pecuniarias de los gobiernos locales. En algunos pocos casos, las aportaciones porcentuales de esos presupuestos para educación podían superar a las de Buenos Aires, pero nunca en términos brutos.

Sabido es que el federalismo argentino siempre ha sido más declamatorio que práctico; la hegemonía económica del puerto de Buenos Aires favorecida por el modelo agroexportador que funcionó hasta 1945, ha hecho que el producto económico del país se vuelque inequitativamente hacia allí. De manera que el respeto formal hacia la autonomía de las provincias puede convertirse en un castigo para las mismas.

Así fue como el presupuesto federal dejó de apoyar escuelas en las provincias, lo que venía haciendo previamente por vía de sub-

sidios. Muy pronto después de la Ley se volvió al esquema de subsidios; pero este resultó engorroso y poco efectivo. El gobierno nacional se quejaba de que no siempre el uso de los recursos era el debido, y de que la responsabilidad básica de las escuelas en cada jurisdicción correspondía a las provincias. Los gobiernos provinciales se quejaban a su vez, de no recibir puntualmente los subsidios fijados, cuyo monto inicial determinado por Ley era muy alto y luego fue drásticamente reducido;[21] también se producía inevitable competencia entre las provincias. Lo cierto es que autores diferentes coinciden en que fue un error de la Ley 1420 dejar a las provincias la administración del sistema escolar (la administración central regenteaba capital y los despoblados territorios nacionales); de hecho, esto conlleva también la lamentable consecuencia de que provincias ricas tienen sistemas fuertes, y provincias pobres quedan muy rezagadas. Vino por ello la Ley Lainez a subsanar esta circunstancia, y permitir al Consejo Nacional de Educación fundar y administrar escuelas en las provincias.[22] Esta ley número 4874, dictada en 1905, tuvo como efecto un fuerte incremento inmediato en la cobertura del sistema, una mayor coherencia de conjunto en éste y —como era esperable— una disminución de lo aportado hasta ese momento por las provincias, que se sintieron autorizadas a privilegiar gastos en otros rubros.

Es importante destacar que la conjetura de lo ocurrido si el Estado nacional se hubiera hecho cargo desde 1884 de la educación primaria en todo el país —planteada por Ramos en su *Historia del nivel primario* solicitada por el entonces presidente del Consejo Nacional de Educación Ramos Mejía— tiene cierta coherencia; posiblemente el fruto hubiera sido más efectivo. Lo cierto es que la Nación y las provincias han convivido en la responsabilidad sobre el sistema desde la Ley Lainez, con una duplicación administrativa poco recomendable, tanto en eficiencia como desde el punto de vista económico.

[21] Ver Urbano Díaz, *op. cit.*, cap. IV, "Subvenciones", pp. 47 y ss.; Juan P. Ramos, pp. 131 y ss.

[22] Ver Juan P. Ramos, cap. VII, "La acción nacional y provincial en la escuela."

Ligado a la cuestión financiamiento, cabe destacar otro aspecto: la inversión privada en el sistema ha sido relativamente escasa. Si bien desde la colonia la Iglesia cumplió funciones educativas, su peso cuantitativo en la primaria argentina no es notable. Es de destacar que la mayoría de las escuelas privadas en Argentina son confesionales, situación que no es compartida por otros países latinoamericanos. También es señalable que la educación católica cuenta con apoyo financiero por subsidios del gobierno nacional. Es decir, la escuela privada no se autosustenta y es mayoritariamente confesional; esto es así ya desde la época que estamos reseñando.

Lo anterior implica que, frente a las lentitudes y dificultades para la renovación que son propias de un sistema global y oficial, la Argentina no ha contado con el eficaz contrapeso que en otros países han representado las escuelas privadas, como laboratorios de innovación y búsqueda; por el contrario, la educación privada ha sido y es —y no sólo en el nivel primario— fuertemente conservadora y tradicional.[23]

Otro hecho destacable es que en los orígenes del sistema se buscó el aporte privado para el financiamiento, planteando un impuesto especial para sostén de la educación común,[24] y se propuso la existencia de un fondo especial para educación, separado del de usos corrientes en el presupuesto nacional; también se instituyó que los ciudadanos pudientes aportaran financiamiento voluntario directamente en apoyo de la escuela, lo cual en algunas provincias llegó a representar más de lo asignado por el fisco provincial, a comienzos de siglo. Todo esto marca la convergencia —en aquella época— de Estado y sociedad civil en el emprendimiento educativo. La mutua asunción del compromiso escolar como vital para el destino social. De allí surgió el apoyo material y económico indispensable, algo que parece historia remotísima si se atiende a la afligente situación financiera de la educación argentina actual.

[23] Los testimonios al respecto fueron elocuentes en el Congreso Pedagógico Nacional convocado en 1984. Ver P. Krotsch y C. de Lella (comp.), *Congreso Pedagógico Nacional,* Buenos Aires, Sudamericana/IDEAS, 1989.

[24] Urbano Díaz, *op. cit.*, p. 19.

b. Consejos escolares y participación "popular"

La escuela sarmientina fue bastante menos antidemocrática de lo que algunos creen. Ajeno a la tradición escolástica hispanista, Sarmiento pensaba la escuela como una actividad no cerrada, más bien una obra directa de la comunidad, en la cual la acción del Estado debiera ser menos ya que la sociedad se haría cargo por sí misma.

La propuesta de la época, oficializada por el gobierno con la fundación de los Consejos escolares a fines del siglo pasado, resulta sorprendentemente provocativa a la luz de la situación actual, y cuesta hallar hoy en las características del sistema huellas de aquellos intentos. Se trataba de que la comunidad eligiera personas de las escuelas, desde la designación de los maestros al manejo administrativo; y que tendencialmente los establecimientos dejaran de estar en manos del Estado para quedar bajo la tutela y gobierno de la comunidad a través de sus representantes.

Como se ve, la relación escuela-comunidad se entiende como constitutiva y no como acercamiento de dos "partes" exteriores la una a la otra. Se buscaba evitar el paternalismo del Estado, y posibilitar a la comunidad el manejo —por sí misma— de sus instituciones.

La tan criticada escuela primaria argentina actual nada tiene que ver con esto. Es enciclopedista, cerrada sobre sí y desconfiada de todo lo que sospecha "externo", y no está dispuesta a modificarse por atención a la crítica social.

La idea de los Consejos, con ser avanzada, era sin embargo excesivamente idealista; no establecía mediaciones institucionales que hicieran posible la participación comunitaria sin hacerla a la vez demasiado exigente y sumamente engorrosa. Se pedía a los ciudadanos que gobernaran una institución sin ofrecerles cargo alguno, tiempo pago o relevarlos de otras funciones. Sin duda, los vecinos podían co-gobernar, pero difícilmente administrar y dirigir los establecimientos, y mucho menos dedicarse a conseguir financiamiento. Los Consejos fracasaron, nunca cumplieron la función imaginada; lamentablemente, no se advirtió que el error no estaba en la desidia social, sino en un escaso encuadramiento de los límites de las funciones asignadas. De esta manera, la relación con la comunidad que-

dó limitada al apoyo económico en las Comisiones cooperadoras, y a intentos esporádicos de reeditar los Consejos (caso actual de la provincia de Buenos Aires), que encuentran escaso eco por la poca credibilidad de la clase política que hace la convocatoria y por la pérdida general de prestigio de la actividad educativa, a la cual los últimos gobiernos han contribuido grandemente.

Sin embargo, el "sentido" de la propuesta debiera ser retomado, en todo caso siquiera para advertir su "hueco" y ausencia en el sistema actual: lo educativo como preocupación de la sociedad, de la que ésta se hace cargo. Por supuesto, se trata de que puedan hablar allí no sólo los "notables" como sucedía a fines del siglo XIX sino que confluya el conjunto de voces y expectativas del variado y altamente conflictivo tejido social, es decir, de toda la sociedad, y no sólo la parte "civilizada".

En todo caso, estamos hoy a distancia sideral de ello; la participación está siendo cada vez más limitada, dentro de un doble discurso en que lo educativo es ensalzado al rango de apostolado mientras se lo deja fuera de las decisiones estratégicas.

c. De castigos y durezas

El régimen escolar hasta la época sarmientina podía dar lugar a casos extremos de violencia; por ejemplo, llevar a los alumnos castigados a sitios especiales donde eran mordidos por perros, o forzar al alumno del caso a tragar un huevo freído en aceite hirviente.[25] Bastante se ha escrito sobre el poder de las instituciones, el que se hizo más omnímodo y sutil en la era racionalista;[26] pero sin duda resultaba más directa y brutalmente corpóreo en épocas anteriores.

La escuela que resultó del programa de Instrucción Pública limitó estos excesos, considerados indignos y rechazables. Sin embargo, el celo "pedagógico" que llevó a menudo a confundir valor de la escuela con valorización acrítica de la actitud del maestro, permitió munir a éste de casi ilimitado campo de decisión en cuestiones

[25] Juan P. Ramos, *op. cit.*, "Los castigos corporales", pp. 87 y ss.

[26] *Cf.* La obra de M. Foucault, especialmente *Vigilar y castigar.*

disciplinarias dentro del aula, con plena legitimación de su función por parte de los padres.

De tal manera, la violencia del maestro resultó a menudo justificada. El racionalismo no liquidó tal violencia sino que desde cierto punto de vista, la afianzó. Si el maestro es él mismo la voz propia de la Verdad y la Racionalidad, sabrá perfectamente cuándo un castigo es merecido y justo. Siendo así, el autoritarismo en la escuela encuentra fundamentación discursiva.

Si bien eso no ha sido exclusivo de la Argentina,[27] lo cierto es que la escuela en nuestro país sumó a su tradición anterior la dureza exigida por los inmigrantes que, con moral de acumulación capitalista inicial, estaban dispuestos a que sus hijos fueran disciplinados por la escuela a cambio de un sitial de ascenso social. El resultado fue un estilo escolar arcaico, ritual, en el cual el orden ha cumplido un papel básico, en el que la disciplina y el silencio funcionan como fines en sí, donde el uniforme y el formar fila son puestos como condiciones de socialización de los niños. Este aspecto merecería un estudio específico, pero queremos subrayarlo aquí: el "llegar de la cultura a toda la sociedad" representado por la escuela fue acompañado —en realidad se trata de un solo movimiento— por una noción cuasi-médica de salud asociada a "buenas costumbres" exigidas con toda rudeza. Si a ello agregamos la ignorancia de ciencias como la psicología freudiana por parte de los maestros —teoría que sería percibida como insoportable por no escasa parte del personal docente y directivo, aún el actual—, podemos comprender que muchos maestros hayan entendido "hacer bueno" a un niño a base de castigos, humillaciones abiertas o sutiles, contención y rigidez corporal, elisión de lo sexual, silencio e impavidez. Tales "virtudes" pregonadas por los contenidos y las formas de la práctica escolar son base de autoritarismo en quienes las introyectaron[28] y contradicen punto por punto lo que hoy la psicología podría colaborar a fundar como deseable.

[27] Por ejemplo, la educación francesa. Ver la autobiografía de A. Touraine, *Un deseo de historia,* Bilbao, Ed. Zero, 1978, pp. 13 y ss.

[28] Como desarrolla detalladamente Sigmund Freud en *El malestar en la cultura.*

Lo cierto es que ya no encontramos la palmeta de que nos habla la historia, los bonetes de burro o las orejas, el niño en el rincón. Pero recién comienza a desconstruirse la idea de que, en el aula, el maestro siempre tiene razón, sobre todo si "es exigente con la disciplina".

d. Lo nacional: la difícil identidad

No es casual que en Argentina hayan florecido búsquedas de identidad enfrentadas entre sí y mutuamente excluyentes: ha habido corrientes (con sus respectivos intelectuales) hispanistas, anglófilas, indigenistas, afrancesantes... Sin duda, el aluvión migratorio de comienzos de siglo fue extremadamente fuerte, y hubo momentos en que el número de habitantes extranjeros superaba al de nativos. Naturalmente, ya no fue claro qué era eso de "ser argentino"; la identidad nacional estaba en cuestión.

En la literatura de la época se advierte la importancia del problema. Ramos destaca la cuestión y enfatiza la incapacidad de la escuela para promover un sentimiento de lo nacional e incluir en él a los recién llegados al país.[29] Sostiene que la apertura a todas las razas no puede ser entendida como una especie de claudicación de la tradición nacional. Lo que este autor no advierte es en qué medida esta impronta de escasa definición nacional está imbrincada en los principios mismos de la escuela sarmientina y de su noción de país; la "apertura a Europa", entendida como superior, tenía que dar por resultado que los hijos de Europa que viniesen al país vieran a lo nacional y criollo como inferior. La apertura a lo universal de la cultura —sin duda necesaria— se hacía por una ruptura rotunda con el pasado, en el que "esa" cultura no había tenido lugar;[30] la recomposición de la población y de sus hábitos era demasiado abrupta. La educación *per se* no hubiese podido cambiar esto; aún cuando tampoco lo intentó, sino que acompañó este proceso en plena consonancia y como una de sus componentes básicas.

[29] Juan P. Ramos, *op. cit.*, "La escuela y la nacionalidad", pp. 143 y ss.

[30] Por ejemplo, la intención de fundar un Museo de Bellas Artes fue considerada por algunos concejales un "lujo" perjudicial. Ver R. Giusti, "La cultura porteña a fines del siglo XIX", en su libro *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954, p. 70.

Permítasenos señalar que no creemos en un "ser nacional" esencial o ahistórico, ni tampoco en dudosas pretensiones de establecer un privilegiado sentimiento de lo telúrico nacional. La identidad es siempre abierta y cambiante, es un campo de significaciones asumidas como propias; de acuerdo al devenir y las nuevas experiencias está el modelo para pensar esta cuestión, a partir de la identidad de cada sujeto personal. La identidad no "es", sino que "se hace".

No vemos preocupante, por ello, que la identidad nacional se haya modificado; esto es problema sólo para los que sueñan restauraciones imposibles de pasados idealizados. No podríamos en la actualidad continuar con la identidad del criollo del siglo XIX; aún si otro proyecto de país hubiera triunfado, la historia no proveería hoy una repetición de la época rosista.

Pero sí fue problemático que la identidad diera un salto brusco, que el extranjero que llegó no tuviera un "suelo" previo al que asirse y con el cual combinar las significaciones que traía; esto no porque no hubiese tradición nacional, sino porque oficialmente se la descalificaba. De modo que la identidad nacional quedó en un proceso de reconstitución confuso y necesariamente lento, del cual entiendo que como nación aún no hemos salido.

Completa el panorama la noción esquemática con que algunos inmigrantes llegaron al país, para quienes se trataba de "hacer la América", de hacer dinero, de manera ya sea fácil o sacrificada, pero hacer dinero al fin. Esta tierra de promisión infinita vino a ser lo que alguien llamara "Trapalanda",[31] el cumplimiento de la utopía en un lugar donde cualquiera —aún el no muy honesto o trabajador— podía acceder a la riqueza. Desde tamañas expectativas —recuérdese que la mitad de los inmigrantes volvió a sus países de origen— no era fácil arraigar en una identidad nacional argentina.

La escuela, con su ordenamiento productivista, su clasificación y meritocracia, su disciplina y su culto del aprendizaje abstracto, fue sitio de reproducción para el inmigrante y sus hijos de las supuestas evidencias de la superioridad europea de las que ya venía imbuido.

[31] Ver la exasperada versión que de la Argentina de los 30' da E. Martínez Estrada en su célebre y polémica *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

De poco sirvió, frente a ese culto estructural e "inconsciente" de lo europeo, el intento de valorización de lo nacional que luego se ensayó. Este consistió en una insistencia banal en la perfección y heroísmo de los iniciadores de la nacionalidad, transformados en abstractos e impolutos "próceres", y en la postulación de una historia poco creíble, desencarnada y monocorde donde patriotas abnegados eran desimbuidos de sus intereses, ideologías y antagonismos, para ser transformados en paladines de una Patria puesta por encima y fuera de las contradicciones.

Esa historia oficial implicó una iconografía en la que los símbolos nacionales fueron propuestos constantemente; el mecanismo de compensar las carencias "internas" (en términos psicoanalíticos) con evidencias externas y tangibles: la identidad estaba así asegurada.

Los resultados de este dispositivo fueron sin duda muy lejanos a su propósito inicial. El rechazo a lo criollo se mantuvo, mientras la apelación a una historia nacional desfigurada y maniquea tuvo otros efectos. Hay quienes han señalado el paralelo entre la simbología popular utilizada en el Mundial de 1978 y la de la guerra de Malvinas en 1982; aunque se trataba de una fiesta deportiva (que obturaba una situación donde el Estado se había militarizado) y una conflagración bélica, se apeló al mismo arsenal significativo; banderas, escarapelas, la idea infantil de que "los argentinos les ganamos a todos". Sin duda que el reconocimiento acrítico de la población en esa simbología —utilizada en ambos casos para operaciones políticas de legitimación dictatorial— debe mucho a la escuela, a esas aulas artificialmente santificadas donde sacrificados maestros —y sobre todo maestras— con las mejores intenciones han enseñado a sus alumnos sobre lo inexpugnable de la Argentina, sobre su vocación heroica y su mística invariablemente vencedora; mítica versión que no pudo exorcizar ni la valorización social de lo europeo, ni lo rotundo de su superioridad militar.

e. Del normalismo y sus problemas

No había maestros suficientes para plantear la expansión del siste-

ma en la época de Sarmiento y Avellaneda. Los pocos que se contaban no tenían formación específica; de manera que resultaba urgente comenzar la formación de docentes.

En 1869 se decide la fundación de dos escuelas normales; en 1870 es establecida la célebre Escuela Normal de Paraná, cuyo director es traído desde Estados Unidos, así como parte del personal docente. En 1875 se funda una segunda Escuela Normal en Tucumán, cuya dirección se confía al mismo Prof. Stearns, que había regenteado la de Paraná; esta segunda escuela es provista de menos medios. De cualquier modo, el proceso fundacional sigue con velocidad, y a finales de la década de 1880 hay escuelas normales también en Corrientes y San Luis, estas dos funcionando como anexas a colegios nacionales. Se había dado el inicio a un proceso de formación de maestros sin el cual hubiera sido imposible la extensión del sistema que se iniciara en aquel momento y que ya hemos examinado.

Sin embargo, este proceso iba acompañado de inconvenientes; uno fue la contradicción con los docentes no-titulados, los cuales defendían su idoneidad desde la desventaja de su menor preparación formal y su ausencia de título. Pero esto duró sólo mientras los docentes titulados no cubrieron la totalidad de las plazas disponibles, con el progresivo abandono de sus anteriores ocupantes, lo que, de cualquier modo, no fue inmediato. En 1910, por exigencia de la expansión escolar, había tantos maestros diplomados como no-diplomados.

Existe un problema central que se liga a los dos puntos anteriormente tratados, el de la disciplina y el de la relación con la identidad nacional, dentro de un análisis cualitativo de la actividad escolar. El normalismo se configuró como una tradición autónoma que centró hacia el maestro todo el prestigio de lo escolar, del saber, de la formación valorativa de los alumnos. El maestro es "el sabio, el justo, el profeta".[32] La pedagogía —disciplina con notorios problemas epistemológicos de constitución—[33] pasó a plantearse como espacio de verdades incontrastables y absolutas. El maestro co-

[32] Juan P. Ramos, *op. cit.*, "El magisterio nacional", p. 252.

[33] Roberto Follari, "Filosofía y educación: nuevos problemas de una vieja relación", en *Revista Argentina de Educación,* Buenos Aires, núm. 9, diciembre de 1987.

menzó así el camino de desconocimiento de lo científico y de las disciplinas sociales que aún hoy lo caracteriza; lo pedagógico se cerró sobre sí como si no requiriera fundamento en otras disciplinas. Se operó sobre el niño con desconocimiento de la sociología, la psicología y la antropología. Pero para más, el normalismo fomentó un peligroso mito: el del maestro apóstol, aquel que hace de su misión algo sagrado y superior. Se idealizó de manera casi caricaturesca el papel docente, y el maestro fue una mezcla curiosa de saber y voluntad, de amor y conocimiento, de depósito de información y base para la formación. Estos mitos son hoy utilizados interesadamente contra los maestros para desacreditar sus justas reinvindicaciones, insinuando que los "apóstoles" no deben bajar a la terrenalidad de las luchas laborales y la mejora del salario. Pero se trata de una mitología que resultó nefasta ya desde su comienzo, y no en vano produjo reacciones airadas;[34] la mistificación del papel no permitió criticar la función del maestro, sacarlo de su contexto "celestial" para discutir si, por ejemplo, la disciplina rígida se justifica o la Historia nacional debe continuar enseñándose igual. El maestro se apartó de la necesidad de acudir a una cultura científica que la sola formación normal no dio en Argentina; y ello en nombre de una autovaloración mitificada: la maestra "segunda madre", sacrificada por la formación y el futuro de los alumnos.

Como se ve, la identificación narcisista del maestro en este modelo no ha sido precisamente inocente; fue plenamente funcional al autoritarismo y a la noción de una escuela cerrada y disciplinante. El maestro mítico es el otro lado de una "escuela templo del saber" de la cual hubo que desarraigar el grito, el juego, la novedad, la sexualidad, la creatividad. La idealización se lleva mal con el desorden del deseo, con el perpetuo cambio de objeto que caracteriza a éste: tiende al vértice superior de un Orden al cual se atribuye la exclusividad del sentido. Si no se concuerda con el maestro profeta, se está equivocado, y la transgresión a ese orden sacralizado merece condignos castigos.

[34] Juan P. Ramos, *op. cit.*, pp. 250 y ss.

3. Positivistas y espiritualistas: la razón de la locura

El conflicto sobre el pensamiento educativo a comienzos de siglo siguió la vía del que se daba en el plano filosófico, del cual aún no se había distinguido sino como una "aplicación específica". Se enfrentaron positivistas con espiritualistas, insistiendo los primeros en la ciencia empírica y el método científico, y los segundos en temas como los valores, la libertad, la conciencia, etcétera. Entre la "ilusión cientificista" de los primeros[35] y el hombre espiritual abstracto de los segundos, constituyeron una dupla complementaria que en su oposición liquidó la posibilidad de alternativas, a la vez que dio lugar a efectos en que sus posiciones se combinaron.

Los positivistas se enfrentaron férreamente al catolicismo, y pusieron una valla a la libre especulación tradicional, generalmente ligada a las políticas más reaccionarias. Sus nombres (V. Mercante, O. Bunge, J. Ferreira) están asociados a los momentos de expansión de la escuela a comienzos de siglo. Su pensamiento podía ser mecanicista y reductivo —de lo cual lo acusaban los espiritualistas—, pero a su vez intentaba abandonar el oscurantismo y dar un lugar preferente al pensamiento científico, programa por entonces totalmente "por hacer" en el país.

Sus posiciones pedagógicas a menudo fueron progresistas: J. Ferreira reinvindicaba la superación de la situación de examen[36] y colaboraba en la fundación de escuelas populares.[37] Por cierto que a diferencia de la visión que de ellos daban los espiritualistas, los positivistas no abandonaban la reflexión sobre los fines, asumiendo su posición como la "religión de la Humanidad" abierta por Comte y Spencer.

Algunos de los representantes de esta escuela derivaron hacia un marxismo cientificista, tal el caso de Ingenieros; fue su seguidor Aníbal Ponce, cuyo libro sobre historia de la educación resultó un clásico.[38] Esta secuela "de izquierda" del positivismo no era bien

[35] A. Puiggrós, "Problemas metodológicos de la Pedagogía", mecanografiado, s.f.

[36] Ángel Bassi, *J. A. Ferreira: el pensamiento y la acción del gran educador y filósofo*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1943, pp. 40 y ss.

[37] *Ibid.*, pp. 56 y ss.

[38] Aníbal Ponce, *Educación y lucha de clases*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1978.

vista por los actores iniciales de la tendencia, que rechazaban vivamente el comunismo.[39] Posiciones como la de Ponce, más allá de su "ortodoxia materialista" un tanto primaria, representaron un hito importante en la reflexión educativa latinoamericana, y particularmente en la de Argentina, donde nunca existió una tradición marxista. Por esto creemos que no es acertado descalificar rotundamente el aporte hecho por Ponce en favor de una interpretación popular de lo educativo.[40] Por su parte, los espiritualistas buscaban superar "la dictadura del método" atribuida a los positivistas; e intentaban que la escuela fuera el centro de formación en dirección hacia valores "superiores". Se lamentaban de ciertos excesos de politicidad a que se llegaba en la Universidad[41] y tendían a una posición veladamente jerarquizante en favor de los intelectuales y depositarios del saber académico. Defendían también la discusión de los problemas filosóficos últimos y querían evitar caer en una pura discusión de cuestiones instrumentales, fieles a su raigambre idealista.

También los espiritualistas tuvieron derivaciones hacia el socialismo (A. Korn), aunque es evidente que su corriente central se hallaba muy lejos de estas posiciones, regida por una noción de orden con vértice en la calidad espiritual y valorativa de hombres considerados éticamente superiores.

En todo caso, en ambas tendencias falta la constitutividad de lo social; la ciencia o el espíritu se fundan sobre sí mismos y son los que salvarán a la sociedad. Y cuando lo social finalmente aparece, lo popular no tiene cabida, resultando irracional respecto de la ciencia, o inferior respecto de los más altos logros del espíritu.

Podemos entender en qué medida estas posiciones fundacionales son coherentes con lo que hemos venido señalando del sistema escolar argentino; para ambas a la vez la corporeidad, el desorden, los sentidos fragmentarios, resultan ajenos e inaceptables.

[39] Ángel Bassi, *J. A. Ferreira..., op. cit.*, pp. 263 y ss. También su ataque a la "escuela nueva", en pp. 223 y ss.

[40] Como lo plantea A. Puiggrós en el cap. VI de *La educación en América Latina, op. cit.*; libro con el cual diferimos en algunos aspectos interpretativos, pero entendemos riquísimo en su aporte a esta temática.

[41] Coriolano Alberini, "La Reforma Universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras", en sus *Escritos de Filosofía de la Educación y Pedagogía*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1973.

Por esto ninguna de estas vertientes favoreció la innovación en la práctica áulica, la desjerarquización de roles estereotipados, la renovación en métodos y contenidos, la superación de los rituales escolares. Por el contrario; sirvieron ambas para juzgar con extrema dureza las escasas experiencias que en ese sentido se han intentado.

Los casos de Carlos Vergara[42] y Jesualdo[43] son paradigmáticos. Cierto es que el primero recibió influencia espiritualista, pero la resignificó y desbordó ampliamente hacia una escuela abierta, sin aula ni horarios, que evitaba todo castigo y examen, buscando fundar el aprendizaje en la experiencia propia y motivada. El segundo derivó hacia el socialismo desde actividades escolares participativas y basadas en el interés de los alumnos, realizadas junto al río Uruguay. Ambos educadores han sido abandonados por la historia oficial de la educación argentina, y se ha cuidado que su ejemplo "caótico" no vaya a cundir. No concordamos con la tesis de que los sectores populares argentinos prefirieron ganar la batalla de la entrada al sistema escolar; o más bien, creemos que así resultó realmente, debido a una condensación de la cultura dominante y la dominada, conformadas ambas en el molde "ordenatorio europeo".[44] Los sectores populares ganaron así la entrada a un lugar que no pudieron dirigir: pero no se percataron de tal limitación, dado que compartían la noción de que ese lugar —la escuela— ofrecía lo deseable: aprendizaje ordenado, metodización de los valores existenciales.

4. La universidad: reforma y contrarreforma

Acerca del nivel medio de la enseñanza cabe poco profundizar; su indefinición en cuanto a la función —preparatoria o terminal— lo ha llevado a una sistemática ambigüedad que no sólo es argentina. Con problemas en el nombramiento de los docentes —por hora y no por cargo—, y con falta de profesores idóneos —recién en los últimos años su personal posee mayoritariamente título universita-

[42] A. Puiggrós, *La educación popular...*, p. 115.
[43] *Ibid.*, pp. 173 y ss.
[44] J. C. Tedesco, "Directivismo y espontaneísmo...", *op. cit.* Allí se expone la cuestión de los dos diferentes objetivos a asumir.

rio—, su misión es más "vía de mantenimiento" de los adolescentes antes de la entrada al aparato productivo, que preparación específica para éste o para la enseñanza superior.

De cualquier modo, la función socializadora de la educación al imponer valores tradicionales de orden y jerarquización se cumple en este nivel paradigmáticamente, operando sobre una edad esencial para la formación de los alumnos. Es por tratarse de esa edad —momento conflictivo de reconstitución de la identidad— que la resistencia a esa imposición de un "arbitrario cultural[45] se hace más dura, y la escuela menos legitimada y aceptable. La radical separación entre escuela y vida que afecta a la educación nacional muestra aquí sus mayores rechazos y disfunciones, y no es extraño que se haya prohibido en 1990 un programa televisivo que —sin demasiada calidad artística— traslucía que en la adolescencia... ¡la sexualidad es un tema central! Una novedad insoportable.

En cuanto a la Universidad, tenía larga tradición en Córdoba, donde se inició en el siglo XVII. En Buenos Aires fue fundada en la década de 1820, y la Facultad de Filosofía y Letras en los inicios del siglo XX. Era lugar de familias de linaje, y se llegaba a docente como una función altamente honorífica propia de juristas, médicos afamados y algunos filósofos de talla. El surgimiento del radicalismo y la presión de las clases medias llevaron al célebre movimiento de la Reforma Universitaria,[46] que planteó el gobierno tripartito, la periodicidad de la cátedra, la atención de la Universidad a problemas sociales, la necesidad de diversificar las carreras. El movimiento de lucha de 1918 reconoció influencias espiritualistas,[47] y derivó en una saludable modernización de los centros de altos estudios, sirviendo además de bandera a seguir en muchos países de América Latina.

Los sectores populares en Argentina han llegado escasamente a la Universidad. Los planteos de la Reforma eran insuficientes para una transformación estructural de las casas de altos estudios, y para la modificación decisiva de su función social. Hacemos del movi-

[45] P. Bourdieu *et al.*, *La reproducción*, Barcelona, Ed. Laia.
[46] A. Puiggrós, *La educación popular..., op. cit.*, cap. IV.
[47] *Ibid.*

miento de Reforma una interpretación menos totalmente positiva que la planteada en otros estudios.[48] Lo cierto es que las sucesivas intervenciones a la Universidad, sobre todo por parte de gobiernos militares, hicieron a menudo letra muerta de la Reforma. En otros casos, se intentó avances más profundos en la articulación Universidad sociedad, pero dentro de situaciones políticas altamente conflictivas (gobierno peronista de 1973), que llevaron a serios errores de concepción e implementación. En todo caso, el credo reformista no ha sido aceptado unánimemente por los sectores políticos progresistas, que lo han cuestionado y actualmente lo cuestionan como insuficiente frente a los desafíos de la hora.

La Universidad argentina ha sufrido enormemente los avatares políticos, dándose expulsiones y éxodo de docentes y alumnos luego de cada uno de los golpes militares (1955, 1966, 1976). Tras perder en 1966 algunos de sus mejores exponentes, multiplicó el número de sus dependencias de una manera rápida a fines del gobierno militar de Lanusse, sin una planificación equilibrada ni una noción de sistema universitario global. Desde 1976 reinó el atraso, el control y censura ideológicos y la cerrazón intelectual, con muchos destacados profesores forzados a permanecer fuera del país, algunos de los cuales ya no volvieron. Con el retorno democrático se abrió la Universidad a la entrada masiva de estudiantes, disolviendo las limitaciones impuestas por el gobierno militar; pero no se programó con eficiencia para hacer frente a tan grande demanda, ni se reubicó las carreras en relación con su pertinencia social. Desde 1985 ha crecido un tanto la planta docente, pero los salarios se han deteriorado notablemente y la Universidad pierde a la vez su jerarquía académica y su prestigio social.

El gran problema de la Universidad argentina ha sido bien dilucidado en el mejor estudio que conocemos al respecto, por A. Pérez Lindo:[49] no hay en el país conciencia de la ligazón de los recursos intelectuales con el desarrollo, de la materia gris y la innovación tecnológica como fuentes de resultados económicos. De tal manera, la Universidad se resiente por el importante rol social que la

[48] A. Puiggrós, *ibid.*

[49] A. Pérez Lindo, *Universidad, política y sociedad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.

ciencia y la técnica pudieran tener, pero que en el país no se les asigna. La Universidad marcha así a la deriva, mientras costosos recursos humanos que forma el país son desperdiciados o emigran por necesidad.

5. La actualidad: el mito de los orígenes

También de glorias se vive. De modo que a menudo el lenguaje oficial apela al gastado discurso de la Instrucción Pública cuando desea legitimar una acción o enfrentar una huelga docente. Es una apelación al pasado y su brillo; carece de todo apoyo en lo real. En aquel pasado la expansión del sistema era concreta, se la buscaba y realizaba; hoy el presupuesto disminuye día a día y en las preocupaciones oficiales la educación sólo cuenta como modo de legitimar la acción en otras áreas, o a fin de enfrentar los continuos paros de actividades.

Aquel discurso de 1884 se impuso en Argentina y aún en los momentos en que los sectores populares lograron cierto protagonismo en el Estado (peronismo), sus líneas fundamentales no fueron alteradas. Durante el período 1945-1955 el peronismo aumentó la veta del autoritarismo en la administración escolar, planteó alguna versión débil pero real del culto a la personalidad del líder, y produjo cierta relación de la escuela con la producción, tanto a nivel medio como superior, fundando la Universidad Obrera, posterior Universidad Tecnológica. No hubo transformaciones del sentido del proyecto escolar en curso, ni modificación de sus supuestos. En la Universidad, se gobernó por intervención, sin aceptar la autonomía propuesta por la Reforma.

Durante la gestión Onganía se combinó curiosamente el autoritarismo y la prescripción ideológica, con cierta modernización administrativa y curricular, dentro de la línea de "desarrollo y seguridad" que Estados Unidos lanzaba en esa época para el subcontinente.[50] Hasta 1976 la inestabilidad política hizo inviables

[50] P. Randle, *La universidad en ruinas*, Buenos Aires, Ed. Almena, 1974. Desde un nacionalismo restauracionista, el autor considera "blandas" las posiciones de Onganía en educación.

las políticas de fondo. A partir de allí, la *pax* impuesta por vía de una extrema violencia estatal, permitió una restauración antidemocrática imaginaria de pasados míticos y de color homogéneo y ultraconservador en lo ideológico. Mientras se producía una fuerte reconversión de la economía argentina —que quedaba abierta al mercado internacional y dejaba de privilegiar el consumo interno—,[51] en educación el cuidado era evitar las ciencias sociales, liquidar ideas "extrañas" o colectivistas (se llegó al extremo de desestimar por ello a... ¡la teoría de conjuntos en matemáticas!), restablecer nociones de orden y jerarquía, silenciar toda diferencia. Aumentó el analfabetismo, cayó por completo el nivel académico, los curriculos se estacionaron en el pasado. El orden típico de la Instrucción Pública fue radicalizado a tal extremo, que sus restantes características (la racionalidad como finalidad, la participación, etcétera) desaparecieron por completo, y bajo este disfraz el origen sarmientino, también societario y negador del castigo, quedó totalmente unilateralizado y deformado.

La administración radical, surgida en 1983, convocó a un Congreso Pedagógico que buscaba la participación colectiva en el debate educativo, y paradójicamente dejó al desnudo cuán poco interesa hoy a la clase política la educación. Sólo la Iglesia católica se interesó a fondo en el proceso, mostrando al pasar cómo siguen predominando en ella los sectores conservadores, y de qué modo el discurso inicial del orden planteado en el siglo pasado ha perdido sus aspectos avanzados, al punto de que ahora puede ser plenamente apropiado desde posiciones retrógradas y arcaizantes. De la consigna "orden y progreso" quedó sólo el primer término; y el interés por la puesta al día, la competencia y el ubicarse en un proyecto económico viable ha desaparecido. Sólo queda como consigna el control ideológico contra rebeldes y diferentes.

El radicalismo instauró plena libertad académica en todos los niveles del sistema, lo que era decisivo luego del periodo de censura anterior. Pero decepcionó en cuanto a la expectativa que se tuvo de

[51] Horacio Tarcus, "Crisis del populismo y alternativa socialista" en *Utopías del Sur*, núm. 3, Buenos Aires, 1989.

que asignase a la educación un rol importante; la Universidad fue dejada al margen de todo plan (luego del periodo inicial de normalización), y en otros niveles se iniciaron algunas renovaciones sin mucho apoyo político global. Tal renovación se hacía en nombre de una modernización global, la cual sin duda resultaba necesaria frente a la obsolescencia del sistema. En primaria y media hubo reformas curriculares, sobre todo a nivel de las provincias; intentos de interdisciplina, de plantear ejes temáticos con interés para los estudiantes, de proponer el tema de la democracia y los derechos humanos como contenidos. En general, propuestas compatibles, pero con escaso apoyo presupuestal y muy relativa atención dentro de las actividades gubernamentales.

Con la administración Menem el desinterés de la clase política por el tema se radicalizó, ya que a su vez la "política-show" inaugurada en el periodo anterior alcanzó su apogeo. El neoliberalismo a ultranza y los planes de ajuste se instalaron, como lo han hecho en gran parte de América Latina a instancias de la política económica y de seguridad de EEUU[52] se nombra ministro a un hombre ligado a la escuela privada. Los ajustes se suceden, y en la disminución del gasto público obviamente se incluye la educación. Se lanza la idea de arancelar los estudios de grado en la Universidad, mientras se acusa a ésta de ineficiente, y quiere ponérsela al servicio de la industria privada. No hay políticas para el sector, mientras se suceden las huelgas de docentes por mejora de sus magros salarios, con lo que el sistema funciona con desajustes constantes y menos días-clase de los previstos. Se apoya veladamente la educación privada como alternativa "más eficiente" frente a los problemas de la estatal. Incluso se afirma que los producidos financieros de la privatización de empresas estatales irán a dar a salud y educación, para luego no asignarlos a esos rubros; se trata de apelaciones que reconocen todavía que discursivamente, retóricamente, aún vale la pena preocuparse de lo educativo.

El proyecto de 1880 se ha cumplido, se desplegó en sus logros y

[52] A. Escurra, "El nuevo consenso intervencionista en USA", Buenos Aires, Cuadernos IDEAS, núm. 6, diciembre de 1989.

limitaciones. Otro debiera reemplazarlo; pero actualmente no existe. Sin apoyo presupuestal la educación no puede marchar, y los planes de ajuste achican el gasto público siempre un poco más. Aumentan el analfabetismo y la deserción, fruto de la marginalidad social creciente; y la cobertura misma del sistema disminuye frente a la imposibilidad de muchos padres de solventar el envío de sus hijos a la escuela.

Algunos establecimientos se han convertido propiamente en comedores, y los chicos concurren por la vianda o la copa de leche; pero esta función, con ser decisiva, no es propia del sistema educativo. Las innovaciones planteadas en la época radical han sido interrumpidas definidamente, o languidecen en la carencia económica y el abandono político.

Una de las iniciativas gubernamentales, que ha llevado a múltiples gestiones políticas, es la transferencia de los servicios educativos del nivel medio de la Nación a las provincias.[53] Esto es: retroceso total hacia antes de la Ley Lainez de 1905, abandono de cada provincia a sus propios recursos, cada vez menores y siempre discutidos con el Tesoro nacional. Diferenciación aguda entre las provincias más ricas y las más pobres. Descompromiso del gobierno nacional a partir de la consigna de disminución del gasto.

Sírvanos esta transferencia a las provincias como ejemplo emblemático del final de los impulsos de la Instrucción Pública del siglo pasado. Algunos de sus defectos son marcas estructurales de la educación nacional: el formalismo, el disciplinamiento, la escasa innovación. Pero sus valores se perfilan fuertes y nítidos contra el fondo de la carencia presente: apostar a la educación para hacer un país viable y competitivo.

Cuando la robótica y la genética revolucionan el mundo, cuando la informática y la comunicología determinan el control de la producción y de las ideologías, es suicida abandonar la educación, arma elemental para apropiarse de la tecnología. Un neoliberalismo pregonado para países dependientes, no practicado por los centrales, nos condena a permanecer fuera de la historia y seguir agran-

[53] Una transferencia similar de los servicios educativos a las provincias se realizó durante el último gobierno militar.

dando la brecha con los países avanzados. Ojalá no se abandone la investigación de punta a manos privadas y parciales, y aquella creatividad que la escuela argentina marginara pueda finalmente florecer en el espacio público, el de la escuela gratuita y universal que se quiso en 1884.

Voces de las clases populares en la literatura argentina del '80 al '80

Nora María Díaz
Oscar Zalazar*

> Es mucho mayor la distancia, el abismo que en América Latina se abre entre el bienestar de pocos y la desgracia de muchos y son más salvajes los métodos para salvaguardar esa distancia.
>
> Eduardo Galeano, *Contraseñas*

Intentamos describir a través del modo como ha sido incorporada la voz de las clases populares en la escritura de la literatura argentina, estas páginas de historia encerrada en un siglo que nos dejará para siempre el amargo recuerdo de las desapariciones, de la muerte y de la miseria. No podremos evitar, lamentablemente, la tarea del recorte, la selección y la acotación.

Si tradicionalmente se habla de literatura argentina a partir de *La Cautiva* (1837), es recién a partir de 1880 que existe una producción sostenida. En cuanto a la crítica literaria recién quedará constituida alrededor de 1950. Sin duda la producción que se extiende a lo largo de los últimos cien años no es homogénea; podríamos, a grandes rasgos, distinguir una línea de intención culta, construida alrededor del "libro consagrado", de tipo hegemónico, producida como una literatura dominante; a su vez, una línea de confrontación, contrahegemónica, orientada a vehiculizar mensajes estéticos de otros sectores sociales. En ambas es posible distinguir toda una gama de oposiciones, préstamos, conflictos y reformulaciones. Por

* Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo, CIUNC, Mendoza, República Argentina.

otra parte, con respecto a la dinámica de la renovación, si en la línea "culta" el desiderátum está en la incorporación de modelos producidos fundamentalmente en Europa con la pretensión de formar parte de la "literatura universal" en la ilusión de pertenecer a ésta sin más, en la línea de las literaturas inspiradas en la expresión de las clases populares, en cambio, el ritmo de renovación se relaciona con la incorporación de ideologías contestatarias.

Podríamos afirmar también que las líneas de desarrollo de la producción literaria es análoga, pero con inflexiones propias a las transformaciones del país. Con ello entramos en el difícil problema de las relaciones entre prácticas significantes y determinaciones estructurales; en otras palabras, afirmar que toda práctica significante puede y debe ser explicada en relación con dichas determinaciones, no significa que se agote el fenómeno ni que tal relación sea de por sí suficientemente explicativa. Sin ahondar en el tema de la relación entre dichas prácticas (en el caso de la literatura, práctica socialmente controlada, hipercodificada, profundamente vigilada por el censor, pero al mismo tiempo lugar de la palabra transgresora, no normalizada, subversiva) y determinaciones del modo de producción de la vida material, podríamos afirmar con García Canclini a propósito de la cultura como sistema de prácticas significantes:

> La cultura no sólo representa la sociedad, también cumple, dentro de las necesidades de producción de sentido, la función de reelaborar las estructuras sociales e imaginar nuevas. Además de representar las relaciones de producción contribuye a reproducirlas, transformarlas o inventar otras.[1]

El texto literario debe ser abordado en su especificidad es decir en su doble naturaleza de lugar de producción de signos y de saber de la conflictividad social. Y es en la construcción de la imagen de las clases populares, donde ese sujeto —eludido-aludido, sobreescrito, roto, alabado o escindido— se nos muestra enunciando su palabra.

No es nuestra intención reproducir por medio del comentario la relación del autor con la historia a la que pertenece. Manteniéndo-

[1] Néstor García Canclini, *Ideología y cultura*, Buenos Aires, UNBA, 1984, p. 14.

nos en el texto, deseamos poner de relieve la imagen de lo que llamamos clases populares como una estructura significante.[2]

Por último la tarea que pretendemos realizar no se orienta a desarrollar una descripción de la "lengua" de la literatura argentina, es decir de su estructura, ni tampoco de cada palabra efectivamente realizada, es decir del aspecto semiótico;[3] sino señalar en el nivel de los mensajes producidos, los signos o imágenes de las clases populares, como fragmentos de un discurso que se va construyendo como propio.

El siglo (1880-1980)

En el campo de la literatura la narrativa del siglo XIX separó la sociedad en civilizados y bárbaros. Esta visión dicotómica cumplió adecuadamente su función hasta fines del siglo pasado cuando la apertura del país a la inmigración significó un cambio en la composición de la sociedad y una redefinición de papeles.

Profundo fue también el cambio cuando, décadas más tarde, casi al promediar el siglo XX, surgió el peronismo, proceso político que llevó al primer plano aquella repudiada "barbarie". En un primer momento, nuestra intelectualidad pareció descubrir aquello "otro" que no estaba en sus esquemas como agente social y político, si bien había sido percibido siempre como algo inquietante y amenazador. Se conjuró el peligro poniendo en vigencia, con fuerza, aquella antigua categoría de "barbarie", reconociendo la presencia política de alguien que fue visto en todo momento como un enemigo cargado de signos negativos. Mas hubo otros intelectuales que no respondieron de ese modo y que acabaron integrando una línea contestataria visible ya en los años 30 del presente siglo, antecedente inmediato del fenómeno peronista. David Viñas ha hablado justamente de cierta "izquierda liberal" que sin apartarse de las formas literarias dominantes, adhirió a ideologías de protesta; también de una "izquierda progresista", cuyos integrantes adoptaron abiertamente procedimientos de vanguardia y, por último, lo que él deno-

[2] Jacques Derrida, *De la gramatología*, México, Siglo XXI Editores, 1984, p. 202.

[3] Ioury Lotman, *La structure du texte artistique*, París, Galimard, 1973, pp. 90 y ss.

mina "izquierda nacional" posición en la que aparece un escritor comprometido que revoluciona las prácticas significantes y a su vez se compromete de modo radical con la práctica política popular. El ejemplo paradigmático de esta última tendencia ha sido sin duda alguna Rodolfo Walsch.

Primera etapa: del 80 al 30

La dicotomía "civilización-barbarie" que recorre el universo discursivo del siglo XIX, deja sentadas las bases sobre las que se elaborará la producción del nuevo siglo. Hay imágenes que permanecen como los límites de la nueva producción. Es Sarmiento quien las plasma con singular eficacia, recurriendo en este caso a las categorías contrapuestas de "villa nacional" y "colonia europea". Veamos como del propio Facundo surge el nuevo esquema dicotómico:

> Da compasión y vergüenza —dice— comparar en la República Argentina la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos, el amoblado sencillo, pero completo; la vajilla de bronce o estaño, reluciendo siempre, la cama con cortinillas graciosas y los habitantes en un movimiento y acción continuo. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y queso, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad a gozar de las comodidades.
> La villa nacional es reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos en el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amoblado, ranchos miserables por habitación y un aspecto general de barbarie e incuria notable.

La villa "nacional" condenada por el programa liberal a la miseria, el abandono y el exterminio, es el lugar simbólico desde el cual la línea discursiva de la literatura popular se propondrá tomar la palabra mediante un largo trabajo del recuerdo, la asunción, la denuncia. La "colonia europea" celebrada por la utopía liberal

como el lugar del progreso, no dejó de ser más que un mero sueño.

En la misma ciudad de Buenos Aires comenzaron, a partir de la década de los ochenta, a concentrarse cantidades aluvionales de europeos inmigrantes, sobre todo italianos y españoles, la mayoría provenientes de míseros estratos sociales. Eran obreros desocupados y campesinos sin tierras a los cuales del exceso de población producido por la consolidación del capitalismo arrojaba de sus países. Estos inmigrantes ocupados en la industria formaron un proletariado, con experiencia y conciencia de clase que se enfrentó a sus patrones con prácticas de lucha hasta ese momento desconocidas.[4]

Los intelectuales de la oligarquía porteña expresarán tanto el antiguo conflicto con el interior del país, como el nuevo que asomaba en Buenos Aires, en el seno de la propia ciudad "civilizada". Uno de ellos, Miguel Cané, entonces senador nacional, expresará acabadamente la conducta de los sectores dominantes. En su libro *Juvenilia* (1882) nos muestra, con el tono intimista propio de las letras del recuerdo, su infancia y su adolescencia, como también toda la distancia que hay entre la palabra del futuro integrante del grupo social que se siente predestinado para el poder y la de los jóvenes del interior. Más tarde, el enfrentamiento de este escritor liberal será con aquel proletariado y él mismo, pocos años después de escritas sus memorias de juventud, será quien habrá de promover la llamada "Ley de residencia" (1889), una de las más tristemente célebres leyes represivas del país, destinada a contener el impulso protestatario y de autodefensa del proletariado naciente.[5]

Dentro de una línea semejante encontramos a Eduardo Wilde. Sus cuentos están narrados en primera persona. En ellos se relatan las experiencias de un médico, sus recuerdos de casos curiosos que le hacen pensar, pero no se esperen reflexiones sobre la cotidianidad popular, pues el escritor se siente vocado por "lo universal y eterno". Por lo demás, la ciudad, no le ofrece un paisaje humano digno de ser descrito positivamente, es el lugar donde los hombres se des-

[4] Gladis Onega, *La inmigración en la litertura argentina*, Santa Fe, UNL, 1965.
[5] Miguel Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 36.

pedazan ante lo cual no cabe sino una salida, el "regreso" a la naturaleza, que se le presenta como "sentimiento verdadero".[6]

Con Leopoldo Lugones entramos en la expresión del humor völkisch,[7] nos referimos a su *Montaña de oro*,[8] en donde se presentan todos los elementos de esta ideología: el poeta se ubica decididamente en la montaña entendida como "...torres donde no alcanza con su talón triunfante la horda", montaña, cima donde el poeta llegará a ser todo lo que puede: es clarín sonoro, es el elegido, se acuesta con todas las flores de la cima, el sol le dora el pecho y dios le sonríe, él es "...el gran luminoso es el gran tenebroso". Gran luminoso, dios ha querido que escuche la voz del trueno, del viento del mar, palabras divinas que susurran en su oído, materia de su discurso apocalíptico y de admonición a la horda.

El dedo acusador va dirigido a ella, la que eleva su voz con el fin de llegar al poeta que como "afable cóndor escucha sentado entre dos rocas" — "Es la oruga que dice al águila eres un mounstro" y el águila no ve a la oruga.

Esta decisión marca la escritura de Lugones de ponerse al servicio del más fuerte. "Decidí ponerme de parte de los astros", dice, palabras surgidas del terror con que la clase dominante vivía el contradictorio proceso de Modernización.

Borges es el cenit de esta línea culta, realiza el sueño mismo de una oligarquía que pretende pertenecer sin más al Universo Europa, donde se piensa que es un autor inglés. Casi un chiste. El escritor célebre y celebrado, sin embargo conviene verlo desde el principio. Aquí lo encontramos en la tarea de exaltar y construir el mito criollista y lo busca en el espacio marcado, la casa, el patio, la plaza es el rescate, un "lugar" ya perdido. Habla desde "...el lugar de mi ceniza". Son los ecos de la antigua barbarie que desplazados por la nue-

[6] Eduardo Wilde, *Cuentos,* Buenos Aires, Eudeba, p. 77.

[7] "El humor völkisch es fundamentalmente un habitus, es decir un estilo de vida y una visión de la vida; es también un conjunto de preguntas, de cuestionamientos, fuertemente obsesivas, sobre la técnica, los trabajadores, las masas, las elites, el destino de la historia de la patria, por su gusto por las montañas, la necesidad de una convivencia con los dioses y de una nueva aristocracia intelectual". *Cf.* Pierre Bourdieu, *Campo intelectual, campo del poder*, Buenos Aires, 1983.

[8] Leopoldo Lugones, *La montaña de oro*, Buenos Aires, Espasa Calpe, pp. 39 y ss.

va, se transforman, se vivifican. Puesto que se debe llenar "la sala vacía" necesidad imperiosa de llenar una genealogía con un barrio "Palermo" que "...fue siempre naipe de dos palos, moneda de dos caras".[9] Dos caras, pobreza y riqueza; y riqueza de las quintas "...despedazado cuerpo de las quintas loteadas brutalmente, para ser luego pisoteadas por almacenes, traspatios, conventillos, barberías y carbonerías. Nostalgia de una antigua y "dócil pobreza". "Palermo era una despreocupada pobreza...".[10]

Desde las cenizas y desde esa transfiguración las voces de las clases polares adquieren otro valor. El arrabal-olimpo pertenece a una genealogía que no puede reivindicar el "gringo". Cabe preguntarse si el criollismo de moda en los años '20 significó una tentativa de incorporar las voces marginadas de la literatura argentina. La estrategia de la oralidad, como transcripción fonética, léxica y sintáctica aparece en *Hombre de la esquina rosada* (1935). Estrategia que apunta a la apropiación de la voz de los sectores populares por los "dueños" de la cultura, con el fin de resignificarlos incluyéndolos en sus propios proyectos, despojándolos de sus valores conflictivos e incorporándolos a una mitología nacional. Al mismo tiempo como modo de ocultar la otra voz popular: la del inmigrante.

Dejemos esta línea al finalizar los '30.

Hablemos ahora del inicio de la otra línea apuntada, constituida por escritores que adhiriendo a ideologías contestatarias sin embargo reprodujeron las formas productivas dominantes.

Entre noviembre de 1879 y enero de 1880, *La Patria Argentina* publicó una novela por entregas firmada por un periodista bohemio de familia ilustre y liberal: Eduardo Gutiérrez. La novela en cuestión —*Juan Moreira*— desarrollaba una historia verídica: un "drama policial", como lo definió su autor,[11] que tuvo por protagonista a un héroe popular convertido en mito. Gran parte de sus contemporáneos no le hubiera acordado jamás tal título, y eso es lo que justamente valoriza el texto de Gutiérrez, la acción de destacar la

[9] Jorge Luis Borges, *Cuentos*, Buenos Aires, BBS, 1983.
[10] *Ibid.*, p. 108.
[11] Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, Buenos Aires, Eudeba, s/d.

visión del pueblo respecto de un caso dramático y movilizador para ambos bandos.

La historia que se cuenta es la ya denunciada en Martín Fierro, el gaucho que vive pacíficamente hasta que el hostigamiento de la "autoridad" fractura su existencia, obligándolo a "desgraciarse" y a convertirse en prófugo, hasta que una partida policial consigue acorralarlo y matarlo por la espalda.

Su condición de folletín determina una particular estructura y recursos (personajes y situaciones prototípicos, regulación de tensión dramática acorde con el espacio físico que ocupa la narración, creación de suspenso al final de cada entrega).

El texto opone al héroe a esa sociedad que parece basar su solidez en instituciones creadas para seguridad de una clase privilegiada a costa de otra clase condenada: la de los gauchos, los "hijos del país, los "parias".

Obsérvese que con esas expresiones, se pone de relieve el hecho de presentar la condición de marginado de su propia tierra, de su propio lugar (entendiéndose físico y social). En este sentido, la noción de gaucho, asimilada a la de criollo, se enfrenta al gringo en la clásica oposición ya evidente en los años '90 (gringo/criollo) como polémica sobre la propiedad de la cultura. Sin embargo la voz de Moreira, la voz de las clases populares, aún no está presente en el texto. Nos referimos al silencio con que Moreira acata las multas y la tortura, así como las protestas silenciosas de sus vecinos cuando lo encepan por segunda vez.

Claro que el hombre tiene libertad para rebelarse, puede hablar por su honor con el cuchillo, pero esta rebelión le cuesta a Moreira el vuelco total de su vida. Ayer, pacífico comerciante, hoy, criminal prófugo.

El texto fue movilizador en cuanto dramatizó un conflicto social manifiesto y actual. Ello explica las polémicas que desató la publicación del folletín y la adhesión del público que leía *La Patria Argentina* (los recién llegados a la "cultura", los alfabetizados). También se explica el juicio negativo o la indiferencia de las letras académicas o consagradas, ya se fundara en la forma (despreciando el género o la falta de rigor formal del texto) o pusieran en duda la

"veracidad" de los hechos presentados, molestos sin duda por el valor testimonial que el autor intencionadamente quiso dar a su trabajo.

En este caso, el personaje y el conflicto representado tenían tal fuerza dramática, que Moreira se convirtió en un aluvión polémico instalado en la sociedad, y no conforme con esto, dio pie al nacimiento del teatro argentino, cuando los Podestá lo llevaron a la arena del circo, y más tarde al escenario.

Una de las primeras corrientes que se plantea la necesidad de construir un teatro de las clases populares, al iniciar el siglo, es la impulsada por el ideal anarquista. Aunque no contamos aún con trabajos que den cuenta de la complejidad y riqueza de este movimiento, podemos afirmar sin duda que es la figura de Alberto Ghiraldo una de las más representativas. Periodista de profesión, tuvo su obra una repercusión tanto nacional como internacional.

Su proyecto estético está marcado por una intención militante: "Al pueblo, pues, la palabra, que en este caso es la acción...."[12] Para Ghiraldo la obra de arte debe impulsar el mejoramiento de la clase obrera, para lo cual la huelga es el mejor medio. La acción es acción libertaria la que actúa como violencia catártica, que libera al hombre de la miseria del mundo, acto trágico que implica la muerte, real o simbólica, en un mundo vivido como infierno de explotación, miseria y degradación moral.

La obra de arte tiene, desde este punto de vista, un fin didáctico que impone un teatro de tesis: la representación ha de demostrar la necesidad de la acción directa. De mayor riqueza nos parece la primera parte del programa: "al pueblo, pues, la palabra", que implica la incorporación de los discursos producidos y hablados efectivamente por los sectores populares en la fábrica, el barrio, el prostíbulo, la calle, ámbitos de la producción de la palabra popular. Esta incorporación permite rebasar el rígido esquema impuesto por las demandas de la acción (didactismo) —el autor polemiza, dialoga en y desde el pueblo y propone su punto de vista— en la medida que es coherente con su propio proyecto la obra adquiere densidad

[12] Alberto Ghiraldo, *Teatro argentino*, t. 2, Buenos Aires, Americalee, 1946, p. 372.

discursiva. Ghiraldo lo expresa en estos términos: "El arte por sí mismo tiene razón de existencia; pero el arte con ideas es más interesante, y el arte con sentimiento es más honrado, más digno, más humano".[13]

Esta inadecuación entre el proyecto *hílico*, entendido éste como *materia* discursiva, y la estructura narrativa se manifiesta en la producción del grupo de Boedo, que en general interpreta la dicotomía "civilización/barbarie" colocando en el polo negativo al explotador y en el positivo al proletario. Para que la dicotomía funcione, necesariamente tiene que idealizar al trabajador o al marginado, apartándose así, paradojalmente de su propósito de realismo. Así nos encontramos con la "inocencia" o la "heroicidad callada" de personajes como los de *Royal Circo*, de Leónidas Barletta, o las traslaciones del misticismo cristiano al misticismo socialista que se operan en textos como *El libro robado* de Álvaro Yunque.

Pero esta idealización del proletariado, efectuada en aras de una mayor eficacia de la literatura como propaganda, terminó por producir el efecto no deseado. A fuerza de la idealización de los trabajadores y de exaltación del internacionalismo proletario, se cayó en el desconocimiento de la realidad nacional y en la pérdida de un público potencial que esperaba ver representada su problemática en los textos nacionales. Ejemplo de esto es la obra de Alberto Ghiraldo *El café de Mama Juana o Luz la camarera*.[14] Sainete en un acto y tres cuadros, donde se narra la historia de Luz y Daniel, camarera y obrero, que logran dejar la mala vida, gracias a su amor y solidaridad; una vez alcanzado esto en el último cuadro la escena se cierra con los personajes enfrentados a una nueva lucha. El tema intenta demostrar que la verdadera redención es una batalla infinita. En el primer cuadro se opone la tristeza de Luz y la alegría de Mama Juana y el resto de las camareras. Luz se caracteriza por sufrir más, por tener una pena eterna, por vivir mintiendo y aparentado lo que no es, pero no es por su trabajo en esa mala casa, sino porque de-

[13] *Ibid.*, p. 350.

[14] Alberto Ghiraldo, *El café de Mama Juana o Luz la camarera,* en *Crónicas Argentinas*, t. 1, Buenos Aires, Malena, 1912, pp. 10-52.

testando su vida tiene en su alma una intención que no puede expresarse ("...es que yo no sé si sabré explicarme, o usted me entendería"). Su intención secreta es un acto libertario: "Hacer algún bien muy grande, para que el alma se me abra del todo y morirme después".

La construcción del mundo de estos personajes se produce a partir de los comparsas, siempre presentes en la obra, por medio de canciones y versos, donde se categoriza la vida a través de una serie de dicotomías, de gran fuerza simbólica. Frente a este mundo se proponen dos alternativas, por medio de dos personajes, Trini, que acepta y se subordina a la mala vida, la quiere, y Anastasio el Pollo, que borracho expresa la utopía libertaria.

Con Roberto Arlt encontramos en sus *Aguafuertes porteñas*[15] el proyecto de descripción de una comedia humana, con una connotación que acerca su escritura a la pintura: bosquejos, trazos, tipos, huellas ¿cómo definir a la comedia humana?

Comedia irónica de pequeñeces de nuestra vida cotidiana, en el marco de una ciudad que se derrumba y de una ciudad que nace. Escrito diariamente en el periódico *El Mundo* a partir de 1930, despliega las imágenes de una cotidianidad al alcance de la mano, que se ve desde una esquina, tras las ventanas de un café, paseando con el amigo de la calle, escuchar y pintar como mecanismo de incorporación de las voces populares. Espectáculo humano de la gente que trabaja, goza, sufre y se pasea por esta ciudad, Buenos Aires, espectáculo creado por "...los millones... que viven ejerciendo mil oficios diversos y pasando mil tragedias distintas". Avatares de la vida de un pueblo, esto es lo que importa al escritor y no lo que le interesa "...al prototipo del mediocre literario (que) va a buscar sus motivos a orillas del Tíber o en los escombros del Foro" o del "prototipo del vago hijo de estacieros (que) va a París...".[16]

Singular paralelismo, de dos parásitos. Por esto para Arlt el buen escritor —el que sabe lo que importa— pinta a través de sus crónicas cotidianas, ese conmovedor espectáculo que despliega un pue-

[15] Roberto Arlt, *Aguasfuertes porteñas*, Buenos Aires, Hachette, 1960.
[16] *Ibid.*, p. 51. "Argentinos en Europa".

blo en sus oficios, sus pequeñas vanidades y cobardías, sus tragedias, ilusiones y esperanzas.

Este pintar, este ver es también clasificar, visión taxonómica de la comedia —no la del hipócrita moralista de la época—. No es para dar consejos — "esta vida es tan sucia y tan estúpida que nadie quiere consejos"— es la mirada del hombre de la calle, del igual que valora sin resentimientos. Dos ejes se cruzan en sus valoraciones: ser feliz y gozar de la vida y ser infeliz y fingir lo que no se tiene o no se es. Por otra, ser digno, ser indigno. Ambos ejes no siempre coinciden. Ocupaciones dignas que no hacen feliz o imponen fingir lo que no se es; o bien ocupaciones indignas que lo hacen a uno feliz y disfrutar de la vida, pero al margen de la ley. El tipo se determina por la posición, la ocupación, la felicidad, el goce o la mascarada.

El obrero industrial, sin embargo, el trabajador de la tierra, representan tipos positivos. En estas ocupaciones celebradas como dignas —el obrero, el artesano, el campesino— se es feliz y se disfruta del respeto de los demás, se trabaja dignamente, productivamente. Frente a estos, en fin, la galería de miserables, improductivos y en un punto aparte, místicos y locos viven en un mundo búdico.

Gente decente de trabajo limpio que busca salvarse, sentido común de una época infame donde la felicidad, el pensamiento, la solidaridad, de nada sirven: "La gente no quiere saber ni medio de meditaciones. Alfalfa y vento, nada más. Interés. Papel moneda. El resto se va al diablo".[17]

Con Arlt la matriz discursiva excede el proyecto descriptivo y taxonómico, logrando un denso universo discursivo.

Segunda etapa: del '30 al '80

La crisis económica del '20 al '30 tendrá un fuerte impacto en nuestro país: daña irreparablemente el sistema económico argentino basado en la producción agrícola estable y modifica sensiblemente su vinculación al sistema internacional de dominación. Ante esta nueva coyuntura los sectores dominantes se vuelcan al merca-

[17] *Ibid.*, p. 201. "No des consejos, viejo...".

do interno. Este proceso fue acompañado paso a paso por profundas modificaciones en la estructura de poder. La expansión y desarrollo de la industria, basados en la sustitución de importaciones, no significó sin embargo una modificación sustancial en la estructura social, puesto que no se conformó una fracción industrial independiente que hubiese permitido un radical proceso de industrialización. Esta crisis de hegemonía, que reconvierte inclusive las funciones del Estado, beneficiará a la vieja oligarquía que mantuvo el liderazgo en la nueva organización que se delineaba.[18]

A partir de 1943, una nueva alianza de clases desplaza temporariamente a la oligarquía y permitirá al populismo acceder al poder. Sectores del empresariado no vinculados al capital extranjero y trabajadores agremiados en poderosos sindicatos "coinciden" con el proyecto de expandir el mercado interno y profundizar la industria del país. Hacia 1950, el cambio en la situación internacional y la hegemonía de los Estados Unidos ponen fin a esta perspectiva. El golpe militar que derroca a Perón acelera la concentración de capitales y la entrega del país, dando comienzo a la larga historia de los ajustes, las devaluaciones y la inflación, dispositivos orientados a avanzar sobre las conquistas obreras. Procederá nuevamente a la reconversión de las funciones del Estado, hasta 1976, en que este esquema profundamente reaccionario se hace programa efectivo de gobierno. Al mismo tiempo, la radicalización política de la clase obrera y la adopción de métodos violentos, junto a un cada vez más extendido consenso en las capas medias para un cambio de sistema, abren en la Argentina esperanzas ciertas de un cambio revolucionario.

En tanto, la literatura de línea culta repite a Borges, lo celebra y ritualiza; en la línea contrahegemónica, escritores comprometidos con la clase obrera suman su pluma como arma.

En *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, se reformulan las categorías de "civilización y barbarie".

Nuevamente en 1930 se presenta como un momento de inflexión: "1830 es un momento en la disolución de un orden imperante por

[18] A. Rofman, y L. A. Romero, *Estructura socioeconómica y sistema regional en la República Argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, p. 64.

inercia y la exhumación de un cuerpo y un alma inmortales; 1930 también".[19]

Alma y cuerpo; civilización y barbarie: se trata de formular una nueva mitología —simmelianas formas sociales— de un cuerpo y un alma de lo constante y lo nuevo:

> Nuestra barbarie ha estado, bajo ciertos aspectos, formulada por los soñadores de grandezas, y muchos de nuestros más perjudiciales males se deben a que esa barbarie no fue reducida por persuasión a formas civiles, sino suplantada de golpe y brutalmente por todo lo contrario, en que simplemente se le cambió de signo.

La civilización es en "ciertos aspectos" bárbara; es también cuerpo. La antigua barbarie no ha desaparecido: es masa. De ello resulta una nueva dicotomía "cultura/civilización".

> Son cultura y civilización, el alma y el cuerpo, las formas del pensamiento contra las formas del cráneo. Y en resumidas cuentas, el déficit moral con relación al superávit material.

La civilización de los "soñadores de grandezas", un cuerpo monstruoso, un Goliat. Pero el alma es pequeña, se impone una nueva cultura. Pero esta nueva cultura impone una nueva crítica del cuerpo, entendido como masa sin espíritu. A la búsqueda de un índice: "El índice de lo que puede llamarse el grado de civilización está en lo que se malgasta y se derrocha con fines de utilidad espiritual".[20]

Pero la masa no puede "gastar" sin una "didáctica". Didáctica que se extiende a zonas mentales ocupadas por el resentimiento, la ignorancia, la genitalidad (lo que llamamos barbarie). La antigua barbarie que nació de la "...siembra de parias como no hay otra en la historia del mundo, produjo el gaucho sin respeto". Ahora las formas del resentimiento se verifican en los símbolos, el lenguaje, la sexualidad, formas degradadas en el bajo pueblo y que hacen su aparición en los corsos, en los comicios, en los estadios: la masa que bajo:

[19] Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, 1960, p. 173.
[20] *Ibid.*, pp. 42 y 173.

...estas formas de secreto resentimiento que pueden en lo personal llegar a formar suicidas, en lo social pueden llevar al derrumbe de partes fundamentales de la cultura, del progreso y del orden.[21]

La didáctica se apoya en la palabra de Lugones: "Ha sonado, para bien del mundo, la hora de la espada".

El fenómeno del peronismo impone a los intelectuales una respuesta. La nueva barbarie dibujada en *Radiografía de la Pampa* se compone ahora de masas trabajadoras.

La respuesta dada por textos incluidos en la línea culta se reiterará con escasa variación de matices; en cambio, en la línea contrahegemónica se asistirá a un crecimiento inusitado de la presencia de voces populares.

La escritura durante la "época peronista" (1947-1955)

El peronismo no produjo una literatura militante que recogiera la voz del pueblo que lo llevó al poder. La misma fue vehiculizada por el radioteatro, el folletín, el cine, y representó de una manera muy elemental y esquemática los valores y aspiraciones de las clases populares. Es la propuesta de *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, (1948),[22] un sondeo mucho más profundo en la realidad individual y colectiva.

En su libro VII relata el viaje a Cacodelphia, "contrafigura del Buenos Aires visible", según el astrólogo Schultze, que como Virgilio, conduce a Adán en este porteño descenso a los infiernos. El narrador apela al lector y lo incita a establecer un pacto: se trata de entrar en el juego, aceptando lo maravilloso, lo absurdo, lo siempre eludido. Así en los diferentes círculos aparecen los habitantes del Buenos Aires moderno despojados de sus máscaras. Hay una relación entre la ocupación del espacio y el grado de culpa de sus habitantes. De acuerdo con esta distribución, los más inocentes son los integrantes del "pobre demos", representado como multitudes con apariencia de veletas, con cabezas giratorias. Su inconsciencia

[21] *Ibid.*, p. 26.

[22] Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

e irresponsabilidad, que los hace permeables a cualquier mensaje y a cualquier manejo, los exime de toda culpa. Más abajo están los pequeño-burgueses, alienados por la obsesión del ascenso social a través del dinero, los que denigran el sexo, los falsos místicos, los explotadores, los falsos profetas, los falsos artistas, los violentos, los soberbios. En todos los casos, cada condenado expone su autojustificación, que descubre un egoísmo esencial. El narrador advierte en las puertas de ese seudoinfierno: el lector debe estar preparado para entrar en este juego que, como el sueño, es territorio fuera de la razón, la lógica o el buen gusto, y donde es posible encontrar los fantasmas personales y colectivos. Todo es posible en Cacodelphia, y el lenguaje no encubre, sino que descubre. Las groserías nombran lo que la lengua literaria hasta entonces escamoteó. Se recurre al saber popular: el acopio de dichos, giros y refranes con los que el pueblo acuña sus juicios. Así, el Gran Paleólogo es:

> Más feo que un susto a medianoche. Con más agallas que un dorado. Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta, como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chancho. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petizo de lavandera. Solemne como pedo de inglés.[23]

La voz popular irrumpe, fragmentariamente construye una salida de Cacodelphia.

Marechal fue un caso especial, a caballo entre dos actitudes en un momento especial en que la intelectualidad parecía reinterpretar la vieja dicotomía colocando en el lugar de los bárbaros al "cabecita negra" y al obrero sometido al caudillo y a los sindicatos. Es así como en la línea contrahegemónica asistimos a la formación de una izquierda progresista que comprende a aquellos escritores que adoptaron procedimientos de vanguardia, no se sumaron al movimiento en curso.

En *Bestiario* de Julio Cortázar, (1951), el ámbito sofocante de un

[23] *Ibid.*, p. 644.

ómnibus donde el chofer, guarda y pasajeros, parecen amenazar, sin palabras, a una pareja de jóvenes, estructura toda la colección en una dicotomía: "nosotros/los otros". Los otros asumen distintas formas en los sucesivos relatos, pero siempre son una presencia inquietante y desconocida.

En "Las puertas del cielo", el narrador-protagonista es un intelectual que se acerca por diversión al mundo de "los monstruos":

> Me parece, quiero decir aquí, que yo iba a esa milonga por los monstruos, que no sé de otra que se den tantos juntos. Asoman con las once de la noche, bajan de regiones vagas de la ciudad, pausados y seguros, de a uno o de a dos, las mujeres casi achinadas, los tipos como javaneses o mocovíes. (p. 463).[24]

Pero ese acercamiento motivado por la curiosidad o la búsqueda de diversión, lo conduce a un descubrimiento, y en cierto modo, a un aprendizaje. A través de la muerte de uno de los "monstruos" y del sentimiento de desolación compartido, el narrador descubre al otro ser humano con el cual creía perdida para siempre la posibilidad de comunicación. Sin embargo la duda permanece, sin que al fin pueda tomarse ninguna decisión. La indecisión de incorporar o no las voces de los monstruos se resuelve en la afirmación de los contrarios. ¿Estamos en París o bien en Buenos Aires? No en París y en Buenos Aires. ¿Braden o Perón?: "...y me pregunto sin demasiado entusiasmo si cuando lleguen las elecciones votaré por Perón o por Tamborini, si votaré en blanco o sencillamente me quedaré en casa tomando mate y mirando a Irma y a las plantas del patio".[25]

Después de "La libertadora" (1955-1980)

La represión desatada con el nuevo golpe de estado, hace del compromiso social un deber para el escritor. Se trata de revolucionar las

[24] Julio Cortázar, "Las puertas del cielo", en *Relatos*; Buenos Aires, Sudamericana, 1970, pp. 454-469.

[25] Julio Cortázar, "El otro cielo", en *Relatos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 197.

prácticas significantes y sociales. Con Rodolfo Walsh y su libro, *Operación masacre* (1957), vamos al encuentro de la palabra subversiva, perseguida, ocultada. El material discursivo da lugar a una investigación; es un discurso clandestino que hay que encontrar, reconstruir y probar: "Seguiremos adelante y llegaremos al fondo de la verdad y la probaremos".[26]

Se trata de escribir todo un capítulo "en la historia de nuestra barbarie", donde Barbarie es la Barbarie del poder:

> Aramburu estaba obligado a fusilar y a proscribir del mismo modo que sus sucesores hasta hoy se vieron forzados a torturar y asesinar por el simple hecho de que sólo mediante el engaño y la violencia consiguen mantenerse en el poder.[27]

Esta palabra que se busca es la de los sobrevivientes del fusilamiento de José León Suárez, a través de su relato que marca el lugar desde donde se investiga y se denuncia. De este modo se construye la historia de esta infamia, para interpelar al poder y mostrar su verdad.

Así, *Operación masacre* es un dispositivo lleno de voces. Escandalosamente comienza el relato de la bárbara historia con la palabra de un "muerto vivo", Juan Carlos Livraga, sobreviviente; el único que se atrevió a presentarse para reclamar justicia, con lo que se convierte en el perro leproso de la Revolución Libertadora. Pero ¿quién es esta gente que debe ser silenciada por el poder? Gente que trabaja, obreros peronistas, empleados, vecinos, civiles, que cometieron el delito de juntarse a escuchar una pelea trasmitida por la radio. Este crimen, —como tantos que se cometieron en el país— y ese alegato particular nace de una memoria colectiva, empresa que implica abandonar las "bellas palabras":

> La proclama ilustra los dos aspectos que, en aquellos tiempos iniciales de la resistencia, caracterizaron al peronismo: una obvia aptitud para

[26] Rodolfo Walsh, *Operación masacre*, 15a. ed., Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1972, p. 57.

[27] *Ibid.*, p. 197.

percibir los males que sufre en forma directa en cuanto fuerza popular mayoritaria; y una notable ambigüedad para diagnosticar las causas, concretarse en movimiento revolucionario de fondo y abandonar las bellas palabras. (p. 66). [28]

Enemigos de galas y alcahueterías de desfile: se trata de mantener firme una memoria que quema:

Tampoco olvido que, pegado a la persiana, oí morir un conscripto en la calle, y ese hombre no dijo: "Viva la patria", sino que dijo: "No me dejen morir solo, hijos de puta".[29]

Con Haroldo Conti, en su cuento "Como un león" (1981), nos sumergimos en un mundo de imágenes, poblado de gestos y de la alegre afirmación del discurso popular:

Ésta es una tierra de hombres, con la sangre que empuja debajo de su piel. No hay lugar para los muertos, ni siquiera para los botones.[30]

Este lugar, desde donde se habla, donde bulle la vida en todos sus matices, las villas:

Las villas cambian y se renuevan constantemente; son algo más que un montón de latas. Son algo vivo quiero decir. Como un animal, como un árbol, como el río, ese viejo y taciturno león. Como un león justamente.[31]

Ese río color león, que es como esa "otra gente". Río que no aman exactamente, "...sino que no pueden vivir sin él". Son tan lentos y constantes como el río y, sobre todo, tan indiferentes como el río. Parecen entender que ellos toman parte de un todo inexorable que marcha animado por cierta totalidad. Y no se rebelan para nada cuando el río destruye sus chozas y sus embarcaciones y hasta a ellos mismos. Por eso también parecen malos.

[28] *Ibid.*, p. 66.
[29] *Ibid.*
[30] Haroldo Conti, "Como un león", en *Con otra gente*, Buenos Aires, CEAL, 1981, pp. 5-19.
[31] Haroldo Conti, *Sudeste*, Buenos Aires, s/d. p. 16.

Un trazo de luz, un trazo de sombra: afuera y adentro del círculo de la exclusión; fragmentos de discursos de un sujeto que va tomando la palabra. Esa "villa nacional" de Sarmiento, "reverso maligno", no quiere ser dicha más por los de "afuera".

> Yo no sé qué pensarán los otros, digo los miles de tipos que viven en la villa, que sudan y tiemblan, que ríen, y maldicen en medio de todo este polvoriento montón de latas, pero lo que es yo no lo cambio por ninguno de esos malditos gallineros que se apretujan a lo lejos y trepan hasta los cielos del otro lado de las vías.[32]

Ese, que no cambia la villa "por ninguno de esos malditos gallineros", sabe que tarde o temprano la vida se le pondrá por delante y saltará al camino "como un león".

Haroldo Conti como un león, el escritor desaparecido. Desaparición que borra las distancias.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Dar al "pueblo la palabra" frente al "apropiarse de la voz popular". La lucha por el sentido y la dirección de los discursos sociales, punto de conflicto, donde chocan diversas estrategias. Algunas se reducen a la mera "imitación" de la palabra popular, lo que implica el dar la palabra al pueblo. Mecanismo alienante que incorpora los discursos bajo la guía de una palabra privilegiada aparentemente impersonal y falsamente objetiva. Más feliz, nos parece, la estrategia que ejerce una escritura que trasgrede las formas tradicionales. Estrategia que aspira a dejar las voces en libertad, que éstas hablen por sí mismas. El desafío está en encontrar los significantes adecuados. Los textos así logrados conforman un *collage* polifónico donde los discursos apuntan a los contextos más diversos.

En fin, hay muchos caminos abiertos. Lo importante es señalar que la vieja brecha que abrió la dicotomía "civilización y barbarie" ha estallado. Cierre sangriento, que nos dejará para siempre, como dijimos al principio, el amargo recuerdo de las desapariciones, de

[32] *Op. cit.*, p. 7.

la muerte y de la miseria. Pero creemos firmemente que la muerte y los horribles crímenes que contra este pueblo se cometieron no sólo serán el espantoso recuerdo de lo que la barbarie puede —ya que la prehistoria de la humanidad es hasta hoy una interminable serie de crímenes y estupideces— sino fundamentalmente la historia del amor de un pueblo, de lo mejor de él, que quiso un mundo más justo y se lanzó a atraparlo con las manos.

El sindicalismo en la Argentina: Una mirada histórica desde los '90

Estela Fernández*
Claudia Yarza**

Desde el presente y sin vislumbrar lo que vendrá, sólo podemos afirmar que hay una Argentina que ha quedado atrás para siempre. En menos de quince años hemos asistido a un proceso que se dedicó violenta y sistemáticamente a desmontar un modelo de país caracterizado por políticas de desarrollo y distribución, pleno empleo y ascenso social. El llamado populismo, el del Estado benefactor, el del pacto de clases. Un modelo hegemónico que hoy está perimido y sobre cuyos restos se debaten los últimos gestos de incomprensión de los sectores populares de una sociedad en crisis.

El retorno a la democracia en 1983 encontró al movimiento obrero —víctima preferente de la bancarrota industrial, la economía abierta y el genocidio—, replegado sobre sí mismo, con sus fuerzas reducidas cada vez más por el deterioro salarial, el incremento masivo de la desocupación y el subempleo, y con sus organizaciones sindicales profundamente deterioradas por la tradición burocrática.

Salarios mantenidos a nivel de subsistencia, achicamiento del estado, un poderoso mercado financiero, reducción drástica del mercado interno, diferenciación salarial, aumento de la desocupación, institucionalización de restricciones al derecho de huelga, son hechos que señalan a dos realidades simultáneas: por una parte, el carácter excluyente y autoritario de una "modernización" desde

* Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CRICYT-Me), Mendoza, CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

** Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo, (CIUNC), Mendoza, República Argentina.

arriba, impulsada a partir del 76, que se restringe en el plano político a la liquidación de las instituciones y funciones del estado benefactor. Por la otra, la desarticulación del campo popular, incapacitado política y organizativamente para asumir un papel de verdadera oposición.

Dentro de este esquema, el diagnóstico de la clase obrera arroja un saldo desolador: la dirigencia sindical tradicional, mayoritariamente peronista, que durante el gobierno alfonsinista había protagonizado un alto índice de conflictividad y luchas, ha sido arrojada frente a sus propias contradicciones: su estructura verticalista y burocrática ya no encaja con la misión que el peronismo le hizo jugar a partir del '45: mediación política entre las bases y el estado. Hoy aparece en su desnudez la mera función de control social y manipulación de los espacios de poder.

El sindicalismo argentino, profundamente dividido, y con un aparato anquilosado, no logra articular ante las masas, a causa de su pragmatismo ideológico, un discurso que lo presente como opción representativa de sus intereses; ni ha podido delinear una estrategia que le permita recuperar un mínimo de papel político protagónico.

Esta crisis no emerge abruptamente en el presente, sino que es el resultado de falencias estructurales del sindicalismo argentino, que se plasmaron en sus organizaciones y trayectoria política anterior, configurando el horizonte de posibilidades y los límites de su futura transformación.

Así, intentaremos esbozar la historia recorrida por el movimiento obrero desde su emergencia, a fines del siglo pasado, hasta el presente, poniendo especial atención al fenómeno socio-político e ideológico que tuvo su nacimiento en la década del 40 y que significó una ruptura con las prácticas y la ideología sindicales anteriores: la emergencia y consolidación del peronismo, que desde entonces hasta hoy ha caracterizado al sindicalismo argentino.

Tomamos como marco interpretativo de la ideología peronista el trabajo de Laclau sobre los populismos,[1] y como criterios de perio-

[1] Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, 3a. ed., Madrid, Siglo xxi Editores, 1986.

dización los tres ciclos históricos señalados por Horacio Tarcus,[2] originados en tres modernizaciones "desde arriba".

En primer lugar, señalaremos muy brevemente la implementación, en el período 1880-1930, del modelo económico de un capitalismo de base agraria y exportadora en la Argentina, que dio lugar a la formación de una incipiente clase obrera, predominantemente extranjera.

Un segundo modelo, que otorgaba centralidad económica a la industria, fue impulsado desde el estado a partir de 1930. A partir de entonces, se operarían profundos cambios en la composición de las bases obreras y se sentarían las condiciones para el surgimiento del peronismo. Este modelo alcanzó su realización acabada en el estado benefactor de los dos primeros gobiernos de Perón, y abarcó las diversas fórmulas políticas —civiles y militares— ensayadas después de su derrocamiento en el 55, así como también el retorno al gobierno de esa fuerza política mayoritaria durante el breve intervalo 1973-1976.

Finalmente, tomaremos la etapa que se inicia con el golpe de estado del 76 y que, desde nuestro punto de vista, se extiende hasta el presente.

Consideramos que este período se inscribe en un intento de refundar estructuralmente la sociedad argentina, a partir de la imposición de un patrón económico que significa el fin del modelo sustituvista semi-cerrado, la apertura de las importaciones y la adjudicación del papel central de la economía al capital financiero. Desde el punto de vista político, si bien la dictadura fue seguida de dos gobiernos constitucionales democráticamente elegidos —Alfonsín (1983-1989) y Menem (1989)— el proyecto general se inscribe en la misma línea: la demolición del estado benefactor que ha devenido "demasiado costoso" para las nuevas condiciones de acumulación capitalista.

1. El movimiento obrero argentino hasta la emergencia del peronismo

[2] Horacio Tarcus, "Crisis del populismo y alternativa socialista", en *Utopías del Sur*, dossier "¿Qué peronismo tras el ocaso del populismo?", núm. 3, Buenos Aires, 1989.

Si intentamos caracterizar brevemente al movimiento obrero argentino anterior a la década del 30, tenemos que destacar su condición de fuerza incipiente en un país que seguía siendo fundamentalmente agrícola-ganadero, y que, a partir de 1880, se orientaba hacia una transformación capitalista con vistas a la integración de la economía argentina a nivel internacional.

Este sindicalismo naciente, conformado básicamente por inmigrantes europeos, fue perseguido con virulencia, pero dejó sus huellas en la historia del país, además de una experiencia de lucha y una voluntad de transformación social profunda. Las estructuras organizativas que dejó —sindicatos de oficio, fundamentalmente— fueron aprovechadas por el sindicalismo posterior.

Sus peculiaridades, en cuanto a las prácticas sindicales, fueron la fuerte contestación al poder establecido y la negativa a aceptar cualquier pauta integradora por la vía del compromiso.

Desde el punto de vista ideológico, ese sindicalismo encuadrado en el anarquismo y el socialismo, se caracterizó por la ausencia de estrategias discursivas tendientes a articular las interpelaciones populares con las demandas obreras, lo cual se explica por varios factores. En primer lugar, el carácter agrario de la Argentina anterior a 1930, hacía de los obreros un grupo minoritario y geográficamente ubicado en los grandes centros urbanos. Por otra parte, su configuración europea los convertía en un grupo excluido de la vida política y social, situación ésta que los conducía a trasplantar, al interior de su clase, las estrategias provenientes de las luchas proletarias europeas, y a desconocer las tradiciones reivindicativas de las masas explotadas del interior del país, así como también la problemática de la dependencia nacional neo-colonial.

En su conjunto, el proletariado emergente configuró, hasta 1930, una clase marginada, que se expresó como una cultura autónoma, en la que predominaron fuertemente las tradiciones de clase sobre los contenidos de la cultura popular de sectores más amplios de la sociedad preindustrial argentina.

En 1930, pocas semanas antes del golpe militar, que derribó al gobierno de tinte liberal-popular de Hipólito Yrigoyen, se formalizó la unidad sindical en torno a la CGT (Confederación General del

Trabajo). La central obrera, hegemonizada por los sindicalistas puros —corriente gremial que propiciaba la autonomía de las organizaciones obreras respecto de los partidos políticos— aplicó la táctica de replegarse hacia la acción reivindicativo-económica, afirmando su carácter prescindente en la lucha política. El sindicalismo argentino abandonaba, de este modo, las posiciones revolucionarias, en favor de un comportamiento reformista, pragmático y "apolítico".

Ante la gran depresión mundial del 30, que conmocionaba la economía argentina de base agro-exportadora, el gobierno militar se vio obligado a alentar la producción industrial. Se inició así un proceso de sustitución sencilla de importaciones.

Como consecuencia del nuevo rumbo adoptado en la economía, que significaba el fin del liberalismo económico clásico y el inicio de una política de intervencionismo estatal, se operarían importantes transformaciones en el movimiento obrero. En efecto, atraídos por la expansión industrial y el aumento ocupacional en Buenos Aires y sus alrededores, miles de trabajadores rurales abandonaron el interior del país para incrementar el proletariado urbano. Este "éxodo rural", unido a los procesos de aumento proporcional considerable de trabajadores nativos de primera generación en el conjunto de los asalariados y de asimilación cultural de los viejos trabajadores inmigrantes —que se verifican a partir de la década anterior con la detención de la inmigración europea—, transformó el cuadro socio-político del país, al dar nacimiento a una poderosa clase obrera con características culturales muy distintas a las del periodo anterior.

En primer lugar, se modificó sustancialmente la composición misma del movimiento sindical: el proletariado industrial comenzó a desplazar a los trabajadores del comercio y los servicios del papel de pivote central en las organizaciones sindicales, y los sindicatos de oficio fueron reemplazados por potentes asociaciones por rama de actividad.

En lo que concierne a la conformación ideológica de la clase obrera argentina, lentamente se fue articulando un nacionalismo obrero. Este se manifestó en principio a través de actitudes favora-

bles a la protección y estímulo de las actividades productivas, con vistas al aumento de los niveles de ocupación y el logro de la autonomía nacional. De modo que en la segunda mitad de la década del 30 estaban dadas las condiciones para la emergencia de posiciones estatistas y nacionalistas en el seno del movimiento obrero, que contrastaban fuertemente con la ideología internacionalista, librecambista y cosmopolita que aquél había exhibido desde sus orígenes.

Las transformaciones económicas y sociales señaladas anunciaban la declinación de la hegemonía de la élite cívico-militar oligárquica en el campo ideológico de la época.

A medida que avanzaba la década, el régimen perdía capacidad para manejar sus conflictos internos —la industrialización sustitutiva enfrentaba inevitablemente los intereses de la incipiente burguesía industrial y la tradicional oligarquía terrateniente— y para poner en marcha políticas distributivas, y se fortalecía la tendencia que procuraba mantener cerrado el acceso al control del estado para las clases medias. Crisis en el bloque de poder e insistencia en un proyecto político excluyente, configuraban el conjunto de condiciones de posibilidad para el surgimiento de un proyecto populista.

Entre tanto, y más allá de la impotencia de los partidos tradicionales de la oposición (radicales, socialistas y comunistas), al interior del movimiento obrero las transformaciones operadas revelaban un extraordinario alcance político: el proletariado argentino había dejado de ser una clase marginal, tanto por su presencia numérica y su capacidad organizativa como por su vinculación con las tradiciones populares del conjunto de las clases subalternas. El naciente nacionalismo antiimperialista obrero era una expresión ideológica todavía inorgánica, pero susceptible de ser articulada a un discurso populista, que presentara las demandas masivas de participación política democrática como opuestas a los intereses de la minoría en el poder. Tal fue la alternativa política que hábilmente vislumbró y articuló Perón.

El nuevo movimiento político por él liderado se construyó desde el estado, pero su eje de articulación en la sociedad fue el movimiento obrero, cuyos cuadros sindicales abrazaron masivamente la

ideología peronista y el programa económico nacional-industrialista. La tradición político-sindical argentina fue subsumida en la cultura nacional-popular, policlasista y reformista del "justicialismo". Las ideologías marxista y socialista ocuparon de allí en más un espacio marginal, deviniendo meras expresiones residuales del movimiento obrero anterior al peronismo.

2. Hegemonía y crisis del proyecto populista (1945-1976)

El sindicalismo durante la era peronista

El peronismo marcó una coyuntura decisiva en la aparición y formación de la moderna clase trabajadora argentina. Ésta le debe a la experiencia peronista del periodo 45-55 su existencia y su identidad, tanto en lo social como en lo político.

Sin embargo, este legado no fue inequívoco; su impacto sobre los trabajadores fue social y políticamente complejo. El apoyo de los trabajadores a Perón no se fundó en su experiencia de clase. Fue más bien una adhesión de índole política generada por una forma particular de movilización y discurso políticos que, siguiendo a Laclau, caracterizamos como populista.

Con el peronismo, apareció en la escena política argentina una alternativa ideológica completamente nueva, sólo posible a partir de las transformaciones económicas y políticas de la década del 30 ya señaladas, que condujeron a una crisis del discurso dominante. Se trata de un nacionalismo autoritario a la vez que democrático, antiliberal y antiimperialista, cuyo principio articulatorio está dado por un proyecto clasista burgués de desarrollo de un capitalismo nacional industrialista, y que logra interpelar a la clase obrera y a los sectores populares, identificados con la figura de Perón como su líder.[3]

[3] Es necesario subrayar que este reconocimiento sólo fue posible a partir de las políticas concretas implementadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, en beneficio de las masas populares incorporadas a la industrialización del país; fueron esas políticas las que crearon las condiciones objetivas favorables para la recepción obrera del nuevo discurso articulado por Perón. *Cf.* Emilio De Ipola, "Populismo e ideología I", en *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios, 2a. ed., 1983, pp. 93-133.

El discurso de Perón reunió las interpelaciones populares que expresaron oposición al bloque en el poder (democracia, industrialismo, antiimperialismo, nacionalismo) y las enfrentó con el principio articulador del discurso imperante: el liberalismo. "Todo el esfuerzo ideológico peronista en esta etapa estará destinado a desligar al liberalismo de sus últimos vínculos con un campo connotativo democrático y a presentarlo como una pura y simple cobertura de los intereses de clase de la oligarquía".[4]

La cuestión de la ciudadanía, del derecho de los obreros a la intervención en la cosa pública, formó parte de un lenguaje de protesta, de gran resonancia popular, frente a la exclusión política que se les venía imponiendo desde el sistema conservador.

El peronismo interpelaba a los trabajadores a partir de su reconocimiento como fuerza social propiamente dicha, que merecía representación como tal en la vida política: los trabajadores debían tener, más allá de la mediación de los partidos políticos, acceso directo —y por cierto privilegiado— al estado, por medio de los sindicatos.

Por otra parte, Perón supo recoger el nacionalismo obrero emergente, articulándolo al nuevo *status* de la clase trabajadora en la sociedad. Los conceptos de industrialización sustitutiva y nacionalismo económico aparecieron en el discurso peronista como íntimamente ligados a la justicia social y a la plena participación de la clase trabajadora en la vida política. Ahora bien, el nacionalismo propiciado por Perón se integraba ideológicamente a los conceptos de armonía de clases, a partir de una concepción política fundada en la viabilidad de la alianza entre proletariado y burguesía nacional.

El legado que la experiencia peronista dejó a la clase obrera fue socialmente ambivalente.

Por una parte, la retórica y la política oficial instauraron la convicción de que la satisfacción de las demandas obreras dependía del mantenimiento de una relación estrecha entre el movimiento sindical y el estado peronista. Comenzaba así para el sindicalismo una etapa histórica signada por el abandono de toda perspectiva de desarrollo autónomo, con la consiguiente integración, cada vez

[4] Ernesto Laclau, *op.cit.*, p. 221.

mayor, al sistema. Dentro de este proceso se modificó profundamente la función de la dirigencia gremial, que pasó a desempeñar un papel de contención de las demandas, dentro de los límites legitimados oficialmente, y de nexo político entre la clase y Perón.

Sin embargo, y por otra parte, las conquistas obtenidas durante la era peronista en cuanto a derechos y reconocimiento de la clase trabajadora, fueron el fruto de la movilización obrera, y no de la simple generosidad de un estado paternalista. Al margen del apoyo o no por parte del estado, el desarrollo de un movimiento sindical centralizado y masivo posibilitó que la clase trabajadora alcanzara el *status* de fuerza social dentro del capitalismo. De hecho, la era peronista fue una etapa de intensa conflictividad social, donde la lucha gremial articuló realmente los intereses de la clase obrera, incluso más allá de las cúpulas cada vez más burocratizadas en torno al estado peronista.

Esta ambivalencia se refleja asimismo en el peso que otorga formalmente la retórica peronista a la conciliación y la armonía de las clases, poniendo de relieve valores decisivos para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Como contrapartida, la eficacia de tal ideología estaba limitada, en la práctica diaria, por el desarrollo de una cultura que afirmaba los derechos del trabajador, tanto dentro de los límites estrechos de la fábrica o del taller, como dentro de los más amplios de la sociedad, y que se levantaba contra los símbolos y los valores de la élite dominante, para expresar los reclamos de dignidad social y de igualdad de los "descamisados".

Esta ambigüedad del peronismo pondría permanentemente en conflicto su significado como movimiento social y sus necesidades funcionales como forma específica del poder estatal.

El elemento de oposición contenido en la ideología peronista representó la base dinámica que sobreviviría largo tiempo, cuando las condiciones económicas y sociales particularmente favorables se desvanecieran después del 55, y ni siquiera los efectos perversos del sistema implantado por Perón —servilismo, corrupción, burocratización— pudieron socavarlo. En ese sustrato se nutrió la militancia que luego de su derrocamiento ofreció resistencia y re-

afirmó al peronismo como fuerza dominante en el movimiento obrero argentino.

El peronismo una vez en el poder cambió su perspectiva acerca de la ebullición social y, desde el estado, movilizó grandes esfuerzos por institucionalizar y controlar aquella actitud desafiante y contestataria de la clase trabajadora, absorbiéndola en el seno de una nueva ortodoxia. En cierto sentido, como afirma James, bajo esta luz el peronismo en el poder fue un experimento social de desmovilización pasiva.[5] Mientras la gran expansión de las organizaciones sindicales aseguraba, como hemos dicho, el reconocimiento de la clase trabajadora como fuerza social, durante la era peronista se asistió asimismo a la integración de esa fuerza en una coalición política supervisada por el estado.

Los sindicatos fueron incorporándose al movimiento peronista y sus estructuras verticalistas; su papel se transformó en el de agentes del estado ante la clase trabajadora, para organizar el apoyo político a Perón y servir como conductos de las políticas oficiales hacia los trabajadores. Este proceso se acentuó considerablemente hacia el final del segundo gobierno peronista, cuando la crisis económica puso en peligro la estabilidad política y obligó al gobierno a colocar en la cúpula sindical a hombres de escasa significación e historia gremial —pero de reconocida lealtad a Perón—, dispuestos a interceder a fin de frenar la eclosión de luchas reinvindicativo-económicas.

Esa nueva relación entre estado y sindicatos, ofrecía indudablemente un alto atractivo tanto para la dirigencia gremial como para sus bases obreras.

En efecto, el compromiso del estado con la clase trabajadora se verificó inmediatamente: con una industria expandida y en el marco de una situación internacional favorable, los salarios reales de los trabajadores industriales aumentaron, entre 1946 y 1949, un 53%; la proporción de la renta nacional correspondiente a los obreros aumentó en ese período del 40 al 49%, y esta proporción se mantuvo hasta el golpe de 1955. A las políticas distributivas se

[5] *Cf.* Daniel James, *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, pp. 19 y ss.

sumó el desarrollo de una vasta red de mecanismos institucionales de cobertura social para los trabajadores. Jurídicamente, los sindicatos se convirtieron en asociaciones de derecho público; el número de afiliados sindicales creció decisivamente. Se modificó el régimen legal del trabajo: las convenciones colectivas de trabajo tuvieron fuerza de ley, así como los derechos a la jubilación, la protección del trabajo infantil y femenino, las vacaciones pagadas, etcétera.

El impacto ideológico de estas medidas fue profundo, pues implicó la reformulación del papel del estado en la conciencia política de la clase obrera: de órgano de control y dominación, se transformó en la instancia a la cual apelar ante la intransigencia patronal.

El punto de vista esencialmente popular que introdujo el peronismo en las prácticas políticas argentinas, permite comprender su eficacia para apropiarse y neutralizar los símbolos y las tradiciones de lucha de la clase obrera. Un ejemplo de ello fue el 1o. de Mayo, que dejó de ser la afirmación de una identidad forjada en el conflicto de clases, para convertirse en una fiesta popular de obreros sonrientes, sin banderas rojas ni negras que marchaban pacíficamente a escuchar al líder. Las manifestaciones que terminaban con derramamiento de sangre se desvanecían en el pasado.

Políticamente, el sindicalismo adquirió otro *status*. Por una parte, se convirtió en "la columna vertebral" del movimiento peronista, al punto de constituir prácticamente la única institución estable en su seno, fenómeno acentuado a partir de 1955 con la proscripción del movimiento peronista como partido político. Por otra parte, hacia afuera del peronismo, el sindicalismo se planteará un protagonismo político en la alternancia entre regímenes partidarios y militar-corporativos, que se sucederán luego del derrocamiento de Perón en 1955.

La resistencia (1955-59)

La caída de Perón afectará de modo profundo a la estructura sindical establecida en la era peronista. La CGT y numerosos gremios fueron intervenidos, y sus representantes encarcelados. Se proscri-

bió al peronismo y a todos los dirigentes políticos y sindicales que habían participado hasta el golpe.

A la represión gubernamental, los despidos masivos de delegados y militantes, el ajuste salarial, la legalización de incentivos basados en el pago por resultados, el desquite patronal contra los obreros, la redistribución de la renta nacional desfavorable a la clase trabajadora, las bases respondieron con un amplio y espontáneo movimiento de rebeldía, conocido como "la resistencia peronista". Huelgas, actos insurreccionales y atentados, diseminados en todo el país, pero carentes de una conducción centralizada y nacional, tenían como objetivo la preparación del terreno para el regreso de Perón. El nivel de enfrentamiento de las bases peronistas con el régimen antipopular y antiobrero se mantuvo en toda su efervescencia hasta 1958 e hizo fracasar todos los intentos de negociación con el estado por parte de la cúpula sindical, proclive en principio a la negociación.

Como resultado de la proscripción de los sindicalistas de primera línea, adquirieron prominencia dirigentes que se habían destacado en el lugar de trabajo, quienes tomaron a su cargo la reconquista de posiciones perdidas, al tiempo que introdujeron prácticas sindicales nuevas de creciente participación militante: la semi-legalidad en la que podían actuar, no dejaba margen para la estructura burocrática formal.

En la práctica, la "resistencia" significaba un virtual desafío a los supuestos de la organización capitalista de la producción. Sin embargo, esta insubordinación nunca se articuló en crítica ideológica de las relaciones de producción capitalistas ni de la autoridad de la patronal, manteniéndose dentro del marco del policlasismo peronista. Por otra parte, la proscripción del peronismo como identidad política y la ofensiva patronal y oficial contra las bases, produjeron —como efecto ideológico— el desplazamiento del conflicto de clases hacia el enfrentamiento político entre peronistas y "gorilas".

Lejos de conseguir la "desperonización" de la sociedad argentina, la política militar de persecución y represión, sumada a la pérdida de las conquistas económicas y sociales adquiridas en la era ante-

rior, produjo el efecto contrario al deseado: reforzó la hegemonía peronista en la clase obrera.

Sin embargo, las condiciones históricas para el regreso de Perón y la reimplantación del estado justicialista se hacían esperar, y los dirigentes sindicales se debatían ante la alternativa de preparar y conducir una insurrección generalizada o centrar su esfuerzo en la defensa de posiciones alcanzadas previamente. Esta última opción, que finalmente prevaleció, conllevaba la aceptación tácita de las reglas del juego político-institucional, y la integración del movimiento sindical al *statu quo*.

La escasa claridad estratégica de los dirigentes de la resistencia, asociada a la represión y a la crítica situación económica, debilitaron la línea más combativa entre los activistas sindicales. En el contexto de un creciente fatalismo y desmoralización en la generalidad de los trabajadores, empezaba a ganar terreno el pragmatismo político de un sector de la dirigencia gremial. Paradójicamente, ante la pasividad de las bases, la organización sindical se fortalecía como aparato en la década del 60.

Los sindicatos —en manos de una cúpula que adoptaba rápidamente la lógica del "realismo político", hacía concesiones y negociaba con el sistema— cobraban cada vez mayor peso en la escena política nacional, pues sustituían de hecho a la dirigencia partidaria proscripta. Este proceso tuvo como protagonista principal a las 62 Organizaciones, bajo la conducción de Augusto Vandor.

La era de los burócratas (1959-1969)

El vandorismo fue sinónimo en la historia argentina de burocratización sindical. Con este término no aludimos al crecimiento cuantitativo y al fortalecimiento organizativo del movimiento obrero, fenómeno saludable y normal, que contribuye a la consolidación de las entidades gremiales. Nos referimos más bien al proceso de creciente separación del elenco dirigente respecto de las bases, que se traduce en una mediatización del poder y una discrecionalidad en el manejo de los sindicatos.

Desde el punto de vista político, la burocratización del movi-

miento obrero significó el fin de la "resistencia" y la integración del aparato sindical al sistema político institucional. Este proceso se verificó en la creciente corrupción de los dirigentes "despegados" de las bases, y en una transformación en la relación entre los trabajadores y sus representantes. Las prácticas democráticas al interior de los gremios se erosionaron rápidamente, para dar lugar al surgimiento de formas de control político cada vez más estrictas dentro de las organizaciones obreras. Nuevas prácticas gremiales se impusieron a partir del empleo de métodos violentos y del recurso al acuerdo con los patrones y el gobierno: fraude electoral, intolerancia frente al disentimiento y la oposición internos, purga de delegados y activistas combativos, matonaje.

La cúpula sindical, una vez puesta fuera del alcance de la capacidad de control obrero, concentró en sus manos un *quantum* de poder enorme. Ese poder derivaba de un doble juego: la cúpula, por una parte, representaba a la clase obrera en su lucha reivindicativo-económica, pero además, representaba al movimiento peronista y era su principal fuerza orgánica. La burocracia sindical neutralizó toda forma de expresión ideológica contestataria y transformó el papel gremial en el de agentes de control social.

Sin embargo, cuando la intransigencia del régimen militar de Onganía —que desalojó por la fuerza al radical Arturo Illia del gobierno, y que los mismos burócratas habían apoyado— liquidó todo espacio de negociación del estado con los sindicatos, la hegemonía de la dirigencia se fracturó y fue enfrentada por nuevos grupos de oposición, que resistían tanto a la dictadura como a la cúpula. En marzo de 1968 surgió así la CGT "de los Argentinos", bajo la conducción de Raimundo Ongaro.

Mientras el sindicalismo se fracturaba, la crisis económica y la represión dictatorial creaban las condiciones para una eclosión social de características imprevisibles, cuya cúspide fue el "cordobazo" en mayo de 1969.

Fue precisamente en Córdoba donde el liderazgo de la burocracia sindical peronista fue más duramente desafiado por nuevas corrientes y actores, surgidos al interior de prácticas sindicales democráticas y en el marco de un alto grado de participación militante. Sus

dirigentes —entre los que se destacaron Agustín Tosco y René Salamanca— sustentaban un proyecto ideológico clasista, y enfrentaban en su práctica y en su discurso tanto a la dictadura como a la burocracia sindical, aunque estaban dispuestos a construir una nueva hegemonía obrera junto a los dirigentes peronistas combativos y las bases.

La conflictividad de los 70 (1969-1976)

Aunque la nueva izquierda gremial no tenía incidencia real en los aparatos sindicales de nivel nacional, copados aún por la vieja dirigencia burocrática de extracción peronista, llegó a desafiar profundamente esa hegemonía; articuló un proyecto revolucionario que rebasaba el marco de las reivindicaciones económicas y laborales para esbozar en el horizonte utópico la alternativa socialista.

Mientras vastos sectores sociales evolucionaban hacia posiciones radicalizadas, nuevas alternativas ideológicas aparecían en la escena política argentina: trotzkismo, maoismo, sindicalismo de liberación, etcétera. Y nuevas prácticas sindicales, democráticas, participativas y combativas, desafiaban la autoridad de los jerarcas sindicales.

Pero la cúpula no sólo era atacada desde la izquierda clasista gremial y política; también era cuestionada al interior del peronismo.

La CGT "de los Argentinos", que enraizaba en la tradición de la "resistencia" anterior al 59 y había establecido lazos programáticos e ideológicos con la teología de la liberación y el antimperialismo tercermundista, sólo pudo articular una frágil oposición a la burocracia sindical. Después de 1969, con sus dirigentes presos o en la clandestinidad, se derrumbaba toda su influencia social.

Pero, dentro del peronismo se desarrolló otra corriente de "izquierda": la Juventud Peronista (JP) que, si bien carecía de arraigo sindical, estaba llamada a ejercer un destacado papel político de fuerte oposición a la burocracia sindical, al punto de disputarle el consenso popular dentro del movimiento. En su interior se gestó una organización armada, "Montoneros", que llegó a protagonizar

sabotajes y atentados de gran envergadura e incidencia política.[6] El enfrentamiento entre los distintos sectores que se consolidaron dentro del movimiento peronista durante esta época, llegó a convertirse en el *leit-motiv* de la vida política argentina hasta el golpe militar de 1976.[7] Entre estas disputas internas, la oposición de burócratas sindicales, por una parte, y JP y Montoneros, por otra, fue utilizada por Perón para debilitar la posición de la cúpula sindical al interior del peronismo, y para fortalecer su propia posición de líder en la negociación con el régimen militar de Lanusse: el impresionante poder de movilización popular de la JP y su capacidad de desestabilización de la dictadura convirtieron a Perón en la única garantía capaz de asegurar la paz social.

Una vez que Perón estuvo en el poder —elecciones de por medio—, viró rápidamente su posición respecto a los grupos de izquierda dentro del peronismo, dio un nuevo rumbo a sus alianzas y sostuvo a la burocracia sindical como eje de la ortodoxia peronista, con el objeto de viabilizar un "pacto social" de gran alcance entre trabajadores y empresarios. Su objetivo era establecer una tregua social que sentara las condiciones para un nuevo desarrollo industrial, con vistas a la exportación de bienes manufacturados, sobre cuya base sería posible construir una nueva versión del estado benefactor y distribucionista.

Este cambio en la relación de fuerzas dentro del peronismo significó el desplazamiento de su ala izquierda, incluidos los Montoneros, quienes debieron pasar a la clandestinidad. La vieja burocracia, ahora fortalecida y triunfalista, se dedicó a aplastar, por una parte, a toda la oposición política que, dentro del peronismo, había simpatizado con las alternativas revolucionarias, y por otra, al sindicalismo clasista.

[6] El confuso encuadre ideológico de Montoneros, así como su sospechosa ubicuidad política y su inclinación a negociar sin escrúpulos con sectores al interior de la Iglesia, el Ejército, etcétera, permite comprender la actual posición de sus oscuros dirigentes, que aparecen hoy en la escena política como aliados de Menem, y dispuestos a olvidar el genocidio de la dictadura y sus propios muertos y desaparecidos, a cambio de usufructuar de un indulto presidencial duramente resistido y criticado por todos los sectores progresistas y democráticos de la sociedad argentina.

[7] *Cf.* Eliseo Veron y Silvia Sigal, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

Muerto Perón en 1974, los jerarcas sindicales, aprovechando su acceso a las distintas instancias de la estructura estatal y teniendo en sus manos el control burocrático del aparato sindical, contribuyeron y participaron en la represión desatada por las fuerzas policiales y parapoliciales contra activistas y militantes políticos y sociales disidentes.

Los sindicalistas oficialistas jugaron durante el gobierno de Isabel Perón el ambiguo papel de ser simultáneamente parte del elenco gobernante y factor de presión al interior del mismo. No obstante su participación en los principales hecho políticos de la época, nunca recuperaron credibilidad social, y su representatividad nunca rebasó el *status* que le confería su origen burocrático: como tantas otras veces en la historia argentina, se encontraban ligados al gobierno de turno.

Cuando las intenciones de derrocar a Isabel se percibieron como inminentes, un sector de la dirigencia gremial procuró aunar esfuerzos junto al gobierno constitucional, al tiempo que otro ya había apostado su juego a la alternativa golpista.

3. Fin del populismo y apertura de un nuevo ciclo histórico

La dictadura militar

El golpe de estado de 1976, acorde con las exigencias de la crisis capitalista mundial, significó el fin de un modelo de acumulación basado en la sustitución de importaciones, la expansión del mercado interno, la política de pleno empleo y el estado benefactor; en fin, terminó con el modelo del estado como regulador de la economía. Fue el cierre histórico del periodo que comenzó cerca de los años 30.

La dictadura militar supo imponer entonces, a través de la represión y el terrorismo de estado, un nuevo modelo a la sociedad argentina, que implicó su refundación estructural acorde a las exigencias del mundo capitalista después de la crisis del 73. Fue además la gran revancha histórica de la élite oligárquica y la derecha nacionalista frente a los procesos institucionales que habían llegado a cuestionar su poder.

En lo social, el nuevo modelo significaría la reestructuración de las relaciones entre capital y trabajo, cuyas consecuencias fueron la proletarización de los sectores medios, la disminución del peso social de los obreros industriales dentro del conjunto de los asalariados (consecuencia de la apertura económica y el ocaso del modelo industrialista), la implementación de la diferenciación salarial, la emergencia y posterior estabilización de una tasa crónica de desocupación y subempleo, con la consiguiente pauperización y marginalidad de amplios sectores anteriormente ligados a la producción.

En este sentido, el "Proceso" inauguró un nuevo paradigma económico que deja afuera a más de la mitad de la población, paradigma cuya vigencia se mantiene hasta nuestros días, y que los gobiernos constitucionales posteriores (Alfonsín y Menem) no han hecho sino administrar.

Respecto a la cuestión sindical, el gobierno militar encaminó su política hacia la desarticulación del movimiento obrero y sus organizaciones; esta política fue aplicada con la complicidad y el silencio de un grupo de dirigentes sindicales que intentaban "participar" del nuevo proceso.

En nombre de la "lucha contra la subversión" se desató la violencia institucional tanto contra los dirigentes clasistas o peronistas combativos, como contra las bases obreras, en la que participaron preferentemente las fuerzas del Ejército y la policía, pero también grupos parapoliciales y paramilitares. Al secuestro, tortura y desaparición de personas, se sumaba la violencia legal: una nueva normatividad represiva, respecto a las relaciones de trabajo, y respecto a la actividad sindical, cercenó de un golpe las conquistas sociales y laborales anteriores.

Por otra parte, la política económica implementada por la dictadura, cuyo objetivo era la transformación estructural del país en desmedro del sector industrial, no dejó de hacer sentir muy pronto sus efectos sociales para el movimiento obrero. A más de la reducción abrupta de la participación de los asalariados en el Producto Bruto, su consecuencia más profunda y que gravitaría en la década posterior y hasta el presente, fue el debilitamiento objetivo de las

organizaciones sindicales de la industria, lo que repercutió fuertemente en la caída del peso político y la fuerza social del sector obrero al interior del movimiento sindical y de la sociedad argentina en general. Prueba de ello es el hecho de que a partir del golpe del 76 y hasta hoy, decrece en la industria el nivel de actividad y de ocupación, y dentro de una tendencia general de aumento de la desocupación, se agudiza el proceso de terciarización del empleo.

En el marco ideológico de la Doctrina de la Seguridad Nacional, todo el sector combativo dentro de la dirigencia obrera fue "depurado"con métodos brutales, mediante una persecución implacable y la implantación de un clima de terror que se prolongó hasta el 82 y que contó con la complicidad o l silencio de parte de los patrones, la iglesia católica y de la dirigencia sindical "autorizada" por el régimen.

Los históricos de la burocracia asumieron desde el principio de la dictadura dos actitudes distintas, en lo que respecta a la relación estado/sindicatos. Por una parte, los "participacionistas", que plantearon la necesidad de negociar con el estado como medio de preservar la estructura sindical y sus posiciones personales; por otra, los "confrontacionistas", partidarios de una autonomía sindical relativa, que desconocieron las intervenciones en los sindicatos (reconociendo como sus autoridades legítimas aquellas elegidas antes de marzo del 76). Estos últimos, en su mayoría provenientes del verticalismo peronista, llevaron adelante la oposición sindical al régimen, bajo el liderazgo de Saúl Ubaldini.

Ahora bien, la separación entre las dos tendencias sindicales, ambas identificadas con la ideología peronista, aparecía como una pugna interburocrática, en la que se apelaba a dos métodos diferentes pero igualmente dirigidos a la autoperpetuación de la jerarquía sindical.

Por otra parte, la dirigencia silenció o desconoció públicamente la desaparición de personas y la violencia a los derechos humanos, pese a que el sector social que representaba —el movimiento obrero— fue el más duramente golpeado por la dictadura. Esta omisión gravitaría sobre su credibilidad y se reflejaría en la derrota electoral del peronismo en las elecciones del 83.

Luego de la cruenta e ininterrumpida represión contra el movimiento obrero durante la década anterior, lo que quedaba de la organización sindical no reflejaba en absoluto a la clase trabajadora. La falta de representatividad llegaba a los gremios mismos, y no sólo a los trabajadores, ya que las divisiones y los grupos al interior de la cúpula sindical sólo giraban en torno a la disputa por espacios de poder.

Ubicados en el plano superestructural, desde donde se configuraron como una esfera autónoma de poder, desde 1983 hasta el presente, los dirigentes sindicales se lanzan a una intensa puja de fragmentación y reacomodamientos interburocrática en el seno de la Central Obrera. Fuertemente cuestionados y "puestos bajo sospecha", el debate para los burócratas girará en esta coyuntura en torno a cómo pararse en la instancia democrática, que pone en entredicho su estabilidad con la posibilidad de una efectiva democratización sindical.

Los radicales antepusieron al modelo burócrata una estrategia reformista que, antes que profundizar el debate ideológico y democratizar las prácticas sindicales, sólo tenía por objeto neutralizar la oposición peronista a su plan económico. Luego de un primer choque frontal con los sindicalistas, el gobierno tuvo que ceder y negociar en los términos planteados por la burocracia, que logró afirmarse, "blanquearse" y legalizar su *status* durante el gobierno de Alfonsín.

Después de este fracaso, el gobierno radical abandonó la estrategia de enfrentamiento en bloque con la dirigencia gremial, recurriendo al expediente de alianza con un sector de la misma.

El período radical se caracterizó por un altísimo índice de conflictividad que se explica, en parte, por la dureza de la política económica y los costos sociales del ajuste en curso, impuesto para afrontar el pago de la voluminosa deuda externa heredada de la dictadura; y, por otra parte, por la fragilidad de la alianza del estado con los sindicatos. Por los límites burgueses del discurso radical (liberal y antiobrero) el gobierno sólo logró cooptar a un sector

minoritario de la dirigencia; en tanto la mayoría, encabezada por Saúl Ubaldini, y favorecida por el diseño del espacio político, pasaba a la oposición: aglutinándose tras las banderas históricas del peronismo, interpelaba a las masas descontentas que se reconocían en ese discurso.

El gobierno de Carlos Menem aparece como la continuación del modelo económico instaurado en el 76 y administrado por Alfonsín con serias dificultades. Sin embargo, desde el punto de vista político, su eficacia es mayor, ya que supuso la virtual eliminación de toda oposición frente a las iniciativas gubernamentales. En el plano gremial, Menem logró cooptar a la mayor parte de la dirigencia, que se sumó alegremente al proyecto de la "economía popular de mercado".

Por otra parte, las expectativas de transformación económica y social fundadas en la trayectoria redistributiva del peronismo de Perón, se vieron muy prontamente defraudadas cuando Menem, apenas llegado al poder, daba claras muestras de haber adoptado la receta liberal. La consecuencia fue la desarticulación del espacio político y la anulación del virtual lugar desde el cual se podía articular un discurso opositor.

Perdida la función mediadora que les asignaba un estado benefactor, y en el marco de la drástica disminución del peso relativo de la clase obrera y del trabajo en la sociedad, los sindicalistas oficiales ejercen un juego vacuo del poder u operan como fuerza de policía y de deslegitimación de toda oposición obrera. Ya ni siquiera intentan legitimar discursivamente su apoyo al gobierno; simplemente se muestran, con toda desfachatez, como el brazo gremial del proyecto oficial.

Ubaldini, por su parte, que en un principio logró articular un espacio de confrontación social contra la política de ajuste, se vio muy pronto incapacitado política y organizativamente para asumir un papel de verdadera oposición; sin fuerza real por las condiciones estructurales del nuevo país y por las propias limitaciones de su trayectoria política e ideológica, su discurso se diluye en imperativos moralizantes dirigidos al gobierno para que recupere su función paternalista y al capital para que se "humanice".

Hoy, la fragmentación del espacio político da lugar a la cada vez mayor autonomización de la esfera de ejercicio del poder, sea este político o gremial, donde ya no se juegan reformulaciones de los reclamos sociales, sino que es el espectáculo del continuado oficio de anudar y desanudar alianzas en torno al logro de mejores dividendos en los beneficios del poder. Simple negocio.

Lejos estamos del sindicalismo que a través de sus polémicas y prácticas reflejaban las contradicciones propias de la sociedad: la lucha de clases no tiene presencia ni cabida en el diseño de los proyectos y las prácticas de los actuales agrupamientos sindicales. El intenso debate —ideológico en las primeras décadas del siglo, y político de los años 60 y 70— ha desaparecido. Sólo queda el continuado oficio de tejer y destejer alianzas, donde la puja fraccional se desarrolla ya casi fundamentalmente en el seno de las centrales obreras, cada vez más lejos del campo social del que supuestamente el sindicalismo se nutre.

Las mujeres y su inclusión en las prácticas políticas, 1880-1980

Alejandra Ciriza
Virginia Fernández

Introducción

Este trabajo aborda la problemática de la participación política femenina en la Argentina, durante el período 1880-1980.

Tal como era concebida hacia fines del siglo XIX, la política implicaba, en cuanto al ejercicio y participación en el poder, tan sólo un sector minoritario de la clase dominante con exclusión de los sectores subalternos y de la totalidad de las mujeres. No sólo se trataba de una práctica restringida para ciertos sectores sociales, sino, por definición, pública y masculina.

La historia del siglo, desde el punto de vista de los sujetos políticos, será la de un proceso de lucha y presiones a través de las cuales diversos sectores antes excluidos ser irán incorporando. La emergencia de los nuevos sujetos supondrá, por una parte, la ampliación del campo de participación política, y por la otra el cambio en cuanto al eje del conflicto. Las iniciales reivindicaciones relacionadas con la vida pública (derechos civiles, laborales y políticos) serían desplazadas del centro de la escena por otras más ligadas a la reproducción, lo personal, la vida cotidiana.

Nuestro análisis se centrará en una perspectiva de este proceso que los estudios políticos suelen descuidar: las contradicciones de género surgidas como consecuencia de la exclusión de la mitad femenina de la sociedad y especialmente la articulación entre las contradicciones de clase y de género en la configuración del espacio político argentino.

Si bien nuestro punto de vista es el de género, establecemos una

distinción entre teorías, en las cuales se formula explícitamente una perspectiva feminista y prácticas inclusivas para las mujeres. En función de la distancia entre ambos niveles del análisis centraremos nuestro enfoque en aquellas prácticas que, aún cuando no impliquen una formulación explícita de reivindicaciones feministas, suponen la configuración de estrategias en las cuales se han reconocido un mayor número de mujeres, particularmente de sectores populares.

Dicha articulación cambió significativamente a lo largo del siglo. Abordaremos los momentos claves más significativos en este proceso de transformaciones políticas.

Nos ocuparemos de aquellas formas ideológicas que por su capacidad cuestionadora del *statu quo* articularon interpelaciones inclusivas para las mujeres. En el caso de anarquistas y socialistas las mujeres fueron interpeladas a partir de su pertenencia a un colectivo más amplio: el de los oprimidos, en el contexto de la construcción de un proyecto contra-hegemónico.

Otro hito fundamental en la participación política femenina fue el peronismo, que incorporaría a las mujeres sobre la base de la contradicción "bloque en el poder-pueblo". Los movimientos de mujeres de las últimas décadas, tanto los de derechos humanos como los de subsistencia, se ligaron a un proceso de disolución de límites de la política, y a la emergencia de nuevos sujetos a partir de su específica y diferenciada problemática.

1- Las mujeres anarquistas

En cuanto ideología el anarquismo supuso la articulación de los contenidos de igualdad, libertad, progreso indefinido y razón.

La idea de libertad era definida, en el contexto del pensamiento anarquista, como opuesta a la de institucionalidad: en cuanto toda institución, y de modo ejemplar el Estado, suponía la reglamentación coercitiva de la libre espontaneidad de los sujetos. Libertad e individualidad se ligaban de modo tan estrecho que la idea de una "organización anarquista" supone una tensión entre dos conceptos que, al ser concebidos como antinómicos, desembocan en fuertes

dificultades para la articulación de una práctica política coherente. Es por eso que tal vez la expresión más consistente del anarquismo fue la llamada línea antiorganizadora que predominó hasta 1905 en que las tendencias organizativas lograron imponerse.

Unos y otros tenían claro que la destrucción del capitalismo era el paso previo indispensable para la constitución de una nueva sociedad de productores libres. Para los organizadores el método consistiría en una violencia que ya no sería equivalente a la realización de actos de terrorismo individual, sino de la acción coordinada de las masas; de allí la importancia que esta tendencia dio a la organización gremial. A comienzos del siglo la Federación Obrera Argentina, FOA, agrupó a los principales gremios de Capital Federal y las ciudades del litoral, liderados por socialistas y anarquistas. Las contradicciones entre ambas tendencias ideológicas llevarían a la escisión del movimiento obrero argentino, dando lugar a la conformación de dos organizaciones obreras a partir de 1903: la Unión General de Trabajadores, UGT, socialista, agruparía a los sindicatos de trabajadores con mayor calificación, de nacionalidad predominantemente argentina, y de menos peso cuantitativo; la FORA anarquista, incluiría gremios numerosos, con gran cantidad de inmigrantes, de escasa calificación. Las sociedades de resistencia correspondientes a aquellas ramas de actividad en las que predominaba la mano de obra femenina (vestido y tocador, alimentos) pertenecían a la FORA.

Las ideas de progreso indefinido y razón se ligaban, en la ideología anarquista, con el carácter absolutamente negativo de su descriptiva social.

Libertad, igualdad, fraternidad se proyectan hacia un futuro utópico, en tanto frente al mal social se postula el control de los instintos, la censura de los deseos, un largo tiempo de espera al final del cual se logrará la realización de lo que los anarquistas llaman "el ideal". Esto se tradujo en un discurso moralizante acerca de la sexualidad y del papel de la mujer en la etapa de "transición" hacia la sociedad libertaria.

El elemento fundamental de la ideología anarquista fue el de igualdad. En virtud de esta idea, los anarquistas criticaban a la

sociedad actual como signada por la desigualdad, que escindía a los individuos en dos grupos: explotadores y explotados. No obstante, esa igualdad permitió a las mujeres una participación activa en el movimiento anarquista, puesto que tampoco eran explícitamente discriminadas. El carácter descentralizado de las formas de organización, ligado al radical antiautoritarismo del anarquismo, abrió múltiples espacios de lucha, no sólo relacionados con la inserción en el aparato productivo, sino también en torno al papel de los individuos como consumidores. En ambos casos las mujeres desempeñaron un papel destacado. Respecto de la lucha de las mujeres como consumidoras, un caso sumamente significativo fue el de la huelga de inquilinos de 1907, cuyo foco inicial fueron los "conventillos" de la Capital Federal, desde donde el conflicto se extendió hacia las principales ciudades del país.

El conventillo concentraba, hacia 1880, alrededor del 22% de la población porteña. Se trataba de viviendas colectivas para obreros en las que, además, funcionaban pequeños talleres de trabajo domiciliario —sobre todo femenino. Dos rasgos hay que destacar: por una parte su alto costo (25% de un salario obrero), y por la otra la alta concentración de población que albergaban. El primer factor fue causa de frecuentes fricciones entre propietarios e inquilinos, el segundo generó una reglamentación estricta tendiente a vigilar minuciosamente la vida cotidiana de los sectores populares urbanos.[1]

Los anarquistas, a través de la FORA, desde el momento mismo de su formación, se hicieron cargo de las demandas de los inquilinos alentando la formación de ligas para la lucha en contra de la continua alza de los alquileres. La organización, típicamente anarquista, fue territorial y descentralizada. El "Medio Mundo" y "El Infierno", dos de los conventillos más populosos y combativos de la Capital, llevaron la iniciativa. Cada conventillo eligió delegados que formaron, en 1904, una Liga de inquilinos.

En setiembre de 1907, se declara la huelga. El diario anarquista *La Protesta* publica la proclama, por la cual se decidía no pagar los

[1] Juan Suriano, *Movimientos sociales. La huelga de inquilinos de 1907*, Buenos Aires, Col. Historia Testimonial Argentina, Documentos vivos de nuestro pasado, núm. 2, CEAL, 1983.

alquileres hasta tanto se concediera una rebaja del 30%, y mejoras sanitarias. El movimiento se difunde rápidamente, se incorporan otras ciudades del país.

Las mujeres del Centro Femenino Anarquista, entre ellas María Collazo, pronunciaban conferencias incitando a la organización y la lucha.

La reacción de los propietarios no se hizo esperar: contaban para ello con una legislación que los favorecía, y con un Estado dispuesto a defender la propiedad privada por la instrumentación del desalojo, la ley de residencia o la represión policial.[2]

Los periódicos de la época dan noticia acerca del desempeño de las mujeres en la resistencia. En efecto, dado que se trataba de una huelga en un espacio fundamentalmente femenino, el de la vida doméstica y el consumo, dado que eran las mujeres quienes pasaban en el conventillo la mayor parte de su tiempo, fueron ellas quienes encabezaron el enfrentamiento con las fuerzas policiales, fueron ellas quienes resistieron al desalojo y las inspecciones judiciales, fueron ellas quienes atacaron a los caseros que defendían los derechos del propietario, fueron ellas quienes protagonizaron las manifestaciones callejeras.

Cada episodio de la lucha era relatado tanto por *La Protesta* como por el diario oficialista *La Prensa*. *La Protesta* del 16 de octubre señala, al describir en términos generales al movimiento, "la viril energía y ...la actividad viril de los proletarios", aunque aclara, a continuación, que tal actividad "viril" consistió en el ataque de las mujeres a los policías, armadas de palos, piedras y calderos de agua hirviendo, En cuanto a *La Prensa*, el 1 de octubre señala un episodio similar. Resulta significativo que, cuando se describe la resistencia femenina, se señala claramente el género, pero cuando los representantes de la autoridad "acometen con sus machetes", los agredidos pasan a ser "huelguistas", como si en este caso, no se tratara de las mismas mujeres.

[2] La ley de residencia promulgada a propósito de la huelga general de 1902 permitía la deportación de aquellos inmigrantes involucrados en actividades políticas contrarias a la "seguridad del Estado". Destacadas mujeres anarquistas tales como Juana Rouco Buela y Virginia Bolten fueron deportadas mediante la aplicación de esta ley.

El conflicto se iría desgastando por efecto de su larga duración y de la sistemática aplicación de las leyes de desalojo y residencia. Al terminar el año, todo había concluido. Los objetivos del movimiento no se lograron, pero el gobierno comenzaría a preocuparse y se construirían viviendas obreras con condiciones sanitarias tan malas como las de los conventillos, aunque más alejadas del centro.

El fortalecimiento de la tendencia organizadora del anarquismo, encarnada en la FORA, permitió a los trabajadores un ámbito para la lucha en pro de mejores condiciones de trabajo. Alpargateras, costureras, cigarreras, tabaqueras, fosforeras, zapateras, modistas, chalequeras, pantaloneras, tejedoras, entre otras, iniciaron en 1904 una movilización en contra de las condiciones de trabajo. Sus principales reivindicaciones eran la reducción de la jornada de trabajo de 14 a 12 horas, el aumento de salarios, el pago por horas extra y el descanso dominical.

Poco a poco surgieron sociedades de resistencia femeninas, entre las cuales fueron pioneras la Agrupación Gremial de Cigarreras, las Obreras Tejedoras de Barracas al Norte, La Sociedad Femenil de Oficios Varios de Barracas al Sur, la Sociedad de Modistas y la de Obreras Camiseras y Anexos.

Particularmente relevante fue la huelga protagonizada por la sociedad de resistencia de "Camiseras y Anexos", entre cuyas reivindicaciones específicas cabe señalar la exigencia de aumento salarial, no sólo para las trabajadoras de los talleres, sino también para la gran cantidad de mujeres comprendidas en el sistema de trabajo domiciliario encargado por una empresa, tan difundido en las etapas de protoindustrialización. En un manifiesto significativo, por cuanto articula reivindicaciones de género y clase, las anarquistas denuncian la "inhumanidad de las míseras condiciones de trabajo" que las obligan a "trabajar como bestias". Ello les hace imposible aceptar convenio alguno con los patrones hasta tanto se escuche su "justísima demanda". "No se trata de un pedazo más de pan sino de un trozo de vida conquistada". Avanzando más allá de la propuesta de sus compañeros anarquistas, las mujeres se autorreconocen también como feministas, culminando así con su proclama:

¡Viva la emancipación femenina!
¡Viva la huelga general!
¡Viva la anarquía![3]

2. Socialistas y sufragistas

Los años de auge del socialismo en la Argentina se extienden aproximadamente entre 1890 —uno de los picos de la inmigración masiva— y 1930 —años en los cuales comienza la afluencia migratoria desde el interior del país hacia los grandes centros urbanos. El crecimiento del socialismo puede vincularse no sólo a la llegada de los inmigrantes portadores de esa ideología, sino también a la emergencia de un flujo de masas a nivel internacional.

La particular forma que, en la Argentina, adquiriría la ideología socialista se debió a la presencia de ciertos elementos, que determinarían a los demás contenidos: reformismo, evolucionismo de corte biologista y pacifismo.

La ligazón establecida entre revolución y violencia, y el rechazo hacia todo cuanto pudiera asimilarse a militarismo, induce a los socialistas argentinos a pensar en la participación político-institucional como vía privilegiada para la transformación de la sociedad.

Es por ello que los socialistas canalizaron todas sus energías en la lucha por espacios político-institucionales: organización partidaria, lucha electoral y obtención de bancas en el Congreso. A través de sus diputados y senadores se concentrarían en el logro de reformas legislativas. Las mujeres del partido, organizadas en Centros Femeninos, lucharían por el logro de los derechos políticos y civiles de las mujeres, asesorando y presionando a sus representantes en el Congreso. En consonancia con su proyecto de concientización por la vía formal de la "ilustración" y la legislación, consideraban que legislar era equivalente a cambiar, en la realidad, las relaciones sociales.

[3] Mabel Bellucci y Cristina Camusso, "Las obreras de principios de siglo", en *Unidas, Mujeres y trabajo*, año I, núm. 3, diciembre de 1987.

Las reformas que ellas impulsaban se ligaban al logro de derechos relativos a la mujer en cuanto madre, y por ello reproductora tanto desde el punto de vista ideológico como biológico. En tanto madres, las mujeres debían acceder a mejores condiciones de trabajo, pues su fatiga y su miseria incidía directamente sobre la posibilidad de vida de sus hijos.

Las preocupaciones éticas de las socialistas se canalizaban preferentemente en la lucha contra la prostitución, la trata de blancas y el alcoholismo, considerados "males sociales" que degradaban a la clase obrera.

Su moral no difería de la moral burguesa en tanto la lucha contra las "enfermedades sociales" mencionadas se enmarcaba dentro de la "abstinencia" necesaria para el mejor desarrollo de las fuerzas productivas en el seno del capitalismo, pues su pleno desarrollo era concebido como el paso previo al socialismo.

La lucha por los derechos civiles y laborales

Hasta hace muy pocos años las mujeres encontraron serias limitaciones en el ejercicio de sus derechos civiles. En un país en el que, por parafrasear a la destacada luchadora socialista Carolina Muzilli: "...se recita que todos son iguales ante la ley", las mujeres, por el solo hecho de casarse, no podía disponer de sus bienes, ejercer la patria potestad, ni ser testigo en causas judiciales. La posibilidad del divorcio no estaba legalmente contemplada, y los hijos de las madres solteras soportaban el estigma de la ilegitimidad. El logro de la mayor parte de estos derechos es muy reciente en la Argentina: la patria potestad compartida, la total equiparación de los hijos matrimoniales y extramatrimoniales, se alcanzó después de la caída de la última dictadura militar, en 1983. En cuanto a la ley de divorcio, ésta fue sancionada por primera vez en 1954 y derogada pocos meses más tarde por el régimen militar que derrocó a Perón. Sólo en 1986 sería restablecido el divorcio vincular pese a la sistemática oposición de la iglesia católica argentina. No por ello las mujeres, y particularmente las socialistas, dejaron de presionar constantemente en este sentido.

Carolina Muzilli impulsó proyectos de ley como los que establecían medidas de protección para las madres solteras y las madres trabajadoras; investigación de la paternidad; legitimación de los hijos extramatrimoniales. Junto a Fenia Chertkoff, en el Centro Socialista Femenino, elaboró un proyecto de ley de divorcio. En 1910 presentó en el Congreso Femenino Internacional, realizado en Buenos Aires, una ponencia titulada *El divorcio*, donde ligaba la existencia del adulterio a la del matrimonio indisoluble, sostenido por la iglesia, y calificaba a los matrimonios mal avenidos como sistema de legalización de la prostitución.

En repetidas ocasiones (1915,1920) los legisladores socialistas presentaron, sin éxito, proyectos de ley sobre derechos civiles de la mujer. Finalmente, en 1926, obtuvieron una valiosa conquista en este sentido, con la promulgación de la ley 11.357, que elimina las trabas jurídicas impuestas a las mujeres por el código civil, y otorga plena capacidad a las mayores de edad.

En lo que se refiere a la organización del mundo del trabajo, las socialistas lograron organizar gremialmente algunos grupos de obreras. Tal es el caso de la Unión Gremial Femenina, nacida en 1906 como consecuencia del triunfo de la huelga de las algodoneras de la fábrica Varolo. Por su parte, en 1913 el sindicato de lavanderas de Buenos Aires obtuvo algunas conquistas a partir de la implementación de medidas de fuerza.

Los dos aspectos en los que la acción de las socialistas fue más relevante fueron el derecho laboral y la producción de investigaciones acerca de las condiciones de trabajo de mujeres y niños, que constituían una mano de obra especialmente explotada en la época. En esta dirección se destacará el papel de Carolina Muzilli, militante socialista de extracción obrera, que realizó profundas investigaciones acerca del trabajo femenino.

Tanto Carolina como Gabriela Laperrière de Coni trabajaron en la elaboración del proyecto de ley que reglamentaba el trabajo de mujeres y menores, sancionado por ley del Congreso en 1907. La reglamentación del trabajo domiciliario (1918), la ley sobre lactancia materna (1932), la creación del Departamento Nacional de Maternidad e Higiene Infantil (1936), la prohibición de despido por

matrimonio (1938) fueron otras importantes conquistas legislativas del socialismo. Estos derechos se perdieron en su mayoría por decreto-ley núm. 21.297, de la dictadura militar, en 1976.

Las luchas por el sufragio femenino

En la lucha por la obtención del voto de la mujer se combinó la acción de dos grupos: las sufragistas y las socialistas, quienes, sin renunciar a sus identidades ideológicas primarias, aunaron sus esfuerzos.

Un capítulo importante en la historia del sufragio argentino lo protagonizaron las mujeres de la provincia de San Juan, quienes a fines del siglo XIX —mucho antes de la sanción de la Ley Saénz Peña de 1912, que reglamentó en el nivel nacional el voto universal masculino— conquistaron el voto censitario en el orden municipal; derecho que se ampliaría en 1914 con el sufragio femenino no calificado municipal, y en 1928 provincial. A nivel nacional las mujeres no ejercerían este derecho hasta mucho más tarde.

Las primeras feministas argentinas fueron, ante todo, sufragistas. Entre ellas es posible discernir dos tendencias: por una parte aquellas como Julieta Lanteri (una de las primeras médicas argentinas), como la escritora Alfonsina Storni y la periodista Adela Di Carol que, sin estar afiliadas al socialismo, colaboraban con las mujeres de ese partido. Otras, como Carmela Horne de Bürmeister, Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, a pesar de sus preocupaciones por los derechos políticos de la mujer, subordinarían hasta tal punto toda otra interpelación a la de género que, algunas de ellas llegaron, en 1932, a proponer el sufragio femenino calificado para excluir a extranjeras y analfabetas.

Por su parte las socialistas, todas ellas sufragistas, se organizaron en dos agrupaciones femeninas con objetivos divergentes. Por una parte, la Agrupación Femenina Sufragista, liderada por Alicia Moreau, centraba sus esfuerzos en la excelencia académica y la transferencia educativa. Por otra parte, el Centro Feminista Socialista fundado en 1902 por Fenia Chertkoff, reunía a mujeres como Gabriela Laperrière y Carolina Muzilli, con preocupaciones más

ligadas a la condición social de la mayoría de las mujeres. Respecto del grupo liderado por la Moreau, Carolina Muzilli opinaba: "Llamo feminismo de diletantes a la preocupación por el brillo de las mujeres intelectuales. Es hora de que el feminismo deportivo deje paso al verdadero, que debe encuadrarse en la lucha de clases. De lo contrario será un movimiento elitista".[4]

Las coincidencias en torno de la lucha por el sufragio llevaron a la organización, en 1918, de la Unión Feminista Nacional, en la que confluyeron sufragistas democráticas y socialistas de ambas tendencias. Para las elecciones de 1920, las mujeres organizaron un simulacro de votación presentando dos listas; una por el Partido Femenino Nacional, encabezada por Julieta Lanteri, y otra por el Partido Socialista, con la candidatura de Alicia Riglos de Estrada.

La preocupación de las socialistas por el tema se materializó en la presentación al Congreso de más de veinte proyectos de voto femenino en las tres primeras décadas del siglo. La obtención efectiva de este derecho en el orden nacional sería, sin embargo, alcanzada durante el gobierno peronista con la Ley 13.010, de 1947.

El proyecto, aprobado por las cámaras, fue inspirado por María Eva Duarte de Perón. No obstante es necesario señalar un hecho sintomático: Alicia Moreau, socialista, luchadora por el derecho al voto, no votaría en las elecciones del 52, primera ocasión de ejercicio de ese derecho para las argentinas, porque estaba bajo orden de captura. Esto marca la ruptura entre dos tradiciones: la consagración de los derechos políticos de las mujeres no significó el reconocimiento de una larga historia de luchas, es por ello que muchas sufragistas y socialistas no se reconocieron en este logro, que parecía había sido concedido desde el gobierno. Independientemente de lo que pensaran las protagonistas, socialistas o peronistas, desde una perspectiva histórica es imposible escindir la obtención de este derecho de las luchas socialistas por su conquista ni de la emergencia de la acción política femenina dentro del peronismo.

[4] Armagno Cosentino, *Carolina Muzilli*, Buenos Aires, Col. Biblioteca Política Argentina, núm. 25, CEAL, 1984, p. 18.

3. Las mujeres peronistas

El peronismo incorporó a las mujeres a la política a través de la organización de peculiares estructuras partidarias. A partir de 1949 el Partido Peronista articula tres organizaciones relativamente autónomas: la rama gremial, el partido peronista masculino y el partido peronista femenino (en adelante P.P.F.).

Dirigido por María Eva Duarte de Perón, el P.P.F. se caracterizó por una estructuración fuertemente verticalista. En base a una concepción de las mujeres como el "sentido común de la especie, pues son madres", y como portadoras de valores morales superiores y con mayor sentido práctico que los varones, las funciones del P.P.F. se centraron en la educación, la asistencia social y la administración del consumo doméstico.

La ubicación de las mujeres, y su incorporación a partir de una perspectiva que situaba lo político como proyección de las tareas domésticas de la mujer-reproductora, dará al peronismo un tinte especial.

La inclusión de las mujeres en el campo político se hace interpelándolas en sus "virtudes cotidianas", es por eso que la disolución de lo político-público en la vida privada podrá efectuarse en la curiosa amalgama de comité partidario y hogar que fueron las unidades básicas.

Inicialmente 23 delegadas censistas emprendieron la tarea de afiliación. Éstas se llevaron a cabo casa por casa y las nuevas afiliadas fueron creando unidades básicas que surgían en torno de criterios territoriales. Las mujeres participaban en el partido a través de la unidad básica de su barrio, por lo tanto lo hacían como amas de casa antes que como trabajadoras. Allí hallarían soluciones para sus problemas diarios: cuidado de niños, preparación de alumnos, intercambio de servicios entre vecinos, cursos de capacitación laboral, etcétera. Las unidades básicas funcionaban además como centros de adoctrinamiento y capacitación femenina indispensable para la iniciación de las mujeres en una práctica que hasta entonces les había sido ajena: la política.

Si bien las mujeres son convocadas en torno de sus valores y

roles tradicionalmente aceptados, y su exterioridad respecto de la lucha política es permanentemente señalada y públicamente reconocida, esto no obstó para que el P.P.F. gozara de autonomía respecto de toda intervención masculina, e incluso mantuviera una actitud de vigilancia respecto de las manipulaciones por parte de los compañeros varones, con los cuales no dejaba de existir una cierta rivalidad. Según los estatutos del partido peronista, los cargos electivos debían ser distribuidos en proporciones iguales entre las tres ramas del movimiento. Sólo después de una larga lucha el P.P.F. lograría completar el porcentaje, que siempre fue objeto de retaceos y discordias.

En las elecciones de 1952, que confirmarían un nuevo lapso presidencial para Perón, votó el 90,3% del padrón femenino, mientras que sólo lo hicieron el 86,8% de los varones en condiciones de sufragar. Por primera vez las mujeres accederían al Congreso Nacional, con 23 diputadas y 6 senadoras, todas ellas por el partido peronista.

En cuanto a los partidos políticos de oposición, aquellos de la izquierda tradicional: P.S., P.C., etcétera, propusieron algunas candidaturas femeninas para cargos relevantes, pero con escasas probabilidades de efectiva elección. El partido radical y el conservador no incluyeron ninguna mujer en sus listas.

Entre los principales aportes de las legisladoras peronistas, como Juana Larrauri y Delia D. de Parodi, se destacan la sanción de la ley sobre hijos extramatrimoniales y la ley de divorcio vincular. La sanción de ambas leyes fue fuertemente resistida por la iglesia católica argentina, y sólo pudo llevarse a cabo en diciembre de 1954, en el marco de un franco enfrentamiento entre ésta y el gobierno.

El peronismo supuso el intento de reformulación de las demandas populares a través de una concepción del estado como satisfactor de las necesidades básicas de la población, y como instrumentador de las políticas redistributivas. Estas políticas iban a llevarse a cabo a través de la Fundación Eva Perón, la cual canalizaba un asistencialismo de estado a partir de las necesidades detectadas por las unidades básicas del partido, intermediarias entre el Estado benefactor y los sectores populares.

La asunción, por parte del Estado, de una política asistencialista, basada en los criterios de la justicia social, suponía una ruptura respecto de las viejas modalidades canalizadas a través de instituciones privadas o confesionales de beneficencia pública, dirigidas por las mujeres de las clases dominantes.

La Fundación, creada en 1948, y presidida por Eva Perón, era un ente paraestatal que funcionaba sobre la base de lo aportado por empresarios, trabajadores y reparticiones oficiales. Los fondos eran destinados a la concesión de becas de ayuda para estudiantes, préstamos para la construcción de viviendas, edificación de escuelas, hospitales, colonias de vacaciones y hogares de ancianos. También se construyó la "ciudad de los niños", verdadera ciudad utópica puesta al servicio de los niños de las clases populares.

Toda la política de asistencia social fue organizada y ejecutada por mujeres. En efecto, la ayuda social era uno de los roles reservados a las mujeres por el Estado.

Sin embargo desde otros espacios parcialmente diferenciales, como el diseño de la política económica en los planes quinquenales, también se interpelaba a las mujeres. En este caso se les asignaron distintas funciones según las coyunturas económicas que atravesara el país. El primer plan quinquenal, de 1947, tendía a la consolidación del proyecto industrializador dirigido hacia el mercado interno. En él se convocaba a la mujer como integrante —actual o potencial— de un mercado de trabajo en expansión.

El discurso oficial respecto de los roles femeninos cambiaría en el segundo plan quinquenal, lanzado en 1953. Las transformaciones producidas en el mercado internacional llevarán a una reformulación parcial de las políticas redistributivas y como consecuencia a la retracción del mercado interno. La planificación económica se basará, en parte, en la administración y austeridad de la economía doméstica. Se recalca entonces el papel de la mujer como "agente creador de la familia y la conciencia de los ciudadanos" y se apela a su función de organizadora del consumo doméstico, encargándola de la administración del presupuesto familiar y del control de los precios de los productos de primera necesidad.

1952 será una fecha clave para el peronismo: reformulación de su

política económica, reelección presidencial y comienzo de serios enfrentamientos con el ejército, que ya había protagonizado un intento de golpe de estado hacia fines del 51. También será un año fundamental para las mujeres peronistas: a sólo tres años de la fundación del P.P.F. habían debutado en las elecciones y conseguido la primera representación parlamentaria. También el 26 de julio de 1952 se produciría la muerte de Evita, a los 33 años.

Este hecho es evaluado de una misma manera desde distintas posiciones ideológicas. Evita —madre-mediadora-protectora-eficaz— imprimió su fuerte personalidad al proceso de movilización femenina. Sin ella las mujeres —hijas-desprotegidas-ineficaces— quedaron a la deriva. Las evidencias historiográficas desmienten esas afirmaciones categóricas. Las "flamantes legisladoras peronistas" fueron capaces de llevar a cabo, como ya hemos visto, una fructífera labor parlamentaria: por otra parte la organización del P.P.F. siguió en pie, e incluso obtuvo logros bajo la presidencia de Delia Parodi en las siguientes elecciones legislativas. En 1954 la representación femenina en ambas cámaras alcanzaría el histórico tercio.

Dichas interpretaciones, realizadas por los historiadores de una y otra tendencia ideológica son una proyección de un proceso que efectivamente ocurrió a nivel simbólico en la sociedad argentina. Eva Perón constituyó un modelo identificatorio para las mujeres de los sectores populares, en tanto representaba la realización del mito de la mujer humilde que había triunfado en la vida. La mistificación de la figura de Evita se acrecentó después de su muerte, despojada de todo rasgo devendrá la "madre de los humildes" y será objeto de veneración religiosa. Amada por los sectores populares, fue odiada con la misma intensidad por las clases dominantes que construyeron el mito negativo de Evita —ramera manipuladora. Su odio se prolongó más allá de la muerte y se materializó en el ocultamiento y vejación de su cadáver.

A partir de 1955, con la llamada revolución libertadora, el peronismo fue proscripto y sometido, en su totalidad, a una firme persecución política que duró 18 años. Si bien los gobiernos militares se intercalaron con breves periodos constitucionales, tales

gobiernos llegaron al poder con la proscripción del peronismo, que seguía siendo expresión de la opinión política de la mayor parte de la población. Es por esto que Estela Dos Santos habla de "fraude consentido".[5]

Este largo lapso es conocido como la "Resistencia Peronista". Durante él los militantes se organizaron de distintas y variadas formas: mientras la CGT (Confederación General del Trabajo) fue hegemonizada por largo tiempo bajo la conducción de Augusto Vandor, quien optó por una política colaboracionista con los regímenes de facto, el partido intentó mantener el contacto con el líder en el exilio a través de los llamados "delegados personales". La ausencia de Perón y su presencia a través de mensajes, directivas, delegados, inauguró un tipo de relación líder-pueblo según la cual éste podía dirigir estratégicamente un movimiento cuyas tácticas estaban a cargo de grupos con diferentes orientaciones, prácticas y procedencias. Es por esto que, durante los 18 años del exilio, emergen los conflictos que la presencia de Perón había logrado neutralizar. Sin embargo todos se mantienen dentro del movimiento merced a la libertad de interpretar, inventar y tergiversar a la palabra "unificadora" de Perón. Así por ejemplo los conflictos de género se patentizan en el intento de disolver el P.P.F. por parte del comando Táctico liderado por J. W. Cooke. En este caso no se trataba de un conflicto exclusivamente intergenérico sino que se encuadra en uno más amplio, pues el peronismo se veía tensionado por la emergencia de sectores de derecha e izquierda que luchaban por hegemonizar la conducción del peronismo.

El retorno de Perón era el objetivo por el que luchaban todos estos grupos, en los que también participaban activamente las mujeres. Conseguido este fin, en junio de 1973, el enfrentamiento entre las tendencias se produciría abiertamente.

La década del 70 fue, en la Argentina, la de la emergencia de la guerrilla. Las organizaciones armadas de izquierda, tanto peronistas (Montoneros, F.A.L., F.A.P.) como marxistas (E.R.P.) incluyeron entre

[5] Estela Dos Santos, *Las mujeres peronistas*, Buenos Aires, Col. Biblioteca Política Argentina, núm. 23, CEAL, 1983, p. 68.

sus militantes a mujeres que combatían en pie de igualdad con sus compañeros varones.

1973 fue el año del retorno a la democracia con el triunfo de la fórmula Perón-Perón. En efecto, la vicepresidencia fue ocupada por la segunda esposa del líder, Isabel Perón, quien ya había asumido la conducción de la rama femenina, y cuya candidatura había sido proclamada por el ala derecha del P.P.F., liderada por Norma Kennedy.

Tras la muerte de Perón, en 1974, Isabel asumiría la presidencia del país. La ocupación de la primera magistratura por una mujer no significó sin embargo, avances desde el punto de vista de las reivindicaciones de género. Isabel interpelaría a las mujeres peronistas intentando producir una ruptura con la imagen mujer-peronista-militante, acuñada durante la resistencia. Su discurso se articulaba sobre dos elementos tradicionales de la femeneidad: religiosidad y maternidad. En este marco se produciría la prohibición de venta libre de anticonceptivos, así como campañas dirigidas al aumento de la natalidad.

Sus compromisos con la Iglesia y sus concesiones a los militares no impidieron que el 24 de marzo de 1976 fuera destituida. Se iniciaba un nuevo período en la historia argentina. La participación política femenina adquiriría formas hasta entonces inusitadas.

4. Mujeres y movimientos por los derechos humanos

El golpe de Estado de 1976 tendría múltiples efectos sobre la sociedad argentina. Desde el punto de vista económico supuso la implantación de un modo de acumulación de capital que conduciría a la paulatina destrucción del aparato productivo a través de la apertura de las importaciones y de la hipertrofia del sector financiero.

El nuevo modelo se completó con una redefinición del papel del Estado, que por una parte fue despojado de su función de mediador con la sociedad civil, a través del abandono de las políticas de bienestar social; y por otra parte asumió plenamente la doctrina de la seguridad nacional, perfilándose como el ejecutor de una política de terrorismo de estado. La represión debía ser sumamente eficaz pues la década del 70 fue, en la Argentina, un período de auge de

masas hegemonizado por la formulación de un proyecto revolucionario. Ésta se llevó a cabo a través de un mecanismo hasta entonces inédito: el secuestro y desaparición de personas. Esta metodología fue aplicada masivamente. Se calcula que en la Argentina hubo durante la dictadura militar 30 000 desaparecidos.

La dictadura generó, a través de estos procedimientos, la clara vivencia de permanente inseguridad, así como la ruptura de los lazos de solidaridad social. Ante la imposibilidad de reclamar en el disuelto espacio público, se produjo una reclusión en el ámbito de la vida privada. El mecanismo de silenciamiento ante las demandas por parte del estado se revertiría sobre la sociedad como aceptación del mandato de silencio.

La imposibilidad de canalizar los reclamos a través de las vías tradicionales (partidos políticos y sindicatos) dio lugar a la emergencia de nuevos movimientos sociales que asumieron la oposición a la dictadura: entre ellos se destaca el movimiento por los derechos humanos.

De configuración social y política heterogénea, el movimiento por los derechos humanos incluye, en la Argentina: la Asamblea Permanente por los Derechos del Hombre (A.P.D.H.-diciembre 1975), el Movimiento Ecuménico de Derechos Humanos (M.E.D.H.-1976), la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (1930), las Madres de Plaza de Mayo (1977), las Abuelas de Plaza de Mayo (fines de 1977), Comisión de Familiares de Desaparecidos y Presos por Razones Políticas, el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Si bien en todos estos organismos actuaron y actúan mujeres, nuestro interés se centrará en torno de aquellos dos casos que incluyen participación exclusivamente femenina: las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo.

Las Madres toman contacto en los lugares donde se realizaban las denuncias y averiguaciones para conocer el paradero de sus hijos: Ministerio del Interior, juzgados, comando del ejército. Ante la falta de respuesta deciden organizarse para la ejecución de distintas tareas: todos los jueves las Madres realizarán una marcha silenciosa en la Plaza de Mayo, ubicada en frente de la Casa de Gobierno. La

particularidad de las Abuelas se debe a que, junto con los adultos, varones y mujeres, fueron secuestradas mujeres embarazadas y niños cuya restitución reclaman.

Las Madres se definen a sí mismas, en su primer boletín de agosto de 1980, como madres de detenidos-desaparecidos. Su lema, "Aparición con vida" sintetiza la frontalidad del reclamo: "Aparición con vida no es sólo una consigna, sino un deseo y al mismo tiempo una acusación. No es una locura. Las madres sabemos... que la mayoría de los desaparecidos fueron asesinados. Pero creemos que para todo el pueblo argentino... pedir aparición con vida es lo más justo que podemos hacer... si no están con vida hay muchos responsables... la justicia tiene que actuar".[6]

La puesta en cuestión de la legitimidad del gobierno militar las convertiría en el blanco de todo tipo de sanciones y represalias: el silencio de la prensa, que sólo se referirá a sus prácticas para desvalorizarlas a través del calificativo de "locas"; y por otra parte la represión directa, que se materializó, en diciembre de 1977 con el secuestro y desaparición de 11 militantes por los derechos humanos, entre ellos la presidenta de Madres, Azucena Villaflor.

Desde una primaria identificación como madres, estas mujeres se perfilaron en el espacio público como las únicas capaces de enfrentar políticamente a la dictadura, en la medida en que formularon el único proyecto de oposición.

La historia del movimiento por los derechos humanos durante la dictadura reconoce dos periodos: el primero, de silencio: el segundo se inauguraría en diciembre de 1979 con la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana por los Derechos Humanos de la OEA (CIDH) y el otorgamiento, en 1980, del Premio Nobel de la Paz a A. Pérez Esquivel, fundador del SERPAJ y preso político de la dictadura.

Estos dos hechos determinarían que los reclamos del movimiento por los derechos humanos, hasta entonces silenciados en el interior del país, llegaran a la opinión pública. Los desaparecidos ya no son "mentira" o "imposibles", sino hechos internacionalmente reconocidos y una "preocupación social legítima" que paulatinamente se-

[6] H. R. Leis, *El movimiento por los derechos humanos y la política argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Col. Biblioteca Política Argentina, núm. 250, CEAL, 1989, p. 19.

ría asumida por la población, generando en el gobierno la necesidad de dar alguna respuesta. No sólo el gobierno había negado las desapariciones, sino que el silencio y la complicidad habían involucrado a la cúpula de la iglesia católica y a los partidos políticos.

La posición de monseñor Plaza, obispo de La Plata, según quien "no existen víctimas inocentes en la Argentina", fue hegemónica en el episcopado. Por su parte los partidos mayoritarios, el Partido Justicialista y la Unión Cívica Radical, sólo incorporaron los reclamos del movimiento por los derechos humanos después de las "Recomendaciones" de la CIDH, si bien algunos de sus miembros participaron en los organismos a título personal.

Antes del advenimiento de la democracia, los militares intentarán justificar el terrorismo de estado en el llamado Informe Final, de abril de 1983, en el cual calificaban la actuación de las fuerzas represoras como "actos de servicio" y reconocían la existencia de desaparecidos, considerados "muertos desde el punto de vista administrativo y jurídico". La ley de autoamnistía, sancionada un mes antes de las elecciones, aseguraba la impunidad para los violadores de los derechos humanos.

La reacción de la población, liderada por las Madres, se concretaría en una serie de marchas: la de la Resistencia, la de la Vida, y la de Repudio a la Ley de Amnistía.

La asunción del gobierno democrático, en diciembre de 1983, supondría una redefinición de la posición de los movimientos de derechos humanos en el seno de la sociedad civil.

Desde el punto de vista económico no es posible establecer discontinuidad entre el proceso iniciado en 1976 y el gobierno democrático. Pero sí se puede señalar una clara ruptura respecto del papel asumido por el estado con relación a los derechos civiles y políticos de la población.

Los partidos políticos se reorganizan, pero su práctica no reconoce continuidad respecto de su tradicional función de canalizar los reclamos de la sociedad. El vacío debido al desplazamiento de las funciones antes asumidas por el estado y los partidos seguirá siendo ocupado por los nuevos movimientos sociales.

Frente al estado, el movimiento por los derechos humanos obtendrá

logros. Éstos se ligan al grado de consenso obtenido ante la sociedad como producto de sus prácticas opositoras a la dictadura. Así, la primera medida del gobierno democrático consistió en la derogación de la ley de autoamnistía de los militares. El estado escucha y concede; pero tales concesiones tienen límites establecidos por la relación de fuerzas con el aparato de seguridad y con las fuerzas armadas. Éstas ejercen una presión que irá profundizándose a medida que el gobierno se vaya revelando como imposibilitado de dar respuesta a las cuestiones más urgentes planteadas desde la sociedad civil.

Las próximas leyes relacionadas con el problema fueron objetadas por los movimientos de derechos humanos. Éstas fueron: el decreto que obliga a las fuerzas armadas a juzgar a los miembros de las tres primeras juntas; la reforma del código de justicia militar; la formación de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP). Las Madres criticaron la reforma del Código de Justicia Militar, en tanto ésta preveía el juzgamiento de los responsables a través de tribunales militares, así como la formación de la CONADEP, dependiente del poder ejecutivo, y formada por miembros honorarios, pues consideraban que la investigación de las violaciones a los derechos humanos correspondía a una comisión parlamentaria bicameral.

La publicación del *Nunca más*, que contiene la información recabada por la CONADEP, y el juicio oral y público de los nueve comandantes ante la justicia ordinaria, señala el máximo logro, y a la vez el momento de mayor consenso para la cuestión en la Argentina. También es el inicio de acciones sistemáticas por parte de las FF AA para obtener no sólo la impunidad, sino el reconocimiento de lo actuado. Las sublevaciones militares de Semana Santa, Villa Martelli y Montecaseros marcaron el logro de una serie de reivindicaciones por parte de las FF AA.

En primer lugar la ley de Obediencia Debida (1987) según la cual sólo es factible el procesamiento judicial de los que dieron las órdenes, y no así de los ejecutores directos de violaciones a los derechos humanos. La ley de Punto Final (1988) fijó un plazo perentorio para la proscripción de las causas judiciales abiertas. El indulto, por decreto presidencial, fue otorgado en 1989 por el actual

gobierno, que se comprometió a amnistiar a los ex-comandantes a fines de 1990.

Consideradas "locas" hasta 1983, y a partir de allí reconocidas como única oposición que tuvo la dictadura, las Madres de Plaza de Mayo afrontan hoy un nuevo silencio, y la política de exclusión a través de un nuevo "locas". "Locas" porque decían lo indecible durante la dictadura, aquello que nadie quería ver, ni creer, ni nombrar. Hoy son "locas" porque piden lo imposible, porque se empeñan en ser memoria de una sociedad que quiere olvidar.

Sin embargo, las madres persisten, y permanecen aun cuando no se quiera o no se pueda verlas, y reclaman hoy el juicio y castigo a los culpables proclamándose como memoria y proyecto: "No olvidaremos. No perdonaremos".

5. Mujeres y movimientos por la subsistencia

La desarticulación de los partidos políticos y la creciente desocupación, provocada por la política económica neoliberal y la ausencia de una política social formulada desde el estado, impulsó la aparición de nuevas formas de organización popular. Surgieron así movimientos de mujeres, fenómeno que se inscribe dentro de los llamados "nuevos movimientos sociales", caracterizados por vehiculizar la emergencia de sujetos conformados a través de un proceso de politización de la vida cotidiana. Territorialidad, mayor flexibilidad organizativa, autonomía y participación más directa, tales serán los rasgos fundamentales del movimiento de mujeres.

Las transformaciones macroeconómicas, con sus secuelas de desocupación y privatización redefinen la estructura familiar, basada hasta entonces en el salario masculino y el acceso a los beneficios sociales del estado. Las mujeres desplegaron una serie de estrategias de supervivencia y solidaridad. Estas últimas tuvieron al barrio como base de operaciones, e incluyeron la organización de ollas populares, panaderías, talleres artesanales, redes de solidaridad para el cuidado de niños, comedores escolares, compras comunitarias, organización de salas de primeros auxilios, e invasión de terrenos para la instalación de asentamientos.

Desde una identidad primariamente tradicional: esposa-madre-ama de casa, las mujeres de los sectores populares producen una readecuación del papel doméstico de la mujer transfiriéndolo al espacio público. Es decir, no se trata de una redefinición del papel reproductor, ni de su cuestionamiento, sino de su extensión al espacio público. Sin embargo, esto tiene, aun cuando con limitaciones, un efecto claramente político.

Las mujeres resisten la política de exclusión de la dictadura defendiendo una ciudadanía social que reivindica el derecho a la subsistencia y a la vivienda digna poniendo en evidencia la ilegitimidad del régimen. Esta política de marginalización incluyó, por una parte, la implementación de un plan de ajustes que afectaría directamente a las clases subalternas a través de la creciente presión fiscal y del aumento constante del costo de vida. En el caso de la población de los asentamientos urbanos inestables, en la Argentina llamados "villas miseria", ésta se vería afectada por una política de redistribución poblacional compulsiva tendiente a la expulsión de los villeros de la capital federal.

Estos grupos sociales respondieron ocupando terrenos fiscales, o de propiedad privada. Los casos más relevantes fueron las invasiones de San Francisco Solano, en Quilmes y Monte de los Curas, en Almirante Brown. La participación de las mujeres fue activa, tanto en la invasión como en la organización y en la resistencia ante la represión policial desatada. A nivel organizativo se constituyeron en comisiones de madres para asegurar la escolaridad de los niños, a la vez que crearon redes de solidaridad destinadas al cuidado de aquéllos cuyas madres realizaban trabajos extradomésticos.

La represión tendría particular efecto sobre mujeres y niños. Declarado el cerco policial, y prohibido el abastecimiento de agua, 14 niños morirían de diarrea estival; los miembros de las fuerzas de seguridad serían, además, los responsables de la violación frecuente de mujeres.[7] Paradójicamente, éstas serían vistas por sus propios

[7] Luis Fara, "Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano", en *Los nuevos movimientos sociales,* vol. 2, Buenos Aires, Col. Biblioteca Política Argentina, núm. 250, CEAL, 1989, pp. 120-144.

compañeros como garantía de seguridad, hasta el punto de ser interpuestas, junto con los niños, entre las casas y las topadoras enviadas para la erradicación de la villa. Mediante este recurso se evitó el desalojo, y en 1984, el gobierno constitucional expropió los terrenos y estableció un sistema de crédito accesible para su adquisición por parte de los ocupantes de hecho.

Las mujeres de los barrios populares también tendrían una destacada participación en el fenómeno conocido como "vecinazos", que se produjeron en la Argentina en 1982-1983, después de la derrota de Malvinas, que marcaría el comienzo del repliegue de la dictadura.

Los vecinazos fueron actos de desobediencia civil cuyos actores se reconocían como vecinos y, en tanto tales, protagonizaron la resistencia ante una política impositiva arbitraria y exhorbitante. El detonante fue una cuota adicional agregada a los impuestos municipales.

Distintas organizaciones barriales, entre las que se destacaron las Comisiones de Amas de Casa, movilizaron a los vecinos y organizaron concentraciones populares frente a los municipios. En menos de tres meses se produjeron vecinazos en la mayor parte de los distritos del Gran Buenos Aires: Morón, Esteban Echeverría, 3 de Febrero, Avellaneda, etcétera. En la entrega de petitorios participaron la Unión de Mujeres Argentinas y el Movimiento de Amas de Casa del País. En Lanús, la concentración —conocida como lanusazo— reunió a más de 20 000 personas, pues al problema de los impuestos se sumaba el del alza del precio del pan, concedido en monopolio a sectores ligados con el intendente. Esto aumentó el descontento de las amas de casa y su compromiso con la movilización, que fue reprimida por la policía. Si bien los vecinazos no lograrían su objetivo —la eliminación de la cuota adicional— de hecho ésta no fue pagada por la mayoría de los vecinos.

Ya con anterioridad las amas de casa habían iniciado un movimiento de lucha contra el alza del costo de la vida: Huelgas de compras, concentraciones contra la carestía, campañas llamadas "No compre los jueves", apagones, serían algunas de las armas que emplearon.

A partir de 1983 comenzó el proceso de sindicalización de las Amas de Casa en la mayor parte de las provincias del país. Los

sindicatos reivindican el salario, la obra social y la jubilación para el ama de casa. En 1984 se realizó en Tucumán el Primer Encuentro Nacional de Sindicatos de Amas de Casa, quienes se autodefinen como las únicas trabajadoras del país cuya producción no integra los cálculos del PBI. Estas mujeres no sólo reivindican el trabajo doméstico como productivo, sino que además se solidarizan con luchas que exceden los roles tradicionales femeninos apoyando los movimientos de derechos humanos, las campañas por jardines maternales, e incluyendo reivindicaciones de género tales como la independencia económica, la igualdad de derechos y la lucha en contra de las formas de violencia que afectan a la mujer.

Conclusiones

El transcurso del siglo estuvo signado por una paulatina y constante ampliación del espacio político, y por la emergencia de nuevos sujetos que, al hacerse cargo de reivindicaciones parcializadas, van desdibujando la lógica clásica del conflicto. Antes concebido como bipolar, oponía a dominantes y subalternos; hoy una multiplicidad de líneas cruzan el campo. De allí también la posibilidad de visualizar a las mujeres.

Las anarquistas fueron las primeras en incorporarse al mundo de la política, y lo hicieron desde un proyecto contestatario. A pesar de la relativa inespecificidad de sus reclamos de género se abrieron camino en una multiplicidad de prácticas relacionadas con lo privado, el consumo, el trabajo y supieron advertir la dimensión política de estas prácticas.

Marcadas por un encuadre partidario e ideológico más definido, las socialistas encontraron otras vías para canalizar sus reivindicaciones, moviéndose dentro de las estructuras formales del ejercicio del poder: legislación, partido, estado. Esto les permitió coordinar una acción común con las sufragistas, que desde una posición sujeta a las pautas del feminismo liberal, reclamaban igualdad de derechos políticos. La mayor conciencia de género de estas últimas tenía su contrapartida en la puntualidad de sus demandas.

El peronismo significó la irrupción masiva de las mujeres en la

política, quienes desde una ideología tradicional se proyectaron en el mundo de lo público e invadieron espacios que hasta entonces les habían sido negados. Sin embargo, los límites del peronismo se advertirán en su incapacidad para asumir las prácticas más transgresoras, de las mujeres militantes peronistas durante la etapa conocida como la resistencia.

Como consecuencia de la represión y de la crisis económica y social surgirán nuevos movimientos de mujeres en la década de los '70. Las Madres de Plaza de Mayo representan la instancia de mayor frontalidad del conflicto a través de su lucha abierta contra la dictadura, y la capacidad para formular un proyecto alternativo global. Las mujeres de los barrios demostraron su creatividad con la elaboración de estrategias de supervivencia en un contexto de creciente pobreza. Las feministas, por su parte, contribuyen al esclarecimiento de lo problemático del género mostrando no sólo la posibilidad de extender lo privado al espacio público, sino los modos como lo público constituye nuestra subjetividad como mujeres, desmontando complejos e inconscientes mecanismos de dominación.

El análisis de las prácticas políticas femeninas en la Argentina revela el alto grado de abstracción que supone hablar de "la mujer". La historia nos muestra la existencia de muchas mujeres, con puntos de coincidencias, pero también con objetivos y proyectos divergentes.

La ciudad argentina, de la belle époque a los "shopping centers" El caso de Buenos Aires

Silvia A. Cirvini

Introducción

Admito que escribir sobre Buenos Aires puede resultar una tarea dificultosa. Y más aún si se lo hace desde la periferia, la ciudad de Mendoza, en el borde oeste del país, más próxima al Pacífico que al Atlántico. También puede parecer inabordable considerar su desarrollo urbano en la última centuria, por la magnitud de lo producido. La complejidad de los procesos que se entrecruzan en su dilatado tejido de metrópolis ha diversificado toda una vasta producción —en particular en las últimas dos décadas— que intentan explicarla desde distintos puntos de vista, a veces con enfoques multidisciplinares.

Nuestra intención, bastante más modesta, es esbozar algunas hipótesis en torno a dos momentos de su vida urbana. Es decir, no diremos que vamos a describirla sino a intentar caracterizarla, y con ello contribuir a identificar desde la historia los procesos que ayuden a explicar nuestro conflictivo presente.

Buenos Aires es algo más que una gran ciudad y capital de la República; es el centro real y simbólico de la vida del país, a veces el país mismo, y el país todo. Por ser tan urbana su cultura y estar tan ligada a la política nacional su destino, en ella las crisis son más agudas y las épocas de bonanza más pródigas. Allí la vida puede ser mucho mejor que en el interior de la República, pero también puede ser mucho peor. Por eso, Buenos Aires pudo simbolizar durante largo tiempo nuestra imagen más acabada, más lúcida, más progresista y también a su vez es allí donde hoy la

decadencia urbana muestra su rostro más descarnado.

El focalizar la atención en esos dos momentos, el de la "belle époque" y el presente —en relación a lo sucedido en las últimas décadas— nos permite trazar un esbozo, a través del indicador del espacio urbano, de la experiencia histórico social de nuestro siglo XX.

El primero de estos momentos fue la expresión y resultado de una temprana y extendida modernización, iniciada hacia 1880 y que tuvo su auge o pleno desarrollo hacia el Centenario de la Revolución de Mayo. En nuestra "belle époque" se forjó el mito del europeísmo argentino. Fue entonces cuando se materializó una Buenos Aires "moderna", la de las avenidas y los boulevards, la del tranway y los ferrocarriles, la de los parques públicos y una importante producción arquitectónica, heterogénea y de gran diversidad en lo estético-formal y en lo funcional. El eclecticismo de la arquitectura finisecular acentuó en el espacio urbano de Buenos Aires su cosmopolitismo —dado ya por la composición de la base social. Esto ha determinado que la producción que aún se conserva, que no es poca, constituya uno de los más vastos reservorios de "estilos" decimonónicos del mundo.

Ahora bien, la organización y modelación del espacio urbano representa una faceta de un proyecto que caracterizamos como una "utopía del orden" (un orden moderno y progresista), construida desde el Estado liberal-conservador para consolidar una posición dentro de un sistema económico global. Es decir, hay que entender este proceso dentro del contexto mundial de expansión del capitalismo liderado por Gran Bretaña, y en el cual la Argentina, como otros países latinoamericanos, orientó su desarrollo dentro de los límites impuestos por la división internacional del trabajo, que nos asignó el papel de "granero del mundo". Al interior de la República se reprodujo un esquema de poder que dividió a las provincias "ricas" de las "pobres", impidió el desarrollo industrial y la sustitución de importaciones, lo cual, unido a la construcción de una red ferroviaria tentacular —de capitales principalmente ingleses— determinó la macrocefalia de Buenos Aires.[1]

[1] *Cf.* Arturo Andrés Roig, "La Argentina de los años 1880-1914, un panorama social y cultural".

Este periodo dejó en nuestra ciudades una huella perdurable y presente. Consideramos que la posibilidad de materializar grandes transformaciones en el espacio urbano y territorial estuvc enmarcada en una estrategia de poder más amplia planteada por los sectores dirigentes. No sólo buscaron estructurar, organizar y administrar un estado "moderno" sino que se propusieron —y lo consiguieron— convalidar el proyecto global con la construcción de hegemonía.

En cuanto al momento actual nos proponemos señalar algunos aspectos de la crisis que se refleja en la modelación del espacio urbano, como consecuencia de procesos más globales, sociales y económicos. En esta instancia advertimos los límites no sólo categoriales que tiene el análisis del presente, sino aquellos que derivan de la dificultad de apresar un proceso aún no objetivado totalmente y del cual no es posible tomar distancia.

1. Tesis y Antítesis. Dos utopías diferentes

El proceso de modernización desarrollado en Argentina entre 1880 y 1930 determinó que en la configuración y uso del espacio urbano, la "calle" se erigiese como un lugar central y privilegiado. Su importancia está dada, en relación a las prácticas sociales y productivas, por ser el lugar del movimiento, el canal del transporte, de intercambio y de visibilidad de personas, vehículos y mercancías. En relación a lo cultural, la calle es el lugar homogeneizador y totalizante, unificado e igualitario, en una sociedad compleja de gran dinamismo y movilidad. También es el sitio del conflicto y la protesta, de la expresión y la represión de las fuerzas sociales.

El "Modernismo en la calle", tan brillantemente expuesto por Marshall Berman, a través de Baudelaire en la París del siglo XIX, tuvo su eco latinoamericano, similar y diferente, contradictorio en esencia como aquel otro.[2]

Y bien, ¿cómo es en nuestro caso la "calle", ese componente tan central y caracterizante de la ciudad moderna?

[2] *Cf.* con el capítulo "El modernismo en la calle" de la obra de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI Editores, España, 1988.

Ancha, con conductos subterráneos para los servicios, cableados aéreos, pavimentada, con rieles y de generosas veredas, arbolada a veces, la calle de principios del XX delinea la imagen urbana deseada. Las fachadas que cambian de ropaje estilístico y los vehículos que varían de tipo y modelo irán marcando progresivamente el paso del tiempo. Hay un cambio radical con respecto a la calle de la ciudad colonial, estrecha e irregular, de tiempos lentos y cerrados. La nueva racionalidad es ortogonal y funcional, abierta y dinámica, distribuidora de roles, ordenadora de espacios, discriminatoria, clasificatoria, progresista, en fin... moderna.

Buenos Aires federalizada en 1880, comenzó su "aggiornamiento haussmaniano" con la intendencia de Torcuato de Alvear. Se abrieron grandes avenidas y boulevards (Avda. de Mayo), con hitos monumentales como remate visual perspéctico (el edificio del Congreso de la Nación), amplios espacios abiertos, grandes demoliciones para abrir nuevas calles (las diagonales) que significaron desplazamientos de población, reordenamiento de usos centrales y una gran inversión en obra pública.[3] Ahora bien, la vida urbana se estructura sobre nuevas categorías derivadas de la bipolaridad entre el Orden y el Progreso, en el intento de emular la imagen del París haussmaniano.

La igualdad —categoría básica de la modernidad— se expresaba en lo urbano en la posibilidad del disfrute estético del espacio público y del usufructo funcional de ese complejo sistema que era la ciudad moderna. Ésta era una unidad omnicomprensiva: mercados, edificios públicos, comercios, paseos y parques públicos, obras de salubridad y saneamiento y transportes, vinculados por una red viaria jerarquizada de calles y avenidas. La calle satisface la función del

[3] La magnitud y el volumen de las obras emprendidas —edilicias, viarias, de infraestructura y equipamiento, de salubridad— fueron asombrosos, en todo el país pero particularmente en la Capital Federal. Las prioridades en la obra pública, establecidas por los sectores dirigentes, privilegiaron la resolución de ciertos problemas y postergaron otros indefinidamente (la vivienda obrera por ejemplo). En un balance del siglo XX, sólo el Justicialismo entre 1946 y 1955 consiguió desarrollar una obra pública comparable en lo cuantitativo y de una cobertura nacional, aunque más acotada a equipamiento edilicio de usos sociales y vivienda popular.

encuentro de lo público con lo privado, del individuo con lo social, del crecimiento, el intercambio, el desarrollo y el progreso.

Ésta era la cara luminosa de la utopía del progreso del '80. Pero el "cuerpo" urbano saneado y reorganizado con una nueva racionalidad, permitió aflorar los males del cuerpo social. La calle era entonces también el lugar del conflicto y del disenso, del control y la represión. Nuestra modernidad del siglo XIX fue, en cierto modo heredera de la Ilustración del XVIII, por lo cual —parafraseo a Foucault— "Las Luces que inventaron las libertades también inventaron las disciplinas".[4]

Las categorías mencionadas de igualdad y libertad, de disciplina y control tienen su correlato con la dimensión espacial de lo construido. Ahora bien, concebimos el espacio urbano como producto cultural construido históricamente, tanto en la dimensión social como en la material. Es por lo tanto el lugar de desarrollo de los conflictos y contradicciones, es objeto de apropiación de los diferentes grupos sociales y el punto de aplicación más visible del poder. El espacio urbano es organizado, modelado y definido en relación a los intereses y proyectos de los grupos dominantes. La apropiación del espacio por parte de los sectores subalternos no es un hecho pasivo, consumista, sino que puede ser transformador y creativo. La acción del poder sobre el espacio no es unidireccional, de simple imposición coercitiva. Se entabla más bien una relación dialéctica entre un dominio —de quienes detentan los resortes del poder— y un contradominio de quienes están en una situación subordinada. Este juego dinámico de fuerzas participa de un proceso más amplio cual es la construcción de hegemonía por parte de los grupos dirigentes. Ahora bien, la gran capacidad que tuvo, la llamada generación del '80, para imponer un nuevo orden al espacio, no fue producto solamente del poder real que detentaba, sino también de la base de consenso que consiguió construir en vastos sectores sociales. Este "mérito" del proceso de modernización del '80, hizo de Buenos Aires una ciudad que garantizaba una fuerte

[4] *Cf.* Michael Foucault, *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, 9a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1984, p. 225.

"inclusividad social", con tendencia hacia la homogeneización. Esta característica fue fomentada desde diferentes sectores políticos, y sostenida desde el Estado, liberal-conservador primero, y populista, después.

La macrocefalia de Buenos Aires se fue acentuando progresivamente a partir de los gobiernos populistas, en particular durante el Justicialismo (1946-1955). La causa principal de este fenómeno era la fuerte atracción que ejercía la ciudad a partir del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, que generó un importante flujo migratorio desde el interior del país hacia la Capital Federal.

Hasta fines de la década del '50, la ciudad de Buenos Aires desarrolló casi al límite las posibilidades como contenedor físico y social. En los años siguientes comenzaron a producirse en el espacio urbano, los primeros desajustes del "Estado de Bienestar": las migraciones internas se tradujeron en villas de emergencia, el problema del déficit habitacional se acentuó de modo irrecuperable.

En lo disciplinar, la década del '60 buscaba enlazar la ideología del Movimiento Moderno a la sociología urbana. Entre los jóvenes es la década "libertaria", de la protesta y el usuarismo, mientras en esferas oficiales se institucionaliza una modernidad que ya está en crisis en los países centrales.

La década del '70 descubre la "arquitectura social" y en especial en ámbitos universitarios traduce el ideario modernista en consignas revolucionarias. La segunda mitad de la década fue atravesada por el burocratismo autoritario del proceso militar, cuyo correlato espacial urbano —producto de grandes inversiones— son las obras del Mundial '78 en todo el país y las grandes autopistas de Buenos Aires. La crisis de la modernidad y el fracaso del proyecto revolucionario —en lo político identificado con el peronismo de izquierda— producen un vacío en el discurso y en la acción. Diferentes voces se alzan desde distintos lugares pero que no consiguen, sin embargo, conformar un cuerpo coherente de ideas que se oponga a la decadencia urbana progresiva.

El neoliberalismo de los '80 ocupa el espacio real, con las autopistas y los "shopping centers", las primeras seccionando el tejido

urbano y el social, los segundos creando utopías cerradas, de bienestar y riqueza en medio de una situación de degradación urbana y pobreza, cada vez más generalizada.

Heterogeneidad y fragmentarismo caracterizan las prácticas sobre un espacio urbano atomizado y confuso, irreconocible como escenario unitario del conjunto de la formación social. Las propuestas en lo urbano y territorial —aun las más ambiciosas— son mucho más limitadas que cualquiera de la década del '70. Los proyectos urbanísticos tienen una función instrumental y técnica, ligada a cierto aspectos de la realidad, que se intenta parcialmente transformar. Se aspira a lo mínimo, a actuar en los "intersticios".

En lo disciplinar, la construcción de una cultura arquitectónica nutrida desde la historia y el debate acerca de la identidad cultural —desde distintas perspectivas teóricas— confluyen en la única propuesta transformadora de los últimos años: la preservación del patrimonio arquitectónico —urbanístico y ambiental. Pero aquí también se cuelan las propuestas de los grupos identificados con lo "postmoderno", donde el "todo vale" legitima intervenciones que constituyen verdaderas destrucciones del patrimonio histórico heredado.

Ahora bien, volviendo al deterioro de la vida urbana en nuestras ciudades, el debate continúa abierto. ¿Es la lógica de dominio de la modernidad, el germen de su propia destrucción?, o es en nuestro caso la incorporación compulsiva al primer mundo —con la desaparición del "Estado de Bienestar", la acción sin mediaciones del capital, y la entrega casi incondicional de nuestro patrimonio nacional— la que nos ubica en una postmodernidad no deseada? Nuestras ciudades han dejado de ser el rostro visible de un proyecto, nuestra "postmodernidad" no es entonces sino la modernidad hecha crisis, actualizada en un presente que parece inmodificable, una modernidad fracasada y abortada que no puede ya producir beneficios extendidos.

Nuestra situación latinoamericana, periférica y subordinada determina vivir de un modo particular una crisis que afecta a todo el mundo occidental. Si desde la filosofía latinoamericana se reclama el derecho a una utopía propia, desde nuestra posición aspiramos a

legitimar la búsqueda de una modernidad urbana adecuada, que responda a nuestras necesidades y deseos.

Si el proceso de modernización de fines del XIX acercó Buenos Aires a Europa y a la "civilización" la situación actual la aproxima a América Latina: en la adecuación a la "cultura del espectáculo", o lo que Silvestre/Gorelik denominan el "proceso de carnavalización" de las grandes ciudades latinoamericanas.[5] La irracionalidad, la hete-rogeneidad, la pobreza se apoderan progresivamente del centro de las ciudades mientras los sectores privilegiados se atrincheran en ghettos residenciales, de consumo, de esparcimiento, etcétera.

Nuestra Buenos Aires es nuevamente síntesis y símbolo de la historia y desarrollo del país, cabeza grande que hace evidentes los desequilibrios de la geografía social, de las contradicciones litoral -interior, de los modelos de desarrollo económico, etcétera. Esta ciudad es hoy presa de una modernización sectorial y exclusiva, cerrada en ámbitos controlados, autosuficientes y seguros, inmersos en una estructura urbana cada vez más desorganizada, heterogénea y caótica. La década de 1980 ha legitimado la desigualdad — haciendo una apología de la diferencia ante la ausencia de políticas estatales con respecto a lo urbano.

Los "shoppings" son la respuesta a la crisis más significativa de este neoliberalismo que no encuentra en el Estado límites y obstáculos a su acción.[6] Pero la proliferación de estos "centers" expresa algo más que el mero interés económico. En la mayoría de los casos la construcción de estas obras requiere inversiones que lleva mucho tiempo recuperar. Me inclino a pensar que se trata más bien de la construcción de una nueva hegemonía, en torno de un proyecto más global que nos abarca y nos ubica —de hecho y compulsivamente— en los límites del primer mundo. Si bien una estrecha minoría puede acceder al disfrute del consumo de bienes y servicios en estos "bolsones de riqueza", existe una gran masa de usuarios que parti-

[5] *Cf.* Graciela Silvestri y Adrián Gorelik, "Paseo de compras: un recorrido por la decadencia urbana de Buenos Aires", en *Punto de Vista. Revista de cultura* , núm. 37 Buenos Aires, julio de 1990, pp. 23-28.

[6] *Ibid.*

cipa pasivamente, consumiendo símbolos de una arquitectura, lujo y bienes que nunca estarán a su alcance real.

La Buenos Aires de los '90 escenifica una crisis aguda y difícil de superar, es el rostro del retroceso y la decadencia de la vida urbana, en relación a lo sucedido en la Argentina y el mundo en las dos últimas décadas.

2. La ciudad moderna

Rasgos de la primera modernización argentina

El proceso de modernización —en lo territorial y urbano— se inició a mediados del siglo XIX, en coincidencia con la organización constitucional del país, pero tuvo su más acelerado desarrollo y crecimiento entre 1880 y 1910. Este proyecto esencialmente transformador y progresista, se autoerigió como emancipador frente a un pasado al que caracterizaba como de atraso e ignorancia. Varias generaciones participaron en su modelación, sin embargo la historiografía le adjudica a la generación del '80 un acentuado protagonismo en su materialización. Puede reconocerse asimismo —también en lo espacial— la herencia de la "razón ilustrada": Orden - Control y Progreso como lema epocal. La nueva racionalidad sustentó también la base de la funcionalidad y la productividad, propias de un nuevo mundo orientado hacia el progreso y el bienestar, entendidos en términos universales.

Por otro lado, y como expresión del espíritu de la "modernidad", este proceso hizo una significativa negación del pasado indígena y español, haciendo tabla rasa con todo lo que significara una sujeción, aunque fuera simbólica con un orden anterior. Se erigió sobre sí mismo, a partir de un "auténtico presente", en una acción febril y transformadora que tomó distancia de toda experiencia previa. Este carácter "fundacional" es claramente visible en la construcción del espacio y en la posición adoptada frente al pasado colonial de nuestras ciudades.

La fuerza y la significación que tuvieron las obras emprendidas, la perdurabilidad de las formas modeladas y las condicionantes

estructurales impuestas en esta primera modernización evidencian la importancia que tuvo su plasmación en el espacio.

Ahora bien, cuáles fueron los fenómenos más sobresalientes de este proceso:

1) Un acelerado proceso de urbanización de las principales ciudades de origen colonial, en general ya capitales de provincias, a partir de una incipiente y diferenciada industrialización, del ingreso de grandes contingentes inmigratorios, que por lo general constituyeron población urbana, ante la carencia de una política de colonización agraria eficiente.

2) El trazado y expansión, a nivel nacional, de la red ferroviaria y con ella el surgimiento de numerosos pueblos, fueron conformando un sistema territorial con centro en Buenos Aires y salida marítima a través de su puerto. En las economías regionales este hecho fortaleció la explotación prioritaria de un solo recurso (agrícola, minero, forestal), aquel que tuviera mayores ventajas comparativas a escala nacional o que fuera una prioridad inducida por las empresas extranjeras, concesionarias de las compañías ferroviarias. Una consecuencia territorial significativa —aparte de la explotación exhaustiva de las riquezas naturales— fue la desarticulación de numerosas poblaciones de antigua data, que no pudieron adaptarse al nuevo sistema de relaciones.

3) En lo arquitectónico, las nuevas necesidades promovieron la aparición de nuevas tipologías y una amplia gama de edificios poblaron nuestra ciudades. Edificios públicos y privados, industriales y de esparcimiento, comerciales y bancarios, tipologías hasta entonces inexistentes fueron desarrolladas en torno al reconocimiento de nuevas funciones, usos y expectativas. La especificidad y la múltiple diferenciación funcional que alcanzó la producción arquitectónica obedecen a la nueva racionalidad de la época, que surgía a partir de la aplicación de los conocimientos científicos alcanzados (en las distintas ramas de la ciencia y la tecnología) en el diseño de los edificios. También incidió en la explosión "tipológica", la búsqueda de una mayor eficiencia en el aspecto funcional y la fijación de múltiples codificaciones "función-forma". La arquitectura se convirtió en un referente del *status* social

y tuvo cada vez mayor peso en la construcción y legitimación de un linaje entre los nuevos ricos —entre los que predominaban los extranjeros. De allí el empleo de "estilos" ornamentales y decorativos en las fachadas y el interior de los ambientes de la vivienda, en el equipamiento, y la difusión de nuevas tecnologías y nuevos materiales (acero, vidrio, hormigón armado).

4) La clase dirigente, imbuida de una actitud exocéntrica con respecto a la adopción y consumo de modelos culturales, determinó las características de la producción arquitectónica monumental y urbanística oficial. Francia, Inglaterra y luego EEUU constituyeron los principales referentes modélicos. Esta ruptura con la tradición cultural hispánica se vio favorecida por la importante participación de extranjeros —técnicos y profesionales— en la construcción y el planeamiento oficial.

5) Un acentuado y progresivo control social fue el principal instrumento en el manejo de los conflictos, que tuvo un correlato espacial en las modalidades de uso de las ciudades. Existió entonces una legitimación en la fijación de límites, en la categorización social del espacio, en la normativa discriminatoria de usos y funciones urbanas, en la clara división entre los ámbitos públicos y privados.

La calle, "topos" privilegiado

Las ciudades de fundación española, con calles angostas y veredas casi inexistentes fueron transformadas en todo el país a fines del XIX. Así como se ensancharon y se rectificaron las antiguas calles, se abrieron avenidas y boulevards arbolados, para descongestionar y drenar el gran organismo urbano, "medicalizado" por el urbanismo finisecular.[7]

El flujo del tránsito y el transporte de personas, vehículos y mercaderías se imponía como requisito de toda ciudad moderna. La calle es el escenario dinámico de la vida urbana; se legitima su

[7] *Cf.* la noción de "medicalización" del espacio urbano en: Diego Armus, "Enfermedad, ambiente urbano e higiene social. Rosario entre fines del XIX y comienzos del XX", en *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, Clacso, Biblioteca de Ciencias Sociales, 1984, pp. 37-61.

desarrollo, importancia y expansión; además surge la necesidad de reglar en lo estético su fisonomía. Por ello se legisla en las grandes ciudades, para sus zonas centrales, altura, materiales y características de las fachadas, así como de las veredas.[8]

La calle pertenece al ámbito de lo público, por lo tanto la autoridad puede intervenir en ella en aras del bienestar general. Por eso se agudizan los dispositivos de control social; se persigue la mendicidad, la vagancia y la prostitución callejera. Lo indeseable es encerrado y recluido, o arrojado fuera de los límites —fuera de la vista— de las áreas centrales. La legitimación de la fijación de límites, la categorización de los usos sociales se hallan respaldados en un discurso unitario, que desde una función moralizadora y de justificación, admite que si lo desagradable existe, al menos no se vea en "nuestras calles principales".[9]

En síntesis, la construcción del espacio urbano está determinada por la trama categorial que definen el "Progreso" y el "Orden". Esta bipolaridad se expresa en la "calle" que reproduce, como ámbito, la doble cara de la Modernidad: por un lado es el lugar de la visibilidad y la circulación, de la igualdad y la libertad y por otro lado es el lugar del control y la discriminación, de las diferencias y la represión.

La calle es el eje del urbanismo de fines del siglo pasado. Los nuevos pueblos que nacen entonces —en especial los del ferrocarril— son simples "trazados", tramas de calles que el tiempo y el progreso irán llenando.

Sarmiento, uno de nuestros intelectuales más lúcidos del siglo XIX tuvo una importante participación en la elaboración de las bases discursivas del proyecto del '80. Su ideología urbana es eminente-

[8] La fachada pudo ser objeto de reglamentación desde los inicios del período y en todo el país porque constituía el límite entre el ámbito privado y el ámbito público. Adquirió además un carácter representacional y simbólico, siendo objeto de un tratamiento ornamental y decorativo, como nunca lo había sido hasta entonces.

[9] En otros trabajos he desarrollado el tema del Ambiente Urbano hacia fines del siglo XIX, atravesado por la ideología del higienismo social. Para el caso de la ciudad de Mendoza y utilizando la prensa como fuente documental pudo analizarse la implementación de dispositivos de control, categorización del espacio, fijación de límites, etcétera.

mente proyectiva y está ligada a las categorías de Civilización y Progreso, en oposición a la descriptiva de la realidad socio-cultural argentina, a la que asimila a la Barbarie y el atraso. Sus observaciones dibujan con bastante precisión los rasgos de la utopía urbana, en relación a la "calle" y a sus múltiples funciones en la vida de la ciudad moderna. Sarmiento apela a diferentes referentes modélicos (de EEUU de Norteamérica o de Europa), a los cuales opone nuestra propia situación, de modo de reafirmar su proyectiva "civilizatoria".

Para Buenos Aires propiciaba el ensanche de calles y apertura de avenidas y boulevards, "para acabar con el último rasgo colonial que le queda y que es la calle de doce varas escasas de ancho, que determinó la Ordenanza de Intendentes para todas las ciudades y villas de la América española, con vereda de una vara...".[10]

La metamorfosis que transitó la ciudad en su ingreso a la modernidad, en la segunda mitad del siglo XIX, es descrita con agudeza, ironía y hasta humor: "Buenos Aires hoy es una vasta prisión, un cuerpo pletórico que se ahoga..."[1879].[11]

La calle es el lugar donde se torna evidente ese "caos del movimiento" que el progreso ha significado:

> La vida es simplemente imposible para una gran ciudad moderna con carros de carga por vehículos, con carruajes para la aristocracia, pues el bienestar crece, hasta convertirse en la democracia del tranway, de la luz eléctrica, de las aguas corrientes, de las cloacas, de los surtidores de agua, el movimiento en todas las formas y en masas enormes, porque todos los que van y vienen son gentes, y las mercaderías del mundo viven y se mueven incesantemente como seres animados.[12]

Debe haber lugar para todos en la calle de la ciudad moderna. ¡Cuándo tendremos veredas anchas como en el Broadway! —dice Sarmiento— o como en los boulevards de París "que dejan espacio al extranjero, tomando su café, para ver pasar el río humano que discurre, remolinea, va y viene sin embarazo".[13]

[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*

También propone diferenciar flujos vehiculares de distinta índole, en referencia a los FFCC a desnivel en las calles de New York dice:

> Los vagones van a la altura del primer piso, y la calle queda abajo para carros y gente de trabajo que hace de uno o de otro modo esfuerzo de tracción, porque los pobres, los infelices, van siempre tirando un carrito, la miseria, o llevando a cuestas la existencia.[14]

La calle no es sólo el canal del tránsito, es también la sede del comercio, de oficinas y bancos, restaurants y cafés. Se promueve el desplazamiento de la función residencial hacia la periferia: "Las familias que se respetan han emigrado a barrios nuevos, aireados, silenciosos, a lo largo de calles anchas y sombreadas".[15]

La calle de la modernidad es el elemento vinculante de todas las partes del organismo urbano. Sólo una trama jerarquizada de vías produce imágenes fuertes y legibles, eficaces en cuanto a la percepción de la totalidad de la ciudad y la ubicación con respecto a sus partes.

La arboleda pública es también una innovación de la modernidad, que en nuestro país admite un origen múltiple y alcanzó gran difusión.[16] Las ciudades coloniales no tenían árboles en las calles y plazas; su incorporación es del siglo XIX.

En el discurso sarmientino, la función del verde en las ciudades —desde la calle arbolada hasta los espacios públicos y semipúblicos— está ligada a la categoría de civilización. Aunque en forma rudimentaria, Sarmiento formula con varias décadas de anticipación el paradigma de la "ciudad-jardín", al que da forma definitiva el inglés Ebenezer Howard en 1898. Sarmiento es redundante en la enumeración de elementos que señalan en lo ur-

[14] *Ibid.*

[15] *Ibid.*

[16] Se ligan al menos tres tradiciones diferentes en el origen y difusión de la arboleda pública en nuestro país: 1) la más antigua proveniente de la Ilustración española, mediatizada por la acción de los Borbones en los últimos tiempos de la Colonia; 2) la influencia modélica de los EEUU de Norteamérica, particularmente a través de Sarmiento; y 3) el urbanismo francés de la segunda mitad del siglo XIX. Las ciudades coloniales no tenían árboles en las calles y plazas, su incorporación es del siglo XIX.

bano, la medida del "progreso": calle, veredas, árboles, tránsito vehicular y edificios. [Ref.: Filadelfia y Baltimore].

> Como la calle es materia de comodidad pública y de recreo, tiene de ordinario treinta varas, flanqueada a distancia de cinco o seis de los edificios, de árboles coposos, que esparcen sombra en todas direcciones. Las aceras son por tanto calles separadas e independientes de la central, ancha de veinte, que está abandonada a carros, jinetes, ómnibus y aun ferrocarriles, que todos tienen espacio para moverse. Crúzanse éstas en ángulos rectos; altérnanse en anchas y angostas(...) y por todas partes presentan las calles asonadas un bosque de árboles, que cierran a cierta distancia la perspectiva, y por sobre sus copas las cúpulas de los bancos o de los hoteles, las agujas de los templos y los frontispicios de los edificios del Estado.[17]

Los mitos sociales en relación a lo urbano

Los mitos, esas ideas-fuerza arraigadas como creencias colectivas han tenido un gran peso en la vida histórica y cultural de nuestro país. Algunos han contribuido a dibujar, otros a diluir, la tan discutida identidad nacional. A su vez los mitos sociales están vinculados a aspectos de la realidad que —históricamente construida— se fue modelando en el tiempo entre lo deseable y lo posible. Hubo una distancia notable la mayoría de las veces, entre la utopía proyectada y lo realizado —tanto en lo material como en lo simbólico— lo cual favoreció la construcción mítica. El caso de la inmigración es ilustrativo. La inmigración europea, cuyo flujo más intenso se verificó entre 1880 y 1914, no fue de procedencia anglosajona —como propiciaba Sarmiento, ni se instaló masivamente en zonas rurales al modo de la colonización en nuestras ciudades, en particular Buenos Aires y del Litoral atlántico, cambiando la geografía social del país.

La generación del '80 consideraba al inmigrante como el elemento constitutivo de un "pueblo ideal", nuevo, sin conflictos y sin historia. Allí estaba la raíz del mito, el inmigrante real no se ajustaba

[17] Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes*, t. II. *Estados Unidos*, Buenos Aires, Hachette, 1958, pp. 177-178.

a sus expectativas y sí en cambio era un factor perturbador por la difusión de prácticas e ideologías foráneas que pudieran debilitar el control social. La misma oligarquía que hacia 1880 apoyara y propiciara el recambio étnico a través de la inmigración masiva, dictaría en 1902 la Ley de Residencia, instrumento que posibilitaba la expulsión de los "indeseables".[18]

El mito del inmigrante como solución a todos nuestros problemas comenzó pronto a desarticularse. Después de la Primera Guerra Mundial, incorporados a la vida política —en gran medida— los hijos de aquellos primeros inmigrantes, un grupo de intelectuales desarrolló teorías reivindicatorias de aquella otra población, criolla e hispanoindígena que había sido terriblemente condenada por la generación del '80, teorías que serán el germen de futuros nacionalismos.[19]

Sin embargo, en nuestra "belle époque", entre los mitos más significativos y articulatorios de la autopercepción de la clase dirigente, encontramos el mito de la Argentina como "país europeo", de espaldas a una Latinoamérica indígena e hispánica. Buenos Aires, la París americana era el símbolo de la victoria definitiva de la civilización europea, con sus boulevards y avenidas arboladas, con sus suntuosos edificios que se prolongaban en la pampa "bárbara" en los chalets "de estilo" en los cascos de las estancias.

Los mitos sociales cohesionan y sirven como instrumentos a los sectores dirigentes para construir hegemonía, legitimar posiciones

[18] *Cf.* Arturo Andrés Roig, *op. cit.*

[19] Se desarrollaron a partir de la década del '20 importantes movimientos en búsqueda de una arquitectura y arte nacional, producto de "refundir lo indio, lo gauchesco y lo español en lo americano, convirtiéndolo en conciencia argentina" (R. Rojas, Eurindia). Se invirtieron los prejuicios raciales de las generaciones anteriores y se construyó el mito de una sociedad hispano-criolla, unificada, aristocrática y pre-inmigratoria, en oposición a la sociedad real, fragmentada y conflictiva, producto de la inmigración "disolvente". El resultado en lo arquitectónico fueron los numerosos revivals que abarcaron desde el renacimiento español al "mission style" de California.

En 1945, con el Justicialismo irrumpió en escena una Argentina de masas, e irónicamente se recogerá en parte esta tradición —hasta entonces elitista— y la difundirá masivamente con la inmensa producción de viviendas populares (el "chalecito" californiano) y edificios para usos asistenciales y sociales. El californiano y el neocolonial en distintas vertientes ganaron la batalla a la "nueva arquitectura" racionalista, reservada ésta sólo para la edilicia monumental del Estado.

y consolidar las situaciones dadas en la distribución del poder. Los mitos aparecen entrelazados, como una urdimbre o trama cultural, apoyados o encadenados algunos, contrapuestos y compensatorios otros. Así el mito del europeísmo argentino está vinculado a otros como el del progreso indefinido, producto de un crecimiento económico que parecía no tener límites; o el mito de que era posible una sociedad sin conflictos sociales, donde cada uno tenía un lugar asignado en un país colmado de privilegios y de ventajas.

Argentina tuvo, como ya se dijo, respecto del resto de la América Latina, una modernización temprana a fines del XIX. La escasa importancia de las culturas indígenas autóctonas y el peso del fenómeno inmigratorio europeo, contribuyeron a distanciar destinos. Particularmente Buenos Aires se ubicó —vía atlántica— como un apéndice en el hemisferio sur del mundo civilizado del norte. Ahora bien, el auge económico y el dinamismo del desarrollo alcanzado hacia el Centenario hizo prosperar en nuestro país otro fuerte mito ligante, el del "ascenso social", atributo de una extensa porción de la sociedad: la clase media argentina. La presencia de esta nueva clase social, como eje articulador del desarrollo social, con una gran movilidad vertical, hizo posible un crecimiento bastante homogéneo de la ciudad, a partir de los barrios, verdaderos núcleos de la vida urbana, ligados a través de la red de transportes públicos. En el caso de Buenos Aires el referente de este fenómeno está dado por la fuerte inclusividad social que garantizaba la ciudad. En este sentido es un claro ejemplo urbano de la modernidad periférica, con sus límites pero también con sus notables beneficios.[20]

3. El deterioro de la vida urbana

El quiebre de la proyectualidad moderna

Las décadas del '60 y del '70 marcan el auge de la cara libertaria del

[20] La noción de "inclusividad social" abarca la posibilidad de uso igualitario del espacio urbano, así como la asignación de lugar en lo espacial y lo social de los diferentes sujetos. También refiere a una matriz de crecimiento, que vincula lo social a lo espacial y se asienta en la homogeneidad y la igualdad.

proyecto de la Modernidad. En el mundo, el mayo francés del '68 señaló las fisuras y los límites a las nuevas generaciones.

Argentina transitaba un período de crecimiento económico donde se cosechaban los beneficios de la industrialización sustitutiva, puesta en marcha un par de décadas atrás. Buenos Aires, como ya dijimos alcanzaba su momento de esplendor, de completud, de relativo equilibrio, como "ciudad moderna".

En toda América Latina la emergencia de vanguardias tanto estéticas como políticas permitieron generar una multiplicidad de proyectos de cambio global, desde distintos lugares, por diferentes grupos, pero todos articulables a una gran utopía revolucionaria, de liberación, que abarcaba al subcontinente. Este afán de unificar todos los aspectos de la vida, de construir un proyecto integral, abarcante y liberador hizo que se fueran suprimiendo las diferencias y adaptando los discursos y las prácticas a las urgencias políticas del momento. No había espacio —menos aún en las vanguardias— para pensar en el cambio gradual y la reforma, se pensaba con total certeza, que nada podría cambiar sin que todo cambiase.

Este fenómeno tuvo sus efectos y consecuencias en todas las disciplinas, los saberes y las prácticas, en educación, el planeamiento, etcétera. En las universidades hubo una redefinición de la Modernidad en función del momento político.

La arquitectura y el urbanismo se vieron particularmente sacudidos en este proceso, por la importancia que tiene en lo disciplinar la noción de "proyectualidad", teñida en ese momento histórico por la fuerte carga de omnipotencia heredada del Movimiento Moderno.

El debate disciplinar se organizaba en torno de los problemas de la vivienda popular en relación al "gran número" y de la discusión de las necesidades de la gente. La "arquitectura social" ocupó un territorio mucho más amplio y difuso de lo que había sido hasta entonces la práctica profesional tradicional. Se buscó integrar al usuario en el proceso de diseño y producción de las obras, a partir de diferentes mecanismos, de distinto nivel, alcance y resultado, desde ámbitos de gobierno o universitarios.

Desde el ámbito oficial la política habitacional de masas implementada desde 1973 estuvo también definida por urgencias

políticas y no incorporó la larga experiencia acumulada a lo largo de la década en torno de la necesariedad de la industrialización y la prefabricación. Tanto los planes nacionales como los provinciales optaron por los sistemas constructivos tradicionales y el diseño y ejecución centralizada, con lo cual se frustró en la práctica la posibilidad de una dinámica diferente en la producción de viviendas.

En el ámbito universitario el proceso fue más comprometido y movilizador, más riesgoso también, en cuanto desembocó en la mayoría de los casos en grandes frustraciones por el estallido de contradicciones que suponía y las consiguientes represiones que sufrió. La experiencia del "taller total" en las Facultades de Arquitectura de casi todo el país, constituyó un ejemplo representativo de la acción de las vanguardias, en un proyecto de cambio global que trascendía lo disciplinar. Los talleres integrados en nivel vertical tenían como objetivo desarrollar temas integrales, con una inserción en problemas reales y en lo posible con grupos de usuarios potenciales, que planteaban sus necesidades y vertían sus opiniones.

Hubo grandes dificultades para su implementación y funcionamiento que provenían de la articulación de los objetivos políticos y los pedagógico-docentes. Las urgencias de la situación impidieron evaluar con justeza lo que estaba sucediendo. El taller "total" insumía mucho tiempo en debates para la formulación de programas, implementación de los mecanismos de gestión, participación de los potenciales usuarios y coordinación del sistema cuyas partes eran interdependientes. Se restó importancia al aprendizaje del "oficio", a la formación técnica, a la formación artística y al ejercicio proyectual, es decir a todo lo específico y diferenciable de la profesión. La experiencia no tardó en fracasar por las contradicciones internas y las presiones externas y quedó definitivamente clausurada por el golpe militar de 1976. La dictadura borró todo vestigio de participación, de debate o mecanismo de gestión consensuado. Se produjo entonces un vacío en el discurso y en la acción. La fractura del proyecto político significó una fragmentación de las prácticas de la disciplina.

En la década del '80 es ya importante el nucleamiento de distintos grupos en todo el país en torno de temas de la historia y de la

identidad cultural. La salida no fue casual sino muy significativa.

En toda Latinoamérica la crisis de la Modernidad llevó a reconsiderar las culturas populares y con ello la arquitectura vernácula. Por otro lado la supresión de categorías valorativas y subordinadas en lo cultural propiciaron un relativo pluralismo y la posibilidad de una crítica desde un punto de vista propio. Se habló entonces de "contextualismo", "regionalismos críticos" y de preservación del patrimonio arquitectónico y urbano del pasado. Sin embargo, en nuestro país, el debate no podía salir de ciertos ámbitos especializados o intelectuales.

Durante la dictadura, el Estado abandonó las políticas sociales de vivienda y comprometió importantes presupuestos en obras faraónicas. Las costosas autopistas de la ciudad de Buenos Aires son una clara expresión del autoritarismo del proceso militar. Objetables como inversión y también en lo funcional, estas obras así como los estadios para el Mundial de Fútbol de 1978, engrosaron el déficit fiscal, sin ningún tipo de beneficios sociales posteriores.

En algunas ciudades latinoamericanas, las autopistas adquirieron un carácter instrumental por el papel preponderante dado al automóvil en el diseño y planeamiento urbano. Pero en nuestro país y en especial para Buenos Aires, las autopistas no representan ningún beneficio extendido para la sociedad en su conjunto: separan más de lo que unen; su uso es escaso y restringido a un sector privilegiado, por los costos de los automóviles, el combustible y la relativa eficiencia de los medios de transporte público.

Por otro lado las autopistas implicaron una destrucción agresiva del tejido histórico —espacial y social— de la ciudad, sobrepuestas y no integradas a lo existente.

Muy diferentes habían sido los resultados obtenidos en la década del '30 con la construcción de la Avda. General Paz —vía rápida de circunvalación del territorio capitalino— y la apertura de la Avda. 9 de Julio, ambas obras asociadas al Buenos Aires "moderno".

El shopping center, un síntoma postmoderno

El shopping center es, entre nosotros, un síntoma de la "postmoder-

nidad", no solamente como producto arquitectónico y espacial, sino como hecho cultural.

El origen del shopping es tardío en nuestro país, y su proliferación durante la última década, precisamente a medida que se profundiza la crisis económica, justifica una observación particular. Silvestre-Gorelik consideran que el shopping es la respuesta del capital a la crisis, "utopías de orden" para pocos, cerradas, exclusivas y seguras.[21]

En el resto de Latinoamérica estos "centers" —como otros— surgieron como una componente de una modernización sectorial, siguiendo las pautas del modelo "americano". En Buenos Aires, en cambio, con su modernización temprana y extensiva, se habían difundido las grandes tiendas, los mercados y una inmensa red de comercios minoristas, a lo largo de calles, o nucleados en zonas según los diferentes ramos. Esta forma de comercio —asociada a la calle y la modernidad— no ha perdido vigencia en muchas de las capitales de provincia del interior.

Los shoppings aparecen en Buenos Aires en la década del '80. Existen dos grupos bien definidos: los que se plantean como reciclajes de edificios antiguos y los que se construyen ex-profeso para tal uso.

Los primeros se encuentran por lo general en zonas de alta concentración urbana, son más pequeños que los nuevos y también fueron los primeros en surgir. Los edificios reciclados eran, en su mayoría, antiguos mercados o edificios industriales, de planta libre y flexibles como contenedores para albergar nuevas y variadas funciones.[22]

La calidad de las intervenciones y los resultados alcanzados han sido variados y desparejos, pero en general fueron objetados por la crítica más calificada en el campo de la preservación del patrimonio arquitectónico. Es aquí donde se plantea, dentro de la disciplina, uno de los debates más productivos de la década: la legitimidad de

[21] Graciela Silvestri y Adrián Gorelik, *op. cit.*

[22] Son por ejemplo: Shopping Sur en el Ex-frigorífico La Negra, Spinetto en el antiguo Mercado de la Ciudad de Buenos Aires, el Mercado de Abasto, el Patio Bullrich en Avda. Libertador, etcétera.

las propuestas de reciclaje y refuncionalización de edificios antiguos. Prácticas contradictorias apoyadas en formulaciones teóricas endebles; posturas irreconciliables entre quienes desde la historia convalidan la preservación de las obras sólo desde una dimensión social y cultural y quienes desde posturas "pragmáticas" no vacilan en tergiversar sus valores y contenidos en aras del beneficio económico. En fin, las preguntas giran en torno del para qué y para quién se ha de conservar el patrimonio arquitectónico y urbanístico; ¿quién legitima las intervenciones?; ¿cómo y quién resignifica las obras del pasado?; ¿qué beneficios, en lo social y lo cultural recibe la comunidad a partir del reciclaje de obras antiguas como shoppings, por ejemplo?

Toda esta problemática, debatida ampliamente desde el retorno a la democracia está vinculada a otra discusión abierta en ámbitos más amplios de la sociedad, acerca del papel del estado, su necesaria intervención como mediador de voluntades e intereses, su función homegeneizadora en la redistribución de excedentes, etcétera.

En el segundo grupo —los que se construyen a nuevo como unidades completas y autosuficientes— figuran los "grandes" complejos ubicados sobre las autopistas (Unicenter - Soleil) y los que se hallan en nudos de gran tránsito de personas (Liniers, Alto Palermo).

Estos "templos" de la mercancía y el consumo son hitos visibles, grandes moles ciegas hacia el exterior que se expresan, también en lo espacial, como utopías cerradas. La idea central sobre la que se organizan estos complejos conjuntos es la de crear un ámbito aislado, seguro, funcional y completo. Una especie de ilusorio paraíso de bienestar, lujo, comodidad, buen gusto y confort. La noción de aislamiento está reforzada por la ausencia de visuales interior/exterior, por la iluminación que es artificial y si es natural sólo puede ser cenital: se ve un cielo que es igual en todas partes. También la calefacción o el aire acondicionado contribuyen a crear un ambiente agradable pero artificial, valioso por el contraste con el exterior.

El tratamiento del espacio interior del shopping puede ser también motivo de reflexión. Desde el punto de vista perceptual y de

su articulación como conjunto, aparece como un espacio unitario, controlado y controlable, claro, casi diáfano, donde se espera que nadie se pueda perder y todo se pueda encontrar. Para ello se manejan recursos arquitectónicos (integración visual, espacios de doble o triple altura, etcétera) y recursos funcionales: información, señalización adecuada, personal de custodia.

Ahora bien, este espacio unitario como conjunto estalla en una heterogeneidad de respuestas diferenciales en cada uno de los locales que integran los recorridos. Así junto a una cervecería alemana del más absoluto pintoresquismo, puede aparecer una cafetería, que al mejor estilo "kitch" de Las Vegas, reproduce el interior de un avión (Unicenter), o una tienda de ropas con columnas grecolatinas (Patio Bullrich).

El resultado es postmoderno y manierista. Postmoderno porque rechaza la unidad conceptual y formal del diseño moderno y porque hace uso de formas tradicionales pero deshistorizadas y sometidas por lo general a distorsiones irónicas (cambio de material, manipulación de la forma, alteración de la escala, etcétera).[23] Es también una respuesta posmoderna por lo fragmentaria y lo heterogénea.

Se puede hablar también de manierismo —desde la perspectiva hauseriana—[24] por el uso que hace del ilusionismo (falsas ventanas en el Spinetto) y la ruptura con todo tipo de reglas de composición previas, clásicas o modernas. En este sentido es una arquitectura saturada de contradicciones.

En cuanto al uso de estos "centers" puede verse que varía de acuerdo al tipo y dimensiones del complejo. Los hay de clientela muy selecta, como el Patio Bullrich que ya forman parte ineludible

[23] Arnold Hauser encuentra que la clave del manierismo es la alienación, entendida ésta como el aislamiento del individuo con respecto a la sociedad y en un sentido estricto como la pérdida de integridad. Desde un enfoque marxista considera que la alienación surge del carácter de mercancía de los productos y de allí que vincula el manierismo al origen y desarrollo del capitalismo. *Cf.* Philip Drew, "Alienación, manierismo y arquitectura", en *Colección Summarios*, núm. 112, *La cultura de la Posmodernidad*, Γ Aires, Ediciones SUMMA, abril de 1987.

[24] *Cf.* Luis Fernández Galiano, "La arquitectura posmoderna: urbanidad y parodia", en *Colección Summarios*, núm. 112, *La cultura de la Posmodernidad*, Buenos Aires, Ediciones SUMMA, abril de 1987.

del recorrido del turista nacional y extranjero hasta los más "populares", que constituyen un paseo habitual para los porteños. Según datos relevados en los principales shoppings, durante este último verano más de 4 000 000 de personas visitaron estos complejos; sólo el 15% efectuaron compras o utilizaron servicios y el 70% de ellos lo hizo con tarjeta de crédito. La adhesión al shopping para consumir es más una ilusión que una realidad, ya que la crisis económica hace imposible acceder, a la gran mayoría, a todo lo que se ofrece. Por ello lo más frecuente es el consumo de aquello que no cuesta —la arquitectura, los eventuales espectáculos —o cuesta poco— una gaseosa, globos, etcétera—, o efectuar las compras de supermercado en aquellos que lo incluyen. El usuario puede participar así, pasivamente, de un "mundo feliz" que no le pertenece y lejos de producir conflicto lo conduce a una situación de conformismo e inmovilidad, que son precisamente los efectos que se buscaba alcanzar.

4. Epílogo

Concluimos finalmente explicitando algunos puntos que derivan de lo expuesto, para un posible desarrollo futuro.

Nuestras hipótesis se ligan a una doble problemática: por una parte las específicamente vinculadas a cuestiones teóricas disciplinares, en cuanto derivan del recorte del objeto propio de un análisis material de la cultura, y por otra parte constituyen ítems estrictamente ligados al debate político y a la resignificación social de los bienes culturales heredados. Ellas son:

* Nuestra mirada parcial atiende a observar los efectos que sobre el espacio urbano ha producido la modernización como proceso estructural y estructurante de la vida urbana. Ahora bien, hay otras posibles "lecturas" específicas en torno del mismo objeto: la ciudad o el espacio urbano, el libro de Beatriz Sarlo[25] es un excelente ejemplo desde la literatura. Una urdimbre construida al entrelazar distintas "miradas" permitiría describir la relación dialéctica entre

[25] Marshall Berman, *op. cit.*, p. 27. Beatriz Sarlo, *La modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988.

la modernidad y la modernización, entre la producción simbólica y la producción material, relación que en lo espacio-temporal puede ser de simultaneidad o de anticipación de la una sobre la otra.

* El caso argentino requiere una consideración particular dentro de Latinoamérica, en tanto nuestro país ha experimentado un desarrollo diferente en tiempo y modalidad, en su conformación como Estado y Sociedad modernos, desde mediados del siglo XIX y durante el XX.

La Argentina atendió a un modelo de desarrollo exógeno, de "vocación atlántica", con una base social transformada por la inmigración masiva y una clase dirigente con un acentuado europeísmo cultural. Esta situación la distanció tanto de su propio pasado hispano-criollo como del destino del resto de las naciones latinoamericanas con quienes había estado profundamente ligada hasta las guerras independentistas.

* Dentro del proceso socio-cultural, la construcción del espacio urbano y territorial tiene efectos medibles en la "larga duración". La modernización finisecular sentó las bases estructurales y determinantes del país que aún hoy tenemos. Por ello, desde nuestra perspectiva, advertimos como necesaria y urgente una revisión crítica de la componente material del espacio y de las tramas heredadas, construidas en la última centuria, de modo de evaluar su vigencia utilitaria y semántica y su posible resignificación en el seno de la cultura actual. Esta revalorización no es ingenua sino crítica, se alimenta del análisis de un presente conflictivo donde por un lado, estamos asistiendo al desmantelamiento progresivo y sostenido de estas estructuras de la modernización (ferrocarriles, venta de edificios públicos estatales, privatización de la infraestructura, etcétera). Por otro lado creemos que aún es posible recuperar los aspectos benéficos del espacio urbano "moderno", en cuanto igualitario y homogéneo, en cuanto tendía a borrar las diferencias y no a acentuarlas, y del cual en gran medida Buenos Aires fue un arquetipo.

* La decadencia de la vida urbana, particularmente en Buenos Aires, está asociada a un empeoramiento gradual y progresivo de las condiciones materiales de vida de vastos sectores de la población. Si bien es real que la situación de pauperización y marginalidad

profundiza nuestra condición latinoamericana, no es posible identificar totalmente a Buenos Aires con la "cultura de la pobreza", categoría explicativa más propia del resto del subcontinente. Toda proyectiva futura debería tener en cuenta —como factor condicionante— nuestra "diferencialidad" como país dada por la experiencia histórico-social desarrollada desde fines del siglo pasado.

* Si los "shopping centers" u otros "centers" son la respuesta del neoliberalismo a la crisis, en su doble función de utopías para pocos y de instrumento de construcción de hegemonía —en lo supranacional—, tiene que ser factible la articulación de otras respuestas, desde otras perspectivas, que generen alternativas de cambio posibles, con inserción real en la dinámica política.

* Si bien el retorno democrático de 1983 no significó revertir el proceso de decadencia urbana, sí hizo posible la recuperación de ciertos "núcleos" de tradición progresista, en cuyo seno y a partir de nuevas prácticas se puede re-pensar lo urbano perspectivado desde lo político o desde lo cultural. La experiencia más valiosa en este sentido y particularmente en Buenos Aires, ha sido la revitalización de redes de participación institucionales de distinta índole —entre las que se incluyen las barriales— estableciendo así lugares de encuentro y de debate, en algunos casos también proyectos comunes, acotados a la actividad cultural, la historia común y el ambiente compartido. Los límites de estas experiencias son: lo fragmentario de los resultados, la imposibilidad de articulación con proyectos más globales y la dificultad de una inserción política productiva.

Para terminar, una cita de Marshall Berman puede confirmar la utilidad de nuestra reflexión en torno del país en su desarrollo durante estos últimos cien años:

> Apropiarse de las modernidades de ayer puede ser a la vez una crítica de las modernidades de hoy y un acto de fe en las modernidades —y en los hombres y mujeres modernos— de mañana y pasado mañana.[26]

[26] Marshall Berman, *op. cit.*, p. 27.

El latinoamericanismo de los argentinos*

Adriana Arpini

I. Algunas opiniones

Suele afirmarse que los argentinos somos más europeos que latinoamericanos, en el estilo de vida, en los gustos y preferencias, en los hábitos culturales. Consecuentemente, se daría entre los intelectuales argentinos —hombres de ciencias, humanistas, políticos— una peculiar predisposición por la producción cultural procedente de los países europeos e, incluso, de los Estados Unidos.

Tales afirmaciones bien podrían fundamentarse históricamente si se tiene en cuenta, por una parte, las características peculiares que tuvo la colonización de nuestros territorios, a diferencia de las que adoptó en las regiones de los imperios Inca o Azteca; y por otra parte, la importancia de la inmigración como fenómeno que vino a modificar la fisonomía social de nuestro país. En este sentido María Elena Rodríguez Ozán ha establecido dos líneas en el desarrollo de la conciencia latino-americana condicionada por diferencias sub-regionales, cuyos antecedentes proceden de la colonia y se prolongarían hasta nuestros días: por una parte la América mestiza y por otra la América de la Cuenca del Plata. En ésta las características del territorio llano y la inexistencia de riqueza metalífera habrían determinado un tipo de relación entre conquistadores y conquistados que dio origen a un sociedad con elementos propios del mundo moderno. Así, el trabajo personal y el comercio como modo de obtener riqueza. A ello se suman, en la segunda mitad del siglo XIX, las políticas migratorias, cuya

* En la realización de este ensayo contamos con la colaboración, en las tareas de rastreo bibliográfico, fichaje y selección de documentos, del señor Guillermo Damiani, a quien deseamos expresar nuestro agradecimiento.

consecuencia sería el surgimiento de una clase media numerosa.

> Las generaciones que organizaron países como Argentina y Uruguay... —sostiene— están originariamente dentro del contexto latino-americano; pero la falta de tradición indígena las hace caer en una excesiva admiración por la cultura europea.[1]

Otra opinión, ampliamente difundida, marca una diferencia entre la actitud típica del "porteño" y la de los habitantes del interior. La primera actitud estaría caracterizada por cierta subestimación hacia la América mestiza y los hombres del interior argentino. Subestima basada en la discriminación racial y socioeconómica. Ésta sería la causante del menosprecio con que se juzga a la Argentina desde el resto de América Latina. Constituiría uno de los "defectos de los argentinos" para Ernesto Sábato, quien sin justificarlo, lo explica en función de la prosperidad relativa alcanzada por la Argentina en relación con otros países latinoamericanos, sobre todo en el litoral portuario entre 1890 y 1930. Los efectos de la arrogancia porteña se dejaron sentir no sólo en América latina sino también en el interior del país. De modo que los argentinos, según Sábato, habitamos un país que "al menos en su zona decisiva, es una fractura entre dos continentes: no somos ni Europa propiamente dicha ni América Latina propiamente dicha".[2] Ello explicaría que las expresiones de la cultura argentina —*v. gr.* la literatura— sean distintas, aún a pesar de los elementos compartidos con el resto de América tales como el idioma y el origen histórico.

Desde otro punto de vista, menos psicologizante y más atento al problema estructural de la dependencia, se ha afirmado que la Argentina pertenece por completo al Tercer Mundo explotado, colonizado y subdesarrollado. Desde esta perspectiva Julio Cortázar ha sostenido que incluso las expresiones más altas de nuestra cultura, como las que se dan en el plano literario, constituyen instrumentos

[1] Rodríguez Ozan, María Elena, "Latinoamérica en la conciencia argentina", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 37, México, UNAM, 1979, p. 6.
[2] Sábato, Ernesto, "Defectos y virtudes de los argentinos" (Entrevista), Atlántida, Buenos Aires, agosto de 1970.

de unidad continental, que permiten desatar los lazos de los nacionalismos o patriotismos limitados con los que se favorecen las divisiones.[3]

También suele expresarse que, si bien entre los argentinos se manifiesta una especial preferencia por la cultura europea, los productos de dicha cultura son tomados como modelos, asimilados y adaptados a la solución de los problemas nacionales. Con ello se denota un tipo de reflexión y una forma de conducir la acción que acentúa la cuestión nacional, descuidando su inserción en el más vasto marco referencial del continente. A pesar de esto, se ha dicho también, que no han faltado argentinos en cuyo pensamiento se recogen los problemas del país desde una perspectiva americana o latinoamericana. Afirmación que suele ser apoyada con el ejemplo de una lista más o menos extensa de nombres y títulos de libros, revistas o reuniones especialmente dedicadas a debatir la problemática.[4]

[3] Cortázar, Julio, Entrevista de *Life*, 7 de abril de 1969.

[4] Tales listados suelen estar encabezados por Juan Bautista Alberdi o Domingo Faustino Sarmiento y sus obras: *Discurso de apertura del Salón Literario* (1837), *Ideas para presidir la confección de un curso de filosofía contemporánea* (1842), *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano* (1845), del primero; y *Conflicto y armonía de las razas en América* (1884), del segundo. Se incluyen también los nombres de Carlos Octavio Bunge y su obra *Nuestra América* (1903); Saúl Taborda, *Reflexiones sobre el ideal político de América* (1918); José Ingenieros y su discurso en homenaje de "José Vasconcelos" (1922); Manuel Ugarte y *El porvenir de América Española* (1910), *El destino de un continente* (1923), *La Patria Grande* (1922) entre otros; Aníbal Sánchez Reulet "Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica" (*Tierra Firme*, Madrid, 1936) y "Filosofía interamericana" (*Realidad*, 1949); *La filosofía latinoamericana contemporánea* [Selección](1949); Augustín Álvarez, *Transformación de las razas en América* (1944) y *¿A dónde vamos?* (1952); Risieri Frondizi, "¿Hay una filosofía Iberoamericana?" (*Realidad*, 1948) y "La filosofía americana" (*Cursos y conferencias*, 1953); Diego Pro, "La cultura americana" (*Philosophia*, 1946), "Americanismo "(Actas 2das. Jornadas Univ. de Humanidades, 1964); Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América* (1952); Alberto Caturelli, *América Bifronte* (1961) y varios artículos como "El hombre y la naturaleza americanos "(1959), "Filosofías latinoamericanas y filosofía universal" (1974). Una serie de artículos de Manuel Gonzalo Casas: "Notas sobre filosofía americana" (1957),"Bergson y el sentido de su influencia en América" (1959). "La filosofía actual en América" (1961). "El ser de América" (1963), reunidos posteriormente en un volumen unitario titulado *El ser de América* (1984); Osvaldo Ardiles, "Contribuciones para una elaboración filosófica de las mediaciones histórico-sociales en el proceso de liberación latinoamericano "(*Strómata*, 1972); Víctor Massuh: *América como inteligencia y pasión* (1965), *El llamado de la Patria*

Desde una perspectiva disciplinar específica, la de la filosofía, se ha tematizado también, entre los pensadores argentinos, la cuestión acerca de la existencia de una filosofía latinoamericana. Y las respuestas no han sido coincidentes.

Así por ejemplo, en un importante balance sobre la filosofía argentina realizado por Luis Farré y Celina Lertora Mendoza se afirma que

> Felizmente no hemos sido los argentinos quienes agudizáramos la siguiente cuestión: ¿Existe una filosofía americana? Quizá porque el sustrato de nuestra población es en su numerosa mayoría dé ascendencia europea, por la escasa influencia que ha ejercido en nuestra evolu-

Grande (1983); Enrique Dussel, *América Latina, dependencia y liberación* (1974), *Para una ética de la liberación latinoamericana* (1973), *Filosofía de la liberación* (1977); Arturo Roig, "Necesidad de un filosofar americano (El concepto de 'filosofía americana' en J. B. Alberdi)", (*Cuyo*, 1970), "El pensamiento latinoamericano y su tratamiento filosófico" (*Latinoamérica*, 1974), *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981), *Filosofía, Universidad y Filósofos en América Latina* (1981), "La historia de las ideas y sus motivaciones fundamentales" (*Revista de Historia de las Ideas*, 1983), etcétera.

Listados de esta naturaleza son necesariamente incompletos y, además, reúnen obras y autores de la más diversa procedencia tanto en lo que se refiere al campo epistémico específico como al horizonte teórico-ideológico en el que se inscriben los mismos.

Entre las publicaciones periódicas cabe señalar la *Revista Literaria* fundada por M. Ugarte en 1895; la *Revista Latino-América. Organo de los intereses generales de su título*, el primer número apareció el 15 de enero de 1880; El *Búcaro Americano*, cuyo primer número apareció en 1896; *América, revista literaria, social, noticiosa y científica*, el primer número es de Julio de 1904; *América literaria*, el primer número apareció en 1909; *Revista Americana* (1914); *Revista de América* (1924); *Cuyo, anuario de pensamiento argentino y americano* (1967); *Revista latinoamericana de Filosofía*; *Nuevo Mundo* (1971); *Revista de Filosofía latinoamericana* (1975-1979), a partir del número 11, de mayo de 1986 cambió su denominación por *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, lo cual indica una ampliación de su horizonte temático; *Alternativa Latinoamericana* (1985).

Aún cuando el listado de publicaciones periódicas es incompleto, llama la atención que durante largos periodos de tiempo no aparecieran publicaciones directamente relacionadas con la cuestión latinoamericana que alcanzaran cierta notoriedad. Esos blancos podrían ser indicativos de las fluctuaciones por los intereses latinoamericanistas, sobre todo en el ámbito de las letras y las humanidades entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Posteriormente, a fines de los sesenta y primeros años de los setenta adquirió renovado impulso el interés por la problemática de América latina y el Caribe en el ámbito de la filosofía y de las ciencias sociales, buscando caminos de integración cultural, política y económica. A mediados de los '80, como consecuencia de la apertura democrática, ha sido posible retomar el interés y la discusión sobre la problemática latinoamericana y han comenzado a desarrollarse, no sin dificultades, líneas de investigación que abordan la temática desde diversos campos disciplinares.

ción la primitiva raza precolonial y, también, porque, desde los inicios de nuestro despertar a la cultura, los modos de vida y pensar occidentales han logrado franca adhesión y simpatía.[5]

La pregunta no se había planteado en el Primer Congreso Nacional de Filosofía (Mendoza, 1949); la existencia en el mismo de una sesión dedicada a la filosofía americana y argentina, sólo perseguía el objetivo de incluir los estudios realizados sobre pensadores nacidos en este continente. Según los autores, tiene sentido hablar de una filosofía americana o argentina si el problema se contempla desde lo ineludible de esta circunstancia, lo que implica reconocer las limitaciones del pensamiento humano, la finitud del hombre. Ello justificaría que la mayoría de nuestros pensadores se plantearan ¿cuál ha sido el "enfoque" de la filosofía argentina?, sin que ello significara caer en relativismos, por exageración de lo particular, ni en el "olvido" de la circunstancia por exceso de abstracción filosófica. La filosofía argentina se caracterizaría, entonces, porque, sin pretender zafarse de la realidad, ha contemplado los problemas desde el hombre, se ha inquietado por el tema de la libertad, de los valores, de la ética.

Desde otro ángulo se ha abordado la pregunta por la existencia de una filosofía latinoamericana entre los argentinos, afirmando la "irrupción de una nueva generación filosófica". Tal afirmación reconoce el supuesto de que el discurso filosófico no es un nivel abstracto o independiente de la existencia humana, sino que se encuentra inserto en la totalidad del quehacer cotidiano, condicionado al punto de transformarse en justificación ideológica, que encubre más que descubre la realidad que pretende signficar. Sobre este supuesto, Enrique Dussel distingue tres momentos o líneas en el desarrollo de la filosofía argentina contemporánea. La primera de estas líneas se extendería desde fines del siglo XIX hasta 1973, llamado "momento óntico liberal", coincidiría, en sus inicios, con el primer conato de industrialización dependiente neocolonial. La producción filosófica de este momento —en particular la del

[5] Farre, Luis y Celina Lertora Mendoza, *La filosofía en la Argentina,* Buenos Aires, Editorial Docencia-CINAE, 1981, p. 219.

positivismo y la del movimiento de reacción antipositivista— se caracteriza por ser cada vez más universitaria y europea, enfrentándose con las cosas, entes u objetos, sin lograr una interpretación de la realidad concreta, y, por tanto, sin realizar una crítica del sistema como totalidad. El momento ontológico, que se extendería temporalmente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, significaría una crítica de la posición anterior por cuanto "desde el ser se critica al ente", aunque todavía desde una perspectiva abstracta y universal, que finalmente se cerraría como sistema sin vislumbrar una praxis asistemática ni abrir la brecha de un orden más justo. Los miembros de esta generación, que tuvieron ocasión de expresarse oficialmente en el I Congreso Nacional de Filosofía (Mendoza, 1949), no habían logrado superar la ontología. A pesar de que algunos compartieron las posiciones del nacionalismo populista antiinglés, esto no proporcionaría los elementos suficientes para pensar que "hay un ámbito más allá del ser". A partir de los años sesenta se fue constituyendo una nueva generación que alcanzaría a expresarse públicamente en el II Congreso Nacional de Filosofía (Córdoba, 1971) alrededor de un tema emergente, el de la posibilidad o imposibilidad de una filosofía concreta latinoamericana, enfrentada a la filosofía universalista, abstracta, europeo-norteamericana. Con la irrupción de esta generación se abriría el momento metafísico de la liberación.

> Se trata —dice Dussel— de ir más allá del ser como comprensión, como sistema, como fundamento del mundo, del horizonte de sentido. Este ir más allá es expresado en la partícula de metafísica... La filosofía de la liberación latinoamericana pretende ser superación de la ontología... del populismo ingenuo, de los métodos imitativos..., clarificar las categorías que permitan a nuestras naciones y clases dependientes y dominadas liberarse de la opresión del ser..., pretende repensar toda la filosofía desde el Otro, el oprimido, el pobre...[6]

Por esta vía podría creerse que la perspectiva del latinoame-

[6] Dussel, Enrique, "La filosofía de la liberación en la Argentina, irrupción de una nueva generación filosófica", *Revista de filosofía latinoamericana*, Buenos Aires, t. I, núm. 2, Julio-diciembre de 1975.

ricanismo (en filosofía) queda subsumida en la filosofía de liberación latinoamericana.

Obviamente esta línea de pensamiento adopta una posición claramente latinoamericanista. No obstante será necesario introducir algunas precisiones. Tanto esta posición como la anteriormente comentada (Faré-Lertora Mendoza) toman en cuenta para su análisis la producción filosófica principalmente académica, ligada a la actividad universitaria y a instituciones especializadas. Sin embargo, esa producción no agota la totalidad de expresiones discursivas de una sociedad en un momento determinado. Las expresiones alternativas se encuentran, la mayoría de las veces, implícitas más que explícitas en formas discursivas que adoptan modalidades diversas y alejadas de lo que tradicionalmente se ha tenido como "texto filosófico académico". Un análisis del contenido de estos textos no siempre facilita la confrontación entre el sistema de relaciones sociales y el sistema de códigos que condiciona a todo discurso. Esto implica reconocer, por una parte, que la producción filosófica es un aspecto dentro del sistema de conexiones sociales de una época. Y, por otra parte, que lo social mismo, con toda la heterogeneidad y conflictividad que le son propias, es metodológicamente anterior respecto de sus expresiones ideológicas. Es en esta heterogeneidad y conflictividad donde es posible desentrañar los "mecanismos profundos" —de los que hablaba José Luis Romero— que permitirán una comprensión social de las ideas filosóficas; y en relación con el tema que aquí nos ocupa especialmente, la comprensión del latinoamericanismo tal como se expresa en el discurso filosófico.

Otro aspecto de la problemática, que ha suscitado no pocas discusiones en los ambientes filosóficos, es el de la relación entre la particularidad de lo latinoamericano y la universalidad a que aspira toda filosofía. En este sentido se ha hablado de una nueva categoría de universalidad, la de "lo universal situado", considerándola como uno de los aportes de la reciente producción filosófica latinoamericana, que a partir de los años setenta se había planteado la necesidad de superar el modelo —ya agotado— de la generación de la "normalidad filosófica". Los representantes de esta generación (A.

Korn, C. Alberini) habrían realizado la tarea de poner al día los estudios filosóficos en la Argentina. Sin embargo, con esto no se habría logrado más que "transplantar, desarrollar y adaptar la filosofía europea en América, sin mayor cuestionamiento de su universalidad y de todo su aparato conceptual...", con lo cual no se habría superado el tutelazgo que "condena el desarrollo de las ideas filosóficas argentinas a una suerte de perenne dependencia cultural". Según esta perspectiva, interesa distinguir entre universalidad abstracta y universalidad situada. La filosofía, en cuanto pensamiento universal situado, "amplifica la experiencia cotidiana e histórica, tanto como singulariza la problemática universal... Lo "particular" de una filosofía —si es esto pensado como enraizamiento en su situación histórica, singular y nacional—, lejos de conspirar contra la universalidad de la misma, le otorga la claridad de quien es capaz de expresar un contenido concreto y viviente".[7] La categoría de universal situado genera un espacio que comprende la singularidad del sujeto filosofante —"los Pueblos organizados en comunidades de cultura"— y el conjunto de la Cultura Nacional —como "estar originario" y "matriz del ser"—, dentro del cual la reflexión tiene cabida. Reflexión que pretende redefinir la idea de libertad, vinculándola a la organización de una comunidad para su Liberación. Dicho espacio se hace extensivo también a América Latina en cuanto campo de pertenencia inmediata.

Con estas categorías: Pueblo, Cultura Nacional, Estar, Liberación, Universal situado, se intenta pergeñar una línea de pensamiento autocaracterizada como filosofía latinoamericana orientada a la liberación. Sin embargo cabe señalar respecto de esta posición las precisiones antes mencionadas. Por una parte, el análisis y la crítica se orientan exclusivamente en contra de los contenidos de la producción filosófica académica; por otra parte, categorías integradoras como las de Pueblo y Cultura Nacional dificultan la comprensión de las diferencias y los conflictos sociales. Aluden al mismo tiempo que eluden el hacerse cargo de la alteridad social

[7] Cassalla, Mario, "Más allá de la 'normalidad filosófica', nuevas tareas para la filosofía latinoamericana contemporánea", *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales,* Buenos Aires, Segunda Época, año I, núm. 11, 1986.

concreta latinoamericana, apelando a cierta especificidad cultural absoluta, con rango ontológico. De ahí la necesidad de establecer una nueva categoría de lo universal, que resulta igualmente ontológica y encubridora de la diversidad real. Incluso la perspectiva latinoamericanista queda comprometida en el horizonte de una ontología del ser nacional.

Desde el punto de vista político, las posiciones latinoamericanistas han bregado por la integración y la solidaridad entre los países ubicados al sur del Río Grande, como vías de enfrentar las dificultades económicas, políticas y sociales, y como proyecto inspirado en la utopía bolivariana de liberación continental respecto de las diversas formas de dominación internacional. Sin embargo, en la última década del siglo los argentinos asistimos a la reformulación de posiciones panamericanistas en un discurso que, apelando al realismo político en el marco de un declarado fin de las ideologías y de las utopías, sostiene la "necesidad de la unidad americana pero en un proceso que incluya a los Estados Unidos y a Canadá".[8] En la celebración del primer centenario del Sistema Interamericano —Sistema que diera lugar a la actual organización de los Estados Americanos (OEA)—, quedó oficialmente expresada la posición argentina: el presidente Carlos Menem exhortó a los latinoamericanos a "abandonar viejos principios que sólo atrasan el tiempo de la integración", explicó que "hay una bohemia" vinculada con la "integración latinoamericana" y llamó a "ser realistas, porque sumar pobreza a la pobreza no es viable para el crecimiento, la riqueza viene de los países centrales", sosteniendo que "vería con más agrado la creación de una liga de presidentes americanos y no tan sólo latinoamericanos".[9]

¿Se trata de un realismo que busca soluciones de fondo o de un pragmatismo que procura salvar la coyuntura? ¿Cómo debe enten-

[8] Declaraciones del Canciller Domingo Cavallo, en San José de Costa Rica el 27 de octubre de 1989, oportunidad en que se efectuó la reunión de Jefes de Estado de América, convocada por el presidente de ese país, Oscar Arias, en coincidencia con el centenario de la instauración de la democracia, en *Sur,* 28 de octubre de 1989.

[9] Discurso del Presidente Carlos Menem, Asunción, 4 de junio de 1990, en la celebración del primer centenario del Sistema Interamericano, en *La Nación,* martes 5 de junio de 1990; *Página 12* , martes 5 de junio de 1990.

derse la integración que se propone?. Quizá no estemos aún en condiciones de juzgar sobre el acierto o desacierto de esas afirmaciones. Podemos, en cambio, contribuir a evitar ambigüedades o confusiones si precisamos el sentido y recordamos la historia de términos tan cercanos y a la vez tan distantes como "latinoamericanismo" y "panamericanismo".

II. Americanismo, Latinoamericanismo y Panamericanismo

Es sabido que los términos "Latinoamérica" y "Panamérica" significan por su contenido propio tanto como por la experiencia histórica acumulada detrás de cada uno de esos significantes. Arturo Ardao se ha ocupado con tenacidad de hacernos saber la historia de ambos nombres desde el momento mismo en que surgieron como diferenciaciones del "Americanismo" de fuente hispanoamericana que los contenía en forma latente.[10]

El proyecto de Unión Americana estuvo presente ya en el ideario de nuestros libertadores, aún cuando no se utilizara el adjetivo "latina" para calificar al conjunto de naciones emancipadas que integrarían dicha unión. El adjetivo fue utilizado por primera vez en 1836, en París, por Michel Chevalier para caracterizar a la América del Sur "católica y latina" por oposición a la América Sajona. A partir de la década de 1850 la adjetivación se integra en el nombre compuesto "América Latina" y adquiere sentido programático, de militancia cultural, entre los intelectuales hispanoamericanos radicados en París. Programa y militancia que reciben la influencia de la cuestión, candente en esos momentos en Europa, acerca de las nacionalidades de las grandes entidades étnico-culturales (pangermanismo, panlatinismo). Pero además, y fundamentalmente, ese programa y esa militancia están orientados a denunciar los signos, ya evidentes, del peligro que podría significar para las jóvenes naciones latinoamericanas el expansionismo yanqui. Dicho proyecto tiene su princi-

[10] Ardao, Arturo, " Panamericanismo y Latinoamericanismo", *Nuestra América Latina,* Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental 1986; *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Ediciones de la Universidad de la República, 1987; *Estudios Latinoamericanos. Historia de las ideas*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.

pio de concreción cuando en 1861 el colombiano José María Torres Caicedo lanza, siempre desde París, las *Bases para una Liga Latinoamericana* y, posteriormente, con la publicación de su libro *Unión Latinoamericana* (1865) en el que realiza una ferviente prédica en favor de la idea expresada en el título del libro y en contra de la doctrina del "destino manifiesto" reactivada por el presidente Buchanan. Libro al que se suma, luego, un extenso ensayo sobre *La América Anglosajona y la América Latina* (1882) en el que sostiene:

> Congresos para la Unión latinoamericana, todos los que se quiera: la idea de la Unión será un día un hecho histórico; pero que esos congresos tengan lugar en el territorio latinoamericano, a fin de buscar los medios de resistir, de unirnos y de hacer frente a todos aquellos —europeos o americanos— que tengan la pretensión de subyugarnos. Después de las teorías del "Destino Manifiesto", proclamadas con más energía en 1881, el Congreso de las dos Américas en Washington sería una falta política de parte de los latinoamericanos. Y sin embargo, no deseamos más que una cosa: que la amistad más estrecha y más cordial reine entre la América del Norte y las repúblicas latinoamericanas; pero a condición de que sea en el seno de la igualdad, de la reciprocidad, de la lealtad, y después de haberse retractado las teorías de los Brown, de los Seward, de los Blaine, etcétera, etcétera.[11]

Así, el significante "Latinoamérica" se ha ido cargando desde sus orígenes —tal como lo expresa el texto transcripto— de un significado que denota una posición teórica y una experiencia histórica de autoafirmación de nuestros pueblos, afirmación conquistada y defendida, muchas veces con dolor, frente a los embates de todas las formas, directas o encubiertas, de enajenación.

Por otro lado, el término "Panamericanismo" surge con motivo de la Conferencia Internacional Americana reunida en Washington entre octubre de 1889 y abril de 1890, en cuya convocatoria, realizada por el senador James Blaine, se la designaba como "Primera Reunión Panamericana". Cabe tener en cuenta que desde que Blaine

[11] Torres Caicedo, José María, "La América Anglosajona y la América Latina", citado por Arturo Ardao, *Nuestra América latina*, *op. cit.*, pp. 71 y 72.

ocupó la Secretaría de Estado bajo la presidencia de James A. Garfield, en 1881, se adoptó una política agresiva en relación con las repúblicas de Centro y Sur América, sostenida por una nueva interpretación "positiva" de la Doctrina Monroe. Se pensaba en un sistema hemisférico basado en el intercambio pacífico, procedimientos de arbitraje y conferencias para tratar los problemas interamericanos en general. La eficiencia económica y las ventajas comerciales constituirían el fundamento de la nueva política de expansión. En 1890, al ocupar nuevamente la Secretaría de Estado afirmaba Blaine:

> Quiero declarar a la opinión que los Estados Unidos ha alcanzado un punto donde uno de sus deberes principales es el de aumentar su comercio exterior... hemos desarrollado un volumen de manufactureros, que en muchos departamentos, sobrepasa las demandas del mercado interno... Nuestra gran demanda es expansión. Quiero decir expansión del comercio con países donde podemos encontrar intercambios beneficiosos.[12]

En estas palabras se ponen de manifiesto las motivaciones y las bases del nuevo imperio. Al mismo tiempo, se provee el marco doctrinario dentro del cual se lanza la propuesta de esa forma *sui generis* de panismo geográfico con intención política: el panamericanismo. Cuyo objetivo se orienta a satisfacer las necesidades comerciales de EE UU, urgido de mercados exteriores donde colocar los excedentes de su industria en crecimiento. Expansionismo, surgido de una alianza oscura entre la política y los negocios, que justificó, en última instancia la ocupación, anexión y absorción territorial tal como se dio entonces en los casos de Cuba y Puerto Rico y no ha cesado de darse.

La trayectoria exitosa del panamericanismo se inicia con la creación, como consecuencia de la Conferencia de 1889-90, de la "Ofician Comercial de las Repúblicas Americanas" el 14 de abril de

[12] Blaine, James, Discurso pronunciado en Waterville, Main, 29 de agosto de 1890, citado por Rodríguez, Daniel, "Los intelectuales del imperialismo norteamericano en la década de 1890", *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana,* México, UNAM, núm. 91, 1979.

1890, en la órbita del gobierno de Washington. Posteriormente, en 1910, fue bautizada como "Unión Panamericana", con lo que quedó oficializado el uso del término.

A partir de entonces ya no es posible la confusión entre "panamericanismo" y "latinoamericanismo". Ambos términos tienen una historia que los diferencia y señala, a su vez, proyectos antagónicos. También desde ese momento queda redefinido el viejo "americanismo", que había sido esgrimido defensivamente ante la posibilidad de una revancha europea, enriquecido, complejizado desde la perspectiva de un "latinoamericanismo" que toma en cuenta, además, el peligro que para nuestras naciones representa la política expansionista de los Estados Unidos.

No es ajena a los argentinos la tradición de ese "americanismo" simbolizado en la figura de José de San Martín y también por otros patriotas menos conocidos como Bernardo de Monteagudo, intelectual y hombre de acción que acompaño a San Martín en su gesta libertadora hasta Guayaquil, donde se unió a Bolívar. Cuando éste convoca al Congreso de Panamá, el 9 de diciembre de 1824, escribe Monteagudo un ensayo en el que fundamenta la necesidad de dicha reunión, en el que se afirmaba:

> El aspecto general de los negocios públicos, y la situación respectiva de los independientes, nos hacen esperar que en el año 25 se realizará sin duda la federación hispanoamericana bajo los auspicios de una asamblea, cuya política tendrá por base consolidar los derechos de los pueblos, y no los de algunas familias que desconocen, con el tiempo, el origen de los suyos.
> ...la venganza vive en el corazón de los españoles... y aunque no les quedan fuerzas de qué disponer contra nosotros, conservan pretensiones a que dan el nombre de derechos, para implorar en su favor los auxilios de la Santa Alianza...
> Independencia, paz y garantías: son los grandes resultados que debemos esperar de la asamblea continental... formar un foco que ilumine

[13] Monteagudo, Bernardo, "Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos", *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, México, UNAM, núm. 40, 1979.

a la América; crear un poder que una a las fuerzas de catorce millones de individuos; estrechar las relaciones de los americanos, uniéndolos por el gran lazo de un congreso común para que aprendan a identificar sus intereses, y formar a la letra una sola familia".[13]

Hablaba Monteagudo de una "federación hispanoamericana" que atendiera a los intereses de nuestros pueblos y particularmente a la defensa de los mismos frente al peligro de agresiones provenientes de Europa, descontaba el apoyo, a través de "la opinión" de Gran Bretaña y los Estados Unidos como representantes "del partido liberal en ambos hemisferios" y defensores del "sistema representativo".

Sabido es que los propósitos que alentaron la reunión de Panamá no se concretaron. La América se divide en función de los intereses de caudillos que ambicionan ocupar el vacío de poder que deja el colonialismo. El fracaso de la Unión coloca a los Estados Unidos en posición ventajosa para su futura expansión. Estos hechos justifican la amarga declaración de Bolívar antes de morir: hemos "arado en el mar". Sin embargo las voces que claman por la unión no son silenciadas. Los esfuerzos en favor de la unidad se reanudan en los años cuarenta condicionados, ahora, por la nueva situación. No se trata de estar unidos para defenderse de las agresiones de la Santa Alianza, sino para sumar esfuerzos que coloquen a nuestros pueblos en la senda del progreso. Lo que antes se defendió con la espada debe crecer, ahora, mediante empresas materiales como el comercio, la industria y la explotación de las riquezas. Dos años antes de que se reuniera el Congreso Americano de Lima (1847-48), escribía desde Chile, el pensador argentino Juan Bautista Alberdi su *Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano*. Dicho congreso debía —según Alberdi— "consagrar el programa de la futura existencia continental":

La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su marina, de su industria y comercio...

El nuevo congreso, pues, no será político, sino accesoriamente: su carácter distintivo será el de un congreso comercial...

> En un gran sistema político, las partes viven del todo y el todo de las partes. la mano de reforma debe ir alternativamente del trabajo constitucional, de la obra interior del edificio a la obra exterior. Lo demás es construir a medias y de un modo incompleto.

Para esta tarea debían ser convocadas todas las repúblicas americanas de origen español en virtud de la "identidad de los términos morales" de su sociabilidad.

> Considero frívolas —advierte el autor de la *Memoria*— nuestras pretensiones de hacer familia común con los ingleses republicanos de Norteamérica... Ciertamente que nunca nos han rehusado brindis y cumplimientos escritos, pero no recuerdo que hayan tirado un sólo cañonazo en nuestra defensa.[14]

Del mismo cuño fue el americanismo defendido por otro patriota argentino, el general Gregorio Las Heras, miembro del movimiento intelectual y político que fundara en Valparaíso la "Unión Americana" en 1862, un par de años antes de la reunión del Congreso Americano (hispanoamericano) de Lima (1864-65). Sin embargo, hacia finales de esa década va haciéndose cada vez más evidente la necesidad de reformular el americanismo en el sentido del latinoamericanismo impulsado por Torres Caicedo.

No fue la del colombiano la única voz que se alzara en defensa de la América Latina y en denuncia de los nuevos peligros que se cernían sobre la región y que obligaban a recomponer las relaciones, antes polarizadas en los términos América-Europa, ahora diferenciadas en América Latina-Europa por una parte, y América Latina-Norte América por otra. Entre esas voces caben señalarse, a lo largo del siglo XIX, las de Francisco Bilbao, Juan Montalvo, Justo Arosemena, Cecilio Acosta, Eugenio María de Hostos y, muy particularmente, la dé José Martí, ya que fue en un periódico de Buenos Aires, *La Nación*, donde aparecieran sus crónicas denunciando los verdaderos intereses que impulsaban la convocatoria de la Conferencia

[14] Alberdi, Juan Bautista, "Memoria sobre la conveniencia de un Congreso General Americano", *Latinoamérica,* México, UNAM, núm. 42, 1979.

Internacional Americana: esos intereses planteaban desembozadamente

> ...la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América —y agrega Martí: Es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender como serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y el objeto de las amistades proyectadas, había de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen.[15]

El representante argentino en aquella conferencia, Roque Sáenz Peña, advierte la ambigüedad que subyace a la formulación: "América para los americanos", y propone cambiarla por la de "América para la humanidad". Aunque la expresión no constituyó una toma de posición claramente latinoamericanista, sí señaló los riesgos y las limitaciones que para la autonomía de nuestras naciones encerraba la llamada "Doctrina Monroe".

Fue también en el diario *La Nación* que se anticiparon, desde 1900, las páginas del *Ariel* de Rodó. Es ampliamente reconocida la influencia del uruguayo en la vida intelectual argentina y el peso que tuvo en el campo de las letras. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, importa señalar la repercusión alcanzada por el mensaje latinoamericanista del *Ariel*, hasta el punto de haberse sostenido con frecuencia que el concepto de "latinoamericano" había surgido como reacción del espiritualismo del sur frente al utilitarismo del norte, tal como brota de sus páginas:

> La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de proporción social, componen, íntima-

[15] Martí, José, "Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias", *en Obras Completas,* La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1965, vol. 6, pp. 46 a 70. [Los artículos se publicaron en el diario *La Nación* de Buenos Aires, entre el 19 de diciembre de 1889 y el 15 de junio de 1890].

mente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de americanismo... Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles... Tenemos nuestra nordomanía. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.[16]

El tema de lo americano imprime una actitud de compromiso al idealismo rodoniano, del que, sin embargo, está casi por completo ausente la experiencia conflictiva de lo social. Este clima idealista moviliza las ideas sobre el destino de América de un José Ingenieros quien, procedente de otra línea de pensamiento, el positivismo, incorpora abiertamente la problemática social y política, avanzando hacia una posición claramente latinoamericanista y antimperilista. En un sentido semejante se desarrolla también el pensamiento de Manuel Ugarte. Ambos —Ingenieros y Ugarte— dan forma al discurso latinoamericanista de los argentinos que se extiende desde la última década del siglo XIX hasta el primer tercio del XX.

III. El Latinoamericanismo de los argentinos: avatares del último siglo

"América Latina" —y sus derivaciones "Latinoamérica", "latinoamericano", "latinoamericanismo"— es el nombre que el continente se dio como fruto de una creciente voluntad histórica, opuesta a aquella que trasuntan los términos "Panamérica" o "panamericanismo". Voluntad histórica que remite al sujeto desde donde surge la afirmación de lo latinoamericano. Se trata de un sujeto plural, histórico, que ha alcanzado un grado de conciencia y de valoración de sí mismo que hace posible superar localismos estrechos y avanzar hacia esa afirmación. Desde luego que no se traba de afirmar u oponer meros conceptos. Los significantes "América Latina" y "Panamérica" constituyen verdaderas categorías socio-políticas. Es decir que son expresiones simbólicas que dan cuenta de la rea-

[16] Rodó, José Enrique, *Ariel*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 33 y 34.

lidad, de sus tensiones y conflictos, en cada coyuntura histórica precisa. De ahí que se presenten, con frecuencia, bajo la forma de la oposición. Como símbolos, no sólo resumen la realidad tal como ella es, sino que esa constatación va acompañada de una valoración orientada en el sentido de una participación del deber ser; esto es en el sentido del futuro posible esperado.

Entre los argentinos, esa voluntad histórica, expresada en el latinoamericanismo, ha tenido una trayectoria signada por las mudanzas de la propia historia nacional en relación con el contexto internacional. Por momentos sumergida, emergente en otros, la voluntad de integración latinoamericana ha sido discursivamente aludida o eludida, valorada u "olvidada", según la importancia que le otorgaron los sujetos que, en cada coyuntura, tuvieron la posibilidad de influir en la definición de los grandes proyectos nacionales.

Si la producción simbólico-discursiva es uno más de los elementos que configuran el sistema de conexiones (sociales, económicas, políticas, culturales) de una época, entonces, las posiciones favorables al latinoamericanismo o al panamericanismo han de ser interpretadas como profundamente enraizadas dentro de ese sistema de conexiones. Desde luego constituiría un error considerarlas como una moda intelectual entre tantas.

Es posible reconocer en el pasado reciente de la Argentina moderna, esto es desde 1880, tres grandes ciclos históricos. Cada uno de ellos constituiría un conjunto de formas sociales relativamente estables, aunque surcado por tendencias conflictivas en lo económico, social, político y cultural. Separados entre sí por mutaciones que afectaron al conjunto de la estructura social, originadas respectivamente por tres "modernizaciones desde arriba".[17]

La primera modernización (1880-1930) fue impulsada por el naciente Estado argentino con el propósito de superar definitivamente la "sociedad tradicional". Abarcó desde la provisión de obras de infraestructura hasta la laicización de la sociedad civil. Se buscó imprimirle al país los rasgos estructurales que le permitieran ingresar en la economía del mundo capitalista como proveedor de ma-

[17] *Cf.* Tarcus, Horacio, "Crisis del populismo y alternativa socialista", *Utopías del Sur*, Buenos Aires, núm. 3 (Dossier), 1989.

terias primas agrícola-ganaderas. Implicó un proyecto de país agroexportador, abierto, pergeñado al resplandor de aquello que se tuvo como modelo de "civilización": la cultura europea, la organización política de los EE UU de Norte América. Como contrapartida, ese proyecto exigía dejar algo atrás, es decir ejercer el "olvido" sobre aquellos aspectos del pasado "bárbaro" que no condecían con la modernización propuesta. Ello se expresó en los términos de una nueva emancipación que centró, y al mismo tiempo limitó, la problemática en torno a la organización y consolidación del Estado nacional. Si se habló de "ciudadano americano", dicha ciudadanía fue enmarcada dentro de los límites jurídicos del Estado nacional constituido, legitimado al calor de cierto eclecticismo impuesto por la necesidad misma de modernización, dentro de cuyos límites se esfumaba el matiz antimperialista latinoamericanismo.

En el ámbito de esos lineamientos generales la invocación a la "unión de los países americanos" estuvo ideológicamente condicionada por el relieve que se otorgó, dentro de una cierta línea de recuperación de la tradición nacional, a la admiración sarmientina por los Estados Unidos. Así, en la década de 1920, Alberto Palcos proponía en un escrito sobre *El Panamericanismo de Sarmiento*, la formación de "un bloque único (se refiere a los Estados Unidos y Sudamérica) de defensa de los ideales irrenunciables (de paz

[18] *Cf.* Palcos, Alberto, *El Panamericanismo de Sarmiento*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, Serie II, núm. 6. Del mismo autor: "El ambiente filosófico en las naciones americanas", *Humanidades*, La Plata, t. XIII (1926), pp. 133-143.

En la línea de recuperación del americanismo de Sarmiento *cf.* Zeballos Estanislao, *Diplomacia desarmada*, Buenos Aires, Eudeba, 1974, cap.IV: "Las dos políticas internacionales. Mitre y Sarmiento. Juzgadas por los hombres eminentes de la República".

Carlos Octavio Bunge, por su parte, destaca varias etapas en el americanismo de Sarmiento: 1ra. etapa: caracterizada por un rioplatismo utópico, expresado en su obra juvenil *Argiópolis o La capital de los Estados confederados del Río de la Plata*; 2da etapa: se expresa como hispanoamericanismo social y literario; 3ra. etapa: propiamente panamericanista motivada por la admiración profesada hacia las instituciones e ideas norteamericanas y por su adhesión a la doctrina Monroe, posición adoptada frente a la política de recolonización española; 4ta. etapa: en la que sostuvo una especia de "pacifismo americano" que permitiera a las naciones en formación ocuparse de sus propios asuntos nacionales. *Cf.* Bunge Carlos Octavio, *Sarmiento. Estudio biográfico y crítico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

internacional, libertad y democracia)".[18] Ello implicaba relegar, olvidar los ideales de integración latinoamericana y recostarse en el blando lecho de una ciega confianza en las ventajas que podían esperarse de la asociación con el poderoso país del norte.

Sin embargo dentro del universo discursivo epocal se dejaron sentir "otras" voces. El mensaje rodoniano había germinado y tuvo sus frutos. Los ecos del *Ariel* resuenan en las palabras de Ugarte, sumados a una aguda percepción y denuncia de los conflictos sociales y de los intereses políticos:

> ...¡Oh, el país de la democracia, del puritanismo y de la libertad! Los Estados Unidos eran grandes, poderosos y prósperos, asombrosamente adelantados, maestros supremos de energía y vida creadora, sana y confortable; pero se desarrollaban en una atmósfera esencialmente práctica y orgullosa y los principios resultaban casi siempre sacrificados a los intereses o a las supersticiones sociales. Bastaba ver la situación del negro en esa república igualitaria para comprender la insinceridad de las premisas proclamadas. ... El hecho irreductible es que los Estados Unidos, sacrificando las doctrinas para preservar sus intereses, creen cumplir hasta con su deber, puesto que preparan la dominación mundial.[19]

El discurso de Ugarte se inscribe claramente en la línea latinoamericanista que busca una reformulación del pensamiento bolivariano, y consecuentemente, está signado por un fuerte matiz defensivo en contra de los imperialismos.

Se trata de un discurso que surge, en buena medida, como respuesta a las fórmulas ideológicas que en la década de 1890 tomaron cuerpo en los Estados Unidos a raíz de la crisis de superproducción y que sirvieron de justificación para la expansión económica de un capitalismo que ya había alcanzado un alto grado de desarrollo. Así, por ejemplo, la "tesis de la frontera" de Frederick Jackson Turner, la idea de "frontera misionera" de Josiah Strong, la "ley de la civilización" sustentada por Brooks Adams, o la propuesta de "poten-

[19] Ugarte, Manuel, *El destino de un Continente*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 22 (el texto data de 1923).

cia marítima" de Alfred Thayer Mahan. Con tales propuestas se conformó una atmósfera ideológica legitimadora de las nuevas formas de expansión en vistas de resolver los problemas internos mediante la creación de un imperio con sólido respaldo espiritual, económico y político. Desde la expulsión de España del Caribe se inicia la carrera del imperialismo estadounidense que suscitó reacciones diversas en toda América latina, las cuales se tradujeron en distintas formas de afirmación del nacionalismo y del antimperialismo.[20] Antimperialismo que, en el caso de Ugarte, antepone la afirmación de lo propio, esto es el interés supremo de la patria —que "en su concreción directa es la Argentina, y en su ampliación virtual es la América hispana"— a la negación de otros pueblos, en este caso concreto al pueblo de los Estados Unidos. No se trata pues, de invertir la relación de dominación negando al dominador, como éste suele hacerlo con el dominado, sino de encontrar caminos superadores que permitan "relacionarnos con ellos en los desarrollos de la vida futura; pero... sobre una plataforma de equidad".

Podrían señalarse dos aspectos enérgicamente acentuados en la propuesta de Ugarte, a saber: autonomía y resistencia. El primero se encuentra estrechamente relacionado con el proyecto de integración hispanoamericana e imprime una preciosa direccionalidad a las acciones que anticipan el futuro posible y deseado, convocando a

> trabajar en favor de un Continente moralmente unido hasta rehacer por lo menos diplomáticamente el conjunto homogéneo que soñaron los iniciadores de la independencia, reconquistar con ayuda de la unión el respeto y la seguridad de nuestros territorios, y hacer a cada república más fuerte y más próspera dentro de una coordinación superior, garantía suprema de las autonomías regionales.[21]

La resistencia, en cambio, tiene que ver con el reconocimiento de

[20] *Cf.* Rodríguez, Daniel, "Los intelectuales del imperialismo norteamericano en la década de 1890", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, UNAM, núm. 91, 1979.

[21] Ugarte, Manuel, *op. cit.*, p. 35.

la situación inmediata. Por una parte, llama la atención sobre las amenazas externas:

> Las conquistas modernas difieren de las antiguas, en que sólo se sancionan por medio de las armas cuando ya están realizadas económica o políticamente. El 'peligro yanqui' no implica una agresión inmediata, sino un trabajo paulatino de invasión comercial y moral que se iría acreciendo con las conquistas sucesivas y que irradiará, cada vez con mayor intensidad, desde la frontera en marcha hacia nosotros.[22]

La unión solidaria de los países hispanoamericanos también es una forma de resistencia para Ugarte, y la mejor defensa contra las agresiones externas. Pero esto es sólo una cara de la moneda. Es necesario, además, dirigir la mirada sobre nosotros mismos para descubrir la "visión estrecha y ensimismada", la "interpretación regional y mutilada" de nuestro propio pasado que suele impartir la enseñanza escolar. Enseñanza que, aceptada sin crítica la mayoría de las veces, refuerza por una parte el "olvido de los intereses trascendentales", es decir de los intereses que animaron el vasto movimiento de la independencia y las aspiraciones a la unidad de las naciones libres; y por otra parte, alienta a quienes "creen aldeanamente en la buena fe de la política internacional y se ponen a la zaga del resbaloso panamericanismo."

Si las ideas son *acciones* que los hombres realizan en vistas de sus circunstancias —como acentuaba Gaos profundizando la fórmula orteguiana—, entonces podemos afirmar la completa vigencia que para nosotros tienen las palabras de Ugarte:

> Junto al hispanoamericanismo de los juegos florales..., al margen de él, frente a él quizá, hay una dirección política de aplicación real y benéfica, una fórmula diplomática de importancia mundial que será mañana en cierto modo la antítesis de la anticuada melodía que nos ha venido adormeciendo. Toda idea encierra un valor afirmativo y un valor combativo, pensamiento y músculo ... el olvido de los que no

[22] Ugarte, Manuel, "El peligro yanqui" [1901], *La Nación Latinoamericana*, compilación, prólogo y notas de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 66.

han tenido en cuenta la acción que hay que desarrollar frente a las ambiciones de otros pueblos, me ha parecido siempre particularmente peligroso. No puede existir hispanoamericanismo viable sin un instinto de defensa legítima, sin una protesta contra lo que lastima a los núcleos afines, sin una concepción total del problema.[23]

Conocida es la tarea de publicista del mexicano José Vasconcelos, quien impulsa la creación de la Unión Latinoamericana, con el propósito de generar una institución internacional capaz de ejercer una efectiva oposición a la Unión Panamericana. El 11 de octubre de 1922, José Ingenieros, en su discurso de homenaje al mexicano, afirma la gravedad de la hora a la sombra de los acontecimientos que afectan a la América Latina[24] y que convocan a una seria reflexión:

No somos —dice—, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos.[25]

Denuncia, en el mismo discurso, la forma oblicua en que la

[23] Ugarte, Manuel, *El destino de un Continente, op. cit.*, pp. 345 y 346. La utilización que hace Ugarte del término "hispanoamericanismo" no se contrapone en su significación al de "latinoamericanismo". Debe ser interpretado, más bien, en el contexto de la recuperación de la tradición hispánica, representada en buena medida por el *Ariel* de Rodó, y que se encuentra ligada al tipo de reacciones que despertó la ocupación de las islas del Caribe por parte de EE UU a fines del siglo XIX.

[24] Se refiere Ingenieros a la "trayectoria alarmante" para toda América Latina de la política imperialista norteamericana: "desde la guerra con España se posesionó de Puerto Rico e impuso a la independencia de Cuba las condiciones vejatorias de la vergonzosa Enmienda Platt. No tardó mucho en amputar a Colombia el istmo que le permitía unir por Panamá sus costas del Atlántico y del Pacífico. Intervino luego en Nicaragua para asegurarse la posible vía de otro canal interoceánico. Atentó contra la soberanía de México, con la infeliz aventura de Veracruz. Se posesionó militarmente de Haití, con pretextos pueriles. Poco después realizó la ocupación vergonzosa de Santo Domingo, alegando el habitual pretexto de pacificar el país y arreglar sus finanzas". Ingenieros José, "José Vasconcelos", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana,* México, UNAM, núm.74, 1979 p. 10.

[25] Ingenieros, José, *op. cit.*, p. 8.

"diplomacia del dólar" captura la conciencia y la voluntad de los estadistas y define la situación como un caso de "verdadera y simple defensa nacional". Su propuesta, paralela en muchos aspectos a la de Ugarte, señala la necesidad de "resistir" activando las "fuerzas morales" en el sentido de una progresiva integración de los pueblos latinoamericanos, como punto de partida para la futura confederación política y económica. Tarea, ésta, que es asumida en el discurso de Ingenieros bajo el cariz de "misión de la juventud latinoamericana".

¿A qué aluden esas "fuerzas morales" de las que habla Ingenieros, sino a las formas muy concretas en que históricamente hemos sido capaces de construir y afirmar nuestra propia identidad? Porque —debemos decirlo— tras las categorías del "panamericanismo" y del "latinoamericanismo" vibran, siempre de manera compleja y contradictoria, formas de alienación o de autoafirmación, implicadas en la cuestión eminentemente ética de la propia identidad y resumidas en la pregunta ¿quiénes y cómo somos? Pregunta cuya respuesta involucra mucho más que una descripción geográfica u ontológica. Compromete una toma de posición axiológica, una determinada valoración del sujeto mismo del preguntar.

A partir de 1930 se impone en la Argentina una nueva modernización, frente a los signos evidentes del agotamiento intrínseco del régimen social de acumulación vigente y a la crisis política que significó la emergencia del radicalismo y la consecuente pérdida del control del estado por parte de la clase dominante. La crisis mundial del '29, por otra parte, ponía punto final a la ilusión del progreso indefinido. La nueva modernización se caracterizó por una progresiva centralidad económica de la industria según el modelo de sustitución de importaciones y la protección del mercado; por la presencia de un estado regulador que interviene en la acumulación misma; por el crecimiento social y sindical del proletariado urbano. Hacia 1946 se completa el nuevo modelo con la configuración del estado benefactor que conjuga el patrón de acumulación iniciado en los treinta con el patrón de distribución incorporado por el peronismo. Después de 1955 se producen variantes dentro del mismo régimen de acumulación que, sin embargo, mantiene su vigencia hasta mediados de los setenta.

En este contexto predominó el interés por los problemas sociales y políticos nacionales, aún cuando se los abordara desde una perspectiva expresamente supranacional. Sin embargo el tema de lo nacional y de la nacionalidad fue abordado de muy diversas maneras.

Así, por ejemplo, Hernández Arregui sostiene que la pérdida de la unidad de las naciones latinoamericanas, su fractura y debilitamiento continuos, fue una de las consecuencias negativas de la emancipación, que estuvo dirigida por la aristocracia criolla cuyos intereses coincidían con las necesidades británicas de desplazar a la decadente España en el dominio del mercado con las colonias. Sin embargo, el pueblo americano no habría participado de sentimientos antiespañoles. El autor entiende que es necesario reivindicar a España en cuanto a la política económica, proteccionista, que habría resultado favorable a las colonias; lo mismo que las condiciones de vida, difamadas por la prensa inglesa; y el hecho de que las relaciones entabladas entre España y los pueblos americanos habrían sido de provincias y no de colonias. La anarquía desatada con posterioridad a 1810, habría sido también una consecuencia negativa de la ruptura del equilibrio proteccionista del sistema administrativo español. Frente al hecho consumado de la emancipación, el autor propicia una suerte de "reencuentro con nuestros orígenes hispánicos" descastados por las oligarquías nativas del siglo pasado y del presente.[26]

Desde una perspectiva, que apela a un juego poco crítico de exclusiones y deshistorizaciones, se corre el riesgo de propiciar una visión refluyente según la cual el destino histórico de América es una unidad esencial, cuyo germen palpita desde la época colonial en virtud de la homogeneidad en cuanto a lengua, cultura y comercio que España implantó en el continente. Si la unidad es esencial, las diferencias son contingentes y secundarias, serían la consecuencia de la política disolvente de las grandes naciones cuyos intereses pugnaron en el continente desde el momento mismo de la emancipación. Es decir que la unidad de América Latina era una realidad antes de la independencia, ella tenía su expresión política en el

[26] Hernández Arregui, Juan José, *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Hachea, 1969, p. 119.

Imperio Español y sus portadores naturales en las masas —rurales, entonces; hoy urbanas— portadoras del "nacionalismo". Consecuentemente América Latina cumpliría con su destino si lograra reencontrar su potencial económico y recuperar su filiación cultural perdidos desde la emancipación y hoy desmenuzados por Estados Unidos y Europa.

¿Hasta qué punto una visión, de tal suerte esencialista —en el sentido más abstracto del término— y unilateral favorece la construcción histórica, cotidiana y objetiva de la propia identidad y su proyección en el sentido de la integración latinoamericana? Pues no se trata de negar el pasado, pero tampoco de clausurar, bajo el supuesto de su pretendida esencialidad, la posibilidad de construir desde el presente, asumido en toda su complejidad, una opción latinoamericana.

Otro es el caso de José Luis Romero, quien en un escrito de 1947 sobre *Los elementos de la realidad espiritual argentina*, establece una "línea de fractura" que permite distinguir un antes y un después en el desarrollo histórico de la Argentina. Ésta tuvo las características de un país maduro, según el autor, "mientras existió una Argentina criolla identificable por un definido estilo cultural... un estilo criollo que era versión americana de una originaria concepción hispánica de la vida." Esta Argentina se habría frustrado por su incapacidad para adaptarse a un mundo que no toleraba unidades nacionales herméticas. La oposición entre "mentalidad criolla" y "mentalidad universalista" comenzaría, sin embargo, a agrietarse frente a la emergencia de una nueva realidad económica y social que diera lugar a una tercera mentalidad, la "aluvial".

> Mentalidad de masa, —dice el autor— ha roto todos los diques que pudieran limitarla y no reconoce los valores sostenidos por las minorías con que se enfrenta sin someterse... resulta de la mera yuxtaposición de elementos que provienen de distintos orígenes, sin excluir los tradicionales criollos.[27]

[27] Romero, José Luis, *La experiencia argentina*, Buenos Aires, FCE, 1989, p. 105 (Col. Tierra Firme). La diferente valoración de las "masas" que se evidencia entre los dos autores —Romero y Hernández Arregui— radica en buena parte en sus respectivos análisis y apreciaciones respecto del fenómeno del "peronismo", hecho relevante en la vida social, política y cultural de la Argentina contemporánea.

Ello hace que, en esta etapa, la realidad espiritual argentina se caracterice —según Romero— por ser "inasible" y "proteica". Inasible en la medida que oculta su verdadera esencia tras su constante variabilidad, y proteica por la existencia inestable de elementos diversos con poca coherencia interior. Lo que le presta "una fisonomía juvenil, casi adolescente", con fuerte tendencia europeizante.

No obstante, el pensamiento argentino —"que ha recogido mucho, de muchas partes"— ha representado y vivido como pensamiento aplicado aquello que ha recibido y encuentra su punto de concentración en la interpretación de la realidad nacional. Desde este ángulo del pensamiento, primordialmente práctico, encara Romero el tema de las "alianzas". La experiencia histórica es abundante en ejemplos de

> ...alianzas de ciudades de escasa magnitud material, cuyo esfuerzo solidario consiguió afrontar la fuerza de grandes imperios... (y de cómo), eventualmente, el auxilio de grandes potencias solidarias pudo robustecerlas; pero —enfatiza el autor— era necesaria una decidida conducta y una profunda comprensión de sus permanentes intereses para que ese auxilio no se tornara en una nueva dominación. Una situación semejante parece presentarse como única solución posible para los países latinoamericanos.[28]

En esta perspectiva, la política viable, tanto para nuestro país como para el resto de los países americanos, es la de una "alianza democrática continental" que permita equilibrar fuerzas para enfrentar a los bloques económico-políticos en formación o en reajuste después de la Segunda Guerra Mundial. No se descuenta el auxilio de Estados Unidos, como potencia solidaria, siempre que se establezcan condiciones igualitarias de trato. Advirtiendo, además, que la política exterior no es una cuestión abstracta sino que, por el contrario, trasunta de manera precisa sobre la política interior. Los intereses de una gravitan sobre la otra, de modo que ambas caras de la política deben estar presentes en toda reflexión sobre alianzas.

[28] *Ibid.*, p. 428.

En última instancia, de lo que se trata, también en el caso de Romero, es de una cuestión de identidad: de la afirmación de lo propio, necesaria como punto de partida de toda alianza orientada al crecimiento y no al sometimiento de unos aliados por otros. Afirmación de la propia "esencia", que en este caso no se resuelve en formulaciones abstractas, sino que comprende sucesivas etapas de adentramiento en lo social en las que se van mostrando los elementos, no siempre homogéneos ni armónicos, que constituyen la objetividad concreta donde ella arraiga. En la segunda mitad de los sesenta y primera de los setenta retoñó con vigorosa savia la cuestión del latinoamericanismo entre los argentinos. Diversos enfoques confluyeron —no siempre de manera cadenciosa— en el análisis y la búsqueda de medios que significaran tomar distancia crítica frente a las ambigüedades de las teorías del desarrollo y el integracionismo. La indagación de lo propio, que conjugaba en distintas proporciones lo nacional, lo popular y lo latinoamericano; los planteos de la dependencia; la función encubridora de lo ideológico; la búsqueda de caminos liberadores; tuvo multitud de expresiones en la dimensión simbólica de la cultura, desde ciertas formas ingenuas del telurismo hasta las formas más elaboradas del pensamiento. En este contexto nació la Filosofía de la Liberación y adquirió renovado impulso la Historia de las Ideas Latinoamericanas. Sin embargo, un gesto brutal de exclusión de quienes no aceptan lo "diferente", desgarró el brote; pues solamente percibieron en lo "otro" el espectro de la disgregación.

No es fácil caracterizar a la Argentina de las últimas décadas. La crisis mundial de los años '73-'74, crisis del estado benefactor, puso límite a las posibilidades históricas del modelo de acumulación basado en el crecimiento de la ocupación, las reformas sociales, la ampliación del Estado, las ideologías de integración y desarrollo. Significó en nuestro país el agotamiento del modelo basado en la industrialización sustitutiva. "Un nuevo intento 'refundacional', una nueva 'modernización' desde arriba, salvajemente autoritaria y excluyente, comenzó a implementarse desde 1976."[29] El nuevo modelo que comienza a pergeñarse desde esa fecha inclu-

[29] Tarcus, Horacio, *op. cit.*, p. 8.

yó una recomposición de las clases sociales, la configuración de un nuevo poder económico con el predominio de grupos nacionales y empresas extranjeras y el proceso de reestructuración definitiva del estado benefactor que se volvía costoso dentro de este modelo.

La coerción fue el medio por el que se impuso, en su primera etapa, el nuevo modelo. Coerción que, en el terreno de las manifestaciones intelectuales, significó el silenciamiento de las diferencias. Y fue visto como diferente todo esfuerzo, toda búsqueda que intentara caminos alternativos o críticos respecto de cierta tradición, puesta como única y caracterizada en trazos gruesos, sin reconocer matices, como "occidental y cristiana". Parece una verdad de perogrullo afirmar que muy difícilmente se haya dado una defensa del latinoamericanismo que pase por alto o desconozca la tradición occidental, pero obviamente se trataba de muy diversas formas de asumir lo occidental. Sobre el tema del latinoamericanismo y sobre sus portadores recayó la impasible sentencia del silencio y del exilio. "Claro que el viaje hacia el exterior exótico o hacia la interioridad desgarrada mediante el cual la reflexión acentuaba su nomadismo no era precisamente la consecuencia de un gesto libertario; sí la trágica realización de un castigo que, atravesando los siglos, daba cuenta de una macrofísica del poder en la cual también se desnudaba el anacronismo argentino."[30]

Entre los argentinos que tuvieron la palabra encarnó la actitud pragmática de ajustarse a una cierta forma de racionalidad, pretendidamente universal, que venía a legitimar la imposición del nuevo orden con el lenguaje de la cooperación:

> Su lenguaje se va ajustando más a un compromiso pragmático que a la utopía. En la medida en que se constata que no todos los países "desarrollados" son culpables, ni todos los "en desarrollo" inocentes, que ambos mundos tienen problemas graves y crecientes, el ideal de un "nuevo orden" se hace más permeable a la razonabilidad histórica y menos susceptible de "politización indebida".[31]

[30] Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, p. 10.

[31] Massuh, Víctor, *El llamado de la Patria Grande*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 22.

Tal perspectiva de la cooperación exige, por una parte, un nuevo ejercicio del "olvido". Aquello que se olvida son, justamente, las diferencias: económicas, sociales, políticas y culturales, cuyo reconocimiento y aceptación constituyen a nuestro juicio condiciones posibilitadoras de todo diálogo fecundo. Por otra parte, esa cooperación exige cierta fidelidad cuyo objeto, definido en términos abstractos, es el "espíritu a secas", pues del occidente contemporáneo —de la Europa convulsionada de las últimas décadas— sólo se percibe, con una mirada unilateralmente condicionada, la faz de la decadencia y la disgregación.

Si la Europa del siglo XX no ofrece modelos ¿en dónde buscar los signos del espíritu?. En nosotros mismos —se dirá— a partir de nuestra "soledad". ¿Constituye esta aseveración una afirmación del *nosotros* y de lo *nuestro* que permita entender en sentido latinoamericanista "el llamado de la "Patria Grande"?

Si bien, para V. Massuh, la cultura latinoamericana es una cultura de síntesis, capaz de integrar el componente indígena, el africano, el ibérico y el europeo moderno; sólo la cultura occidental de los siglos XVII y XVIII es la que ejerce "la real tutoría de América". De modo que "las ex colonias latinoamericanas llevaron a cabo su liberación para sentirse europeas... (para) incorporarse a occidente", aún cuando sólo les cupiera un lugar en "el occidente de los confines", históricamente marginado "del espectáculo de la universalidad europea". En virtud de su gran receptividad la inteligencia latinoamericana habría logrado "un universalismo capaz de unificar los fragmentos del mundo" y conservarlos, hasta hoy, fusionados conforme a su esencia.[32] De tal suerte que, así como en el siglo XV la vieja Europa asfixiada y carente de horizontes encontró en América "la promesa unificadora de un nuevo mundo", convirtiendo esta fórmula inicial en "un comienzo absoluto", es decir, "en un proyecto histórico fundado en la superación de los dualismos"; así hoy

> vuelve una y otra vez ese oscuro llamado que se conoce como la Utopía de América: el sueño de la unidad...

[32] *Ibid.*, pp. 135 a 144.

Ese llamado ayudará al hombre de estas tierras [las de Europa] a enfrentar los espasmos de un mundo que se agota: el espíritu de secta, el oscurantismo de la ideología, ...la seducción de la Nada... Acaso pueda intentarse un rescate del futuro, aclarar su horizonte enrarecido por el veneno de tantas explosiones... La tradición americana de la síntesis nos ayudará a soldar los tres momentos del tiempo, hoy terriblemente fisurados...

La vocación de síntesis del humanismo americano... acaso pueda recomponer al individuo según la vieja imagen del héroe, el único, el solitario, el precursor...

Sin el aporte de nuestros pueblos hoy el espíritu no puede proseguir su marcha.[33]

Esta perspectiva universalista exige, decíamos, una fidelidad abstracta al espíritu y un olvido de todo lo que escapa a su univocidad. Más lo que, en este caso, cae bajo el manto negador del olvido son, a nuestro juicio, las formas históricas, muchas veces agónicas, por las que ha transitado y transita la búsqueda de la identidad latinoamericana. Identidad buscada y sustentada por sujetos sociales concretos a través de experiencias históricas heterogéneas. De ahí que esa identidad que se nos muestra como una en el plano del "ser" y del "deber ser", es también diversa en la medida que se va construyendo en cada momento, en cada una de las formas que asume la valoración de lo propio y la autodeterminación. No es que cometamos la ingenuidad de desconocer la aspiración de universalidad que conlleva todo ejercicio de autoafirmación; antes bien, de lo que se trata es de reconocer que esa afirmación es hecha desde una diversidad a la vez intrínseca y extrínseca, desde contornos históricos, políticos, axiológicos y aún geográficos diferentes. Suponer la existencia de una esencia universal ahistórica, única verdadera, no sólo constituye un encubrimiento ideológico de la realidad, en este caso, de nuestra realidad latinoamericana, sino que además, conduce al autodesconocimiento y la enajenación. Si hay un "llamado", cabe preguntarnos ¿quién es el que invoca y quién el convocado?. La respuesta surge de inmediato: el espíritu prístino, recibido y conservado por América, convoca al

[33] *Ibid.*, pp. 200 a 204.

espíritu decadente y disgregado de la Europa contemporánea, lo rescata para que pueda proseguir su marcha. Suprema generosidad, que sin embargo estriba en el gesto violento por el que se pretende eliminar todas las diferencias.

Semejante llamado significa además esfumar, borrar definitivamente los contornos de la "Patria Grande", nombre con el que, en la tradición latinoamericanista, se alude a la utopía bolivariana de unidad de los pueblos libres desde el Río Grande a Tierra del Fuego. Utopía, decimos, no en el sentido negativo de lo inexistente porque carece de lugar, sino en el sentido positivo del proyecto que anticipa la posibilidad histórica de lo "otro", de lo nuevo, de lo qué aún no es pero puede llegar a ser. Proyecto cuya comprensión cabal se logra atendiendo al mismo tiempo a lo que se propone y al sujeto que propone. Es decir, a "nosotros" los latinoamericanos abiertos, desde la afirmación de nuestra propia diferencialidad, al diálogo fecundo con todas las culturas. El cual quedaría trunco, una vez más, si resignamos el derecho a nuestro propia utopía por la invocación impersonal y abstracta que, usurpando el nombre, nos es oscuramente presentada como llamado de la Patria Grande.

> Hay un bolivarismo —dice Arturo Roig—[34] que es el que queremos ser, el que pretendemos asumir, derecho este que nadie nos puede negar en cuanto que la posición ante el legado cultural y en este caso de nuestra historia de luchas por la liberación, no es el de la recepción pasiva, pero menos aún el de su ignorancia. Si para la historiografía vulgar el descubrimiento se produjo en un día puntual, para nosotros el "descubrimiento" es tarea que se ha ido acumulando a lo largo de cinco siglos. ¿Por qué no afirmar que el día 9 de diciembre de 1824 en las ásperas cuestas de Ayacucho se cerró un largo período y se abrió otro, que es el que todavía vivimos, en el que la tarea ha sido de modo permanente la de irnos conociendo a nosotros mismos?. ¿Por qué no pensar que un Eugenio Espejo descubrió nuestra realidad americana desde su Quito del siglo XVIII, así como el padre Clavijero lo hizo desde su exilio italiano, en esa misma época? Descubrimientos, autodescubrimientos sucesivos, tarea que no puede detenerse y que la sostendremos en la medida en que tengamos la valentía de sentirnos sujetos de nuestra propia historia.

[34] Roig, Arturo Andrés, *Nuestra América frente al panamericanismo y el hispanismo: la lección de Leopoldo Zea,* Mendoza, 30 de noviembre de 1990 (Mimeo).

Horizonte ideológico en las políticas culturales del siglo XX argentino

Liliana Giorgis
Dante Ramaglia*

I. Introducción

La producción cultural representa un campo estratégico en la vida social de un pueblo. Tanto los contenidos de la vida cotidiana de los sujetos, como las definiciones institucionalmente valoradas, están atravesadas por significaciones que conceptualizan y tienden a organizar la dinámica del quehacer histórico.

Sin embargo *lo cultural* no es una estructura estática, sino que siempre está en un continuo proceso de transformación. Este proceso se explica, aun en aquellos momentos que no se caracterizan por situaciones de cambio, por la presencia de múltiples sujetos que, desde un mismo ámbito cultural, interpretan, resemantizan o consumen el capital del mismo, de acuerdo a necesidades o concepciones que no siempre son homogéneas.

Si partimos del supuesto que en el campo de la cultura convergen los múltiples contenidos simbólicos producidos por los sujetos, a partir de diversos horizontes desde los cuales caracterizan los modos de representación de la realidad objetiva, también podemos reconocer, por la presencia de diferentes perspectivas de comprensión y valoración de esta realidad, tensiones y conflictos que tienen que ver con la producción, distribución y apropiación de los bienes culturales.

Así, los procesos culturales al ir definiendo el sistema de valores

* La elaboración de las partes I, II y IV del presente trabajo son responsabilidad de Liliana Giorgis; la elaboración de la parte II es la responsabilidad de Dante Ramaglia.

de una época y de una determinada sociedad, se constituyen para los sujetos políticos comprometidos con la misma, como un campo de constante preocupación. Desde los ámbitos institucionales se apunta a reproducir los contenidos simbólicos de un *deber ser* que indica el encuadre orientador de las prácticas sociales. Las concepciones subyacentes a la construcción de este *deber ser* gravitan sobre la determinación y ejecución de políticas, capaces de refractar en la sociedad el modelo axiológico valorado como referente del quehacer cultural, y eficiente para cumplir con la función de mediatizar aquellos elementos heterogéneos, que eclosionan en la formación de las más diversas e intensas interpelaciones colectivas.

En este sentido creemos posible acotar la problemática de lo cultural a una dimensión de análisis que apunta a la comprensión del vínculo existente entre las prácticas sociales concretas y los términos en que se configuran los perfiles de este campo específico de la vida nacional, a partir de la interrelación entre el Estado y la cultura.

El Estado, dentro de un determinado sistema político, tiene un papel protagónico en cuanto articula las culturas subalternas a una *razón cultural*, legitimada a través de organismos institucionales propios. Dichos organismos determinan la dirección, selección y distribución de los bienes simbólicos que garantizan la estabilidad del sistema. Los procesos sociales de producción, las acciones significantes de los sujetos y las diversas manifestaciones discursivas estarían contenidos por una previa configuración homogeneizante de la *identidad nacional*. Sin embargo, frente a esta lógica de la cultura, caracterizada por un proyecto de integración que tiene como fundamento concepciones universales sobre el *deber ser nacional*, nos encontramos con formaciones culturales arraigadas en tradiciones heterogéneas y con imaginarios colectivos muchas veces contradictorios a las definiciones que desde los ámbitos oficiales pretenden describir el quehacer cotidiano. En este sentido podríamos hablar de la tensión entre dos lógicas, con modalidades de ser antagónicas y en pugna por la posibilidad de acceso a los distintos espacios de acción y expresión.

Por otra parte, el ámbito cultural, si bien representa un campo

específico dentro de la vida nacional, no se desarrolla independientemente de otros ámbitos o aspectos presentes en la misma. Así, existen íntimas vinculaciones con las estructuras económicas y políticas y, también, con la moral y las cosmovisiones de sujetos que, desde un determinado espacio de poder, fijan los ideales constitutivos del campo cultural y de los modos de relación y organización social, no siempre representativos del abanico de diferencias y necesidades o demandas sociales. Esto provoca un núcleo de *desencuentros* entre las metas culturales fijadas de modo unilateral, por la implementación de políticas impulsadas por determinados sectores ideológicos o de poder, y los fenómenos culturales concretos, tras cuyos procesos de diferenciación se van caracterizando los elementos de una cultura objetiva. Cultura desde la cual los sujetos de diversos sectores redefinen sus intereses, necesidades, cosmovisiones e ideales de vida.

Así, tenemos, por un lado, las propuestas de políticas culturales, que acompañan de modo efectivo a proyectos ideo-políticos, económicos y sociales, y que, además, tienden a mantener, o transformar, un determinado sistema de organización política. En estas propuestas se busca acotar los *valores positivos* de la cultura y lograr la internalización de los mismos de modo tal que queden incorporados, dentro del tejido social, como *aspiración* de todo sujeto que procure una inserción en las estructuras sociales e institucionales de su mundo.

Pero, por otro lado, también se generan luchas simbólicas a partir de las tensiones que surgen por la presencia, dentro de un escenario histórico-social común, de modos de interpretar y valorar los contenidos diversos que van conformando o construyendo el mundo cultural, en el cual están inmersos múltiples sujetos con distintas prioridades y, también, con concepciones éticas contrapuestas.

Esto nos permite reconocer los procesos culturales a partir de una dinámica histórica conflictiva, en la cual podemos rastrear tanto las formulaciones de discursos y contradiscursos, como las manifestaciones de prácticas alternativas o de resistencia, enfrentadas a la ejecución de proyectos promovidos por sectores hegemónicos.

Si partimos del horizonte de relaciones que vinculan el sistema

cultural a los sistemas políticos, económicos y de organización social, también podemos sospechar de la producción histórica de un sistema de valores, construido a partir de la legitimación de un *deber ser* que, expresado en normas sociales, opera sobre la definición de los *estilos de vida* como espíritu conformador de las prácticas sociales. Espíritu que repercute sobre la expresión de elementos culturales en una amplia gama de actividades sociales —espectáculos, arte, literatura, educación, lenguaje—, sobre organizaciones de las prácticas sociales de la vida cotidiana y, también, sobre los ideales que justifican un determinado modo de ser.

Estas reflexiones acerca de la dinámica de los procesos culturales, nos abren una perspectiva de análisis que permite comprender, de modo crítico, el quehacer cultural de la Argentina en nuestro siglo. La producción discursiva de los diversos sujetos y las prácticas sociales están atravesadas, también en nuestro país, por tensiones generadas a partir de la dialéctica entre las dos lógicas que hemos mencionado: una producida desde el dinamismo de la vida cotidiana y, la otra, acotada por los contenidos axiológicos de un *deber ser universal*, que busca ser proyectado de modo homogéneo desde el Estado y sus instituciones como fuerza organizativa y de control.

En nuestro país, lo cultural se constituye como problemática institucional específica a partir de la década del cuarenta de este siglo, cuando son formulados los primeros programas de política cultural. No desconocemos la presencia de este campo de acción en la historia anterior a la época a partir de la cual proponemos nuestro análisis. Pero lo que justifica esta elección tiene que ver con el interés de profundizar dicha temática desde las formulaciones específicas de políticas culturales que se han hecho y, también, en los modelos de organización con directrices incorporadas a los planes de acción cultural con objetivos operativos concretos.

El horizonte de esta problemática es tan amplio, que nos hemos visto obligados a circunscribir nuestro panorama de comprensión a la producción de discursos y bienes simbólicos, que gravitan sobre la organización de las prácticas sociales, cuyas características heterogéneas van generando tensiones y conflictos. Las políticas culturales propuestas por sujetos representativos de distintas ten-

dencias políticas, desde el primer gobierno peronista hasta nuestros días, están cargadas de valoraciones que acompañan los ideales que, al ser refractados sobre la organización de la vida social, buscan reproducir y garantizar las estructuras de un determinado sistema político-económico, ideológico y cultural.

En virtud del recorte teórico-metodológico que realizamos para abordar la problemática cultural argentina, hemos preferido elaborar una periodización que responde a criterios de comprensión ideológica más que a una división cronológica, señalada por la sucesión de períodos y figuras políticas. Esta elección, si bien resulta por una parte arbitraria es significativa desde otro enfoque, por cuanto pone de manifiesto tendencias ideológicas que se van superponiendo, en algunos casos, y contraponiendo o censurando en otros. Esto determina una dialéctica de contradicciones, generadas por la presencia simultánea de *grandes cosmovisiones universales*, que definen los contenidos de nuestra cultura nacional, y los distintos ideales de los sujetos sociales concretos, que se disputan un lugar en el mundo cotidiano de sus prácticas.

Los proyectos de políticas culturales de nuestro país, han apuntado a definir, sistematicamente, el universo de valores, los sujetos históricos que conforman el entramado social y los espacios de acción y reacción formalmente aceptados por el sistema político-nacional. Sin embargo, el dinamismo histórico muestra un mapa de irrupciones y conflictos, a partir de los cuales se van redefiniendo las concepciones culturales, que no alcanzan a dar respuesta a las necesidades y expectativas de los múltiples y heterogéneos modos de ser característicos de los sujetos que protagonizan nuestro quehacer histórico.

Tomamos como punto de partida en nuestro análisis la década del cuarenta y el primer gobierno peronista. Años significativos en el quehacer cultural de la historia argentina por cuanto la constitución de un nuevo sujeto social, la clase obrera, indica la desarticulación de viejas políticas, que tienen que ser redefinidas en pos de la necesidad de dar respuestas a las demandas de este sector, pero, también, a la urgencia de mediatizar y controlar la emergencia que impulsa una apertura en las estructuras de organización socio-po-

lítica y económica y que, además, cuestionan el acceso a los bienes culturales y materiales hegemonizados hasta entonces por las clases privilegiadas del país.

Desde los umbrales de estos años nuestra historia, delineada a grandes rasgos, se caracteriza por la interrupción, sucesión y, también, intercepción de los ideales democráticos —que la mayoría de los gobiernos constitucionales pretenden expandir desde las organizaciones institucionales, hasta las costumbres de vida más concretas y elementales— y la irrupción, intercalada de modo casi continuo, de gobiernos autoritarios y militares que, en el ámbito de lo cultural, han hecho un despliegue de proyectos, organizados a partir de la necesidad de implementar políticas de *censura disciplinar* que encaucen hacia los "verdaderos valores morales" el quehacer social. Los cortes entre unos y otros, en este ámbito, no son siempre tan claros; pues vemos en muchos enunciados discursivos y planes operativos de acción política cómo los valores de *una* tendencia ideológica se reproducen, no siempre de modo explícito, en el universo textual de *otras* tendencias no coincidentes con el particular horizonte de la política global que las caracteriza y encuadra. Así, podemos encontrar en los contenidos de políticas populares, democráticas y pluralistas, indicios de tendencias totalitarias y discriminatorias que, en el mejor de los casos, las atacan como el peor de los peligros que atentan contra la "seguridad" y "unidad" nacional. Entre otros ejemplos, también nos parece representativo de esto, las concepciones extremas y hasta ambiguas que se desprenden de los contenidos de un *nacionalismo* matizado por tintes ideológicos polares pero, también, coincidentes, a veces, en algunos aspectos y metodologías que acercan estas posiciones aparentemente antagónicas. Asimismo se van desarrollando paralelamente posiciones alternativas que no alcanzan a articularse en los espacios institucionales de poder, pero que van marcando presencia en los conflictos que caracterizan el dinamismo histórico epocal.

Estas *otras posiciones*, si bien no logran expresarse en los ámbitos culturales legitimados institucionalmente, dejan, no obstante, señales de su existencia al ser declaradas por los discursos

hegemónicos como "negativas", "carentes de valores que promuevan el `bien nacional'" o "peligrosas".

El reconocimiento de estas tensiones indica para nuestra periodización otra pauta ideológica de recorte, que empieza a tomar cuerpo en la década del sesenta, con la lucha a nivel nacional e internacional en contra de los *procesos revolucionarios*, encauzados en el horizonte de los ideales de una "izquierda radicalizada". Los principios ético-políticos que fundamentan esta lucha ideológica quedan incorporados, con distintos matices, en el accionar práctico y enunciativo del discurso oficial posterior.

Es en la década de los años setenta cuando se implementa una *represión abierta* contra aquellos ideales; lucha que sólo comenzará a ponerse al descubierto institucionalmente en los inicios de los años ochenta con la apertura democrática, momento en el cual se produce un gran movimiento de reestructuración en el quehacer cultural del país. Las políticas culturales tienen como eje la imperiosa necesidad de recrear, junto con la reconstrucción de nuestra historia, los espacios de participación, producción y consumo de los bienes culturales, en el marco de una lucha contra la cultura del autoritarismo impuesta e internalizada en nuestros productos simbólicos.

Finalmente, estas políticas empiezan a tomar *otro rumbo*, que al parecer caracterizará los últimos años de nuestro siglo. El horizonte de este nuevo rumbo está diseñado por los ideales de un *neoliberalismo* que, lanzado a festejar el triunfo del sistema capitalista, declara definitivamente la muerte de las ideologías. Es decir, la muerte de los ideales de aquella izquierda radicalizada y de las utopías de justicia y transformación social. Se trata de poner fin a la "infiltración" que, desde los discursos más reaccionarios, es declarada como ideología que viene a distorsionar los contenidos del "deber ser nacional", que aseguran una organización de la vida socio-cultural en el marco de los valores heredados del occidente.

II. La emergencia cultural en la consolidación de la nación y del Estado

La problemática que surge a partir del reconocimiento de las acciones específicas que sobre el campo de la cultura emprende el Estado, alcanza, en nuestro país y en toda Latinoamérica, una forma orgánica en los años setenta, por el impulso, a nivel internacional, de conferencias y trabajos sobre este tema, que patrocina la UNESCO, por medio de la OEA y los países miembros que asimilan la iniciativa, especialmente los de América Central y del Sur. En esta época el aspecto cultural adquiere una presencia institucional más notable, al ser incluido como sección especial en los planes y evaluaciones de los distintos gobiernos. Así, se promueve la organización de encuentros regionales y nacionales —como por ejemplo los coordinados por FLACSO— para que, a través de la discusión sobre esta temática, se logre un tratamiento más preciso y una acción más adecuada.[1]

Si bien la programación estatal de la cultura ha sido reconocida recientemente como problema, en la Argentina moderna puede ser rastreada a lo largo de su historia, ya que las transformaciones producidas al interior del Estado y las relaciones que éste entabla con la sociedad civil, están ligadas con los cambios promovidos por los distintos modos de entender y encarar la acción cultural. La misma concepción y función del Estado se ha ido reformulando de acuerdo a los intereses de los distintos sectores sociales que lo han conformado y, también, a partir de la necesidad de generalizar respuestas e interpelaciones nuevas, ante las cambiantes circunstancias que han caracterizado a la Argentina del siglo XX. Esto está determinado, asimismo, por los diferentes procesos mundiales que han afectado profundamente la estructura económica y política de los países dependientes o periféricos.

Por la interrelación existente entre lo político y lo cultural, en la actualidad cobra importancia su función integradora de las diversas

[1] Sobre las distintas fases que ha tenido este tema en la región puede verse: García Canclini, N. (comp.), "Políticas culturales en América latina": Introducción. Harvey, Edwin, *Legislación cultural de los países americanos,* Buenos Aires, Depalma, 1980.

expresiones que van construyendo el imaginario colectivo y el entramado simbólico de determinada sociedad, surcado por las apropiaciones y redefiniciones que opera el Estado para motorizar una acción política global, atendiendo en forma especial la cultura como factor aglutinante.

Por lo expresado anteriormente, creemos conveniente ubicar, dentro del período que abarca la configuración del Estado nacional hasta nuestros días, las distintas prácticas implementadas desde la esfera oficial, para direccionar los hechos culturales que, aunque inicialmente no respondan a un plan integral de acción o a una política cultural propiamente dicha, su referencia puede servir para la comprensión de la dinámica de algunos procesos políticos, de sus mecanismos de promoción y control cultural, y para iluminar el modo como se han articulado formas de adaptación, apoyo o resistencia a los proyectos que han sido pensados para nuestra sociedad argentina contemporánea.

Los antecedentes que consideramos como más inmediatos para el estudio de la constitución cultural del país, coinciden con el período que parte de 1880, conocido como *Organización Nacional.* Surge la propuesta de una "modernización" bajo el signo ideológico del liberalismo. En cuya realización siguen ejerciendo influencia las figuras de Sarmiento y Alberdi, a quienes también había correspondido el planteo sobre un carácter "autónomo" y "propio" de lo nacional y lo americano; esto último sujeto a los límites y contradicciones experimentadas por sus mismos gestores.

Este proceso suponía la incorporación al capitalismo internacional, basado en un modelo agroexportador, que impulsaba una lenta reconversión hacia la producción industrial a principios de este siglo. Las condiciones favorables a este modelo habían generado un cierto proceso de crecimiento, hegemonizado por la oligarquía terrateniente nacional.

A partir de esta situación se había afianzado en la República la implantación y generalización del sistema educativo, con lo cual se pensaba arribar a una etapa de "civilización" y mayor "progreso" para eliminar el atraso producido por la presencia de las tradiciones heredadas de la época colonial. De esta manera se comprendía la

educación y la cultura en general como pertenecientes a la Europa moderna. Los paradigmas que surgían de ésta fueron transplantados a las grandes ciudades del país, para luego incorporar sus contenidos a la población local.

De las mismas restricciones presentes en el esquema impuesto por el Estado liberal se desprendía, entre otras coas, una separación efectiva entre una cultura "culta", detentada por unos pocos privilegiados e "iluminados", y una cultura "popular" que recogía buena parte de aquellas tradiciones que se había buscado eliminar o modificar mediante la extensión de la educación. Para el primer caso se aplicó una forma de mecenazgo oficial, con el funcionamiento de grandes instituciones culturales como Biblioteca, Museo, Teatro y Archivos Nacionales; creación de bibliotecas populares y públicas; promoción de la creación artística y cultural a través de premios, becas y distinciones. También rigen criterios artísticos en la construcción de edificios y monumentos públicos; y son dispuestas medidas legislativas que tienden a conservar y proteger los bienes que constituyen el patrimonio cultural de la nación. La otra cultura de circulación popular se encontraba condenada al silencio, y va tomando voz y forma con el transcurso del tiempo —un primer eco o reflejo de este hecho lo puede representar el *Martín Fierro* de José Hernández.

La conformación de este ámbito popular se presenta igualmente como un espacio móvil. La incorporación masiva del inmigrante, a fines del siglo pasado y principios de éste, convertido en mano de obra especializada de una incipiente industrialización, agrega elementos de su cultura y valores propios y sustituye en parte al "autóctono", compuesto mayoritariamente por "mestizos" y "criollos" —en nuestro país la raza india había sido prácticamente eliminada con la ocupación de sus territorios. Entre los rasgos que distinguían al extranjero recién llegado, generalmente de España e Italia, se contaba con cierta conciencia de su origen social, expresada en una ideología de base anarquista, la cual iba a erigirse, a su vez, en una crítica radical a las instituciones y costumbres predominantes, en la que confluían también socialistas, grupos masones y liberales.

Este movimiento anarquista constituye la forma cultural contestataria que caracterizó buena parte de los grupos obreros de principios de siglo. Su posterior disolución y absorción en otros conjuntos sociales estuvo condicionada por los diversos factores que concurren a la renovación profunda de las bases sociales y económicas del país. En primer lugar se comprueba una movilidad y ascenso de los distintos estratos de la sociedad argentina, asociados a los desplazamientos que se registran de los "conventillos" céntricos a los barrios de las afueras de la ciudad —como es el ejemplo de Buenos Aires— que van a conformar los grandes barrios donde se desarrolla una nueva forma de socialización con sus manifestaciones culturales propias.

Esta *cultura popular barrial*, según indica Luis Alberto Romero,[2] se construye a partir de formas espontáneas de la vida social, lugares de reunión como clubes, sociedades de fomento o bibliotecas y, también, los centros o comités políticos, particularmente los de los partidos radicales o socialistas, donde se mantenía un intenso intercambio social. Igualmente aparece en esta época una mayor difusión de lectura, consecuencia de la ampliación de la alfabetización, lograda por la educación popular precedente. En este período se da una importante circulación de revistas, en particular las que sintetizan las expresiones artísticas populares, como es el caso del teatro, el circo criollo y el sainete, o de música a través de cancioneros; un primer periodismo informativo como la conocida revista "Caras y Caretas" o el diario "Crítica"; junto a las publicaciones de la Editorial Atlántida que contempla a otros lectores como niños y mujeres; y ediciones semanales, generalmente novelas, que se conseguían a muy bajo precio en los quioscos; todo esto, representa una muestra de la abundante literatura que produjo la naciente industria cultural. Otro hecho significativo en este sentido es la creación de una serie de editoriales que funcionaron en la época, dentro de las cuales se destacan: "La Biblioteca Argentina" dirigida por Ricardo Rojas, "La Cultura Argentina" de José Ingenieros y la "Editorial

[2] En su artículo: "Buenos Aires en la entreguerra", en Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Claridad" entre otras. Por medio de estas verdaderas empresas culturales se pretende difundir para un público que quiere ser culto, una colección de autores nacionales y clásicos. Ésta, además, era ofrecida en libros económicamente accesibles.

Todos estos acontecimientos señalaron el modo singular como se fue conformando la matriz ideológica y cultural de los sectores populares, quienes reemplazarán los contenidos anarquistas y socialistas anteriores por una orientación reformista e integradora, que apuntaba a lograr una inserción real en la vida nacional. Esta necesidad es rápidamente aprovechada por los grupos que en esa época, tienen poder económico y el control político. Estó se advierte especialmene a partir de la gran crisis económica mundial de 1930, momento en el cual se instala en el país un gobierno militar, apoyado ideológicamente por intelectuales que buscan, como Leopoldo Lugones, reivindicar una "tradición nacional".

La corriente positivista había impregnado totalmente la etapa precedente, dando una orientación particular a las distintas formulaciones políticas; tanto al liberalismo, que se opone a las posturas tradicionalistas, como al pensamiento socialista de ese momento.

Por otro lado, las mayorías nacionales que se identificaron con el radicalismo hasta su derrocamiento en 1930, experimentarán un cambio acelerado de su impronta cultural en los años siguientes, marcados por una creciente industrialización, migraciones masivas internas que provocan una fuerte concentración urbana y un notable aumento demográfico. Estos hechos indican una alteración profunda en las condiciones sociales de nuestro país, siendo paradigmático el caso de Buenos Aires que, por ser la capital y puerto principal, había concentrado la actividad económica y cultural. Todo el proceso descrito culmina en 1945 con la irrupción histórica del peronismo como fenómeno popular, el cual seguramente está asociado a los acontecimientos antes reseñados.

La promoción cultural desde el Estado Benefactor

El movimiento social por el cual el peronismo llega al poder se

presenta como un hecho inédito en el país, que va a producir una revisión profunda de las pautas y valores vigentes hasta entonces, y se lo ha caracterizado como un hecho cultural en sí mismo.[3] Su misma eficacia política para articular las necesidades y demandas, condensadas durante el período anterior, es difícil de explicar en términos sociológicos. En el horizonte de nuestra perspectiva nos interesa considerar especialmente cómo se genera esto a nivel ideológico, cómo se da la organización del campo social en torno a un discurso que conjugará lo político y lo cultural para tratar de dar forma a una nueva definición de "lo nacional" y "lo popular".

Dentro del lapso que abarca desde el primer gobierno justicialista hasta su ruptura, por la intervención militar de 1955, se podrá rastrear el intento de concreción de un *programa de acción cultural,* que acompañará los cambios relacionados con los procesos históricos vividos en ese momento. El gran aumento de la población en las grandes ciudades del país, que habíamos mencionado, irá conformando la mano de obra requerida por el crecimiento de la producción industrial. Las aspiraciones y reivindicaciones que manifiesta son captadas y expresadas por una política oficial, representativa de la acción de un estado con fuerte presencia en la orientación del destino nacional y de las distintas áreas de su dominio. La cultura será asumida dentro de los lineamientos generales del proyecto que encarna este estado-nación, con una función de catalizador de las tendencias antagónicas, y articulando una relativa incorporación de las masas obreras a un plan de desarrollo nacional. La incidencia de esta clase era reconocida en leyes que ampliaban sus derechos laborales y sociales. También se tendrá en cuenta la participación de una ascendente clase media que brindará, en cierta medida, aquel modelo al que aspiraba la realización de ese proyecto nacional. Para esto era necesario disolver las diferencias sociales existentes, y acentuar la búsqueda de una "nueva identidad común" superadora de las barreras de clases y de interetnias.

En cuanto a las formas concretas que adquiere la *doctrina nacio-*

[3] Este aspecto ha sido resaltado por Ariel Keller en su artículo "Peronismo, cultura y espectáculo", en Frenkel, Leopoldo (comp.), *El justicialismo*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

nal justicialista en el plano de la cultura, se destaca un primer programa de acción cultural, derivado de sus mismos principios enunciados. Se le otorga a la esfera de lo cultural un papel principal en cuanto a la construcción de la "Nueva Argentina". Para ello será necesario revisar los contenidos imperantes en las acciones seguidas anteriormente, con lo cual se apuntaba a remplazar el carácter alienante de la cultura de élite, centrada en la adopción de lo extranjero, por una afirmación de los que se consideraban los valores propiamente nacionales.

Este acento de "lo nacional" se había evidenciado ya en la década del treinta, cuando lo cultural se dirige a una defensa del patrimonio histórico y artístico, por ejemplo con la sanción de la Ley 11.723 de 1933 sobre protección de la propiedad intelectual y la Creación de la Comisión Nacional de Cultura. Sin embargo, su apelación a la tradición como fundamento ahistórico, además de idealizar el pasado en algunos aspectos que revalorizaban la autoimagen de los grupos hegemónicos, negaban la participación en el presente de las mayorías que constituían el país y empezaban a mostrar sus diferencias.

Los sucesos mencionados harán eclosión con la crisis del treinta. Al ponerse en evidencia la debilidad estructural del modelo agroexportador, se ensaya en lo económico una orientación a las industrias sustitutivas, y en lo político sólo se da una respuesta negativa a los reclamos populares desde la concepción cerrada de nación que sustentan los representantes de una derecha reaccionaria.

Con respecto a lo cultural, el peronismo se presenta como prolongación en algunos aspectos y, en otros, como recambio de los gobiernos que lo anteceden. En el planteo de lo nacional se acerca al tradicionalismo patrimonialista practicado por otras administraciones, pero debemos señalar la inclusión que se hace de expresiones populares, pertenecientes al folklore local, como la música, la danza, la literatura y las costumbres autóctonas, que son revaloradas y promovidas desde la acción estatal.

El problema principal que se encuentra dentro del peronismo, reside en el mismo papel central asignado al Estado, ya que a la vez que éste se constituye en lugar de expresión de los nuevos sujetos

políticos, determina con límites precisos su reordenamiento y participación. Los intereses de la "burguesía nacional" son subordinados a los de la nación que se identifica con el Estado, como factor que cohesiona los distintos sectores y regula sus conflictos por medio de los mecanismos de reproducción y los aparatos ideológicos legitimadores de su existencia, desde donde se van a reformular las alianzas de clase necesarias para afrontar las transformaciones socio-económicas y políticas.

Así, se justifica el contenido populista asumido en el gobierno justicialista por una acción cultural que incentiva acríticamente las manifestaciones artísticas populares, sin distinguir los valores auténticos de las formas impuestas por la dominación ejercida históricamente a través de la educación y las conductas políticas.[4]

Este planteo general coincidía con la última etapa de un proceso de sustitución de importaciones que se realiza en la Argentina peronista, por la redistribución de ingresos hacia los sectores populares. Esta política se aplica también a los bienes culturales, los cuales van a ser, al mismo tiempo, promocionados por un conjunto de medidas destinadas a fomentar las actividades de tipo cultural; respaldando las iniciativas adoptadas con un auxilio económico y con un apoyo legal y técnico. Son ejemplo de esto la creación de una "Academia Nacional de Lengua", encargada de confeccionar un "diccionario nacional". La preocupación por difundir productos culturales del país se refleja en la propagación de la literatura argentina, en la legislación que reglamenta la obligatoriedad de reproducir por radio la mitad de la programación con música autóctona y la ley 12.999/47 y sus modificatorias que dispone la obligatoriedad de exhibir películas nacionales en todos los cines. Esto también apunta a promover la industria cinematográfica propia —en esa época se consolida la productora Argentina Sono Film y se organiza, también, el Primer Festival Cinematográfico Internacional en 1945.

Si bien se presta atención a las expresiones culturales de raíz popular, como la música folklórica y el tango, las otras variantes

[4] Para todo el tema siguiente puede verse: Ciria, Alberto, *Política y cultura popular. La argentina peronista 1946-1955,* Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

más cultas no son totalmente descuidadas y se las incorpora al proceso general experimentado por el país. Así se organiza una "Orquesta Sinfónica del Estado" que daba conciertos a precios populares, se crean las orquestas de "Radio del Estado", la "Sinfónica" y la "Juvenil" con funciones gratuitas; en Buenos Aires se crea la "Orquesta Sinfónica Municipal", luego esto mismo es impulsado en las provincias hacia las cuales concurren grupos de la Capital que difunden obras musicales de autores argentinos, según las disposiciones proteccionistas oficiales.

Toda esta orientación redistributiva de los bienes simbólicos se correspondía con las políticas diseñadas por un estado que contemplaba las distintas esferas de la acción social. De este modo se trataba de ampliar la participación del "pueblo" en la producción y especialmente en el consumo de la cultura, definida en cuanto a su función social. La relativa eficacia de este proyecto estuvo condicionada por las posibilidades reales de ejecución de las diversas iniciativas. El respaldo institucional tuvo repercusión en la difusión de *formas culturales* que se encontraban arraigadas en amplios sectores de la sociedad argentina —música folklórica o ciudadana, televisión, cine o radio con contenidos nacionales— las cuales reciben un impulso y dirección originales. Sin embargo, no estaba totalmente asegurada la adhesión a los valores que el gobierno intentaba generar en la totalidad de las manifestaciones artísticas y literarias. Esta situación se debía en parte a la misma dinámica que había dado como resultado una determinada expresión cultural; si tomamos el ejemplo del teatro independiente, éste tenía su origen en tendencias anarquistas primero, luego socialistas y comunistas, que le daban un carácter marginal y antisistema. En cuanto a la música netamente popular como el tango o el folklore, no reflejaban en sus letras los cambios producidos a nivel social y político.

Los logros oficiales fueron más visibles en lo referente a la revalorización de la cultura popular, a través de su promoción por medio de diferentes reglamentaciones y leyes, que ejercieron un cierto control en las redes de radiodifusión y en los espacios destinados a la organización de grandes espectáculos, como por ejemplo los del Teatro Colón, caracterizado por ser un centro reservado a la recreación de

formas artísticas clásicas destinadas únicamente a un reducido público, para el cual se van a disponer funciones a precios que facilitaban el acceso a otros sectores sociales. En este Teatro se llevarán a cabo obras no convencionales con figuras estelares de la época e, incluso, se convierte en escenario de algunos discursos presidenciales.

Esta misma dirección seguida por la política cultural oficial, había provocado una fuerte reacción de los grupos que conformaban la "inteligencia" en ese momento.

En relación a la educación superior existieron algunas iniciativas valiosas, como la decisión de crear la "Universidad Obrera Nacional" en 1948, para extender a los sectores generalmente marginados de este tipo de enseñanza, la formación terciaria con orientación particularmente técnica. La misma conformación social e ideológica de los centros universitarios, calificada como elitista y enajenante por el sector oficial, sirvió de justificación a una acción represiva volcada sobre docentes y alumnos opositores que se pretendía suplantar por "elementos adictos" al régimen peronista.

Tampoco serán suficientes las formulaciones de algunos pensadores lúcidos del justicialismo, como John William Cooke o Hernández Arregui entre otros que apoyaron teóricamente este movimiento, para garantizar la concreción de un *proyecto nacional revolucionario*. En general, con respecto a la recepción del peronismo por parte de los intelectuales, se verifican decididos rechazos en una mayoría que se continúa en algunos casos hasta la actualidad pero, en otros casos, se produjo una apertura a la significación que este proceso tuvo en el horizonte de la historia argentina.[5] La primera fracción estaba representada por escritores vinculados al pensamiento liberal y conservador; por otro lado se van diferenciando los grupos que manifiestan la influencia de una izquierda crítica, surgida como respuesta al gobierno de facto que se había erigido en el poder en 1930. Esta generación que se reconoce a sí misma como "denunciativa", va a considerar de manera más favorable el primer gobierno justicialista, a medida que se afianza el sesgo liberal y

[5] Un estudio detallado de los vaivenes de la intelectualidad argentina de esa época ha sido realizado por Terán, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

autoritario de la "Revolución Libertadora" que había derrocado a Juan Domingo Perón en 1955; confluyendo luego distintas corrientes de la confrontación ideológica con el liberalismo hegemónico, que abarca desde un "nacionalismo populista" o "católico" hasta un "existencialismo de filiación marxista".

Este momento político del país estaba influenciado asimismo por una conciencia antimperialista que se empieza a definir en esos años, y que coincidía, a nivel mundial, con una revisión de los valores y normas que regían las sociedades occidentales hasta antes de la segunda guerra; especialmente es acentuada la crítica al sistema burgués de vida.

El hecho que impacta igualmente la percepción del fenómeno peronista en algunos autores de la época, es la fuerte represión política implementada por el gobierno militar para desarticular, junto con la caída del peronismo, la adhesión de las mayorías populares con las que contaba esta expresión política y que, sin embargo, continúa reflejándose en las distintas alternativas vividas posteriormente en nuestra nación. Esto se tradujo principalmente en el campo cultural, con el ejercicio gradual de la censura que comienza a organizarse institucionalmente.

El nuevo giro político impreso al país se relaciona con el *desarrollismo*, que se impone con el gobierno de Frondizi en 1958 y va a proseguir en la década del sesenta, dentro del marco estrecho asignado por las Fuerzas Armadas, en el que se excluía al peronismo como partido político.

En este clima nacional, el desarrollismo intenta realizar un *Plan modernizador* del Estado y la nación, por lo cual propone en favor de estos intereses una conciliación de las dos grandes franjas que había quedado delimitadas a partir de la emergencia del justicialismo en la escena nacional.

III. Construcción y sistematización de los discursos de censura cultural: 1960-1963

La década del cuarenta es significativa por la emergencia de la clase obrera en la vida política e institucional, y por las respuestas con-

tenidas en las políticas culturales y sociales de corte populista.

A partir de 1960 el universo discursivo enunciado desde los ámbitos oficiales, comienza a cargarse de concepciones simbólicas que irán constituyendo un *corpus ideológico* que, una vez organizado sistemáticamente en las próximas décadas, determinará una larga historia de censuras en el accionar teórico-práctico de la producción, distribución y consumo de los bienes culturales. En el entramado de las grandes unidades discursivas se incorpora, como totalidad nodal, la defensa de los valores de la tradición occidental. Éstos sufren un cuestionamiento importante con la experiencia de la Revolución cubana que, según los sectores hegemónicos más reaccionarios, promueve ideales que vienen a "subvertir" un modo de ser "incuestionable" por estar inscripto en el modelo de aquella tradición a la cual por "naturaleza" e historia pertenecería la "esencia" propia de nuestro "ser". La preocupación dada en torno a la subversión de valores, tiene sus raíces en una marcada tendencia ideológica que juzgará los modos de organización socio-política y económica propuestos en el horizonte de concepciones relacionadas con el comunismo internacional, y con las utopías libertarias, bosquejadas por una izquierda que, portadora de los ideales revolucionarios de la época, empieza a manifestar su presencia tanto a nivel discursivo como en el quehacer cultural de la vida social del país. Esto va generando, en sus comienzos, una lucha simbólica en la cual no sólo se disputan, dentro de un mismo escenario político, ideales y proyectos identificados con las posiciones antagónicas de los mismos sujetos que los promueven sino que, además, se buscará aportar descripciones y definiciones sobre "lo que es" la realidad nacional desde un pretendido "realismo" político. En el interior de todas estas posiciones se juegan justificaciones ideológicas que gravitarán sobre la defensa de un determinado *deber ser*, al cual tendría que ajustarse el rumbo de nuestra cultura. El Estado se constituye como mediador de los intereses antagónicos y heterogéneos de los múltiples discursos y sujetos que conforman el tejido social argentino e interviene, por medio de sus instituciones, como organismo de *control y selección* de la numerosa variedad de materiales de difusión, como por ejemplo libros, películas, programas radiales, educación.

En ésta época la censura ideológica es susceptible de ser decodificada tras los criterios de selección, que si bien están ceñidos a justificaciones determinadas por valoraciones técnicas, culturales y artísticas contienen, sin embargo, principios de calificación moral que irán configurando los dictámenes moralizantes, según los cuales quedarán cargadas de sentido las diversas modalidades de políticas de censura cultural, ejecutadas de modo explícito, o implícito, a lo largo de toda nuestra historia. Las políticas de censura tienen una doble función: sacar de circulación los productos y manifestaciones contrarias a los "ideales de la *patria*" y generar la internalización de los mecanismos de "autocensura" en aquellos sujetos productores, portadores o transmisores de contenidos valorativos que trasgredan lo que ha sido definido orgánicamente como "*ser nacional*" y ataquen, o cuestionen, las autoridades e investiduras jerárquicas de las estructuras políticas del sistema.

Los organismos culturales del Estado articulan aquellas normas prescriptivas que consideran necesarias para la protección y defensa de un "*estilo de vida*", cuya vigencia estaría legitimada a partir del reconocimiento de los contenidos de un determinado modelo nacional. Las pautas incluidas en este modelo pretenden acotar y definir el perfil del "verdadero modo de ser argentino", construído a partir de la aprobación de un "legado", de una tradición y de aquellas costumbres consideradas como constitutivas de la "unidad espiritual" de la totalidad de los grupos sociales del país.

Sin embargo, las pautas de unidad espiritual, desde donde se pretende establecer los límites de la definición de lo "propio" frente a lo "ajeno", más que reflejar la construcción social de una cultura objetiva refractan, sobre una sociedad heterogénea, concepciones de vida globales, mucho más relacionadas con ideales y proyectos políticos que con la dinámica cultural promovida por los sujetos concretos que participan en el quehacer nacional, de modos diferentes, con diversas perspectivas de valoración y comprensión de la vida y, además, diferenciados en lo económico, lo laboral y lo cultural por situaciones de desigualdad.

La historia de los procesos culturales en Argentina, sobre todo a

partir de la década del sesenta, gira sobre una problemática central que se continúa, aunque con muy diversos matices, a lo largo de los años posteriores, y constituye aquello que Andrés Avellaneda denominó —en su libro sobre *Censura, autoritarismo y cultura: 1960-1983*— "esa paradoja argentina que algunos de sus pensadores interpretaron como una convivencia histórica de civilización y barbarie, de país visible e invisible o de país real y país ficticio".[6]

El ejercicio de control de la cultura que asume el estado, está enmarcado, generalmente, dentro del horizonte de un proyecto de país ceñido a los contenidos señalados por el cuerpo de valores tradicionales, que podrían dar dirección y sentido a los "*verdaderos modos de vida*"; y, además, organizado políticamente a partir de estructuras que reproducen y refractan, sobre la sociedad, jerarquías autoritarias que se irán internalizando en los modos de relacionamiento social, pero que generan, al mismo tiempo, la emergencia de grupos de presión que, desde posiciones alternativas y de maneras muy diversas, enfrentan o resisten los dictámenes de ese *estado policíaco*. El Estado también se hace cargo de un discurso representativo de una perspectiva ideo-política que, si bien tiene puntos de conexión con algunos aspectos de la realidad social de los sujetos de la misma, articula la construcción y difusión de un mundo cultural cerrado y acotado por interpretaciones y lecturas de la realidad, vinculadas a las cosmovisiones de algunos grupos ideológicos, que gravitan sobre los modos de organización socio-económica, política y cultural. Este discurso va incrementando y justificando su propio poder, hasta llegar a un estadio máximamente represivo, en el cual se excluye toda posibilidad de reconocimiento de *otros* discursos y, asimismo, de *otras* prácticas y sujetos culturales.

Este estadio fue característico de lo que se denominó *Proceso de Reorganización Nacional*, impulsado por los militares que llevaron a cabo el golpe de estado del año 1976. El control y la censura en la producción y en las prácticas culturales hasta antes de este año,

[6] Avellaneda Andrés, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983* (2 tomos), Buenos Aires, Centro Editor de América latina, 1986, p. 7.

acciona en un espacio dentro del cual se hacen sentir una multiplicidad de voces que confrontan los principios y valores orgánicamente establecidos. La dialéctica de los conflictos y antagonismos tiene lugar en un espacio público compartido, donde se disputan las diferencias. Los organismos institucionales apuntan a legitimar y limitar estos conflictos, incorporando la lucha dentro del sistema mismo y, también, son utilizados como mediadores entre los elementos confrontados. En la época anterior al golpe militar del año '76, época a la cual nos estamos refiriendo, estaban medianamente garantizadas cuestiones tales como la libertad de expresión o el derecho a réplica que representan un aspecto importante para el desarrollo de múltiples discursos y de prácticas culturales diferenciadas por contenidos simbólicos heterogéneos. Es decir que, si bien existían en estos años mecanismos de censura y discriminación ideológica, también tenían lugar, aunque siempre de modo limitado por el poder político que ejercen los sectores hegemónicos del país, expresiones culturales caracterizadas por los contenidos de concepciones y proyectos alternativos. Estas expresiones además de estar enfrentadas a aquellos ideales y valores tradicionales, eran portadoras, a su vez, de propuestas concretas de cambio. Propuestas frente a las cuales reaccionan quienes ejercen la defensa de los valores tradicionales con los que se ha querido dar forma a un determinado modelo de país. A través de esta dialéctica se irá articulando un discurso, cuyos enunciados estarían cargados de concepciones éticas, determinantes del sentido de una polarización representada por valoraciones que señalan lo que es *bueno* y lo que es *malo*, el *orden* frente al *caos* y lo *moral-inmoral*. Estas concepciones sirvieron en la Argentina para legitimar la instrumentación de diversos modos de exclusión-inclusión, cuyas justificaciones últimas estarían arraigadas en posiciones esencialistas del "ser nacional". De modo tal se produce una fractura delineada por los significantes de un paradigma que designa los elementos y contenidos del *orden* y del *deber ser*, relacionados con la afirmación de la "familia", la "religión" y "la patria". Estos valores, heredados de la cultura occidental, dan sentido a lo connotado en la categoría "propio" y pertenecen a las estructuras de un mundo en el cual lo

otro es definido como la "anti-patria", lo "ajeno", lo perteneciente al mundo del "caos" y la "inmoralidad".

A partir del reconocimiento de esta fractura, algunas de las políticas culturales promovidas por muchos de nuestros gobiernos, tanto constitucionales como militares, estarán simbolizadas por la conciencia de una necesidad de confirmar un rumbo que puede ser desviado por la presencia de la "infiltración ideológica", que vendría a cuestionar los que serían considerados "nuestros verdaderos valores constitutivos". Los discursos en este sentido tienen un fuerte contenido mesiánico que, organizado años más tarde sistemáticamente, servirán para justificar prácticas represivas, que irán alcanzando formas cada vez más explícitas en el quehacer cultural de nuestra vida nacional y silenciando, de este modo, otras voces expresivas de modos diferentes de comprender la realidad cultural y la historia argentina.

Una multiplicidad de decretos y leyes reglamentarios de la producción y distribución de los bienes simbólicos, grafican la defensa de concepciones esencialistas sobre un "verdadero ser" y un "verdadero modo de vida" vinculado a un paradigma ético de civilidad argentina, que busca imponerse como rector de las costumbres y las prácticas socio-culturales.

Así por ejemplo, durante el gobierno de Frondizi, se pone en vigencia el Decreto 5797 de 1961, según el cual se expresa que:

> VISTO: la necesidad de reglamentar el artículo 4to. del Decreto-Ley No. 62/57, según el texto del Decreto-Ley de la calidad educacional de las películas cinematográficas, y en concordancia con el Decreto 9660/59 y CONSIDERANDO: Que la expresión cinematográfica es un medio de poderosa irradiación, capaz de influir en mentalidades y en conciencias anulando los valores éticos y culturales que hacen a la esencia de una comunidad nacional; Que, en consecuencia, deben ejercerse en su respecto los poderes de policía que en su esfera de aplicación competen al Poder Ejecutivo Nacional [...]; Que tal acción debe dirigirse al resguardo de dichos valores éticos y educacionales, sin descuidar por ello los méritos artísticos que les son subordinados; [...] Artículo 3: Para la apreciación del material cinematográfico deberá tenerse en cuenta especialmente a la familia, a los símbolos patrios y a los valores

éticos y culturales que caracterizan a la comunidad nacional; b) Sin prejuicio de las disposiciones penales vigentes son conceptos y manifestaciones reprimibles los que puedan lesionar la soberanía de la Nación, su integridad territorial, el orden constitucional o las relaciones internacionales de la república; los que importen un agravio al pudor, a creencias religiosas, a razas o a colectividades extranjeras o la apología del delito, de la deshonestidad, de la inmoralidad o de la violencia.[7]

Las manifestaciones culturales imputadas en este decreto no son totalmente silenciadas, pues los productos y sujetos que buscan ser reprimidos, en razón de la defensa de estos principios valorativos, encuentran espacios de expresión crítica a las disposiciones, muchas veces arbitrarias, de los organismos burocráticos del Estado. Para continuar con el ejemplo anterior nos parece representativo de nuestra afirmación un comunicado publicado en el diario *La Nación* acerca del Decreto 5797 antes mencionado. Este comunicado expresa que: "El Decreto del PE,... no sólo tergiversa la ley del cine vigente, sino que crea un precedente altamente peligroso al poner en manos de un organismo burocrático [...] la tarea de juzgar una obra cinematográfica sobre bases tan vagas y susceptibles de interpretaciones personales como 'lesionar la soberanía de la Nación', su 'integridad territorial, el orden constitucional' [...] un agravio al pudor, a creencias religiosas, la deshonestidad, de la inmoralidad o de la violencia [...]".

La interacción pública entre los discursos hegemónicos y los que surgen como respuesta o resistencia a sus dictámenes reglamentarios de la vida cotidiana y la producción cultural, empezará, en estos años, a ser definida oficialmente por las categorías polares de *bien-mal, orden-caos, patria-antipatria*. La interversión estatal durante el gobierno constitucional de Illia en el año '63, fundamentó la necesidad de "controlar" y "detener" la expansión de "fuerzas revolucionarias" y "subversivas" por considerarse que accionan generando una "confusión ideológica" a través de la cual se van desdibujando, según sus críticos y opositores, los principios cons-

[7] *Ibid.*, p. 59.

titutivos de la "moralidad pública" sustentados sobre las bases de la tradición occidental y el cristianismo y, también, sobre la defensa de la "familia" y de la "propiedad privada" como principios de organización socio-económica y como determinantes de las pautas culturales de "nuestra civilidad" y "buenas costumbres".

La ideología contraria al conjunto de estos valores estaría representada por el "comunismo internacional", como fuerza política que busca inculcar en las "mentalidades" el materialismo histórico y la "lucha de clases", encuadrados en las concepciones teóricas del marxismo.

En mayo de 1965 la Editorial del diario "La Nueva Provincia" de Bahía Blanca expresó, a propósito de la conferencia de un miembro del Comité Central del Partido Comunista Argentino —sobre el tema "Crisis de estructura y crisis de coyuntura en el país"— que "[La Universidad Nacional del Sur ha sido otra vez escenario de] "un acontecimiento que al par de sorprender tiene que mover a la reflexión. Porque si aún siendo un hecho aislado no hubiera dejado de llamar la atención, si se lo asocia con otras cosas que han venido ocurriendo, parecería estarse ante una serie de sucesos concatenados, como respondiendo a un bien celebrado plan la penetración cuyo horizonte inmediato podría ser la captación de voluntades y su futuro el previsible sobre la base de experiencias conocidas por realidades de otras latitudes. El hecho concreto es que el comunismo tuvo nuevamente en nuestra casa de altos estudios campo propicio para sus exteriorizaciones. [El conferenciante] —dice el documento— tuvo acceso a la tribuna universitaria [...] para insistir en sus conocidos slogans disolventes y demagógicos, para desparramar doctrinas incompatibles con nuestra realidad..."[8]

Paralelamente y en el mismo sentido la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas (FAEDA) realiza un acto en repudio al comunismo con la presencia de representantes del Poder Ejecutivo y de otros organismos oficiales..."[9]

Estos discursos, radicalizados cada vez más en los múltiples es-

[8] *Ibid.*, p. 72.
[9] *Ibid.*, p. 72.

pacios de poder, se asientan sobre ideas reguladoras que dan consistencia fundamentalista a los diversos planes y políticas culturales del país.

En el año 1966, junto con la designación del teniente general (R) Juan Carlos Onganía como presidente provisional de la Nación, se inicia la denominada *Revolución Argentina* que se extenderá hasta comienzos del año 1973. Este movimiento político apuntará a reafirmar los cuatro pilares básicos de la civilización occidental y cristiana: *Libertad, Religión, Familia, Propiedad.* Pilares que tendrían, según los ideales de este movimiento político, que definir y fundamentar esencialmente "nuestro ser nacional", pero que vienen siendo objeto, según también sus críticas, de agresión y desarticulación por parte del comunismo y los difusores de la experiencia de la Revolución castrista cubana. La "Revolución Argentina" apuntó con mayor énfasis a la Universidad, por considerar que ésta es uno de los bastiones de la reproducción de ideas subversivas y revolucionarias "infiltradas" en el país. En virtud de lo cual el Secretario de Cultura y Educación, declara que "Desde sus primeros documentos, la Revolución Argentina afirmó la necesidad de reconstruir todo nuestro sistema educativo y de fijar claramente sus fines y objetivos. Así, en la directiva para el planeamiento y desarrollo de la acción de gobierno del 4 de agosto de 1966, se señaló, como una de las principales anomalías que afectan el desarrollo material y espiritual de la Nación, una formación moral, cultural, científica, técnica y artística, sin una orientación definida, desvinculada del acervo religioso e histórico de la Nación [...] Una de las tareas difíciles y más trascendentes en que estamos empeñados será la de definir y explicar el ser nacional como base normativa esencial de una carta de educación nacional. Esta definición [será] el credo común fundamental de una sociedad democrática, el punto de encuentro de todas sus tradiciones, la estructura valorativa común".[10]

Uno de los movimientos representativos de esta época, confrontados a las diversas conceptualizaciones que legitiman como uni-

[10] *Ibid.*, p. 86.

versal un determinado "deber ser nacional" lo constituían algunos sectores de la juventud que incorporaron en sus prácticas, elementos simbólicos caracterizados como formas contradiscursivas y manifestaciones disidentes de los principios con los que se quiso orientar la vida cotidiana. Las comunidades *hippies*, a las que adhirieron aquellos movimientos juveniles, fueron otra manera de contradecir esos ideales tradicionales, reiterados a lo largo de toda nuestra historia en la mayoría de los proyectos culturales impulsados por quienes, inscritos en una marcada tendencia ideológica, se propusieron consolidar las pautas directrices de los modos de vida social y cultural.

La censura también recayó sobre las costumbres de estos jóvenes, calificados negativamente con el mismo tipo de argumentaciones elaboradas para desarticular toda otra manifestación diferenciada de los ideales antes expuestos. "...Entre las actividades hippies se destaca —declaró el presidente del Movimiento Nacional de las Juventudes (MNJ), perteneciente a la FAEDA— el consumo y tráfico de drogas y la trata de blancas. Desde muy pequeños a menores de ambos sexos se les enseña que los usos de saco y corbata son decadencias de Occidente y que hay que ser como los guerrilleros. Están equivocados —continúa afirmando— quienes consideran que [los hippies] constituyen una excentricidad más. Todo lo contrario —concluye—, esto obedece, lo reiteramos, a un plan diabólico, hábilmente maquinado, que se expande por todo el mundo".[11]

Si bien en todos estos años los discursos y contradiscursos culturales interactuaron en un mismo espacio socio-político, posteriormente se irán consolidando modos de *violencia simbólica* —según la denominación de Bourdieu— que van produciendo un debilitamiento en la defensa de los ideales y prácticas cotidianas diferenciadas de la ideología que los sectores hegemónicos pretenden legitimar a través del sistema burocrático institucional.

Cuando el golpe militar del año '66, autodenominado "Revolución Argentina", es sucedido por Héctor Cámpora, elegido presidente de la Nación por vía constitucional, se produce en el ámbito

[11] *Ibid.*, p. 97.

cultural una explosión de manifestaciones y actividades que se habían venido desarrollando clandestinamente pero que, ahora, al ser reconocidas dentro del horizonte de expresiones de la vida pública, aparecen accionando en múltiples espacios del quehacer cultural. En dichos espacios reflota la presencia de numerosas voces que se levantan para apelar contra todas aquellas disposiciones por medio de las cuales se cohartó la libertad de expresión.

Cámpora renuncia a su cargo de presidente de la Nación después de dos meses; lo sucede, como presidente interino, Raúl Lastiri hasta octubre de 1973 que es elegido, por vía constitucional Juan Domingo Perón. Con la muerte de Perón en julio de 1974 asume su esposa y vicepresidenta María Estela Martínez de Perón.

La flexibilización que se había producido en las prácticas culturales cotidianas durante el gobierno de Cámpora, radicalizó aún más las reacciones críticas y de censura, promovidas por los sectores más conservadores del país. Éstos, ante la renuencia de Cámpora, reestructurarán orgánicamente las objeciones y juicios valorativos, advirtiendo públicamente el "peligro de la expansión de conceptos y prácticas que, según su propio entender, atentan contra la Constitución Nacional", afectando también la "Seguridad Nacional, la vida normal de la sociedad y sus instituciones". Estas valoraciones han sido expresadas, por ejemplo, en una Resolución —fechada el mismo día de asunsión de Lastiri, 13 de julio de 1973— por la cual el Comité Federal de Radiodifusión suspende durante tres días en la ciudad de Buenos Aires dos canales de televisión. Las argumentaciones contenidas en estas y otras prácticas de censura están acompañadas por diversos discursos de apoyo, como los enunciados en muchas oportunidades por integrantes de la Liga de Madres de Familia, La Iglesia o personalidades que gravitan sobre la opinión pública, profesores universitarios, autoridades y funcionarios institucionales. En los mensajes de todos ellos se traduce un fuerte contenido mesiánico al justificar su acción a partir de la responsabilidad, que se autoatribuyen, de defender al indefenso, la moral, las buenas costumbres y la identidad cultural del ser nacional.

Quienes se inscribían en estas tendencias interactuaban con otros sujetos sociales que participaban y promovían acciones para rever el

conjunto de prohibiciones que durante tantos años afectaron la difusión de los medios masivos de comunicación, la literatura, el arte y todo tipo de publicaciones o producción intelectual y simbólica.

Durante la presidencia de Juan Domingo Perón estos antagonismos constituyeron una lucha ideológica que recaía principalmente sobre la expansión de ideas generadas a partir de diferentes modos de interpretar la realidad nacional, y de los valores que acompañan los elementos y contenidos de la producción simbólica de los bienes culturales. Las diferencias de los diversos puntos de vista estuvieron reflejados en la formulación de proyectos vinculados a políticas que articularon distintos modos de *inclusión-exclusión* de ideas y productos culturales. A lo cual se sumaba, junto con la profundización de una crisis total del país, la presencia de otros modos de violencia que atacaban, más allá del plano discursivo, las prácticas y los sujetos representativos de las distintas ideologías que acompañan efectivamente los hechos y sus contenidos culturales. Así, se vivió en el país un clima de enfrentamientos combativos que terminaron desarticulando, de diversas maneras, la libre distribución y consumo de los bienes heterogéneos que caracterizan la producción social de una cultura objetiva.

La presencia de la autodenominada Alianza Anticomunista Argentina (*Triple A*) impone otras metodologías de censura, por ejemplo implementando amenazas de muerte a personajes representativos de una "mentalidad" que distorsiona, según sus propias declaraciones, "nuestra conciencia moral", los conceptos patrios y el respeto a las investiduras jerárquicas del sistema político argentino. Por otro lado también se desarrolla la acción de una "guerrilla revolucionaria", enfrentada a los grupos hegemónicos que, desde el poder, proyectaban refractar sobre la pluralidad de la sociedad, los principios de un modelo económico, político y cultural, elaborado por los ideales del sentir nacional de una élite y, sobre todo, por los significados restrictivos que esta misma élite atribuyó a la categoría "legado".

El 24 de marzo de 1976 , la presidente de la Nación, María Estela Martínez de Perón, es destituída de su cargo por el golpe militar que efectivizaron los comandantes del Ejército, Jorge Rafael Videla, de

la Armada, Emilio Eduardo Massera y de la Fuerza Aérea, Orlando Ramón Agosti; quienes constituidos en Junta Militar iniciaron el denominado *Proceso de Reorganización Nacional.* Con el estado de sitio, primera medida tomada por la Junta, las garantías constitucionales perdieron su valor y funcionamiento institucional. Los "aparatos ideológicos del Estado", bajo el poder absoluto del nuevo gobierno militar, incorporaron metodologías y penalidades extremas de represión política y cultural, declarando explícitamente la promoción de una lucha ideológica, cuyo enemigo principal fue identificado con la "guerrilla subversiva" que —según sus propias declaraciones— mata policías militares, y se mete en los ámbitos de la cultura y la educación para realizar una tarea de adoctrinamiento y de captación ideológica, difundiendo la "lucha de clases" y propiciando el accionar subversivo. Estas afirmaciones están expresadas en múltiples decretos, leyes y discursos enunciados por los mismos miembros que impusieron o acompañaron en nuestro país dicho *Proceso.*

El discurso de censura alcanzó su mayor sistematización en este período de diez años, y estuvo orientado no sólo a la destrucción de numerosos productos culturales y simbólicos de la cultura nacional sino que, también, orquestó la persecución, detención y desaparición de personas, consideradas por ellos mismos "peligrosas" por ser portadoras de ideales confrontados a sus propias concepciones y principios de vida, organización socio-política, a sus costumbres y a sus horizontes de comprensión sobre la convivencia nacional.

Los miembros del Proceso justificaron la condena a la que fue sometida la sociedad civil, a partir de la teoría de "conflicto interno" y por la necesidad —evaluada desde su propia perspectiva— de cumplir con la *misión* de reincorporar, en la conciencia en las prácticas socio-culturales, todas aquellas categorías éticas de la tradición occidental, consideradas como las únicas formas constitutivas de la "identidad nacional". Este concepto de *identidad,* ontológicamente definido, sirvió para encubrir bajo su pretendida homogeneidad una realidad heterogénea y conflictiva, en la cual, las diferencias concretas que emergen de la vida cotidiana, por la misma dinámica del quehacer cultural de los sujetos históricos,

están sujetas y limitadas a múltiples mecanismos de exclusión que paralizan sus posibilidades expresivas. El "Proceso de Reorganización Nacional" no sólo reafirmó las políticas culturales de censura anteriores sino que, además, acompañó su aplicación con una metodología represiva altamente violenta y usando los aparatos ideológicos del Estado.

El estricto control de los medios masivos de comunicación, acompañó la implementación de esta política, difundiendo el imaginario de un país, montado sobre una publicidad que mostraba la vida nacional desarrollándose de modo armonioso, bajo el orden y bajo una convivencia pacífica, sin antagonismos ni conflictos. La producción y consumo de los bienes culturales, totalmente mediados por quienes detentaban el poder, se constituyó como un móvil de *recreación*, tras el cual quedó oculta la *historia invisible* de la realidad de "otro país" que fue testigo al mismo tiempo de la violación de los derechos humanos a la vida, la libertad y la integridad de la persona y de sus bienes. El exilio primero, la internalización del miedo en las conciencias individuales y el triunfo del autoritarismo de Estado después, fueron las causas que dejaron a nuestro país, durante estos diez años, con una ausencia y paralización total de aquellos discursos y sujetos que interactuaban de modo crítico con sus enunciados contradiscursivos y sus prácticas de resistencia, enfrentando las visiones totalizadoras vigentes en el horizonte socio-cultural argentino.

La narración de los episodios y la decodificación de los contenidos ideológicos y *fundamentalistas*, que sirvieron para encubrir el verdadero objetivo político de quienes, por medio de una de las políticas represivas más duras que actuó sobre nuestro país, desarticularon el proceso cotidiano de producción de una cultura objetiva, caracterizada normalmente por la dialéctica generada a partir de los encuentros y desencuentros de tantos elementos heterogéneos que interactúan constantemente; esta narración, decíamos, recién podrá ser difundida y denunciada institucionalmente, y a nivel nacional, con la apertura al sistema democrático, después de diez años.

V. Democracia y pluralismo en la política cultural argentina: 1983-1989

Los numerosos sectores de la cultura, cuyas voces habían sido radicalmente silenciadas y excluidas de los espacios públicos durante el periodo del Proceso Militar, empiezan, en los últimos años de esta dictadura, a desarticular los mecanismos de censura y de "autocensura". Se reproduce una masa crítica que, desde diversos espectáculos y por medio de expresiones publicadas en algunos periódicos o revistas, buscan un canal de comunicación con la sociedad para reconstruir el pasado histórico que vivió el país, y denunciar, aunque todavía de modo muy limitado, la imposición de una *política disciplinar* que bajo la justificación del concepto de "seguridad nacional" interrumpió la construcción social de la cultura objetiva, producida por los sujetos históricos en la dinámica de su quehacer cotidiano.

Cuando el 10 de diciembre de 1983 asume como presidente constitucional de la nación Raúl Alfonsín, comienza un período en el cual se buscará, como objetivo principal, reestablecer la democratización de las instituciones políticas y culturales. La Secretaría de Cultura de la Nación elaboró un *Plan Nacional de Cultura* cuya difusión estuvo acompañada por el slogan "*La cultura es de todos*" que, a nuestro entender, representa un contenido simbólico importante. Los objetivos preponderantes de este Plan estuvieron vinculados a la necesidad de codificar el concepto de "cultura nacional" a partir de la recuperación de la diversidad de los bienes simbólicos y culturales producidos, desde la práctica, por los múltiples sujetos históricos que conforman el tejido social de nuestro país. Esto significaba tener que partir del supuesto de un *pluralismo cultural*, reconociendo que existen, dentro del mismo escenario nacional, múltiples manifestaciones culturales diferenciadas entre sí, pero con el mismo derecho a ser admitidas como parte de la construcción de nuestro *legado*. "Por cultura entendemos —se afirma en el *Plan Nacional de Cultura* elaborado por la Secretaría de Cultura de la Nación— los modos de vida de las personas, sus maneras de ser y de actuar, las instituciones

que crea, los instrumentos que fabrica, los conocimientos que conquista, los símbolos con que se expresa, las pautas de conducta y los valores que lo orientan". En el horizonte de este criterio de comprensión, la política cultural de este gobierno democrático quedará definida como aquello que "tiende a lograr el *descubrimiento*, en profundidad, de las diferentes identidades regionales de la Nación. Asumiendo este pluralismo, avanzamos hacia la conformación, rica y dinámica, de nuestra identidad nacional..."

En este sentido, los significantes culturales no deberán estar definidos y acotados por los funcionarios y organismos del Estado, sino que tienen que ser rescatados de las mismas actividades generadas en los distintos niveles de la vida cotidiana. Sin embargo, será necesario implementar políticas y planes de acción, que permitan recrear los múltiples espacios culturales, para promover la *participación abierta*, tanto de las minorías como de las mayorías que conforman la sociedad civil y que, además, van dando con su presencia verdadero sentido al concepto de *identidad nacional*. Entre los objetivos principales de este gobierno, se acentuó la preocupación por recuperar el funcionamiento democrático de las instituciones, para así consolidar el *ejercicio de la libertad* a la cual todo individuo tiene derecho. Una vez alcanzado este objetivo de reestructuración del sistema burocrático, se impulsó una campaña de difusión que apuntó a movilizar la *participación* y el *protagonismo* activo de toda la comunidad en la producción, distribución y consumo de nuestro capital cultural.

La ideología democrática, a partir de la cual se buscó implementar una nueva política cultural, articula, por un lado, la necesidad de "eliminar la censura en todos los ámbitos del quehacer argentino" (*Plan*, p. 77) y superar "el deterioro sufrido por los procesos de deculturación y aculturación" (p. 28) y por otro lado, "lograr la participación efectiva y en libertad del pueblo en los planes y decisiones culturales que hacen a su destino" (p. 15). En estos años se produjo una ampliación del anteriormente restringido universo discursivo, y la sociedad civil dio muestra de cierto interés por protagonizar, de modo crítico, la defensa de los contenidos de una historia, con tintes altamente conflictivos. Sin embargo, el choque

que produjo en una buena parte de nuestra sociedad el conocimiento de numerosos hechos que caracterizaron, en nuestro país, la realidad de una *historia oculta*, funcionó de modo subyacente como mecanismo paralizante ante las nuevas decisiones y cambios que debían ser encarados dentro del nuevo contexto político.

No desconocemos la importancia que tiene el análisis de esta temática para la reconstrucción de nuestra realidad nacional y cultural, pero una profundización de la misma nos desviaría del encuadre teórico del presente trabajo. Solamente quisiéramos indicar, a modo de ejemplo, la organización del *Congreso Pedagógico Argentino* como un proyecto que, a pesar de su relevancia, no alcanzó a cumplir sus objetivos por la escasa participación con que contó. A esto se sumará, pasados los primeros años de este gobierno, la profundización de la crisis económica y el rebrote de presiones de grupos tales como las Fuerzas Armadas, la Iglesia y otras instituciones representativas de visiones totalizadoras y autoritarias que apuntaron con sus acciones a fracturar, nuevamente, las fuerzas y los impulsos que habían empezado a movilizarse hacia la constitución de una política nacional, democrática y pluralista.

De todas maneras creemos que la experiencia vivida en estos años, abrió nuevos horizontes para la conciencia de participación socio-política, y generó numerosos ámbitos de crítica y discusión.

Para concluir quisiéramos hacer una breve referencia al actual rumbo que está tomando nuestra dinámica cultural, a partir de la incorporación de los contenidos ideológicos difundidos por los portadores de las nuevas *políticas neoliberales*. En cada mensaje expresado por el actual presidente de la nación, Carlos Menen, es proclamado como criterio de "realidad histórica" el ingreso de la Argentina al "Primer Mundo" y, también, la necesidad de terminar con las "diferencias ideológicas" —o de "ideologemas", para usar la denominación expresada por el mismo presidente Menen— que, según sus propios enunciados, no hacen otra cosa que fracturar la "unidad nacional".

Frente a lo cual advertimos la constante necesidad de reflexionar sobre los modos que posibiliten la construcción social de una *voluntad política plura*l, en cuyo horizonte la creación de la cultura

pueda ser rescatada a partir de las diferencias, y reconocida como producto del quehacer cotidiano de sujetos históricos con prácticas heterogéneas y conflictivas.

Negatividad y positividad de la "barbarie" en la tradición intelectual argentina

Arturo Andrés Roig

El tema de la "barbarie" en la tradición intelectual argentina se encuentra manifiestamente relacionado con el problema de la identidad nacional y ha adquirido presencia en ciertos momentos de crisis de una determinada forma de identificación y de la búsqueda de otras. Lógicamente, ha sido entendida la "barbarie" como uno de los términos de la conocida dicotomía que nos la presenta enfrentada a la "civilización". Si intentáramos ver de manera histórica el desarrollo de la temática que nos interesa, no podremos dejar de lado la conflictividad de los procesos sociales tal como se dio en el Río de la Plata. La cuestión muestra, por lo demás, es obvio, una faz discursiva dentro de la cual los términos de aquella antinomia juegan como ordenadores categoriales. El uso de estos se encuentra relacionado de modo directo, como es fácil de ver, con la conformación de una burguesía argentina y, dentro de ella, de determinadas élites de las que han salido los intelectuales en cuyas manos ha estado su resemantización según las diversas circunstancias sociales e históricas. Por otra parte, un estudio de la evolución del asunto que nos ocupa resulta ser una de las tantas líneas —y no por cierto de las menos significativas— que pueden seguirse para aproximarse a un hecho global que se vive en la Argentina desde la década de los 30 de este siglo XX, a saber, la crisis y disolución del modelo de país que maduró con la llamada "Generación del 80", debido a lo cual este trabajo puede ser considerado como complementario de cualquier esfuerzo definitorio que se intente del proyecto social y político que en 1910 fue presentado al mundo con una euforia desbordante que ocultaba, sin dudas, las falencias que irían poco a poco quebrándolo.

La cuestión de la "negatividad" o "positividad" de la "barbarie" tiene que ver, además, con etapas que podríamos considerar de desarrollo de grandes políticas. En líneas generales, la "barbarie" fue entendida con un signo "negativo" muy claramente ya a partir de mediados del siglo XIX hasta las tres primeras décadas del XX, en una larga etapa signada inicialmente por el enfrentamiento entre liberales y conservadores que en el Río de la Plata y en particular en la Argentina, se los conoció con los nombres de "unitarios" y "federales". El año de 1952 marca el límite del conservadurismo tradicional, de fuerte raigambre hispano-criolla y el inicio de los gobiernos liberales declaradamente europeizantes y con un fuerte sentido oligárquico. En esta segunda etapa, sin embargo, aquellas oligarquías no siempre ejercieron el gobierno, en cuanto se vieron obligadas a aceptar, entre 1916 y 1930, el acceso al poder político de fuerzas contestatarias de espíritu popular y antioligárquico, si bien siempre dentro de los marcos del liberalismo iniciado con la Constitución Nacional de 1953. Pues bien. A pesar de los altibajos políticos de este período el ideario de la "Generación del 80", heredera de los discursos fundadores de Domingo Faustino Sarmiento y de Juan Bautista Alberdi, se mantuvo vigente. Contribuyó a reforzar este hecho la construcción de una memoria histórica codificada desde el ideario liberal a través de los historiógrafos del sistema y la organización de un aparato pedagógico asimismo fuertemente orientado y represivo, en particular en el nivel de la enseñanza primaria, a más de marcadamente elitista en las escasas universidades de la época. Esto hizo que aun dentro de formas discursivas contestatarias, el esquema categorial fundador, el de la "barbarie" como negatividad y el de la "civilización" como positividad, se mantuvieran vigentes. Por cierto que además de los factores que acabamos de señalar es importante tener presente que aquellas formas de categorizar tanto el ser como el deber ser nacionales, dependían de hechos que muy lentamente fueron cambiando de faz. Nos referimos a una serie de conflictos heredados, entre ellos los que derivan de la antigua contraposición "ciudad-campo" y que se manifestaron, entre otros modos, como formas de comprensión diversas de las relaciones entre "sociedad civil" y "Estado".

Este periodo que se abrió en 1825 y que lo consideramos clausurado en 1930, fue el de la modernización del país, dentro de un proyecto sostenido tanto por oligarquías como por gobiernos de corte popular. La ideología del proceso modernizador fue el liberalismo, tanto para unos como para otros y la base económica de esa ideología se mantuvo con menos variantes que sus manifestaciones teóricas, ya fueran ellas las de los espiritualistas católicos, las de los positivistas o las de los krausistas. Las exigencias de crecimiento y consolidación de aquella base económica, conjuntamente con el poder creciente del Litoral Atlántico, determinaron las macropolíticas de la época, entre otras cosas respecto de algo que tiene que ver muy directamente con la vigencia de la categoría de "barbarie", a saber, la modificación y reconstitución poblacional del país. En líneas generales, al lado de una política de apertura necesaria para favorecer el plan inmigratorio de población básicamente proletaria proveniente de Europa, se mantuvo una política de exterminio de la población indígena y de represión violenta de la población hispanoindígena. Entre 1866 y 67, las tropas "nacionales" aplastaron las últimas montoneras rurales de la población mestiza de las provincias del interior, capitaneadas por Felipe Varela; entre 1868 y 1871 tuvo lugar la Guerra del Paraguay, verdadero genocidio cometido por Brasil, Uruguay y Argentina, en perjuicio de una nación integrada básicamente por población guaraní; entre 1878 y 1880 se llevó a cabo la llamada "Campaña del Desierto" que tuvo como resultado la incorporación efectiva de la Patagonia al territorio nacional argentino, pero que implicó la liquidación de la nación araucana, junto con el extermino de sus poblaciones; entre 1870 y 1884, en sucesivas campañas, se ocupó el Chaco, sufriendo las etnias que lo habitaban los mismos efectos destructores de la "civilización". Años más tarde los criadores de ovejas en la Patagonia llegarían a organizar verdaderas cacerías humanas para acabar con la primitiva población indígena que estorbaba la expansión de la explotación lanera. Aquella política inmigratoria a la que nos referimos antes, entre 1880 y 1910 llevó a duplicar la población argentina, con migrantes principalmente españoles e italianos a más de otras muy diversas nacionalidades europeas. De ellos esperaban las

oligarquías que vendría el cambio que necesitaba el país para incorporarse definitivamente a la modernización y el "progreso". Mas, muy pronto fueron esos mismos inmigrantes, con los que surgió en el Río de la Plata un proletariado "moderno", los que deberían afrontar la represión en una historia de violencia policial que culminó con la "Semana trágica" (1919), ocasión en la que la burguesía entendió que se asomaba una nueva "barbarie", aplastada la antigua; más tarde fue en aquellas haciendas ovejeras de la Patagonia donde se abrió el otro frente de lucha obrera dirigida por inmigrantes, el que fue liquidado con los fusilamientos en masa hechos por el ejército (1921-1922). A propósito de esa "Patagonia trágica", como se la ha llamado, podría repetirse la célebre expresión de Tomás Moro cuando afirmaba que en la Inglaterra de su época "las ovejas se comían a los hombres". En el Norte argentino fueron los quebrachales los que cumplieron la misma función devoradora. Para esos años se habían producido, sin embargo, la consolidación del Estado Liberal Burgués y la vieja fórmula de "civilización o barbarie", que tanta fuerza mostró en la etapa de ascenso del liberalismo oligárquico (1850-1880), comenzó aparentemente a perder fuerza y a ser desplazada por otra que no señalaba ya dicotomías, sino que expresaba justamente aquella consolidación, a saber, la del "orden y progreso". A pesar de ello la dicotomía discursiva se mantenía latente como estructura básica y la "barbarie" tenía siempre su lugar en el arsenal de las categorías sociales. Bien es cierto que podría atribuirse este hecho y, en general, el de la permanencia de un dualismo discursivo, a que en bloque, todo se movió a partir de una ideología de base, el liberalismo y que fueron —como lo ha señalado Ernesto Laclau—[1] las élites liberales las que le dieron particular fuerza a la idea de una "sociedad dual". Mas lo cierto es que el dualismo discursivo es un fenómeno que excede a aquella ideología y que es posible de ser señalado —si bien expresado en otros términos y con otras categorías— en escritores ajenos a la misma. Los teóricos que definieron la naturaleza de la población

[1] Carlos Sempat Assadourian, Ernesto Laclau y otros, *Modos de producción en América Latina*, 7a. ed., México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979, p. 28.

americana apoyándose en el discurso político aristotélico, establecieron una forma discursiva dicotómica tan fuerte como la que siglos más tarde expresarían los liberales enfrentados a las masas campesinas. "Siendo los indios naturalmente siervos bárbaros, incultos e inhumanos —decía Juan Ginés de Sepúlveda—, si se niegan como suele suceder a otros hombres más perfectos, es justo sujetarlos por la fuerza y por la guerra, a la manera que la materia se sujeta a la forma, el alma al cuerpo, el aspecto a la razón, lo peor a lo mejor".[2] Y aun en el caso de ideólogos que escriben ya bajo la influencia del liberalismo, no podría atribuirseles ese dualismo de modo exclusivo a ese hecho. Nada más complejo que los orígenes del discurso político nacionalista de un Fichte en quien podemos ve uno de los antecedentes europeos de la doctrina "positiva" de la "barbarie", expresada en su afirmación de la "anterioridad" del "pueblo" no sólo respecto del Estado, sino también del "orden social".[3]

Debemos decir, en verdad, que la dicotomía discursiva es propia del discurso opresor y que cubre en tal sentido, todas las épocas, si bien es cierto que la modernidad inauguró formas que le fueron específicas, ya fueran ellas las del idealismo filosófico que se abre con el cartesianismo, a las particulares formas de hablar de la realidad dual de la sociedad que había de generar el liberalismo ya muy claramente desde mediados del siglo XVIII. Todavía debemos agregar que tampoco es posible atribuir a las élites liberales un solo discurso, en cuanto que es necesario distinguir entre las etapas de ascenso, de consolidación y de crisis que han llevado a establecer políticas discursivas diferenciables. Y esto es justamente lo que veremos a propósito de las diversas valoraciones de la "barbarie" que nos interesa señalar aquí. En los momentos de ascenso, las formas discursivas tienden a mostrarse generosamente universalistas e integradoras; en las circunstancias conflictivas que preceden a su

[2] Juan Ginés de Sepúlveda, *Política*, lib. I, traducción de A. Gómez Robledo, México, 1963, p. 28.

[3] Fichte, *Discursos a la Nación Alemana*, trad. de Luis A. Costa y María Jesús Varela, Buenos Aires, Orbis, 1984. Discurso octavo "¿Qué es un pueblo en el sentido superior de la palabra?".

etapa de consolidación, surge con violencia una dicotomía que se encontraba potencialmente en el discurso anterior; detentado el poder y, en particular, un poder que genera seguridad, desaparece el dualismo de la superficie, tal como ya lo vimos al mencionar la fórmula de "orden y progreso"; en los momentos de crisis, suele invertirse la dicotomía produciéndose justamente, ya sea un desplazamiento del dualismo tradicional hacia otro que se lo ve como más "profundo", ya sea una inversión que lleva a asignarle valores "positivos" a una "barbarie" que antes había sido mirada como "negativa". De todos modos lo que interesa es destacar que la dualidad, de una manera u otra, se mantiene y dispone, además, como recurso ideológico toda la inmensa tradición del discurso opresor.

Si antes habíamos hablado de lineamientos políticos generales que rigieron el desarrollo del país entre 1850 y 1930, otro tanto debemos decir de la etapa que se abre en la década siguiente y que se extiende entre 1940 y 1975. También en este caso es posible hablar de una visión política global que comprende las diversas líneas, a veces aparentemente antagónicas, entre las nuevas formas oligárquicas frente a las nuevas formas "populares". En lo que respecta al nivel discursivo, la vigencia de aquella dicotomía por cierto que no se pierde, sino que es resignificada, ya sea buscando el dualismo en un nivel que no coincide con el tradicional expresado en las categorías de "civilización-barbarie", ya sea considerando a la "barbarie" como un signo positivo, todo lo cual no sólo implicaría una nueva lectura del *Facundo*, sino el ingreso definitivo dentro de esta compleja temática, del *Martín Fierro*, obra que había sido ignorada por los intelectuales orgánicos del 90. Lo que estos hechos nos muestran es simplemente un nuevo momento del liberalismo en cuanto posición ideológica hegemónica. Será en las décadas de los 70 y 80 del presente siglo —época del Gran Exilio Latinoamericano— cuando despunten los primeros intentos tanto de crítica como de superación del dualismo discursivo, posición que fue anticipada, tal como lo veremos, en la discontinua línea de una literatura de espíritu anti-hegemónico que puede ser considerada asimismo como literatura de protesta, la que se expresó justa-

mente en el siglo XIX con aquel *Martín Fierro* tan largamente ignorado y, ya a comienzos del siglo XX, se manifestó en los literatos y artistas que militaban en el anarquismo o estaban dentro del clima espiritual generado por el mismo.[4]

Veamos, pues, ahora, los principales temas y problemas que presenta la etapa a la que podríamos denominar de la "barbarie negativa" (1850-1930), dentro de la literatura que acabará instalándose como hegemónica. Ella se abre con un texto al que podemos considerar como un verdadero eje de toda una densa tradición. Nos referimos al *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento. Por cierto que es posible señalar antecedentes de la célebre antinomia sarmientina, como lo son, por ejemplo, los escritos periodísticos del rivadaviano Juan Cruz Varela que motivaron, tal vez, la primera polémica sobre el tema, sostenida entre aquel y el coronel Manuel Dorrego, en 1826.[5] Éste participaba de la valoración "negativa" de la "barbarie", pero disentía en la extensión social que le asignaban los rivadavianos al rechazar las "razones" con las que pretendían impedir a la gente de "pueblo" el ejercicio del voto. Y por cierto que se encuentra más claramente anticipada en la célebre narración de Esteban Echeverría *El Matadero* (1839) en donde el autor quiere mostrarnos "en pequeño", según nos dice, "el modo bárbaro con que se ventilaban en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales". Aun cuando la fórmula "civilización o barbarie" no aparezca enunciada, de hecho todo el texto gira sobre la misma.[6] Y si el tema lo podemos rastrear antes del *Facundo*, debemos decir que tuvo, además, un desarrollo posterior en el mismo Sarmiento y no que no puede ser ignorado. Sucede que la dicotomía "civilización o barbarie" fue no sólo el eje discursivo del Facundo —subrayamos en este caso la oposición disyuntiva—, sino que se

[4] En nuestro libro *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981, p. 207, hemos demostrado cómo el discurso jurídico anarquista intentó superar la dicotomía "derecho-fuerza".

[5] Manuel Dorrego, *Civilización y Barbarie*, San Antonio de Padua, Pcia. de Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 1980.

[6] Esteban Echeverría, "El matadero", *El cuento, una pasión argentina*, Buenos Aires, Selección y prólogo de Ramón Plaza, Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 1991, p. 23.

constituyó en el eje vital de toda la producción literaria de su autor, como asimismo, de su vida política. Es posible ver, en efecto, entre el *Facundo* y el último libro de Sarmiento, de edición póstuma, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883) un endurecimiento respecto de su valoración de la "barbarie" que culminó en un racismo desembozado y aberrante. Destacamos este hecho por cuanto la posición sarmientina se impuso y condicionó en bloque la elaboración del pensamiento social argentino, hasta alcanzar a los propios fundadores de la sociología, entre ellos, a José Ingenieros. Sin embargo, en el célebre ensayo sarmientino el peso axiológico de lo que él muestra como "barbarie" no se presenta con nitidez. Es necesario diferenciar un momento en el que el mundo "bárbaro" es considerado como la expresión de un estado de "civilización" anterior, con sus propias virtudes, de otro momento en el que se acentúa la negatividad de aquel mundo ante la necesidad sentida de imponer el ingreso de la Argentina en el ámbito de la "civilización", es decir, el europeo del momento. Y así, la "barbarie" es presentada con rasgos "positivos", aun cuando siempre dentro de la categoría de lo "primitivo" (lo patriarcal, lo colonial, lo campesino), para ser luego violentamente denunciada como lo que entorpece el avance hacia lo que los ilustrados, los antecesesores del propio Sarmiento, denominaron como "luces" y ahora los románticos llamaban "civilización". Es decir, que si la sociedad patriarcal era del "pasado", ella representaba un orden social, mientras que la sociedad campesina alzada en armas, tal como sucedió una vez concluidas las Guerras de Independencia en el Continente Sudamericano, expresaba un desquiciamiento y desorden profundo cuya "barbarie" no resultaba tolerable. A esta situación Sarmiento la caracterizó como un "feudalismo".[7] Frente a la vida patriarcal, jerárquica y ordenada, la vida "feudal" se le presentaba como anárquica, con lo que la noción de "barbarie" referida a la primera no tenía el mismo sentido que el que veía en la segunda. En efecto, un "orden social antiguo"

[7] *Cf.* nuestro trabajo: "Barbarie y feudalismo en las páginas del Facundo", *Cuadernos de la Comuna*, Puerto San Martín, Santa Fe, número 16, pp. 5-23; *cfr.* asimismo nuestro ensayo: "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", *Revista Inter-Americana de Bibliografía* , Washington, OEA, vol. XLI, núm. 1, 1991, pp. 35-48.

suponía una moralidad radicalmente distinta a la que ofrecía el "anarquismo" con su impotencia para construir una nación y sobre todo con sus rasgos de "brutalidad". Esto lo subrayamos con la intención de notar que en la compleja categoría de "barbarie" nunca se han dado escindidos los aspectos sociales de los que constituyen una moralidad e inclusive una eticidad. Esto explica el por qué en una de las líneas de valoración "positiva" de la "barbarie" —de lo que nos ocuparemos más adelante— se la haya entendido en escritores argentinos como una forma de "ethos popular".

Aquel cambio de peso axiológico, de relativamente "positivo" a francamente "negativo" que observamos en Sarmiento, se produjo asimismo en Juan Bautista Alberdi, a pesar de la polémica que sostuvo con el autor del *Facundo* sobre aspectos que consideró equivocados respecto de los sujetos sociales que expresaban la dicotomía argentina. En efecto, el Alberdi del *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837) de cuyas páginas podría afirmarse que surge una comprensión "positiva" de la "barbarie" en relación con el papel histórico que el autor atribuía entonces a las masas y el libro *Bases y puntos de partida para la Constitución de la Confederación Argentina* (1852), hay un cambio de posición profundo. Si de las páginas del *Facundo* surge de modo ciertamente importante el señalamiento de una serie de factores que confieren identidad a la vida social argentina y que son expresión de esa misma vida, en Alberdi, la búsqueda de principios americanos de identidad es dejada totalmente de lado. En América, dirá, todo lo que no es europeo es "bárbaro" o "salvaje", tomando a ambos términos casi como sinónimos. Si tenemos o tendremos alguna identidad, ella habrá de venir, pues, de la "civilización", es decir, de Europa y no de América, enfrentadas como afirmación de humanidad, la una, y como ausencia de humanidad, la otra. Conocemos la ulterior evolución del pensamiento alberdiano, en particular su impugnación de la Guerra del Paraguay, actitud que implicó en su valiente posición de denuncia, un regreso a lo americano, a la vez que entraba en él en una profunda crisis el concepto de "civilización" como consecuencia de la Guerra Franco-Prusiana. El célebre caudillo Facundo, el "Tigre de los Llanos", que seguía siendo el símbolo de la "barbarie" entendida como "brutalidad", podía

holgadamente hablar como Bismarck, tal como nos lo dice Alberdi en su libro *El Crimen de la Guerra* (1871). Pero este Alberdi que vino a relativizar tan fuertemente la dicotomía discursiva, fue sistemáticamente ignorado y cayó en el desprecio, expulsado del ámbito de la literatura hegemónica argentina. La Generación del 80 afirmó y prolongó los lugares establecidos por el discurso fundador sarmientino, ahondándolo en lo que permitía acentuar las formas del dualismo social. Sin embargo, dentro de la historiografía liberal que con el mitrismo dio forma a la memoria histórica y estableció con ella pautas para señalar por dónde debían buscarse los principios de una identidad nacional, hubo sus excepciones, como fue el caso de Adolfo Saldías, quien abrió su vasta posición disidente con su *Historia de Rosas y su época* (1881-1887).

Más allá de los escritores del sistema, incluyendo entre ellos casos como el de Saldías, tuvo lugar el desarrollo, por cierto episódico, de una literatura de protesta cuyas fuentes inspiradoras se encontraron, en su primera etapa, en la vida del campesino de origen indo-hispano y luego, en su segunda, en la del inmigrante europeo. Esta línea literaria anti-hegemónica culminó a comienzos del siglo, con escritores que anticiparon la etapa siguiente de la "barbarie positiva", que comenzó de modo manifiesto a partir de 1940. Es de tener en cuenta que ni la labor de un Saldías, ni la que surgió de esta diversa literatura protestataria, desfondaron la vigencia del modelo sarmientino establecido, cuya crisis habría de manifestarse recién abiertamente en la década que se abrió en 1930. Pues bien, casi contemporáneamente a la Guerra del Paraguay y poco antes de la llamada "Campaña del Desierto", se produjo un hecho que abrió aquel primer momento de esta literatura argentina marginal, con la aparición del poema de inspiración gauchesca *Martín Fierro* (1872) de José Hernández.[8] Esta obra que podría ser

[8] Rodolfo Borello, "Sobre la literatura de protesta en la Argentina", *Eidos*, Madrid, 34, 1971. Hernán Díaz, *Alberto Chiraldo: anarquismo y cultura*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991. En diversos trabajos nuestros hemos hablado del sentido "episódico" que ha tenido y tiene hasta la fecha la manifestación de formas de pensamiento popular y liberador, así en "El método del pensar desde nuestra América", *Serie Científica*, Mendoza, núm. 39, 1988; "Escribir y pensar desde nuestra América" *América Latina*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1991.

considerada como un anti-*Facundo*, muestra no sólo una actitud comprensiva y de defensa del gaucho, es decir, del personaje que expresaba la "barbarie", sino que es una de las denuncias más patéticas del sentido negativo que para ese hombre tenía la "civilización". El estado social que expresa este tipo de literatura —que se mantuvo mucho tiempo ignorada por las clases cultas— explica en parte la profunda crisis de 1890, que afectó el poder político de la oligarquía liberal, mas no quebró su poder ideológico. Hacia 1900 hubo un cambio en cuanto al sujeto al que se le atribuía la "barbarie". Hasta ese momento éste había estado representado —ya habíamos anticipado algo de esto— por las poblaciones campesinas y de los suburbios de las ciudades, gentes de extracción mestiza, ya fuera de origen indo-hispánico o de origen negro. Mas, al iniciarse el nuevo siglo surgió en el horizonte de las burguesías rioplatenses un nuevo personaje que había sido traído para que nos ayudara a "civilizarnos" y que vino, por el contrario, a constituir un frente contestatario inesperado: el inmigrante europeo de extracción proletaria o campesina. Con esa gente creció un mundo artesanal y preindustrial, a la vez que surgieron las primeras organizaciones obreras. El movimiento generado por José Enrique Rodó, a partir de 1900, el "arielismo", fue precisamente una respuesta dada ante la amenaza de perder aquellos factores que nos habían identificado, como consecuencia de una turba cosmopolita desenraizada y extraña a nuestras "tradiciones nacionales". Muy pocos años después, en 1909, Ricardo Rojas declaró que era preferible un peón analfabeto, integrante de la vieja población "criolla", que un obrero europeo inmigrante.[9] Las burguesías locales, ante el peligro de las "ideas disolventes" y el nacimiento en las ciudades de un poder obrero, sintieron que se habían extralimitado en el desprecio por el antiguo campesino, al que ahora comenzó a vérselo —aun cuando analfabeto— como depositario de valores de la "raza". Y así fue como el 900 fue el inicio de un "regreso al campo", germen de todos los nacionalismos terrígenos, como asimismo de los "ethólogos" argentinos contemporáneos. Y al mismo tiempo, aquellos inmigrantes

[9] Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Juan Roldán, 1909, cap.: "Bases para un renacimiento nacionalista".

en medio de luchas y de sangre obrera, organizaron una doctrina de resistencia —los primeros gremios se autodenominaron "sociedades de resistencia"— que venía por lo demás con ellos mismos desde Europa. Frente al positivismo de un Juárez Celman, representante conspicuo de la oligarquía liberal, o al krausismo de Hipólito Yrigoyen, caudillo del movimiento popular de la época, los obreros se agruparon bajo las banderas del anarquismo. Desde ese campo teórico —que era a la vez de dura praxis— surgieron quienes fueron los voceros de este proletariado naciente, por lo general, periodistas que accedieron al mundo de las letras, como fue el caso destacado de Alberto Ghiraldo, conjuntamente con otros que abrieron las puertas para nuevas manifestaciones estéticas, en contra del eclecticismo suntuoso y decadente de la despreciativamente llamada "oligarquía vacuna". Y justamente dentro de aquellas se produjo el surgimiento de una "barbarie" distinta, que se autorreconocía como fuerza positiva. Martín Malharro, introductor de la pintura impresionista en Argentina, de ideales anarquistas, tenía fe en los jóvenes pintores que rompían con el adocenamiento académico y su esperanza se dirigía "a los bárbaros, los que no tienen sonrisas ni inclinaciones de cerviz".[10] No ajeno a este clima fueron los escritos tanto de Saúl Taborda, como de Deodoro Roca, cordobeses ambos, los que sumaron a la protesta social de su época, una revaloración de la "tierra" y el "paisaje" y que pueden ser considerados, ambos, como antecedentes no tan lejanos, de otro cordobés como ellos, Carlos Astrada en cuya valoración de la figura del gaucho "Martín Fierro" resuena la "pedagogía del genio nativo" que Saúl Taborda creía ver realizado en los caudillos del siglo XIX, en particular, el más célebre de todos, Facundo Quiroga, lo que le llevó a hablar de "lo facúndico" como esencia de aquel "genio".[11]

[10] José E. Burucua, *El imperialismo en la cultura argentina. Análisis y crítica*, Buenos Aires, 1988.

[11] Fermín Chávez, "Civilización y barbarie en la cultura argentina", *Civilización y barbarie. El liberalismo y el mayismo en la historia y en la cultura argentina*, Buenos Aires, Editorial Trafao, 1956, pp. 13-35; del mismo autor *Civilización y barbarie en la cultura argentina*, Buenos Aires, Theoría, 1965; Jorge Seibold S. J., "Civilización y barbarie en la ciencia argentina", *Stromata*, Buenos Aires, 31, 1975. De Saúl Taborda véase "La política escolar y la vocación facúndica", *Sustancia*, Tucumán, II, 6, 1941.

Mas, a partir de la segunda crisis argentina, la de 1930 —la primera había sido la de 1980— aparecieron los signos de resquebrajamiento del modelo discursivo sarmientino. Hasta ese momento, los intelectuales orgánicos del sistema, lo habían sostenido y habían hecho oídos sordos de toda esa larga corriente discursiva episódica, iniciada con el último Alberdi, retomada en la poesía de inspiración popular por José Hernández y continuada más tarde por los literatos y pintores anarquistas, así como por algunos ensayistas y educacionistas marginales al bloque ideológico hegemónico. Ahora aquellos mismos intelectuales orgánicos, voceros de la cultura oligárquica, invistiendo el papel de catones iracundos —el antecedente más notable fue sin dudas el de Agustín Álvarez— se sintieron en la necesidad de reformular el discurso sarmientino. Surgió de este modo, en 1933, una obra, especie de puesta al día del clásico discurso dicotómico, *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada. Claro está que entre el *Facundo* de 1845 y su reformulación de 1933, hubo una serie de mediaciones que es necesario tener en cuenta para entender los alcances del pesimismo con el que se interpretó la realidad argentina. No ha de olvidarse que se vivió por aquellos años en todo Occidente un verdadero clima de irracionalismo que tuvo como referente la realidad americana, tal como puede vérselo en escritores como David H. Lawrence, Antonin Artaud, Hermann Keyserling, Waldo Frank, todos ellos traducidos y difundidos por el grupo Sur en Buenos Aires, al que pertenecía el propio Martínez Estrada.[12]

La gran virtud que tuvo *Radiografía de la Pampa* fue la de ser una obra de denuncia de los mitos y de las mentiras convencionales sobre las que se había intentado fabricar una identidad dentro de la ideología hegemónica que había imperado desde el 80 del siglo XIX. Es importante tener presente que los miembros de aquella "generación" y, dentro de ella, una de las líneas más fuertes de los normalistas de Paraná que se sumaron al programa "civilizatorio" del *Facundo*, acentuaron el papel del estado, borrando la sociedad civil, la que tenía

[12] Juan José Sebrelli, *El asedio a la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, parágrafo titulado "Desencantamiento y encantamiento de América", pp. 296 y ss.

presencia en el plan de reorganización educativa sarmientino. Por cierto que se trataba de una Sociedad civil "depurada" —y ya sabemos en qué consistía esa "depuración" dentro de la ideología racista en la que concluyó el propio Sarmiento— que habría de desplazar a las oligarquías que habían ido heredando el país. Pues bien, este programa bastante utópico y no sin contradicciones en el propio Sarmiento, entró definitivamente en crisis.[13] No había surgido la Sociedad civil integrada que se esperaba del programa "civilizatorio", por incapacidad tanto de las oligarquías, como de los gobiernos "populares" y, a su vez, este programa había mostrado su naturaleza ficticia, es decir, había fracasado el Estado. En pocas palabras, no quedaba ni la "civilización", ni la "barbarie", con lo que Martínez Estrada produjo más que una reformulación del *Facundo*, un vaciamiento del mismo. "Lo que Sarmiento no vió —dice— es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio" y aquella posibilidad de que la "civilización" acabara desplazando a la "barbarie" no fue nada más que una ilusión de Sarmiento "el más perjudicial de esos soñadores y constructores de imágenes" con las que se ha estado autoengañando el propio país.[14] Nunca pasó por la mente de Martínez Estrada, ni aun en su estancia cubana, que podía darse a la categoría de "barbarie" algún peso axiológico positivo. Y no podía ser de otra manera ya que el país había perdido todo referente desde el cual alcanzar alguna forma de identidad como nación, o como pueblo y, además, América, esta nuestra América —en violento contraste con el pensamiento de un José Martí— era otra vez un simple vacío histórico. De este modo vino a mostrarnos Martínez Estrada una de las tantas crisis a las que se encuentran sometidas las sociedades dependientes y que tal vez explique aquella "angustia" de identidad que no mostrarían los países centrales. Ahora bien, ¿quedó desplazada dentro de la formulación martínez-estradiana la típica forma dicotómica del discurso liberal y

[13] Adriana Puiggrós, "Las masas populares y el sujeto pedagógico argentino", *Sujetos, disciplina y curriculum en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Ed. Galerna, 1990.

[14] Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, 1933, cap. titulado "Civilización y barbarie".

su maniqueísmo? Indudablemente que no, simplemente fue desplazado, buscando categorías "más profundas" inspiradas en un moralismo, un psicologismo y un terrigenismo. Si en Sarmiento había la posibilidad de que América fuera en algún momento "civilizada", ahora tal hecho resultaba una quimera. Porque, si vamos al caso, América, en su impotencia, incapaz de una "barbarie" y de una "civilización" genuinas, es frente a Europa, siempre, una "barbarie" inasible, incomprensible y casi irremediable. En Sarmiento había una visión histórica y la "barbarie" no dejaba de ser entendida como una etapa. Su teoría de la historia, no totalmente explícita, no hubiera desagradado a Morgan. Ahora estamos fuera de la historia. Todas estas ideas reaparecen con fuerza en otro escrito de Martínez Estrada, digno de tenérselo presente para el tema que nos interesa. Nos referimos a *Los invariantes históricos del Facundo* (1947), escrito en pleno peronismo y cuyo título es en sí mismo contradictorio. ¿Cómo pueden ser "históricos" aquellos "invariantes" que precisamente nos impiden ser "históricos"? En efecto, los "invariantes" que nos señala son precisamente a-históricos. Las palabras finales confirman la tesis central de la *Radiografía*: "La historia de la civilización (es) entre nosotros, con otra nomenclatura, la misma vieja historia de la barbarie. No son dos fuerzas sino una sola".[15] La viejísima calumnia de América a la cual se suman estos intelectuales integrantes de la élite culta y abiertamente antipopular del Buenos Aires de aquellos años, se prolonga en Martínez Estrada hasta sus trabajos realizados en su etapa cubana —tan llena de incongruencias— época de la que acertadamente Alejandra Ciriza nos dice "que recupera para toda la América Latina la tesis central de *Radiografía de la pampa*", aquella "radiografía fatídica" como la llamó Bernardo Canal Feijóo.[16]

H. A. Murena (seudónimo de Héctor Alberto Álvarez), hijo espiritual de Martínez Estrada e integrante de la misma aristocracia

[15] Ezequiel Martínez Estrada, *Los invariantes históricos del Facundo*, Buenos Aires, ed. Casa Pardo, 1974.

[16] Alejandra Ciriza, "Un esbozo de interpretación del pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada", *Revista de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, núm. 107, 1989. Bernardo Canal Feijóo, "Radiografías fatídicas", *Sur*, Buenos Aires, núm. 37, 1937.

intelectual de la época, la que se nucleaba en el grupo "Sur", intentó darnos otra versión de la antinomia "civilización-barbarie" del *Facundo* en medio de una desesperanza más radical. En un artículo suyo publicado en la revista *Verbum* (1948) a propósito del *Sarmiento* (1946) de Martínez Estrada, Murena dejó abierta a pesar de aquélla una interesante línea superadora del pesimismo de su maestro. Le pareció que era posible, en medio de esta tierra nuestra radicalmente baldía de historia, cometer un "parricidio" como única manera de alcanzar alguna forma de autoafirmación o identificación.

> América —dijo entonces— está integrada por desterrados y es destierro, y todo desterrado sabe profundamente que para vivir debe acabar con el pasado, debe borrar los recuerdos de ese mundo al que le está vedado el retorno... Para vivir en este orbe hay que quemar las naves del viaje, hay que desautorizar espiritualmente lo que quedó atrás, pues este es el nuevo mundo y lo que aquí se hace es una nueva vida que de ninguna forma es continuación de la anterior. Matar o morir: no hay otra alternativa. Toda nuestra vida, todo hijo, es por otra parte parricida... América es hija de Europa y necesita asesinarla históricamente para comenzar a vivir. Sólo cometiendo el parricidio histórico-cultural podrá el alma europea desterrada en América casarse con la nueva tierra para asegurarse con el casamiento de su propio espíritu, su propia inmortalidad.[17]

La contradicción que tenía la propuesta de un quehacer dialéctico sin base histórica, había de llevar, sin embargo, a Murena, a una negación que alcanzaba a la posibilidad misma del "parricidio". Éste, en efecto, era posible sobre la base de algunos residuos de fe que quedaban dentro del pesimismo de Martínez Estrada, para quien nuestro estado de "desposesión" (nuestra a-historicidad) dejaba algunos resquicios. En efecto, si tenemos en cuenta el histerismo moralizante del maestro, no cabe duda que tenía esperanzas de una

[17] H. A. Murena, "Reflexiones sobre el pecado original de América", *Verbum*, Buenos Aires, 90, 1948. Este trabajo fue el anticipo del libro *El pecado original de América*, Buenos Aires, ed. Sur, 1954. *Cfr.* Blas Matamoro, *Oligarquía y literatura*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1975.

mejora social de sus despreciados conciudadanos. Algo quedaba desde lo cual podían trazarse líneas como para rescatar un referente que tal vez permitiría alcanzar la desquiciada identidad del ser nacional. Es evidente que la lección juvenil que significó para Martínez Estrada la "prédica laica" de Agustín Álvarez, se mantuvo en él siempre viva. Pues bien, si el autor de *Radiografía* había tenido la valentía de señalar nuestro estado de "desposesión", no había sin embargo acertado respecto de su profundidad. En un artículo que Murena publicó en 1951, en pleno gobierno peronista, con el sugestivo título de "Martínez Estrada: la lección de los desposeídos",[18] convencido del grado absoluto de nuestra "desposesión", nos decía que "Los americanos somos los parias del mundo, como la hez de la tierra, somos los más miserables entre los miserables, somos unos desposeídos... lo hemos dejado todo cuando vinimos de Europa, y lo dejamos todo porque dejamos la historia". De ahí concluía afirmando nuestro estado de radical orfandad: "hemos perdido la protección de la sombra paterna" y "estamos sin el derecho de invocar el nombre del padre", es decir, ni siquiera podemos cometer el "parricidio" en medio de una actitud que bordea la de un suicidio cultural. A pesar de esto la primera posición de Murena abrió las puertas para las propuestas que vendrían luego, las que se organizaron sobre la dicotomía tal como aparece dibujada en la declaración de "parricidio": una negación de Europa y una "afirmación" de América que habrá de adquirir peso en cuanto "tellus" en posiciones que jugaron al irracionalismo en diversos grados. La "barbarie", otra vez, y en contra de la tesis de Martínez Estrada, al ser diferenciada de la "civilazación" volvió a adquirir presencia.

Entre los años 1930-1940 y mediados de la década del 70, como ya lo habíamos anticipado tuvo lugar una nueva etapa respecto de la valoración de la "barbarie" como categoría discursiva, en la que, por contraposición con las que hemos dibujado a grandes rasgos,

[18] H. A. Murena, "Martínez Estrada: la lección de los desposeídos", *Sur*, núm. 204, Buenos Aires, 1951. Nos hemos ocupado de la ideología europeísta y anti-americanista de Murena en nuestro libro *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981, pp. 146-148.

habrá de primar una respuesta de carácter axiológico "positivo". Debemos aclarar que frente a aquella línea de literatura de protesta de tipo episódico que tuvo sus inicios con el último Alberdi, los intelectuales de los que nos vamos a ocupar ahora, a pesar de las disidencias visibles entre ellos, no se han salido de los términos del bloque ideológico hegemónico cuyas nuevas bases, en particular para el tema que nos interesa, quedaron establecidas a partir de Martínez Estrada. Y tanto este como los que le siguieron hasta la década de los 70 se movieron, sea con actitudes disidentes o de apoyo, en relación con una política social generada por un nuevo tipo de estado cuya crisis vivimos actualmente. En efecto, la oligarquía agro-ganadera que se adueñó del poder político en 1930, con la colaboración de un sector del ejército y de grupos de civiles de declarada vocación pro-fascista, no revestía los caracteres de la antigua que entró en crisis en 1890. Soplaban nuevos aires a nivel mundial y el peligro comunista soviético era considerado como amenaza grave para los países capitalistas en cuyo seno tuvo lugar, por eso mismo, el surgimiento de una forma alternativa de acumulación de capital, humanizada, a la que se le dio el nombre de "Estado benefactor". El fenómeno tuvo su momento de inicio como consecuencia de la depresión mundial de los años 1929-1930 y se extendió por todos los países "occidentales", tanto los que habían triunfado en 1918, como en los que habían perdido, no quedando fuera ni los dependientes, ni los coloniales. Lógicamente que el fascismo europeo no fue ajeno a este tipo de estado y que, además, dentro de la ola mundial, nosotros no fuimos una excepción. Más aún, tuvimos nuestros teóricos de la economía que propugnaron formas nacionales para la concreción del "Estado benefactor" o "Estado de bienestar social", como fue el caso notable de Raúl Presbisch y, más aún, tuvimos nuestra propia experiencia de profundización de aquel tipo de estado, intentada por el populismo peronista entre los años 1945-1955. Tampoco podemos olvidar que, si a nivel mundial, el "peligro rojo" jugó en todo momento un papel decisivo en la determinación de políticas, asimismo sucedió en nuestras tierras y con todas las formas imaginables de mackartismo, como respuesta ante la aparición del primer Estado

Socialista en América Latina, Cuba, a partir de 1958 y del papel continental que le cupo en este proceso a Ernesto Che Guevara hasta su asesinato en 1969. Toda esta etapa se desarrolla, pues, en medio de una tensión que marca, por un lado, la profundización del Estado benefactor (Peronismo) o su relativización (gobiernos militares alternativos que expresaron los intereses de la antigua oligarquía agro-ganadera). En otros casos, dentro de esos mismos gobiernos militares se intentaron formas de aceleración de la productividad con el objeto de asegurar el tipo de estado imperante mediante políticas de desarrollo, promovidas por los Estados Unidos y en función de sus propias políticas internas "benefactoras". El alejamiento del Peronismo del poder político, la dura represión mediante la cual se intentó impedir el regreso a un Estado benefactor "populista", generó la resistencia peronista que habría de culminar con la formación de una nueva montonera, esta vez de tipo ciudadano, con lo que se generalizó la guerrilla, en medio de un clima en el que la fe en la Revolución y el cambio social —entendido el Peronismo como un "socialismo"— se impusieron como consignas de la época.

Dentro de este agitado panorama surgieron las nuevas formulaciones del discurso liberal, con su clásica dicotomía, mas ahora, con una inversión marcadamente sostenida en el sentido de que la "barbarie" de la célebre contradicción sarmientina, será vista en todo momento como "positiva". La verdad es que a pesar del intento martínez-estradiano y su poderosa influencia, no se eliminó la vigencia de la fórmula sarmientina, la que continuó siendo recibida y reformulada a través de sucesivas mediatizaciones. Por lo demás, es importante tener presente que en contra de la posición alberdiana de *Las Bases*, Martínez Estrada había regresado, a su modo, a la revaloración del paisaje, tan fuerte en el clásico *Facundo* y había puesto en movimiento algo que no está en Sarmiento, a saber, el telurismo, como línea de búsqueda de la identidad nacional. Y si la "extensión" fue en Sarmiento y en Alberdi la negación de la "sociabilidad", es decir, un impedimento histórico, ahora, con los teluristas concluyó transformándose en una fuerza conformadora o deformadora de naturaleza metafísica. Por cierto que todo esto no

fue ajeno ni en Martínez Estrada, ni en otros que le siguieron, a las "lecciones" de Hermann von Keyserling, personaje que en su momento fue expresión de lo más violento de los mitos del suelo y de la sangre, que pre-anunciaban el nazismo en Alemania.

De todas maneras, el mismo Martínez Estrada fue sometido a una reversión axiológica. La "tierra", principal elemento determinante de nuestra identidad como pueblo y como nación, dejó de ser un factor con un demoníaco poder teratológico, que impedía toda forma y hacía que la "barbarie" no se diferenciara de la "civilización", sino precisamente todo lo contrario. Quedaba siempre algo que no estuvo nunca en Sarmiento, a saber, la dosis de irracionalismo que supone todo telurismo, ya sea de tipo biologista, místico o mítico, o lo que fuere. En resumidas cuentas se abre una etapa en la que se entiende que el "suelo", la "tierra" o el "paisaje" generan un "hombre de la tierra", cuya "barbarie" pasó ahora a ser entendida como "positiva" en cuanto positivos son aquellos elementos genésicos.

Carlos Astrada, a quien conectamos con aquella línea episódica de literatura de protesta, dio a conocer en 1948 un libro titulado *El mito gaucho (Martín Fierro y el hombre argentino)*, en el que establecía una nueva categorización, siguiendo la línea del "terrigenismo", pero con aquel cambio de valores del que hemos hablado. Para eso disponía de clásicos referentes en los románticos, tanto europeos como latinoamericanos. En efecto, Herder, citado por el mismo Astrada,[19] había dicho que es "cosa maravillosa y original... lo que se llama espíritu genético y carácter de un pueblo. Él es inexplicable e inextinguible; tan viejo como la Nación, tan viejo como la tierra que ésta habita" y, a su vez, el Alberdi joven, el anterior a *Las Bases*, había declarado con palabras de las que luego habría de desdecirse, que "la socialidad es adherente al suelo, a la edad, y no se importa como el lienzo o el vino, ni se adivina, ni profetiza". De este modo resurge con Astrada, acompañado entre otros por Coriolano Alberini, un "neo-herderismo" que daría las bases para una crítica a Hegel en

[19] Herder, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, 3 Teil, 34, citado por Carlos Astrada, *El mito gaucho* (Martín *Fierro y el hombre argentino*), Buenos Aires, Cruz del Sur, 1948, página final del libro.

particular respecto de su visión de América. No es cierto, nos dirá Astrada, que a la llegada del "espíritu" se extinguieran todas las culturas indígenas americanas, por cuanto el célebre personaje hegeliano, verdadero "intruso" que acompañó al conquistador, era un "simple avatar europeo del Logos" y no podía echar raíces en tierras que le eran extrañas. Y así, mientras por un lado, en contra de Scheler afirma que el "espíritu" tiene fuerza como para construir la cultura, por el otro le da la razón declarándolo impotente fuera de su propio "locus". Todo logocentrismo resulta de este modo un imposible, el Logos tiene su función, muy importante, pero en su tierra y ésta posee, indudablemente una fuerza que es anterior ontológicamente. Con esta torsión de las tradicionales tesis colonialistas europeas, con su idea acerca del poder emergente de los entes, en abierta oposición a la radical anterioridad del Ser heideggeriano, Astrada intentaba asegurar para nuestra América, desde el territorio del mito, un principio de identidad que había desaparecido, tal como lo vimos, en el Alberdi de *Las Bases* y en la "radiografía fatídica". Y todavía más, si en Europa el "espíritu" alcanzó una formulación local, la única que podía en relación con su "genius loci", aquí en América las cosas se dan y se darán de un modo diferente en cuanto que el "aliento telúrico" que nos envuelve es mucho más intenso y más fuerte. América es potente como tierra y genera en sus hombres un estilo que nada tiene que ver con la sangre, por lo que tanto indígenas pre-colombinos, mestizos de todo tipo e inmigrantes europeos recién llegados, todos, hermanados, están más allá de las divisiones con las que los racismos han pretendido justificar las formas de dominación. Astrada, a pesar de su rechazo de la "plebe bárbara" fruto de la "demagogia peronista", se sentía hermano del "cabecita negra" y quería, además, tomar distancia del destructivo y radicalmente irracional mito de la "raza aria". Así, pues, las "civilizaciones", y esto muy herderianamente, ya no son un problema. Cada pueblo las recibe y las reelabora desde sí mismo y, mediante su propio espíritu, crea una cultura que lo individualiza. No se trata, como puede verse, de una "cultura" como producto de las élites destinadas a "crear" los valores para cada pueblo, sino los valores que un pueblo crea y que sus intelectuales han de saber cap-

tar si no quieren traicionar su propio origen. Se ha desplazado la figura clásica del dualismo de tipo idealista, en este caso, que deja la "corporeidad" a las masas populares y la "espiritualidad" a sus amos. No se trata de Próspero que con la ayuda de Ariel, le impone las lecciones al bárbaro Calibán. Todo lo contrario, es el propio Calibán, que apoyado en la fuerza de su "tierra", asume los valores impuestos, los hace propios y tuerce el camino de la historia. ¿Quedaba sin embargo con tal planteo superado el dualismo del discurso idealista? ¿No se había puesto en lugar del discurso de Próspero, el amo, un discurso telúrico-libertador que mitificaba la praxis social hasta hacerla irreconocible? Con todas las dificultades que dentro de un existencialismo implica hablar de esencias —verdadera herejía para un husserlismo clásico— Astrada nos dirá que hay "una estructura esencial" del hombre argentino, que tiene una fuente mítica "de que fluye toda existencia histórica". A ese "plasma mítico", a ese poder telúrico en donde se encuentra un "arquetipo germinal", debemos remitirnos constantemente y lo podemos hacer porque ya lo tenemos en forma expresa en nuestra vida cultural. En efecto, la germinal contextualidad de la tierra argentina, posee ya con el *Martín Fierro* su texto, así como lo tiene en esa "rota arcilla" —la metáfora es de Neruda— que nos ha quedado de las culturas indígenas americanas. Y como consecuencia e invirtiendo el discurso opresor de la Generación del 80, la nación no puede ser sino anterior al estado y, por eso mismo, éste, es y debe ser construcción de la sociedad civil, entendida como "pueblo. "El pueblo argentino —nos dice— como *natura naturans* política, debe estar, no fuera, sino dentro de la forma del estado, vivificando así el molde estatal por la concreta y dinámica sustancia popular". ¿Qué es lo que se encuentra detrás de esta red de metáforas con la que organizó su discurso Carlos Astrada? Con su mito terrígeno, nos quiso hacer percibir —por la riesgosa vía del mito que invalidaba la importante categoría de "*natura naturans* política"— que no somos un continente sin historia propia. Metáfora y paradoja se entrecruzan en este autor apasionado para quien la "barbarie" que rebatió Sarmiento en su *Facundo* fue tan sólo la "barbarie política", mas no esa otra que es expresión de nuestra autoctonía. Hacia ella regresa, pues, Astrada. Poco le costó, lamentablemente,

a más de un reaccionario, combatir las luchas obreras ciudadanas apoyándose en las fuentes mítico-telúricas, con lo que la dicotomía del discurso liberal no quedó superada con el esfuerzo teórico astradiano.

Günther Rodolfo Kusch, cuyo pensamiento se encuentra conectado con los inicios de la "Filosofía de la liberación" en Argentina, es quien con su libro *La seducción de la barbarie (Análisis herético de un continente mestizo)* (1953) organizó toda su posición teórica sobre la categoría de "barbarie" como positividad. Continuador de Ezequiel Martínez Estrada, fue junto con Murena, uno de los ensayistas que intentaron superar, cada uno a su modo, la "radiografía fatídica".[20] El mismo Kusch se ha ocupado por dejarnos un esbozo de historia de esta cuestión de la "barbarie", en el intento de clarificar su posición. Antes de la aparición del *Facundo*, en la época del reinado del pensamiento ilustrado, imperaba en las ciudades hispanocoloniales, una posición "absolutista", es decir, desconocedora de todo lo que estuviera más allá de ella. Entre "luces" e "ignorancia" no cabía darle lugar por cierto a la segunda. Y así, pues, la vida intelectual en esas ciudades generó expresiones culturales vacías. En ellas se vivía la "ficción". Hasta aquí no nos separamos mucho del martínez-estradismo. Mas, con el *Facundo*, según Kusch, surge por primera vez el presentimiento de una "fuerza seductora", la de la "barbarie", con lo que viene a quebrarse el antiguo "absolutismo" y se abre una perspectiva, a pesar de Sarmiento mismo, que nos permite ver "el destino profundo de América". Más tarde, en el momento de la reformulación del *Facundo* que lleva a cabo Martínez Estrada con su *Radiografía de la pampa*, la experiencia sarmientina pierde su "seducción" para ser vista únicamente como "drama", en el sentido de lastimoso o funesto. La posición anti-popular y anti-populista hizo que Martínez Estrada —y mucho más aconteció con Murena— fuera totalmente insensi-

[20] Gunther Rodolfo Kusch, *La seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo,* 1953, Buenos Aires, Fundación Ross, segunda ed. s/f; *América Profunda*, Buenos Aires, Hachette, 1962; *El pensamiento indígena americano*, Puebla, Cajica, 1970; *Esbozo de una antropología filosófica americana*, Buenos Aires, Castañeda, 1978. *Cf.* Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México, FCE, 1983.

ble a aquella "seducción" de la "barbarie" y su pesimismo tampoco le permitió apoyarse, como lo hiciera Sarmiento, en la "civilización". Y así, mientras Murena en un primer momento trató de salir de la total negación del maestro mediante un "parricidio" que permitiera asumir lo europeo, Kusch, revirtiendo el discurso, declara a esa "civilización europea", tal como ella juega en nuestra vida y en particular en nuestro mundo ciudadano, una mera "ficción" y haciendo del "presentimiento" de Sarmiento una verdad de experiencia. Somos, en efecto, una realidad sustante, mas esa sustancia nuestra se encuentra en ese nivel profundo y diabólico de las "leyes de la tierra". Nos invita, pues, a organizar nuestro discurso sobre la base de una "profunda fe en la barbarie", única vía para superar la "neurastenia" de los que, viviendo la "ficción", han caído en un verdadero "suicidio moral". Ningún sentido tiene, pues, la propuesta "parricida" en cuanto que había sido proyectada sobre un "vacío", tal como parece haberlo comprendido el mismo Murena y si en Astrada se notaba un cierto pudor en el tratamiento del mito, ahora el irracionalismo se habrá de desarrollar con entera libertad: "La barbarie seduce por una ley atávica", es la *ayaguashca* de la mitología quichua, el "lazo" que nos tiene atados a nuestros abuelos míticos. De este modo nos abrimos a la cuestión del ser de nuestra América, admitido ahora como un principio firme de determinación de una identidad cultural, como así también a su particular dialéctica. Aquí los despropósitos del llamado Conde de Keyserling hacen de sustento teórico de las respuestas. Y colocándose más abajo que este detractor —digno émulo del prusiano Cornelius de Pauw— para quien todos, incluidos los hijos de los inmigrantes europeos, somos de naturaleza "ofídica", Kusch, nos sumerge más aun en la escala de los seres vivos y concluye declarándonos "vegetales", a lo cual habrá de agregar luego —y en esto ya lo había anticipado Ricardo Rojas— nuestra naturaleza "feminoide". Estamos entre la invención de una especia de "geocultura" en la que impera un "inconsciente biológico" integrado por la "vida", el "paisaje" con su "demonismo vegetal" y nosotros mismos en cuanto dejamos crecer en nuestra intimidad esa "dimensión telúrica" que muestra todo lo americano, captado en un verdadero acto mís-

tico. La clásica dicotomía entre "barbarie" y "civilización" es sometida a una profusa resignificación. Los contenidos semánticos de la "barbarie" se expresan en Kusch mediante referencias a la "vida", lo "demoníaco", lo "telúrico", lo "aborigen", lo "vegetal", lo "autóctono", lo "natural", la "realidad", lo "americano' y, para coronar todo este registro, lo "inconsciente" y lo "irracional". Más tarde insistirá en lo "numinoso" como uno de los contenidos que hacen de eje y sobre cuyo aspecto básicamente sus continuadores profundizarán en la idea de un "ethos popular". Frente a todo esto y como algo que en Europa ha alcanzado una integración con el "demonismo" que le es propio mediante una "represión", pero que en nosotros se da divorciado y ambiguo, dirá que los contenidos semánticos de la "civilización" son la "idea", lo "lógico", el "espíritu", lo "consciente", lo "racional" y, junto con todo esto, como compatible con ello, el "sentido práctico" y la "actividad". En consecuencia nuestra América —nunca se habla de los Estados Unidos o el Canadá— es un "continente estático y vegetal"; nuestro hombre, el no pervertido por el europeísmo ficticio de las ciudades "es la versión humana de la vegetalidad" y participa "del demonismo vegetal del paisaje"; en fin, lo humano entre nosotros no es otra cosa que "el carácter vegetal hipostasiado". La historia de América, desde la aparición de la "civilización" europea, ha sido un antagonismo entre la "verdad de la tierra" y la "verdad del cielo", entre lo que para nosotros es "realidad" por un lado y "ficción" por el otro. Nuestro "vegetalismo" nos impulsa a la pasividad, a una especie de "modorra espiritual", señalable como una "receptividad feminoide de la cultura".

Tal vez hasta este punto Kusch no había encontrado la categoría apropiada para señalar lo que de "positivo" tenía esa caracterización de nuestra "barbarie fundamental". La encontrará, tal como ha quedado expresado en su libro *América profunda* (1962) cuando establezca la diferencia entre el "ser" y el "estar" y atribuya lo primero a la "civilización", en particular la europea, y lo segundo lo vea como la categoría ontológica de nuestro hombre americano. En el verbo "estar", cuyo espíritu cree haberlo encontrado en la cultura quichua en cuyo idioma no existe la diferencia entre "ser"

y "estar", quedan incorporados todos aquellos contenidos semánticos de la "barbarie", en especial los que tienen relación con el "vegetalismo" y lo "feminoide", dislates que tienen larga data en la historia de la calumnia de nuestra América. Y así, pues, si Europa como "continente fálico" se ha organizado sobre el "ser" y su misión histórica ha sido "penetrativa", América, continente receptivo ha puesto en marcha una especie de dialéctica invertida, la "fagocitación" o "invaginación". Y de este modo si cada "elevación", cada "penetración" quedó expresada en la categoría de *Aufhebung* y con eso se creyó ver la superioridad de la "civilización" sobre la "barbarie", no se ha percibido aquella especial dialéctica femenina —dentro de una feminidad entendida fundamentalmente como naturaleza pasiva y receptiva— que no padece momentos de "tensión y distensión", es "un estar siendo nomás", mientras que el "ser", que "se pone en marcha a modo de súbita tensión" conforme con su modalidad fálica, es simplemente "ser esto o aquello". Así, pues, este "estar" al que declara "pasivo y femenino", nos caracteriza ontológicamente y es desde esta manera íntima que surge de lo demoníaco de nuestro paisaje, que deberíamos construir una nueva cultura, incorporando desde nuestro "estar" al "ser", es decir, a la "civilización". Kusch creyó haber encontrado con su manera de entender el "estar" una versión del *Dasein* que hacía falta para leer "americanamente" a Heidegger, sin que le preocupara la traspolación lingüística que suponía una interpretación de la cultura quichua desde formas verbales que le son extrañas. Sapir y Whorf hubieran aconsejado sin duda una actitud lingüística más respetuosa. Fáciles son de percibir los alcances de estos caprichos místico-literarios que únicamente pueden leerse como metáforas de otras cosas que el autor no decía abiertamente, por lo menos por escrito. El "ethos" de que nos habla no es otro que el de aquel campesino indo-hispano analfabeto que Ricardo Rojas prefería al obrero europeo no integrado. Porque de esto se trata, en cuanto que la "barbarie" de la que habla Kusch —y otro tanto podemos decir de sus seguidores— es "positiva" en función de su integración a un sistema dentro del cual cumple una función de "resistencia", más no de emergencia social. "Algunos liberacionistas

—dice Hugo Biagini— y otro tanto podemos decir de sus seguidores— es "positiva" en función de su integración a un sistema dentro del cual cumple una función de "resistencia", más no de emergencia social. "Algunos liberacionistas —dice Hugo Biagini— adoptaron posturas fascistizantes cercanas a las de los grupos golpistas, mientras otros sufrían el ostracismo o eran muertos por la represión. Los primeros llegaron a propiciar la remoción de sus colegas y antiguos compañeros, a colaborar en órganos castrenses o a animar minoritarias reuniones intelectuales organizadas por el aparato oficial. Rodolfo Kuch puede ser estimado como uno de los principales inspiradores locales de la fracción nacional populista".[21]

Sin embargo hay quien ha declarado a este ensayista como el más grande filósofo argentino de los últimos tiempos. Para Carlos Cullen, por ejemplo, según decía en 1981, Kusch es "uno de los americanistas más lúcidos de este siglo".[22] Diremos por nuestra parte que así como Martínez Estrada se encontraba bajo la "sombra terrible de Sarmiento" —la ocurrente glosa es de Roberto Fernández Retamar— Kusch y Cullen se encuentran bajo la no menos "terrible sombra" de Martínez Estrada. Es una sombra que va prolongando a lo largo de una ya extensa tradición formas diversas del discurso opresor, ya sea negando al pueblo, ya haciendo de él un mito. En el caso del que nos estamos ocupando ahora, se trata de una reelaboración del nacionalismo populista que floreció bajo el Segundo Peronismo (1974-1976) y que concluyó en feroces etapas de represión y de muerte.

Cullen parte de aquella versión del *Dasein* heideggeriano inaugurada por Kusch, el "estar", en lo que se ha creído ver nada menos que el principio mismo de nuestra identidad. Y lógicamente, es en este punto en donde reaparece el tema que nos interesa, a saber, el de la "barbarie". Hacia 1974, Cullen había declarado que la "Filosofía de la liberación" era, sin más, una filosofía de "guerra integral" y una "milicia" que tenía como objeto enfrentarse a la "filo-

[21] Hugo Biagini, *Filosofía americana e identidad*, Buenos Aires, Eudeba, 1989, p. 310.

[22] Carlos Cullen, *Reflexiones desde América. I. Ser y estar: el problema de la cultura*, Buenos Aires, Ed. Fundación Ross, s/f, p. 76.

sofía europea", la que es definida como "la autoconciencia de la realización histórica del proyecto moderno imperial". El "enemigo" se encuentra, pues, en "la conciencia europea", en esos filósofos, tal el caso de Heidegger, que luego de pasada la gran tormenta europea del 39, se habían dedicado otra vez a "pastorear el ser", seguros "de la fidelidad de Penélope, es decir, del poder de tejer y destejer el destino de los pueblos". Pero, una vez más, como sucede con este tipo de buscadores de lo autóctono, se le piden herramientas prestadas al "enemigo" para seguir filosofando, aunque no se lo quiera, con él y desde él. Mas, el "enemigo" resulta ser en este caso muy claramente, un momento necesario para el mantenimiento de la vieja oposición "civilización-barbarie". Esta última es el símbolo de nuestra naturaleza ontológica y desde ella es posible mostrar formas alternativas frente a ese Occidente abrumador que todo lo pretende sumergir bajo las categorías del "ser", del "logos" y junto con ellos de la técnica. En efecto, el "estar" nos pone frente a dos notas que nos serían constitutivas, ya anticipadas en las elucubraciones fantasiosas de Kusch: la "vegetalidad" y la "feminidad" de lo americano. Mas, en este caso, haciendo un uso de elementos teóricos que provienen de Hegel, el autor nos hablará de dos niveles de "eticidad": en cuanto que si bien la base de nuestra "barbarie positiva" o de nuestro ser profundo, está dada en el primero —que es justamente donde se revela la "vegetalidad" y la "feminidad"— se da necesariamente el segundo, al que caracteriza como "eticidad desplegada" y que no es otra cosa que el Estado, pero ahora pretendidamente constituido desde la nación. De ahí la necesidad de una "recuperación de la mujer" —se trata de una reaparición de Antígona, valorada sin salirse para nada del papel que le asigna Hegel—en cuanto ella implica "la tierra y los dioses", por cierto, los "dioses subterráneos y demoníacos" y no los "curánicos" o "celestes". Ella, con su esencial ambigüedad, en cuanto que es a la vez "salvación", pero también "perdición", es "placer" y también "dolor", desnuda la otra ambigüedad, la de la "civilización", heredera del *cogito* moderno que ha padecido la ilusión de acabar "con lo popular y lo bárbaro" con el objeto de "arrancarse el miedo". En pocas palabras, en ese oscuro mundo de la "vegetalidad" y de la

"feminidad" se crea un sujeto que hace de punto de partida de esta filosofía, el "pueblo", nueva entidad mítica en donde lo sagrado se ha mantenido como "resistencia", frente el devastador proceso de desacralización fruto de la "civilización", sujeto que es visto en todo momento como carente de mediaciones y en tal sentido ajeno a formas de alienación. En efecto, lo numinoso en su manifestación queda más allá de toda mediación posible y hace del "ethos popular" algo ante lo cual puede abrirse de modo directo una racionalidad auténtica y descubrir en él la "sabiduría popular". Vivimos un conflicto entre el "ser" (lo que pretendemos ser) y el "estar" (donde estamos siendo), el que se presenta justamente porque olvidamos que el único acceso al primero se encuentra en el segundo, en esa othonía que se propone.[23]

No vamos a prolongar nuestra pregunta acerca de la "barbarie" dentro de la tradición intelectual argentina. Únicamente diremos que se encuentra, en principio, como trasfondo común de la mayoría de los filósofos nuestros que se han planteado un rescate de lo que ellos intentan caracterizar como "ethos" y desde donde creen que sería posible construir un pensamiento filosófico de base "popular". Por cierto que no se salen de la clásica dicotomía discursiva, la que si antes era necesaria para justificar la "civilización", ahora lo es, declaradamente o no, para poder sostener los valores propios de la "barbarie". Por lo demás, el ethologismo no es una novedad en la literatura rioplatense. Ya en 1959, el filósofo uruguayo Mario Sambarino había declarado estar en esa posición. Las diferencias que hay entre él y los seguidores de Kusch son las que pueden señalarse entre una comprensión relativista y aporética del ethos, que hace imposible fundar sobre el mismo, por ejemplo, la identidad de un "pueblo" y una comprensión absolutizante que no sólo lo toma como principio de identidad, sino que además cree posible enunciar desde él una ética y una filosofía. La cuestión interesa de

[23] Carlos Cullen, "El descubrimiento de la nación y la liberación de la filosofía" (1974), reimpreso en *Reflexiones desde América. II. Ciencia y sabiduría: el problema de la filosofía latinoamericana,* Buenos Aires, Fundación Ross, s/f. *Cf.* el libro ya citado de Horacio Cerutti Guldberg, cap. titulado "La ontología de la ambiguedad en la guerra integral", pp. 271 y ss.

modo directo a los ethólogos argentinos, tanto a los que militaron o militan aun dentro de una "Filosofía de la liberación", como a los que hablan en nuestros días —habiéndola declarado "muerta" a la tal filosofía liberadora— de un filosofar que tiene como sustento la "sabiduría popular". En verdad que tan negativo se nos presenta el filósofo uruguayo como sus colegas argentinos, en cuanto no compartimos ni el relativismo agnóstico del primero, ni el sustancialismo irracionalista o, cuando menos, ingenuo o dogmático, de los otros.[24]

Hasta aquí hemos hecho un recorrido a esas dos grandes etapas de la categoría de "barbarie", la primera, la que con matices y excepciones lógicamente, es considerada como categoría "negativa" (1850-1930) y la siguiente, en la que se produjo una afirmación de la misma como "positiva" (1930-1975), épocas de las que hace de gozne Ezequiel Martínez Estrada. Ya vimos cómo en Sarmiento y tal vez a pesar de Sarmiento mismo, alguna positividad mostraba la "barbarie" y como en Kusch y sus más apasionados seguidores, la pretendida "positividad" que le atribuyen es sin más negatividad. El sustancialismo irracionalista que hemos mencionado, que no se encuentra en Sarmiento, explica lo que queremos decir. De todos modos, tanto en un caso como en el otro, la dicotomía sigue funcionando en cuanto siempre es posible señalar la posición antinómica con la que se hace jugar los términos y se montan las formas del discurso opresor. En otras palabras, se trata de categorías implementadas ideológicamente.

[24] Mario Sambarino, *Investigaciones sobre la estructura aporético-dialéctica de la eticidad*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1959; asimismo su artículo "Sobre la imposibilidad de fundamentar filosóficamente una ética latinoamericana", *Fragmentos*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", 8, 1975; *Cf.*, Javier Sasso, *La ética filosófica en América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", 1987, en particular pp. 87 y ss. En el "Encuentro de París" realizado en 1981, en donde se defendió la posibilidad de una "Filosofía de la sabiduría popular" (entiéndase Filosofía de la "barbarie integrada al sistema") por parte de ex filósofos "liberacionistas", se dijo; "En cuanto a la Filosofía de la Liberación debo aclarar que es un movimiento que ya no existe en Argentina, si bien tuvo vigencia hace unos diez años y algunos de los colegas de este grupo tuvieron parte de él". *Sabiduría popular, símbolo y filosofía. Diálogo internacional en torno a una interpretación latinoamericana*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1984, p. 24. Este libro ha sido editado por Juan Carlos Scannone, S.J.

Nos restaría hacer un balance de los últimos años a la luz de los hechos que se sucedieron trágicamente desde promedios de la década de los 70. Algo hemos anticipado en lo que se refiere a nuestro tema, sobre todo respecto de las versiones últimas de la "barbarie" entre los ethólogos argentinos. Mas faltan todavía algunas cosas por decirse que nos parecen de singular importancia. Por de pronto, la declaración de que se habría abandonado definitivamente la clásica dicotomía sarmientina y su "trágica sombra", que es la de Facundo Quiroga, según las palabras clásicas de Sarmiento, que es la del propio Sarmiento como, por su parte, lo dijo Roberto Fernández Retamar, pero también la de las sucesivas relecturas del clásico ensayo y que hemos comentado. El marco en el que se ha desarrollado esta tercera y hasta ahora última etapa, muestra un cambio de situación macropolítica sustancial. El año de 1975 puede ser considerado como el fin de aquel "Estado benefactor" que comenzó con la gran crisis de 1930, y como el inicio del neo-liberalismo actual, con las modalidades con las que funciona entre nosotros en medio de una dependencia que, negada oficialmente, no hace nada más que profundizarse cada día hasta límites ciertamente humillantes. El fin del "Estado benefactor" entre nosotros se ha dado junto con dos hechos, el primero, la brutal represión de todos los sectores emergentes que en las décadas de los 60 y 70 creyeron poder movilizar un proceso de cambio social que radicalizara a aquel Estado, desde diversas fórmulas, incluidas en ellas, las que se dieron mediante el recurso a las armas y que tuvo lugar abiertamente entre 1976 y 1984; y, más tarde, reincorporados a un proceso de democracia —una democracia mediatizada, comprometida y llena de deudas con el pasado inmediato de sangre— la que ha concluido con el segundo hecho significativo, a saber, la reformulación del "populismo" peronista, lo que pareció inicialmente un verdadero contrasentido, en un neo-liberalismo por momentos delirante, que ha llevado a hablar entre nosotros de un "capitalismo salvaje".[25]

Como era de esperar con este liberalismo se han abierto las puer-

[25] Atilio Boron, *Memorias del capitalismo salvaje. Argentina de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 1991.

tas para todas las ideologías que lo acompañan y que integran esa nebulosa a la que se la ha dado en llamar "post-modernismo" y entre ellas, la del "fin de las ideologías". Ciertamente que resulta superfluo decir que estamos ante una ideología más, con lo que aquello de "muerte" apunta a unas ideologías y no a otras. En función de esto en el discurso de posesión del cargo de la presidencia de la nación, el día 9 de julio de 1989, Carlos Saúl Menem declaró el fin de las oposiciones, y entre ellas, la ya tan nuestra de "civilización" y "barbarie": "Yo quiero ser —dijo— el presidente de la Argentina de Rosas y de Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Ángel Vicente Peñaloza y Juan Bautista Alberdi, de Pellegrini y de Yrigoyen, de Perón y de Balbín". Si tenemos en cuenta que la "barbarie" en su sentido "positivo" ha sido dentro de ciertos escritores peronistas una manera metafórica de referirse a los sectores populares, aquellos que durante el primer peronismo (1947 y 1955) gritaban en contra de los intelectuales orgánicos de la oligarquía "Alpargatas sí, libros no", podría muy bien pensarse que lo que se pretende ahora es construir el Estado, una vez más dándole las espaldas a la Nación o, si se quiere, a la Sociedad civil, ideal justamente de todas las oligarquías. Debiendo aclarar que aquella "prioridad" del Estado es paradojalmente una destrucción del mismo en todo lo que hacía de garantía de los sectores populares. Pues bien, difícilmente un discurso que se declarara expresamente como "liberal", pueda renunciar a uno de los aspectos estructurales básicos de su propia línea discursiva, la de su formulación dicotómica. Frente a los "populistas", ahora desencantados y colocados al margen del proceso político por el propio peronismo que los había impulsado a filosofar sobre los valores de la "barbarie" como principio de identidad nacional y aun latinoamericana, pareciera anunciarse un regreso a la fórmula que tuvo vigencia en la primera de las etapas que hemos estudiado, la de 1850-1930. Otra vez la "barbarie" molesta y es impedimento para el progreso, frente a una "civilización" planetaria en la que se pretende que estamos instalados. De la "barbarie" del "Tercer Mundo", hemos pasado a la "civilización" del "Primero". No hemos de olvidar que este rechazo del "Tercer Mundo" en cuanto sirvió de referente revolucionario en las décadas de los 60 y 70

en toda América Latina, había sido ya manifestado por los militares responsables de la represión sangrienta de los "años crueles" (1975-1984), mediante la invocación de la "Civilización Occidental y Cristiana". El grupo armado que se autodenominó "Montoneros", posiblemente uno de los más organizados y más fuertes, con su nombre se remitía justamente a aquellos primitivos "bárbaros" de nuestras pampas y travesías, en contra de los cuales Sarmiento dibujó su "civilización". Por lo demás, el caos teórico contemporáneo tal vez ha hecho posible que mientras desde la jefatura del "peronismo", la Presidencia de la República, se habla de superar el enfrentamiento entre "civilización" y "barbarie", algunos intelectuales que intentan participar en la creación de la base teórica orgánica del "sistema", no encuentran incompatible esa posición con un regreso al kuschismo, con lo que el anuncio de Martínez Estrada de que "civilización" y "barbarie" eran una misma cosa vendría a quedar confirmado en medio de una nueva crisis profunda. Por cierto que se trata de la "barbarie integrada" de los ethólogos, la que no tiene por qué no convivir "pacíficamente" con la "civilización" del Primer Mundo. La dicotomía discursiva, gastados al parecer los términos clásicos, sin embargo, no ha desaparecido en cuanto que las condiciones estructurales que la generaron a lo largo de un siglo y medio, más allá de los matices y cambios que puedan señalarse, han sido constantemente recicladas.

ÍNDICE

A MANERA DE PRÓLOGO 7

Arturo Andrés Roig, LA ENTRADA DEL SIGLO. LA ARGENTINA EN LOS AÑOS 1880 -1914 9

Alberto Daniel Gago, DINÁMICA DE LA ACUMULACIÓN Y LOS IMPACTOS SOCIALES EN LA ARGENTINA A LO LARGO DEL ÚLTIMO SIGLO (1880-1980) 21

Hugo E. Biagini, ALGUNAS POSICIONES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL A LO LARGO DEL SIGLO 43

Cristián Buchrucker, EL PROTEICO NACIONALISMO ARGENTINO 57

Roberto Follari, LA DECLINACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN LA ARGENTINA: DE VANGUARDIA "CIVILIZADORA" A RUTINA IRRELEVANTE (1880-1980) 83

Nora María Díaz, Oscar Zalazar, VOCES DE LAS CLASES POPULARES EN LA LITERATURA ARGENTINA DEL '80 AL '80 113

Estela Fernández, Claudia Yarza, EL SINDICALISMO EN LA ARGENTINA: UNA MIRADA HISTÓRICA DESDE LOS '90 135

Alejandra Ciriza, Virginia Fernández, LAS MUJERES Y SU INCLUSIÓN EN LAS PRÁCTICAS POLÍTICAS, 1880-1980 157

Silvia A. Cirvini, LA CIUDAD ARGENTINA, DE LA BELLE ÉPOQUE A LOS "SHOPPING CENTERS". EL CASO DE BUENOS AIRES 183

Adriana Arpini, El latinoamericanismo de los argentinos .. 209

Liliana Georgis, Dante Ramaglia, Horizonte idelógico en las políticas culturales del siglo XX argentino 241

Arturo Andrés Roig, Negatividad y positividad de la "barbarie" en la tradición intelectual argentina 277

La Argentina del 80 al 80.
Balance social y cultural de un siglo
fue editado para la Dirección General
de Publicaciones por Paradigma Editorial.
Su composición se realizó en Times Roman de
12:13, 11:12 y 9:10 puntos.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos
Ediciones Culturales Especializadas, SA de CV,
(Multigráfica, SA de CV), en abril de 1993.
Se tiraron 1 000 ejemplares.

Arturo Andrés Roig nació en Mendoza, Argentina, en 1922. Realizó sus estudios de filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo, y los de posgrado en la Sorbona. Se ha dedicado a la docencia universitaria durante cuarenta años. En 1974 fue separado de su cargo por razones políticas y reincorporado, por disposición de la justicia federal argentina, diez años después. Ha sido profesor en la UNAM, en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y en la Universidad Central de Quito, además de profesor visitante en universidades de distintos países latinoamericanos.

Actualmente es investigador de FLACSO, a partir de 1986, investigador de CONICET y director del Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Mendoza.

A este filósofo relevante estuvo dedicado el homenaje académico de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara de 1989, "porque representa una figura modélica para las nuevas generaciones, como intelectual comprometido con los procesos de transformación social en nuestra América".

En *La Argentina del 80 al 80. Balance social y cultural de un siglo* presenta una serie de trabajos realizados por el Equipo de Historia de las Ideas del CRICYT. En esta compilación se ha buscado esbozar desde diversos ángulos los procesos vividos por la Argentina entre la década de 1880 y la que acaba de concluir. En efecto, la temática abarca desde el problema de la identidad nacional y el sindicalismo hasta los procesos educativos, el crecimiento de las ciudades y las voces populares en la literatura argentina. Es de esperar que esta obra permita observar un panorama amplio de la historia de la hermana república de Argentina.

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos

Diseño portada: Rodolfo Wratny Ilustración: David Bazaine Zea